

NCA

GO

AY

23





1361758

CIL-23



ENCUADERNACION  
SANCHEZ-ALAMO  
ARTESANO

Sarriá, 3 Tel. 2019930-28029 MADRID



Vol. 52, No. 1, February 1961

STANLEY D. WHEELER, Editor

(PUBLISHED QUARTERLY)

Subscription prices: \$12.00 per volume (4 issues) in advance.

Single copies: \$3.00.

Foreign postage: \$2.00 per volume.

Second-class postage paid at Washington, D. C.

Postmaster: Send address changes to Entomological Society of America, 415 North Washington Street, Washington, D. C. 20001.

Change of address: Please allow four weeks for change of address to take effect.

Claims for missing issues will only be considered if made immediately on receipt of following issue.

Copyright © 1961 by Entomological Society of America

Printed in the United States of America

Volume 52, No. 1, February 1961

Number of pages: 1-100

Number of figures: 1-10

Number of tables: 1-10

Number of references: 1-10



ANTONIO CIELERO ULECIA

EN BUSCA DE

CIPANGO Y CATAY

( LA GRAN AVENTURA )

---

.....

.....

.....

.

Madrid

...

...

...

...

...

...

...

...

...

Antonio Cillero Ulecia

ANTONIO CILLERO ULECIA

EN BUSCA DE

CIPANGO Y CATAY

(La gran aventura)

-----

-----

---

-

Madrid 1990

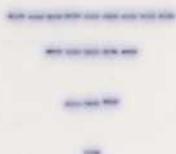
Madrid,  
1990-1991

Antonio Cillero Ulecia

EN BUSCA DE

CIPANGO Y CATAY

(La Gran aventura)



Madrid 1930

ANTONIO CILLERO ULECIA

---

EN BUSCA DE

CIPANGO Y CATAY

( LA GRAN AVENTURA )

---



Madrid,  
1990-1991

ANTONIO CILIBERO ULECIA

---

EN BUSCA DE

CIPANGO Y CATAY

( LA GRAN AVENTURA )

---

.....  
...  
.

Antonio Cillero Ulecia

A los países iberoamericanos,  
tan admirados y tan queridos.

En el Quinto Centenario  
de aquel fortuito encuentro  
de dos razas, dos culturas y  
dos civilizaciones.

El autor.

Había llegado noche el viajero, en una de  
poco más de cinco años, que había pertenecido, al  
leando, con una helada atmósfera por la noche de  
fueza.

Para qué te pasa, por qué lloras, hijo mío...

El niño me sigue con los ojos, por entre sus  
pálidas cejas, me miran con ojos que parecen...

A los países iberoamericanos,  
tan castigados y tan queridos.

En el Quinto Centenario  
de aquel famoso encuentro  
de las razas, las culturas y  
las civilizaciones.

El autor.

EN BUSCA DE CIPANGO Y CATAY

Estaba dando fin a la ascensión de la pequeña colina un hombre de mediana edad -unos 35 años- cuando se detuvo y miró hacia atrás para ordenar con decisión y autoridad:

- ¡Vamos, Diego, que ya falta poco.!

Dejó, el que aparentaba ser peregrino español y extraño en la zona, sobre un mínimo ribazo, una pequeña bolsa de cuero que llevaba adaptada con unos tirantes para colocársela sobre los hombros y, así, caminar con mayor comodidad al tener los brazos libres. Se sentó y contemplaba el terreno dejado atrás. El sol, en esa hermosa mañana, parecía presidir con sus transparentes barbas de rubio vidrio el cielo andaluz.

- Siéntate aquí, a mi lado.

Había llegado hasta el viajero, un niño de poco más de siete años, que venía malhumorado, gimo-teando, con una bolsita atenzada por su manita derecha.

- Pero ¿qué te pasa, por qué lloras, hijo mío?

El niño no quiso contestar. Por entre sus párpados cerrados, amenazaban con salir dos fuentecillas

llas de amargas lágrimas que apenas podían ser contenidas.

—Mira, Diego, mira qué bello paisaje hemos dejado atrás! ¡Esto es España; Mira qué bonita está la tierra y con cuánto cariño y luz nos recibe. ¡Fíjate; Allí abajo, el puerto: Palos de la Frontera; Y, allí,

Moguer... Aquellos que ves allí, como dos serpientes que van en busca del mar, los ríos Tinto y Odiel.

¡Oh, qué maravilla de entorno; Y, al fondo, el mar ¡la mar; ¡El cautivante mar... mi locura; Anda, ten coraje y límpiame esos ojos, no me seas tan necio. Contempla con ilusión lo que te dice tu padre. Estamos en una hermosa tierra, hijo.

Efectivamente, el paisaje era delicioso con sus marismas y esteros desparramados aquí y allá por la llanura huelvana. No faltaban manchas ubérrimas con frondosos árboles que, cual oasis, complementaban aquella bella armonía que, en tantos y tantos lugares sea para admirar en la sabia Naturaleza. Frente a ellos, a poco más de media legua, el puerto de Palos. Las naves, amarradas a los recios malecones, cuscurreando los muros de granito, asemejaban un hato de ovejas amorradas. Tras de ellas un mar que parecía, desde aquella mínima altura, como hecho con el mejor de los vitrales catedralicios. El sol mañana, en atrevido guiño, bañaba de luz y esculpía unas tras otras, las albas fachadas de cal, que imitaban grandes coladas de ropas tendidas a secar. Diego no quería ver nada. Su ceño denunciaba que subió aque-

...llega loma sin apetencia, por obligación de su creador.

- Si la soledad es propicia para hacer brotar el espíritu adormecido o herrumbrado, en el niño, aquella reacción permanecía impasible.

De pronto, el voltear de una campanita cercana les hizo volver la cabeza. Tenían a menos de cien

varas el monasterio de La Rábida o, Arrábida.

- ¿Has visto? ¿Escuchas, Diego?... Ya nos llaman...

Vamos hasta allí, hijo mío.

- ¡No quiero; ¡Yo no quiero quedarme con ellos;

- Pero hijo... si sólo ha de ser por un corto tiempo.

Estaremos con fra<sup>y</sup> Antonio que ya te quiere, y yo marcharé donde sabes. Él ha de ser para vos, padre, tutor, amigo y maestro.

- ¡No quiero; ¡No quiero; ¡Llévame contigo; ¡Yo no quiero quedarme con frailes; ¡Tengo miedo;

- ¿Ahora me sales con esas? ¡Miedo a los frailes?

¡No seas necio y obedece a tu padre; Bien sabes que venimos de Portugal ¿Por qué? ¿Por qué, eh, Diego?...

Yo te lo repito: Porque el rey no ha querido hacerle caso a tu padre, sencillamente por eso.

Y venimos aquí, para que yo pueda ver en Castilla

-o donde sea- a los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando, que presiento ¿me escuchas?... que presiento van a ser mis amparadores, los que nos llenen de gloria y de fortuna.

- ¡Yo quiero ir con vos;

- ¡Y dale con él; ¡Y dale; ¿Cómo voy a llevaros a las audiencias reales y a las grandes reuniones,

¿Quizá de hombres de ciencia, a un pequeñarras como vos..?

— ¿Es que no lo vas a entender, hijo? Diego, yo quiero que seas sensato y, por el santo nombre de vuestra madre — en gracia de Dios esté — cuyos restos hemos dejado en Portugal, te ruego que no me des quebraderos de cabeza, que ya sabes los muchos que llevo encima. Obedece y sé consecuente con nuestra perra situación.

— ¡Pues llévame con tía Violante a Huelva; Lo prefiero.

— ¿Ahora me sales con esas...?

— ¡Si! No quiero estar metido entre mandilones.

— Frailes, frailes hijo mío, frailes! Eso de ahí es un hostel, un hospital para peregrinos y marinos. En fin, ya que estamos aquí, vamos a saludar a los monjes amigos y, por favor, por favor Diego, no me des dolores de cabeza y contesta bien a cuanto te pregunten.

Siguieron acortando el espacio que le separaba del monasterio. Llegados a la blanca residencia que coronaba con sencillez y nobleza la alta cumbre, agarró Cristóbal Colón una pequeña argolla de bronce que estaba a la altura de la cabeza sobre el quicio de la puerta de gruesas tablas, tachonada de clavos gigantescos y dio tres tironcillos hacia el exterior. Desde dentro llegó hasta la pareja un débil y gracioso tintineo de una campanita que le hizo dar vueltas aquellos tirones dados desde el exterior. Segundos después se abrió un pequeño ventanillo que tenía aquella a mitad de altura, protegido por barrotes torneados, y apareció cubriendo todo aquel mínimo espacio, el rostro de un anciano fraile, amarillento y barbudo, que dijo, tras de echarle una mirada al que estaba fuera:

- Buenos días, hermano...

- Buen día, padre.

- ¿Qué deseáis, hijo mío?

- Quiero ver al padre Antonio de Marchena.

- ¿Al padre Marchena? No está. Qué pena que no es-

tá. Salió ayer, el padre Guardián, hacia Moguer y

Huelva, para ofrecerles su sabiduría a las madres

clarisas y a los dominicos, pero... volveré -Dios

mediante- en tres días. ¿Le conocéis acaso?

- Le conozco, padre.

- ¿Sois de por aquí?

- No. Vamos de camino.

- Pues quedaos acá, que somos fraternal hospital para

los peregrinos, y, más, si son marineros como segura-

mente seréis vosotros.

- Gracias, padre.

- ¿Es ese niño hijo vuestro?

- Lo es, padre.

- Os puedo asegurar que tiene cara de pícaro.

- Bueno, bueno... El arca siempre aparenta más de lo

que guarda. Gracias, padre.

- Que Dios os guíe, hermano. ¿Queréis que diga al

padre Marchena, quién vino a visitarle?

- No no. Le veré pasados unos días. Gracias.

Se cerró aquella pequeña trampilla y, el fo-

rastero con su hijo, al que agarró de la mano, se de-

cidieron a bajar por aquel suave montecillo, hasta

entrar otra vez en Palos, que le tenían a menos de

dos mil pasos del monasterio. Por el camino aún le

fue dando más ánimo al niño, y no era poco lo que lle-

vaba escuchado sobre las ambiciones que cocía diariamente aquel padre quien, por sobre otra condición, estaba locamente enamorado de los mares.

- Padre. ¿Queda muy lejos Huelva?

- Muy poco. Bajaremos a Moguer y, desde allí, a Huelva de cuatro zancadas así... ¿Ves?: Así No no. Mucho más grandes. (El niño soltó la carcajada y esto muy bien le hacía que, los niños han de reír casi todas las horas del día o hacen suponer que están enfermos).

- Padre ¿Es rica la tía Violante?

- ¿Rica?... ¡Ufff! Lo dudo. En nuestra familia nadie es rico, Diego. Nosotros no nos dedicamos a traficar con artículos, cuanto menos a vivir a la sombra de la Corona ¿entiendes?

- ¿Lo seremos algún día, padre?

- Claro que sí. Tu padre será rico y muy famoso, ya lo verás, pero, necesito ayuda, necesitamos hijo, que una nación, un rey o, en esta tierra a la que hemos venido a caer, nos ayuden sus reyes, a los que llaman Católicos.

- ¿Reyes Católicos son padre?

- Claro que sí. ¿Por qué? Yo te lo aclaro. Escucha:

En Portugal manda un rey llamado Juan, que es el Segundo, porque su abuelo así se llamaba y era Primero.

En Inglaterra manda otro rey llamado Enrique, y aquí, manda un matrimonio llamados Isabel y Fernando, que tienen guerra contra los moros, porque no son de la misma religión ¿Comprendes? Esos moros entraron en España hace muchos, muchos años, pero... como no son católicos ¿Eh?

- No se quieren ir porque ésta tierra será más rica  
¿A que sí?

- ¡Exacto; Muy bien razonado, Diego. En este pe-  
rro mundo, todo se mueve por ambiciones. A esos mo-  
ros, llamémosles árabes, sólo les queda en España un  
puñadito de tierra, y, es de ella de donde quieren  
echarles definitivamente los reyes.

- Me gusta. Eso me gusta, padre. ¿Crees que, un  
día verás a esos reyes para que te hagan caso?

- Lo conseguiré. Tienes que rezar mucho para que tu  
padre llegue al otro lado de ese mar que llamamos  
Temeroso.

- Llegarás. Eres, padre, el mejor marino que existe.

- Seré Almirante, que es el que más manda en todos  
los barcos. Y vos lo seréis también.

- Se lo pediré a mi madre todos los días y, ella, des-  
de el cielo, me escuchará.

- Bueno es eso, pero, por ahora vamos donde su her-  
mana Violante y tu tío Miguel.

No tardaron mucho en llegar a Huelva.

Preguntando por las calles a unos y a otros, pres-  
to dieron con la casa de sus familiares, que vivían  
en una casona vieja, desmantelada, próxima a la igle-  
sia de San Pedro. Violante Muñiz de Perestre-  
llo, estaba casada con Miguel Miliart o, Muliarte,  
que así le llamaban los más del barrio. Tenían cua-  
tro hijos entre cinco y diez años. La alegría que  
recibieron al ver a Cristóbal y a Diego no fue pe-  
queña, pero, en el rostro del matrimonio había una

incógnita obligada por las circunstancias económicas: "Dos más..." "¿Dos más en esta casa?" "Ay de nosotros, Miguel;" "¡Qué vergüenza";

Miguel, era hombre a quien parecía no le ahogaba nada, ni tan siquiera el trabajo pues lo encontraba de tarde en tarde y, si no le hallaba -pensaba él- pues, peor para el trabajo, que así no le tomaré cariño. El fue quien rompió el silencio tras de recibir a los familiares para decir:

- Violante. Dieguito, que duerma con sus primos Felipe y Alfonso, pero, ahora, y como es hora de comer; ¡A buscar todos asiento y, a la mesa como leones;

Cristóbal, cuñado, te advierto que, en esta casa hay unas ganas siempre para mover las "cajillas" que ni te lo cuento, para que no se les deborde el apetito...

Si estos cuatro tigres estuviesen en las despensas llenas de comida como las de los duques, en ellas nunca olería a podrido, porque, desde el alba al ocaso, desaparecerían hasta los hilos de los chorizos. ¡Igual que los quebrantahuesos, y qué gusto da verles que a ninguno le duelen las tripas..." ¡Niños; ¡Niñas; ¡A comer se ha dicho;

Salieron de las habitaciones o entraban desde las terrazas de los balcones los cuatro primos -algunos de ellos con banquetas- y, entre gritos y empujones, por ver quién tomaba el asiento más próximo a la fuente, rodearon la mesa. También Diego se aplicó a ello. No había mucho para comer, pero, la buena voluntad cuando domina, hacía que aquellas sopas con más agua que grasa, carne o chorizo, les supie a gloria. Para segundo plato, como

era norma en la casa, había que echar no poca aceite a los restos dejados en la fuente y, junto a los pimientos cocidos, mojar sin detenerse mucho en aquella pasta pringosa el pan, siempre en orden y por turno. Bueno es saber que aún no existían los platos individuales. Estos han llegado para el común del pueblo a principios del siglo XX. Allí, había que comer metiendo la mano en el cuenco y retirándola con lo que se pudiera "pescar", sin dejar rastros y, como ya se ha dicho, en perfecta rotación para igualar tanto los beneficios como las ansiedades.

- Nos tienes que contar, Cristóbal, ese proyecto o, como se llame, tan ambicioso que dice Miguel que guardas. (Le dijo Violante con cara llena de curiosidad y admiración hacia su cuñado.

- Ya os lo explicaré esta noche, cuando los niños vayan a dormir. No me gusta hacer relatos entre voces y gritos de los pequeños, porque todo lo que los mayores contamos, a éstos les aburre y llevan toda la razón.

- Si consigues algo bueno, que lo conseguirás porque tú vales mucho, no te olvides de éste cuñado, que se pasa la vida mirando cómo cantan los grillos o emparejan los gorriones...

- Te has dejado esta vez lo de las gaviotas, Violante.

- Pues sí, pero todo es lo mismo: pasar la aguja sin hilo.

- ¿Tan mal está el trabajar por aquí, Miguel?

- Mucho mal. Mucho, Cristóbal. Mucho mal. No quieren dar trabajo nada más que a los jóvenes y, ante

todo, que estén bien alimentados ¿me entiendes? Y, si no tienen quien responda por ellos, pues, mejor que mejor ¿me entiendes? Los que tenemos la cuarentena encima nadie nos mira a la cara.

- Dile a tu cuñado que, la cuarentena y las pocas ganas de doblar el espinazo, -que todo debe decirse, Miguel.

- Si es que no puedo, Violante, si es que no tengo salud ni para mover las tabas, y tú bien lo sabes. Desde que cogí aquellas malas tercianas es que no soy hombre de provecho, no valgo dos maravedís. Ya me ves la cara... ¿Y la tos?... ¿Y los pulsos...? ¿Y el mear...?

Una ruina, Cristóbal, una ruina. Igual que una nao toda aquerada que hace agua por todas partes, y tú mucho sabes de eso.

A las cuatro de la tarde, cuando el sol hacía transparente el azul del cielo y el verde de las aguas, paseaban por el puerto Miguel Muliarte y Cristóbal Colón.

Los barcos, con sus maderas brillantes, parecían gigantes atados con las gruesas amarras a los muros para que no hiciesen malos altares. Por el cielo impoluto del Sur, volaban cientos de gaviotas chillonas, llenas de altanería y de escandalosas salmodias.

Colón avanzaba sin hablar y se le veía lleno de emoción. Cuando estaba en los puertos, el corazón del genovés le batía desbocadamente, pero, callaba, callaba, quizá evocando viajes en los que había surcado todos los mares conocidos en ese tiempo. Las voces y los gritos de los hombres de carga se oían por todas partes. Eran gentes negras y blancas que descargaban por los muelles, o se disponían a meter los artículos

en las carabelas, para intercambiarlas en otras latitudes.

Miguel le iba hablando de las gentes más conocidas de aquellos puertos; de las salidas que hacían al mar, y de lo que era nervio, pulmón y sangre de Huelva. Y, como en Huelva en toda la costa andaluza. Así supo Cristóbal, que había unas familias de pilotos asentados en esos pagos, y que eran muy ricos y hasta famosos, llamados los Pinzones y los Niños.

— ¿Has oído hablar de ellos?

— Sí. Me los tiene citados el padre Antonio de Marchena, y, hasta quiere presentármelos a los tres hermanos Pinzón. Ya habrá tiempo para ello.

— ¿Conoces a fray Marchena, cuñado?

— Un poco.

— Oye, por aquí le tienes. He oído decir que está por la ciudad predicando y recogiendo limosnas.

— Lo sé. Tengo que volver el jueves a La Rábida.

— Ese sí que sabe y vale, Cristóbal. Y qué influencias tiene el pájaro... Dicen que, hasta con la propia Reina tiene tratos. Si te haces amigo de él bien te ha de ir... que estos pesan mucho, ¡mucho!

Siguieron visitando el puerto, mientras que Miguel le daba detalles de cuanto sabía y no era poco.

Según le decía, él era buscado para ejercer de anotador de cargas, que era trabajo de poco esfuerzo — la verdad debe decirse — pero, según él, de mucho desgaste de cabeza. Había que tener presente y permanentemente buena vista, para que no dejase de marcar un palote cada vez que entraba un hombre con su carga al hombro, y cada diez palotes una cruz señalando la decena. Ese

era trabajo "técnico" y de gran responsabilidad porque llevaba una planilla para cada trabajador y todo tenía que salir perfecto, exacto. Y es que el marido de Violante, había nacido para trabajos "responsables" y no de fuerza bruta como son los más de los hombres del pueblo. En lo que era dominador porque escuchaba mucho por aquí y por allá, era en cómo iban los asuntos de la Corona y sus ejércitos, desde hacía cuatro años. Cristóbal, le invitó a sentarse en un banco de piedra que había junto al muro del muelle, y fue allí donde su cuñado le fue contando lo que sigue:

- No sé, Cristóbal, cómo hallarás en la Corte la urdimbre nacional, porque llevamos unos años, chico, que, esto es como cosa de haber perdido todos el juicio.

- Cuéntame todo Miguel. Anda, cuéntame, que quiero estar bien informado, saber sobre qué terreno caminaré para no parecer que soy extraño en España, y tú bien sabes de dónde vengo y quien soy.

- Pues, por tu hablar casi nadie diría que no eres de esta tierra. Yo, que soy zorro más que tasugo, aún te diría que debes perder algunos arrastres que llevas ligures y, así, parecer netamente nacido en esta puta tierra de miseria o, venido en Castilla al mundo, si es que más te conviene.

- Lo intento. Quizá, aparento más aún cierto tonillo portugués, pero, estoy buscando enterrarlo y presto lo conseguiré.

- Otra cosa. Trata de no escribir nunca con el idioma de tu origen, ni decirlo siquiera. Aquí, la gente ¡jo-

dó; eso de la patria y el ser cristianos viejos es hoy la leche ¿sabes?... Lo que para mí son puras pijadas y nada más que eso, para muchos es como algo sagrado. Yo, perdóname, poco o nada sé de marinería ni del campo, nací para otros menesteres mucho más altos, de ahí que, por estos barrios tengo fama de ser "buen consejero", "astuto" y "hasta zorrino" -en el buen sentido de la palabra, no la jodamos ¿entiendes?- pero, conozco bien estas lagunas y estos esteros o, llámales si quieres eriales ¿me vas comprendiendo?. Yo siempre he estado en lo que no dá dinero.

- Como yo, Miguel.

- Ahí le duele la cosa. En esta puta vida, cuñado, hay que ser sinvergüenza al límite, y, en este cabrón de territorio nunca se apreció la inteligencia, de ahí que se enalteció al bruto, al violento, al ladrón siempre que se hiciese rico como un duque. ¿Y qué son ellos, y los de más abajo, y los de más abajo? ¡¡Ladrones! Si no lo fueron ellos, lo habían sido sus padres o abuelos. Ya me irás conociendo. Yo estoy huérfano de esas condiciones con las que se amasan fortunas ¿Y qué? Yo he nacido con sensibilidad ¿Sirve para algo? No me importa, vivo, me río de

todos ellos, me ensucio encima de sus conciencias y paz Cristi. ¡A hacer puñetas todos, cabronazos!;

- Yo te felicito, Miguel, de verdad, te felicito. No te conocía bien. Ahora, vayamos a lo que me interesa saber de estos últimos tiempos. Cuéntame cómo va eso de la guerra y todos sus antecedentes, que es que sé de ello muy poco y tengo que estar informado.

- Escucha y te lo voy a decir sin levantar la voz, que no están las cosas para ir cantándolas cuando, a quien gobierna le duelen las opiniones contrarias. El año 1481, o sea hace cuatro años, comenzó a dispararse una guerra que estaba como dormida entre musulmanes y cristianos, o, mejor dicho: entre moros de Mahoma y seguidores de Cristo. ¿Comprendes?

- Eso lo se. Sigue, sigue.

- Los moros, en un golpe de mano nos conquistaron Zahara, que dicen es una importante ciudad granadina y amada por los musulmanes ¿Sabes por qué nos la quitaron? Porque el marqués de Cádiz, hizo una expedición y llenó de sangre mora todos los campos. Había que darles una lección por lo de Zahara y toman las fuerzas cristianas de los Reyes Católicos, Alhama. El zafarrancho, Cristóbal ya estaba empezado. Oye, que esto de la guerra es un toma y daca sin sentido para el pueblo, pero ¿eh?...no para ellos, que se llenan de prebendas. Te digo, cuñado -y sé muy bien lo que digo pues lo he padecido- son todos ellos unos hijos de mil putas. ¡Todos, todos! ¿Entiendes? Sí sí, no te quedés sorprendido, que la cosa es así y nada más.

- Sigue.

- A todo esto, entre los árabes, nacen divisiones ¿Por qué? Porque pierden terreno; porque se les derrumba el edificio y la mamandurria ¿Vas entendiendo? Tú, sabrás más que yo por lo que llevas corrido desde Génova, pero yo, en esto, soy bachiller destacado.

- Algo sé, Miguel, pero quiero que me cuentes mejor todo, porque lo has vivido de cerca.

- Ahora manda en el trono de los moros de Granada, el sultán -vamos a ver si me acuerdo y lo digo bien- dicen que se llama Abulhasán, y que es hijo de Aixa la Horra, pero, a éste le ha salido respondón y batallador su hijo -agárrate al nombrecito del hijo de Mahoma-: Abú -Abd-Allad Mohamed, a quien dice se le conoce más como Rey Chico por los cristianos, y, entre los moros por Boabdil. Al sultán le apoya su hermano El Zagal, que tiene fama según noticias que traen los soldados de por acá, de ser guerrero valiente y duro de corazón: Una fiera ¿me entiendes?. Es el dueño de Málaga y su comarca. Vienes de fuera y te conviene saberlo.

- Sigue, sigue con tu parlamento, Miguel. ¿Boabdil estaba solo?

- No no. Al Rey Chico, le apoyaba su suegro Alí Atar, que fue -todo debe decirse- quien le obligó a separarse de su padre, porque, siendo así, él y su hija, un día podían gobernar Granada. Le siguen a Boabdil las tribus zegríes que no son poca cosa, de ahí que Alí y Boabdil, atacan Loja y producen un descalabro enorme en el ejército cristiano. Esto, como te he dicho, fue hace cuatro años. Hace dos, en 1483, otra vez destrozan a nuestras tropas en la Axarquía de Málaga, donde era poderoso el jefe moro Abulhasán, hermano de El Zagal.

- Mal la tenemos los cristianos, Miguel.

- Pues sí, mal van las cosas pero, déjame que siga.

Las tropas de los Reyes Católicos -a los que tú intentas ver si te lo permiten ellos- avanzan por tierras de Málaga y, viéndose perdidos los moros, les

obligan a los de Abul-Hasán a salir en apoyo de los suyos, y es allí donde hemos ganado con creces los cristianos. ¿No te aburre el relato? ¿Lo entiendes bien?

- No es tan fácil pero, sigue, sigue que vas bien.

- Bueno, pues viendo aquella derrota, se envalentonó

Boabdil, y nos pone cerco a Lucena, ciudad que parece está por tierras de Córdoba, pero. ¡aH! le salió mal la jugada... Para eso, muere Alí Atar, y cae prisionero el Rey Chico. Al verse fracasado se hace un

trato a partir del cual Boabdil será libre, pero, le debe vasallaje y tributo a los Reyes Católicos, dejando paso franco a las tropas cristianas por sus territorios.

Boabdil -te lo digo yo- es un zorro de mucho cuidado. ¡Ojo con el! Ya irás conociendo el terreno. Vuelto a Granada, pelea otra vez con su

padre y acaba siendo rey de Almería. Allí le tenemos ahora de rey moro, Cristóbal. ¿Te vas enterando? ¿Lo vas masticando bien?

- Enterado, Miguel.

- Que aún no he terminado, cuñado. No te he dicho que la Corte de nuestros reyes se fue a Córdoba, y, de allí atacar a los árabes. Si quieres ver a los Reyes doña Isabel y a don Fernando, allí los tienes.

- Pues siendo así, como dices, iré a Córdoba, pero, antes tengo que estar en La Rábida.

- ¿Vas a ver al padre Marchena?

- No es otra mi voluntad. ¿Quieres que bebamos unos jarros de vino de esta tierra?

- ¡Hombre! ... Si tienes por ahí algún maravedí que se te pueda caer, vamos. En esa taberna suelen te-

ner buenos caldos. Entremos, Miguel.

Tomaron dos jarritos de vino blanco cada uno, y charlaron como es costumbre inmemorial entre hombres al verse frente al alcohol. Salieron al callejón de la Buena Esperanza -que olía a orinas y, a lo "otro" que apestaba,- y siguieron rumbo a la casa de Miguel.

La tarde, agonizaba lentamente deslizándose sobre los arrabales. Las casitas del puerto iban quedando a la sombra tenue del crepúsculo. Bajo los pies de Colón, el mundo seguía dando vueltas y el no lo percibía, era su cabeza quien molía sin cesar pensamientos. ¡Tenía tantas promesas que cumplir; Quizá le perjudicaba no poco esa interminable guerra de religiones; esa vocación de los Reyes Católicos por conseguir, definitivamente, que toda España fuese obediente a ellos, y abrazase la misma religión toda la península. Pero, por otro lado, ¿quién le decía a los árabes que eran extraños en una tierra en la que llevaban ochocientos años viviendo? ¿Cómo se nos puede decir a los que vivimos desde siempre en España, que no somos españoles porque nuestros antepasados en el siglo XIII eran provenientes de la raza judía? Nunca aceptaríamos semejante disparate, pues, si eso es así ¿por qué hemos de ver bien aquella guerra y aquellas expulsiones de judíos o moriscos? Hay que saber colocarse en 1485- 1486, para mejor comprender que, aquellos seguidores de Abú- Abd- Allad Mohamed, trataban de defender con uñas y dientes su patria, que era España, y más Al -Andalus, que de los Reyes Católicos. Bas-

tante reducido había quedado su territorio por ir perdiendo desde la Reconquista. -siglo tras siglo- territorios de Asturias, León, Aragón, Navarra y Rioja.

España era de ellos tanto o más que de Isabel y de Fernando, del Duque de Medinaceli o del Marqués de Cádiz, su más ferviente enemigo.

Al día siguiente, se enteró Cristóbal, que había caído en manos de los cristianos Ronda. La caída de esa ciudad muy fortificada y que constituía un poderoso bastión en defensa de todo el territorio hasta Málaga, era de gran valor estratégico, de ahí que se dio orden por los reyes de celebrarlo en España con grande alboroto de volteos de campanas, rezos, música por las calles, y pequeños desfiles de los soldados allí donde les hubiere. No tenían que faltar las chirimías castellanas y las danzas populares. Ya se veía próximo el triunfo de los reyes cristianos.

Bueno es saber que, antes de Ronda, habían caído Cártama, Coín y Benamaqués. Esa mañana le volvía a decir Miguel,

- En ese tiempo, Boabdil estaba huído en Las Alpujarras, después de haber perdido su batalla en la Axarquía, que, como te he dicho, murió en ella su suegro Alí Atar o Aliatar, que era alcaide de Loja. Boabdil fue llevado a prisión en Procuna y allí nace el grave problema: ¿Qué se hace con el Rey Chico, retenerle o darle libertad? ¡Ah, terrible fantasma criminal de la guerra! En esos días los ryes Católicos, talan y queman todo el territorio granadino. ¿Te das cuenta qué amor a la tierra? Pues eso. Dicen, Cris-

tóbal, que, la reina estaba en Vitoria, cuando recibió carta de don Fernando, en la que le decía, que había capturado al príncipe heredero Boabdil, y le advierte el oro que le dan por cada año si le concede libertad, a más de soltar a unos cuantos cientos de prisioneros. La reina -ya ves tú- no se conforma -oye que dicen es mucho varonil, ya me contarás- y les pide villas y ciudades. En eso estaban cuando se presenta en el campo cristiano la madre de Boabdil, Fátima, seguida de los embajadores de Granada: Aben Comisa, el Muley, alférez del pendón real. Muli Muzar, Mohamed el Jebis, Mohamed el Lentín y Abenzda. Por fin, se concreta la negociación ofreciéndose mil doblas de oro cada año y soltar a 400 prisioneros, además de entregarles a los Católicos unas cuantas villas y ciudades. Se hace cargo del preso el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, que gran caballero dicen que es. Mientras tanto, Cristobal, no sé si lo sabes, por toda Castilla se ha ido echando un nuevo impuesto. Cada aljama debe pagar un castellano de oro para ayuda de la guerra en Granada. Así ha sido como he oído que han recaudado más de 16.000 castellano oro ¿Al ver...? ¿Te das cuenta la picaresca del que manda, cuñado? Te voy a contar un hecho curioso, que me contó antes de venir tú un alférez amigo, que ha estado en el escenario de la guerra, pa que me entiendas. Escucha escucha. Ronda cayó teniendo frente a ellos a 3.000 lanzas y 8.000 peones de guerra. Venían las tropas a Ronda, después de haber tomado Málaga, ya lo sabes, pero... lo que no sabes es que Ronda cayó

por traición y no por valentía del ejército cristiano. Oye, que no es que yo ¿eh?. Me pesa igual este hombro moro que este cristiano, pero, la verdad es la verdad y yo entre ella me enzarzo, a ver si me entiendes. Su jefe árabe Yusef Xarif, que era viejo amigo del marqués de Cádiz, le advirtió que Ronda, estaba indefensa y, así, en vez de tener 2.000 vecinos y 15.000 combatientes, sólo quedaban dentro 700 vecinos y 1.200 peones de pelea. Y, aún le dijo más: "Intentad entrar marqués, cuando yo abandone la ciudadela, camino del Oeste, alegando que busco daros batalla por la retaguardia y, así, cómodamente tomáis la fortaleza".

¿Eh? ¿Qué te parece lo que es la guerra y lo imbécil que es matarse por ella? ¿Eh?... Pues así es todo. Yo no quisiera dar golpe en mi vida para nada ni para nadie. ¿Me vas comprendiendo? ¿No es esto para ensuciarnos en todos ellos se llamen como se llamen?

Pues eso. Llévate toda la razón Miguel. Toda, pero... callemos que dependemos de sus ayudas, o nos veremos mendigando por cañadas, callejas y palacios.

— ¿Es que no somos mendigos?...

— Sí. Sí, pero no, aún no.

— Mientras tanto, en Granada, que dicen es bellísima y lo será igual que el cielo, es la residencia del gobierno árabe, pero, que viven llenos de zozobras. Te voy a contar lo que sé.

— ¿Más aún? Eres un libro abierto.

— Sé todo. Todo. Se ha dicho que Abul Hasán Alí ben Saad, está enfermo de epilepsia. Oye, que hay quien asegura que está ciego, y que apenas puede moverse. El

hombre ha sido depuesto y gobierna su hermano Mohamed, El Zagal. ¿Te aburro, Cristóbal?

- No hombre no. Todo esto me interesa, pero, no sé si lo voy a retener en la cabeza...

- Yo te lo cuento, después, tú verás. vienes de fuera y tienes que saber qué cocido tienes en estos pagos de Dios y de María Santísima. Verás: Los Reyes Católicos, han seguido su avance teniendo a Boabdil a su servicio. Les había jurado fidelidad, palabra en la que creían. Otros rumores se corren diciendo que El Zagal, había dado un golpe palaciego y destituye a su hermano que es llevado a la fuerza a Almuñécar, con su mujer, sus joyas y todo el oro guardado durante siglos. No faltan otros que dicen que, su mujer Romia, se quedó en Granada porque le habían prometido que el Zagal se casaría con ella, al morir su hermano Abul-Hasaán. Oye, que dicen que es un mujeriego tremendo, tremendo! Pero... no ha ido solo a Almuñécar, que le acompaña Zoraya, su segunda mujer. ¿Te das cuenta cómo está este patio y el de los moros? ¡Ay madre, qué harén y que sinvergüenzas todos;

Dicho esto reía a carcajadas, haciendo la delicia del piloto genovés, que se estaba poniendo mal que bien, al corriente de todo, mucho mejor que leyendo las historias escritas por los secretarios o notarios de uno y otro bando contendiente.

- Ahora mismo, Cristóbal, en estos momentos, te lo puedo asegurar, todo el barrio del Albaicín, allí en frente de la Granada mora, dicen que está en franca revuelta contra El Zagal y en apoyo de Boabdil, aunque esté exiliado. El Zagal les está atacando con

artillería, pero, el barrio judío-árabe y gitano, dicen que no claudica. Ya te irás enterando de ellos.

Como parece que no hay forma de reducir a Boabdil, mediante correos trata con su tío. Oye, que no son unos pocos cientos, que son 20.000 los que le apoyan.

- ¿No son muchos, Miguel?

- He oído decir que son veinte mil, y las últimas noticias que me han dado es que lo quieren proclamar rey, de ahí que ha llegado a tanto el temor de El Zagal, que se ha refugiado dentro del palacio de la Alhambra, y nadie le ve de día ni de noche. Esto está pasando ahora mismo, cuñado, que no hablamos de años atrás ¿me comprendes? Se ha dicho y no sé si creerlo, -los frailes sabrán esto mejor que yo- que se le han <sup>re-</sup>unido los ~~ca~~faquíes y los ancianos y han pactado con el hijo de Romía, el marido de Moraima. ¿Qué han pactado me dirás? Yo te lo digo: Una rendición y repartición del reino árabe entre tío y sobrino. Ellos -ya lo ves- siempre se entienden. Serán para El Zagal, las ciudades de Granada, Málaga, Almería, Almuñécar y Vélez Málaga. Para Boabdil: Cartagena y su comarca. Pero, lo que más le ha valido a Boabdil, es que su tío le permite entrar en Granada, donde poco a poco tiene pensado proclamarse rey. Para eso, ha traicionado el muy perro a los Reyes Católicos, a quienes había jurado fidelidad y sumisión. Una vez dentro de Granada, se proclama rey de todos los árabes de España. El Zagal, previo acuerdo, se ha retirado al África, dejándole terreno libre. ¿Te vas enterando de todo? ¿Sí? Pues eso.

A todo esto, cuñado, se sabe que ha llegado a la ciudad de Córdoba, como ya te había dicho, la Corte con la Reina Isabel y su consorte don Fernando. ¿Para qué?

Ya te lo he dicho también: Para tener más cerca el frente de guerra. Con ellos va como rehen, Yusuf, el hijo mayor de Boabdil. ¿Qué te parecen las noticias que te paso?

- Muy buenas. Me has dado una completa información de los últimos cuatro años.

- Ya te he dicho que trabajar, pues, la verdad, no trabajo. para qué te voy a engañar, pero, como tengo amigos que vienen averiados de la guerra y saben todo lo que allí se cuece, pues me pongo al día. Es la manera de pasar el tiempo sin aburrirse ¿Entiendes? Conozco hasta quién se ha pasado del campo moro al nuestro, y ese sabe de las cosas de Alá y de Mahoma...lo que le pidas.

- Te agradezco de verdad toda esta información.

.....

- Y yo le digo a usted, sí señor, que he estado muchos años ;Muchos ; ;Muchismos; al servicio del rey de Portugal, como marino, sí señor. Y le digo, que yo conozco el mar Tenebroso como el mejor, tanto, y no le miento, como a ésta villa de Palos. Sobre esemar le diré que, mucho ojo con él, mucho ojo con él.

- Yo también soy marino.

- Pues bien me parece. Pero yo le digo -sea usted marino o lo que sea que me se dá igual- que, éste ojo derecho que tengo vaciao, lo perdí en un temporal tremendo, tremendismo... Me cayó sobre la mocha un

palo que llevaba un gancho; le dio un giro el aire que era como huracanado y me sacó limpio el ojo. Me lo vació... ahí se ve. Mire, yo no es por decirlo pero pude llegar a ser almirante si hubiera sabido algo de leer y de letra ¿me comprende? Del mar, lo sabía todo, todo. ¡Almirante de la mar, sí señor!

- Yo lo soy.

Al orlo, el tuerto, soltó la carcajada. Cuando terminó de reír le dijo:

- ¡Anda ya, chungón...! ¿Qué cojones vas a ser tú un almirante?...

- Bueno.

- Eso será pa verlo. Mira, que hay por acá tanto aventurero de los cojones, que no saben más que decir que han sido maestros, contramaestras, pilotos y, si te descuidas, hasta almirantes. ¡Buaff por ahí! Si yo te contara cuántos y cuántos voy descubriendo que no saben nada de nada... Oiga, y todos vienen de Portugal, o, o de Inglaterra... ¡Mierda jodida pa todos ellos; ¡Tramposos! Oiga, que, a lo mejor, esta vez, hasta puede que me equivoque, pero, no me lo creo.

- No tiene importancia, hombre. ¿Se fue muy adentro con aquella tormenta que me decía?

- Mucho, mucho. Pero, así eh, mucho, Muchísimo! Aquello fue terrible. Ciento cincuenta toneladas tenía la nao, "La Portuguesa", pa más señas, que era una navemari-nera como no ví otra. Buena de ley y, bien guapa, sí por cierto. Corría por los mares igual que los galgos tras de las liebras... ¡Chissss ¡Schissss... Se deslizaba como una seda. ¿Sabe dónde fuimos a parar? A una        isla que nos dijo Diego de Tiene que se

se llamaba Antilla. Oiga, diez días sin ver tierra.

¡Aquello fue terrible! ¿Y la vuelta? ¡Ay, la vuelta.. mejor no se lo cuento, amigo.

- ¿Cuántas leguas, al suroeste era eso...?

- No menos de ciento cincuenta. Al regreso, que ya no sabíamos si era la vuelta o qué, dimos con una isla que llamaban de Flores.

- Ya. ¿Al mando de quién iba esa nao?

- Al mando del mejor marino que ha mamado leche de madre: Don Enrique, "EL Navegante". ¿Le dice algo? Porque si no le dice nada usted no sabe qué es la mar.

- No era malo, no. ¿Qué año fue eso?

- Pues, hacia el 1452, más o menos. Oye, que no es de ayer, que hace casi cuarenta años. Te voy a contar algo más. Le autorizó el rey don Juan, para que fundara en Madera, una industria azucarera. Y el hombre la fundó, pero...¿eh? como le gustaba la aventura del Tenebroso, desde Funchal nos fuimos a la isla Terceira, donde le nombran lugarteniente de Jacobo de Brujas, que era capitán donatario de la isla, y que estaba casado con María de Vargas de Guzmán, ya ves si te doy razón de todo.

- ¿Cómo te llamas?

- Yo me llamo Pedro Vázquez de la Frontera. ¿Y tú?

- ¡Bah! Cualquier cosa. Por ejemplo, Cristóbal.

- ¿Y qué? ¿Necesitas algo?

- No. Nada.

- Mejor que mejor. Es que te veo bastante desaliñado

¿Entiendes? Si necesitas algo, Cristóbal, yo te lo puedo anticipar.

- Gracias. No necesito nada, Pedro, nada. ¿Cómo fue eso de la Antilla?

- Vio al regreso Diego de Teive o Tiene — que de las dos cosas se llamaba — vio, te digo, una bandada de pájaros y nos dijo: ¡Vamos tras de ellos; ¡Vamos que, esos, son de tierra;

- ¿Como lo sabías tú eso?

- Cosas del Tenebroso. El que no se ha metido en él no sabe qué es el mar ni los peligros. ¿No me crees?

- Te creo, Pedro, te creo todo.

- Aquí tienes la señal en éste ojo vaciado ¿O no...? Bueno, me hagas caso o no, yo lo viví y no se lo deseo a nadie. ¿Sabes dónde fuimos a parar?

- Lo sé, pero... no lo digo.

- Pues yo tampoco pierdo saliva en hablar con un marino descastao. Yo, lo que te digo que la mar es cosa de locos. Que, en ella no hay lógica porque las olas no dan razones, y menos aún las tempestades. ¿A que eso es así?

- Es lo mejor que has dicho esta mañana.

- ¿Cómo te llamas de apellido, porque lo tendrás, no?

- Colón.

- No me suena. He conocido algún Columbo y Colomo, pero, Colón, a secas, no.

- Tampoco a mí me suena el tuyo. Estamos a la par.

- ¿Dónde vas ahora?

- Quiero subir a La Rábida.

- ¿Alguna promesa? ¿Quedarte allí de lego?

- Un capricho.

- Bien me parece, forastero. Vete sin perder tiempo.

Oye, hay allá hombres sabios en cosas de la mar. Ya te enterarás. Allí hay frailes que saben mucho de tierras y de mares, trata de estar con ellos.

- No lo olvidaré el consejo.

Como había hecho días antes, se encaminó hacia el monasterio, donde esperaba encontrarse con el sabio padre Marchena. Su cabeza hilaba grandes singladuras; soñaba gigantescos territorios de campos inexplorados.

El no era hombre para llevar una vida monótona. Cristóbal no había nacido para ser como su cuñado Muliart, que llevaba un vivir parecido a la mosca o al gorrión. Hacía años que buscaba el triunfo y, hasta se creía un predestinado para lograrlo. Todo en aquel genovés era como una tentación, pero... antes

de nada era preciso conquistar a los que tenían poder y fortuna, sin esas dos palancas no se podían mover las grandes aventuras que las veía realizables. Para

completar más su esperanza, le había salido el hombre de Palos, aquel tuerto de marras trayéndole más incertidumbre por si era poca la que llevaba a cuestas.

¿Era una historia que le habían contado al viejo marino? ¿Había sido él quien viajó con "El Navegante"?

La mañana estaba preciosa, llena de luz, pletórica de pureza, adornada con blondas pluviales.

Las hojas de los árboles, desparramados aquí y más allá, bandereaban agitándose por la dulce brisa que, desde el mar les llegaba. Hacían guiños al sol

a un sol que aún permanecía sobre el cielo africano.

Cuando subiendo a La Rábida, volvía la vista hacia atrás, el astro rey se elevaba dando poder a las paredes encaladas, diluyendo las sombras del cercano Moguer. Colón, bien entendía que era principal actor dentro de aquel inicial prólogo que construía su afiebrada mente aventurera, y no le faltaba razón.

¡Llevaba tantos años luchando; En la mano -como siempre- bien agarrado, su cartapacio de mapas y de proyectos marinos. Ya estaba aproximándose al monasterio.

Por las inmediaciones del edificio, se veía gente -viejos marinos allí alojados, como en Casa de Misericordia- que charlaban en grupos, quizá, contándose sus viajes, sus aventuras y sus muchos sueños fantásticos que nunca se hicieron realidad. llamó

a la puerta, como lo hizo la vez anterior, y apareció un fraile lego de San Francisco, que le hizo pasar al monacal recinto.

- Espere unos momentos a que venga el padre Guardián a recibirle.

Así fue. Poco después, venía por el blanco corredor de cal y ladrillo, a modo de claustro, un hombre joven, vigoroso, con una altiva cabeza que bien demostraba el saber, ese saber en que la inteligencia mueve el buril del pensamiento y sabe moldear el físico de quien le da trabajo y cobijo dentro de la mente.

-¡Padre Antonio;

- No no no. No me beséis la mano, hijo mío, no.

¿Es que no somos amigos?

- Es gratitud, padre Marchena.

- Olvida eso. ¿Qué quieres, Cristóbal?

- Quiero confesarme, padre. Vengo a confesar un secreto.

- ¿Y eso...? ¿A qué viene eso y a estas horas?...

- Fuerte deseo de volcar mis intenciones antes de que sean escuchadas por quien corresponda, y quiero que, el sabio confesor de grandes personalidades, y hombre de ciencia y humanidades, me las escuche y me aconseje.

- Gracias, hijo. Me vais a ruborizar, me vais a poner la piel del color de los tomates maduros, y bien sabéis que soy hombre modesto para todo.

- Digo la verdad, padre Antonio.

- Bueno. De todos modos, pasad, pasad y decíme en recoleto diálogo, qué os molesta en esa loca cabeza.

Avanzaron por el lechoso claustro y penetraron en la pequeña iglesia del monasterio. Metido el fraile en el confesionario y Colón de rodillas, le fue contando su secreto que era de este tenor:

- Padre Antonio de Marchena, como os dije en Palos al conocernos, soy almirante, pero, esto no quiero que lo sepa nadie cuando me ven en la miseria, viudo, con un hijo de siete años al que dan de comer mis familiares.

He venido de Lisboa, tranco a tranco, hasta llegar a Huelva, donde tengo una familia por parte de mi difunta mujer.

- ¿Sois portugués?

- No no. Soy genovés, padre, pero, esto no quiero que se sepa jamás, pues sería perjudicial para mis proyectos. Es harto mejor vivir en el anonimato para no

fomentar recelos.

- Os entiendo. Seguid.

- He contado mis secretos y proyectos sobre la mar y sus misterios al rey de Portugal. Le he enseñado mapas, cartas de marear, mapas mundis... y no me hizo el más mínimo caso. Hace pocos días -como sabéis- que he venido a España, buscando mejor fortuna. Si aquí, padre, no se me atiende, mi hermano Bartolomé, también hombre de mar, está dispuesto a marchar con todos los documentos a Inglaterra, por ver si aquel rey sabe atendernos mejor. Yo quisiera que fueran los reyes de España, doña Isabel y don Fernando, los que nos presten su apoyo una vez escuchadas nuestras decisiones y estudios que llevamos hechos. He recurrido ante vos, porque sé que, como cosmógrafo que sois, me entenderéis mejor que los propios reyes.

- ¡Ay, Dios mío, Dios mío, lo que me pedís a mí que soy un simple aficionado; Bueno, pero, antes quisiera saber en qué se basan esos conocimientos y qué cimientos elevan esas inquietudes que me estáis diciendo con tanto secreto.

- Por eso vengo a confesarme, padre.

- Decid, hijo mío, decid lo que tanto os molesta.

- Ha seis años, padre, quizá algo más, que recibí en mi casa a un viejo marino, al que habían dicho que yo era almirante. Yo, entonces, navegaba al servicio del rey de Portugal, haciendo el servicio desde Lisboa hasta la isla de Madera. En uno de aquellos descansos entre viaje y viaje, se me presentó en casa un marino, quien, antes de morir -y estaba os puedo asegurar en agonía- me dijo que, un día, salieron de Fundayal

y navegaron por Poniente en el mar Tenebroso muchas leguas, y lo hicieron debido a una gran tormenta y por causa del viento lebechio. Que jamás sabían qué tierras eran aquellas que habían atracado, ni qué gentes las poblaban, pues nada se parecían a los de su Portugal o Europa. Decía, que eran pequeños de talla y sin barba. Que estaban todos desnudos y con las vergüenzas al aire cosa que era natural entre ellos.

Me contaba, que iban en la nao al mando de Diego de Tiene. Después, descubrieron una isla llamada de las Flores y, a otra, que estaba cerca la llamaron Antilla. Como era el mes de agosto y allí temieron que se les echaba el invierno, dieron vuelta y, por unas aves de tierra, calcularon que estaban muy cerca de tierra firme, pero, les cogió una gran tempestad y les llevó hasta el cabo Clara, en una tierra que titularon Ibernia. Tardaron días y días en su regreso y, otra nueva tormenta les destrozó la nave tirándosela al fondo del mar. Se ahogaron todos, menos dos o tres que flotaron asidos a tablas y llegaron hasta tierra firme. Aquel viejo marino guardó muy bien unas cartas y planos que iba haciendo el piloto, los que me entregó todos enmohecidos y destrozados pero, me sirvieron. Cuando aquel hombre hubo llegado a tierra, no os he dicho que lo hizo en la isla de Madera. ¿Os dais cuenta, padre? La coincidencia con todos mis proyectos era semejante, pero, yo me serví de ellos para mayor fe en mi aventura y así calentó más y más mi cabeza tratando de llegar hasta donde el viejo marino dijo que había llegado.

- ¿Lo entendéis, padre Antonio?

- Lo entiendo perfectamente. ¿Cómo se llamaba aquel pobre hombre?

- No lo supe, padre. Ni él lo dijo ni yo se lo pregunté. Pocas horas después supe que murió abandonado como un perro sarnoso. Sabido esto me decidí a abandonar mi puesto de piloto y almirante y recurrí lleno de fe ante el rey de Portugal. No conseguí nada. Ahora ya sabéis la razón de haber venido a España.

Estos días, he conocido a un tal Vicente Díaz o Díez, que, él me ha dicho otro nombre pero yo sabía con quién hablaba, que me ha dicho es portugués, nacido en Tavira, y me ha contado que viniendo de Guinea hacia la isla Tercera y, pasada la isla de Madera, que dejaron hacia Levante, vieron una gran isla que les pareció tierra firme. Se lo dijo el piloto a un mercader genovés llamado Lucas Cazana, que era muy rico, convenciéndole para que armase una nave y con ella conquistar aquella isla. El rey de Portugal le dio permiso para hacerlo el genovés y, éste, escribió a su hermano que estaba en Sevilla, para que le armase la nao, y la armó, y llegó hasta donde estaba Lucas. Navegaron de 120 a 130 leguas y no encontró aquella tierra, pero, dice Vicente que, había conocido a dos hijos del capitán que descubrió años antes aquella tierra, llamados Miguel y Gaspar Corterreal, pero, que murieron en el empeño. Esa tierra estaba al Oeste de Ibernia. Después parece que quiso descubrirla Hernán Olmos. Cuando esto, padre, me lo han contado yo he pensado ¿Son estos dos hombres los que se salvaron de la aventura de Diego Tiene? Pero, es que, antes de subir aquí he dado

con otro viejo marino que me ha contado sus aventuras, éste, llamado Vázquez, me ha parecido un charlatán.

- Le conozco. No os equivocáis. Lo es.

- Padre, a vos os pregunto ya que os he contado mi secreto ¿No existe cierta coincidencia entre estos datos y mis proyectos? ¿No pueden ser aquellas tierras las de Cipango y Catay, padre Marchena?

- Pues sí. Pueden ser y... y no pueden ser, Cristóbal.

- ¡Son padre, son! Para mí no es otra tierra que Catay y Cipango. Creo firmemente que, siguiendo en la le-

janía por el mar tenebroso, llegaremos por la espalda hasta Cipango y Catay, certificando con el hallazgo, lo que advertía Pedro del Pozzo, en carta que enviaba a su amigo el canónigo de Lisboa, Fernando Martinus, y de cuyas explicaciones tengo copia. Bien se veía, padre, que Toscanelli, buscaba las tierras

citadas por Marco Polo.

- ¿Qué más hijo, qué más?

- Yo hice ese viaje, según lo relató el viejo navegante, y llegué hasta las 700 ó 750 leguas de Hierro, y vi, como un archipiélago en el que forman parte muchas islas pequeñas, y, una de ellas se me antojó que era Cipango. También ví la tierra citada por Toscanelli, , retorné y quise volver a

La Especiería, pero... nuevamente fracasé porque entendí que se necesitaban varias naos, muchos soldados, alimentos, y armas para tan audaz aventura.

- ¿Tan seguro estáis de que son Cipango y Catay?

- Totalmente. Os lo voy a explicar, padre, sobre es-

tas mismas tierras. Mirad. Desde aquí podemos llegar hasta Lisboa siguiendo la línea de Occidente. También se llega a Lisboa desde Inglaterra, desde Galicia, pero, en viaje a la inversa, dándole la debida curvatura a la tierra. Quiero decir padre que, habiendo -pongo como ejemplo- 24 horas de viaje en dar la vuelta circunvalando aguas y tierra, nos faltan ocho, o sea la tercera parte, que es precisamente la desconocida, la que va desde Indias a las islas de Cabo Verde. Esa es la navegación que yo quiero hacer para ir a las Indias por el lado opuesto. ¿Me habéis comprendido, padre?

- Si. La verdad os digo que me parece una temeridad vuestro proyecto, pero, al mismo tiempo me gustaría ser como vos para acompañaros. De todos modos yo quiero ver esos papeles y esos mapas que habéis hecho e, incluso, los que habéis sacado de aquellos que os entregó el...

- Padre, ese es el secreto de confesión...

- Quedará enterrado para siempre entre estas paredes, aunque, como hombre de ciencia... me gustaría verlo

¿No puedo?

- Os los enseñaré.

- Aclaremos una duda, ya que espero que esta relación nuestra ha de ser larga. ¿Cómo debo llamaros de apellido, Colón o Colomo?

- No tiene importancia, padre. Como más cómodo os parezca.

- Pues, en ese caso, para el trato común os diré Colón y, en cuanto a documentos, puede que cite Colomo.

- Sí que deseo, padre, que mi origen no aparezca ni se diga en parte alguna.

- Descuidad. Ya lo hemos tratado eso al inicio de nuestra conversación. Si ni genovés ni ligur, ¿dónde nacisteis vos, Cristobal Colón?

- En Nervi. Una pequeña aldea próxima a Génova, pero, ello carece de importancia, salvo que uno fuera-Dios no lo ha querido y bien ha hecho- Jesucristo, quien por designio del Padre, quiso que naciera en un estable próximo a un pesebre.

- Muy bien dicho eso, señor almirante. Pero, bueno, ahora que sé todo, decidme :¿qué buscáis de este pobre guardián del monasterio?

- Quiero, padre Antonio, que me sirváis de valedor entre las altas autoridades a las que visitáis y sois admirado. Sé que, incluso, sois recibido hasta por los propios Reyes Católicos.

- ¡Ay, ay, ay... qué mal os han informado, hijo mío!

¿Los Reyes Católicos habéis dicho? Bueno... mentira

tampoco es, no vamos a ser tan mentirosos ;porra;

Alguna vez me reciben pero, como a tantos y tantos.

Yo os puedo decir que la idea vuestra me agrada. La cepa ha sido plantada en La Rábida, ahora veremos cómo arraiga, yo trataré de regarla lo mejor posible para que traiga fruto, y que el vendimiador sea éste genial almirante: el señor Cristóbal Colón ¿No es eso?

- Bien veo que me habéis entendido, padre.

- ¡Oh; Tengo que escuchar a tantos y remediar a tantos... Pero, esta es nuestra mejor cualidad o no

servimos ni para encender esas velas del altar.

- Yo, padre, aguantaré meses, años si fuere preciso, pero quiero que la cepa se haga fuerte y que traiga un fruto original, para bien de los reyes y de España.

- Y de vos, que tampoco vale engañarse. De todos modos, con mi voluntad contais desde este momento.

- Gracias, padre Antonio de Marchena.

Le besó las manos con la mayor devoción y cariño, entendiendo ambos que, de aquella confesión y amistad podían salir grandes resultados, pero, eso era el tiempo y las autoridades quienes tenían que decirlo.

- ¿Así que te vas mañana a Córdoba, cuñado?

- Sí. Aquí dejaré, de momento a éste pícaro, para ver cómo se comporta, Violante. Confío, Diego, en que no des tanta guerra como el moro a nuestros reyes. ¿Entiendes? Y, no les ocasiones gastos, ya sabes cómo estamos de pobres.

- No hablemos de eso, Cristóbal. Lo que haiga haiga y, si no le hay, pues, a pretarse la pretina hasta el último agujero. Esta vida es así y no la vamos a cambiar con ejemplos y consejas.

- Yo, quisiera dejaros unos miles de maravedís, pues sabemos cómo estáis de ajustados, y, en vez de ayudar os dejo una boca más, pero, mira, Violante, no sería yo bien nacido si, un día, -que llegará, tiene que

llegar- no os recompensó ciento por uno, o no soy el que soy

- Bueno, bueno, bueno... Ahora dejemos eso.

- Y tú, hijo, apréndetelo bien y que nunca se te olvide: Si tu padre, que espera tener fortuna, no paga en su día estos gastos, debes ser tú, tú, quien a tus tíos les des cuenta y razón de cuanto hoy están haciendo por mí y por tí. ¡Jamás te quedes corto en la recompensa, Diego, me has oído?

- No lo olvidaré, padre.

- Eso quiero oírte. Y que te llesves bien con los primos. Que no les traigas más dolores de cabeza que los venidos de sus cuatro fieras ¿entiendes?

- ¡Que sí, padre, jolines!

- Ya está bien, ya está bien Cristóbal. Deja al moce te tranquilo que él no es malo, peor son los míos que se llevan todo por delante, y eso que no ven carne ni dulces que, si no... ¡Ay, madre! Con la gazuza que en esta casa se gasta... Y mira, si no hay carne, que dude y mucho que la tengamos, pues no faltarán sopicaldos, harta-pícaros y lo que me se ocurra. Siempre hallaremos algo de deshecho que le saben dar a tu cuñado por el puerto, los cocineros que tiran sobras y él bien que las aprovecha, oye, que no es ninguna deshonra. Para eso, te digo que no tiene pelode tonto, y como habla mucho, pero mucho bien, es amigo de todos los de la cocina de los barcos. Hartar, la verdad que nunca nos vemos hartos, pero, arreglar el estomago y llevar bien el vientre lo hacemos mejor que el duque de Nájera o el de Medina Sidonia.

- ¡Ojalá que todo vaya bien, Violante.

- Que te vaya a tí. Nosotros no esperamos nada de mejoras porque no hay de qué, ya me entiendes. Esperemos que lo tuyo vaya por buena pasada y nos toque algo de ello, y si no viene pues, tan felices. El mundo y los hombres están hechos así pues, como te he oído decir a tí: "A aguantar mareas".

- Así es Violante, así es.

- Ya nos contarás antes de marchar qué viaje es el tuyo.

Así lo hizo. Antes de cenar les explicó Cristóbal el proyecto que llevaba entre manos desde hacía no pocos años, el que, con un poco de suerte y ayuda de Dios, llegaría a ser nombrado Almirante de España. Si un día lo era, la suerte de toda aquella familia cambiaría o no era, como le había dicho aquella mañana a su cuñada, hombre de bien. Les hizo entender por leguas marinas, la situación de aquellas tierras de Indias, de donde venían todas las especias tan valiosas y deseadas en el comercio español, y cómo por sus conocimientos geográficos y en situaciones de alto riesgo marino, él, siempre sabía salir vencedor.

- Necesito, cuñados, ver a esos reyes que, por ser tan católicos como ya se les conoce por todo el mundo, no pueden negarme su apoyo. Cuando lo tenga, el padre Marchena, me quiere presentar a unos pilotos muy ricos que hay aquí, los que tienen grandes carabelas y naos, para que colaboren conmigo, pero, eso ha de ser cuando la fruta esté madura. ¿Entendéis?

- Ya sabemos por quien te lo ha dicho -dijo Miguel que sabía todo lo de aquellos puertos- Les llamamos los Pinzones. Los he visto a distancia. Son ricos y mucho sabios en cosas de la mar, no está equivocado el padre Marchena.

- Pues cuñado -le dice violante, que tenía la cara más sucia que niño jugando entre las escorias de una fragua-: Que tengas mucha suerte y que la fortuna te venga a las manos y eche raíces, aunque de ello ya no pueda aprovecharse mí pobre hermana, en santa gloria esté. (Y con el delantal oscuro, se limpió una lágrima que buscaba llegar hasta la barbilla).

- Bien se la merece, Violante, que, la pobre, tuvo que aguantar no pocas ausencias, necesidades y hasta disgustos, todo ello producto de mi oficio y mis inquietudes fuera de lo normal.

-¡Niños! ¡Niños! ¿Qué cojones pasa por ahí dentro tanto escandalizar? ¿Es que no podéis estar una hora sin reñir o qué es lo que pasa aquí? No te asustes, Cristóbal, que son los nuestros, que los tenemos igual que chotos o jabalís montunos.

- ¡Madre! Son Alfonso y Mari Paz, que no cesan de llamarle al primo, portuguésino... y él, se enfada y les pega patadas.

- ¡Diego! ¿Qué me haces por ahí? ¿Qué guerra haces en casa de tus tíos? Presto se te han olvidado los consejos que te dí...

- Déjale, déjale, Cristóbal, son cosas de niños, y los nuestros le atacan por más que lo quieren como a un hermano. ¡Han de armar tantos tiberios! Si es que

desde que nacemos no pensamos sino en dar guerra, en atacarnos los unos a los otros -por lo que sea- y ya la tenemos bien cerca la contienda con armas. Ahí están los reyes y los emires de los cojones o como quieran llamarles. ¡Guerra; ¡Siempre la guerra sobre todos los pueblos; ¿Pa qué? Nadie lo cuenta, Cristóbal... nadie lo cuenta ¿por qué?: porque les conviene. Ya está bueno el patio ya... y lo que te rondaré...

En Córdoba estaban los Reyes Católicos.

Una vez que hubo arreglado el viudo todos los bártulos y metido en ellos cuanto creía que podía necesitar:

Mapas, cartas marinas, mapa mundi y libros para tomar datos y servirle en ocasiones de referencia, entre otros de su predilección: "Historia Natural" de Plinio, en versión italiana de Landino.

"Summula Confesionis" de San Antonino de Florencia.

"Tragedias" de Séneca. "Vidas ilustres", de Plutarco, traducida al castellano por Alonso de Palencia, y

el "Imago Mundi", del cardenal francés Pierre d'Ailly, se puso en camino buscando la ruta del Este, alejado

lo más posible del reino musulmán, para no tener sorpresas lamentables. Mientras caminaba de una a

otra diligencia, su cabeza le daba mil y mil vueltas

a lo que era su desvelo: Llegar a tierras de Indias;

descubrir surcando aquel mar virgen, las islas y

tierra firme, que le habían confirmado aquellos marinos náufragos, y que él las tenía como vistas en su

calenturienta imaginación. Antes de despedirse en La Rábida, del padre Marchena, quien le dio una carta de presentación para un amigo suyo en la ciudad ex-califal, le había prometido el franciscano que pensaba viajar próximamente hasta Córdoba, esa Córdoba orgullo de los Omeyas.

- A ver si allí nos vemos, Cristóbal.

- Padre Antonio. No deje de ir, que yo allí le necesitare para que me presente a tantos jefes y aristócratas de valía y podería que siempre van con los monarcas.

- No os preocupéis que presto nos veremos. Mientras tanto, llevad esta recomendación de un buen amigo que os ha de comprender mejor que esos que decís.

- Yo sabré algún día agradeceréoslo, padre, y si en mi mano está, os ayudaré para que seais arzobispo.

El fraile rió a carcajadas, diciéndole a seguido: ¿Arzobispo, para qué...? ¿Ganaré yo algo en mi virtud y dedicación siendo arzobispo...? ¡No!

Bien estoy donde Dios me ha destinado y, ojalá que, para bien de éste joven almirante haya servido esta amistad que entre nosotros ha nacido. Entre otras cosas, sabed que me alegra no poco vuestra idea porque ¿quién sabe las miles de almitas que hay por aquellas tierras sin conocer la palabra de Dios? ¿No serán aquellos pobres, como corderos que necesitan de un buen pastor? Pues eso es lo que más me agrada, hijo.

Las titulaciones no son sino humo entre mortales que se pierde en el espacio y nada queda para el semejante. ¿Qué más dará tener relumbrón y púrpura, si todo ha de podrir y oxidarse porque todo es perecedero?

- Esa es la gran verdad de vivir, padre Antonio. Pida usted, de todos modos, para que el Creador allane mis caminos y retire matorros y obstáculos que me pongan las autoridades o, quienes a ellas aconsejan.

- Pediré, pediré, pero, tened presente que no ha de ser fácil, hijo mío. Caminad sin descanso hacia esa meta pero, llevad bien fijo lo difícil que resulta hallar comprensión, apoyos, dineros, y hombres dispuestos a seguir vuestra voluntad. Ya os dije cómo los hermanos

Pinzón, me han dicho que pueden estar interesados, pero, tampoco se me oculta que lo han dicho por amistad y por gratitud que me tienen. No es lo mismo decir que sí al inicial planteamiento, que preparar dos

o más carabelas en busca de lo desconocido, salvo que ellos vean que allí hay dónde morder dineros. ¿Entendéis? O piensen, -que todo debe saberse y hasta decirse, -que, lo vuestro es una locura y una ruina... ¿O no?

- No digáis eso, padre Marchena.

- ¿Y qué queréis, que os caliente más aún esa boca de caballo desbocado, esa mente afiebrada que habéis traído de Portugal? Nieve de los neveros habrá que traer para que os refresquen los pensamientos.

- Y yo no la tiraré siempre que me la recomiende el padre Antonio de Marchena, o los físicos, siempre que ello sea para ir a...

- Yo os lo digo: ¡A Cipango y Cathay...! ¿Veis qué bien lo tengo aprendido? Loco acabaréis volviéndome a mí también.

- Por algo sois cosmógrafo.

- Puede que, desdichadamente. Bueno, ahora, id para Córdoba y que Dios y la Virgen de los Angeles, os den

una pequeña mano y un poco de serenidad.

-Padre. ¿Sería mucho pedirle que, de tarde en tarde, visitéis la casa de mis cuñados para ver cómo se encuentra ese hijo que dejó en manos de ellos?

- Está en mi mente hacerlo, aunque, más me hubiera gustado tenerle aquí, junto a nosotros, dentro del monasterio. En fin, Violante es una noble y buena mujer y sabrá reemplazar como debe a la pobre Felipa, que, algo tuvo que sufrir soportando vuestras inquietudes y aventuras. En Córdoba, estaré en nuestro convento de San Francisco. Dadme un fuerte abrazo y, hasta prontito, señor almirante. No no, las manos no. Besos no. Un abrazo fuerte, que, para eso somos amigos y la amistad obliga a quitar esas mínimas humillaciones que hacen las gentes ante estos pecadores, pastores de la fe.

En plena canícula estival de 1485, ya estaba Cristóbal Colón por la ciudad cordobesa. Por las calles de la vieja ciudad califal, aún parecían salir lamentos desde los rincones de los frescos patios árabes y judíos. ¡Qué bella estaba la judería! Desde los pozos de las aristocráticas casonas-palacios, salían gemidos y suspiros de tantas glorias vividas y tantas fatigas soportadas.

¡Malhaya contra los cristianos, que así nos han robado el sosiego; Un mendigo, ciego, lleno de llagas y de años, gruñía contra todo el que

se le cruzaba tomándole por seguidor de Cristo, y nacido en Castilla, una Castilla que era la que hacía nacer gentes que los llenaron de dolor y opresión.

¡Malhaya a tí, guerrero maldito; ¡Maldito seas tú y todos los que te siguen y a quienes sirves; ¡Malhaya; ¡Malhaya;

Las mujeres que vendían ropas o frutas, entre sus gritos entonaban por lo bajo maldiciones:

¡Malditos; ¡Malditos; ¡Malhaya con todos ellos;

Poco después, todas las calles, en hora de siesta parecían dormitar la modorrera sahariana.

En los viandantes, en los forasteros llegados a Córdoba con la Corte, el pensamiento era como una tentación.

¡Ah, la lucha de religiones y de patrias; ¡Malhaya a quienes la imponen; ¡Maldito aquel que cree en la patria, y que sólo le sirve como cosa suya y no de los demás, por tener menos dineros o distinto color de ropa y un apellido insignificante; Las gentes que vivían dentro y, hasta quienes llegaban de fuera, aseguraban que aquella guerra tenía un precio. ¿Y qué guerra no lo ha tenido desde siempre? ¿Qué en este vivir humano no lo tiene? Todas las culturas del mundo, bien se veía que reposaban sobre la argamasa y los cimientos de la desigualdad. Precisamente lo contrario de aquello que enseña la sabia Naturaleza. La sociedad creada por los humanoides, ha traído ambiciones, luchas inciviles, y, con ellas, las grandes desigualdades entre hermanos. ¡Malhaya quien tales leyes dicta y obliga a los más para que sean cumplidas; Por aquí y por allá, el sol de la tarde ardía entre la cal, entre los metales y

las armas de aquellos soldados venidos con los Reyes Católicos. El viento no se conocía desde hacía muchos días, tampoco las lluvias. Parecía que, el Hacedor, se complacía en llevar a los seguidores de Jesucristo y a los defensores de los Reyes Católicos, en el volcán asolador del desierto. En las gentes viejas, el dolor en silencio, tallaba la carne de sus rostros. El almacén de los huesos, acompañado de lamentos, resonaban por toda la vieja ciudad igual que lanzas rotas. No sabía nada el viajero de aquella silenciosa y embrujada ciudad, más mora que de ninguna otra religión, pero, presentía que, en el fondo de las almas, se multiplicaban gigantescas selvas de odios y de horribles pasiones. El insulto de dos y tres razas, de dos y tres creencias, cuchicheaba entre los muros encalados; rebotaba por escaleras y artesonados, hervía entre los cuerpos de seres nacidos para ser plenamente hermanos. ¡Mal haya quien hace las guerras y fomenta los odios; ¡Malditos, todos, .. todos... todos; ¡

Una áspera y anónima soledad se enseñoreaba sobre aquella ciudad árabe-judía y cristiana, presintiendo grandes ruinas, baños de sangre, montañas de gemidos y de lágrimas. ¡Miles y miles de pobres gentes obligadas a dejar su patria; ¡Miles de muertos; Toda la nación estaba arruinada y, sin embargo, como siempre, los que mandan, aquellos a quienes la responsabilidad de sacrificar al pueblo, haciendo la guerra les parece causa de honor, se engañaban en una y otra frontera, en uno y otro pueblo.

Repasó Cristóbal Colón un papel, donde llevaba anotada una dirección y un nombre: Leonardo Esbarroya. Botica. Próxima a los muros divisorios de la alameda y los arrabales de El Salvador y Santo Domingo. En la Plaza Mayor detuvo a un niño y le hizo saber hacia dónde buscaba ir, y, el niño, más listo que las codornices salidas del huevo que ya corren como si tuviesen dos meses, le llevó sin duda alguna hasta donde quería ir el almirante. Aún le rebotaban en la mente las palabras del fraile: "Es un boticario muy culto, en cuya trastienda se reúnen gentes de gran saber en las diversas ciencias, Anotad las señas y dadle mis saludos al Sr Esbarroya". No quiso acercarse Colón a la botica hasta la hora del atardecer, que había de ser la que mejor cuadraba para las reuniones de aquellos amigos. El niño le llevó por calles estrechas, cuajadas de tiestos colmes de flores.

- Gracias niño. Ya puedes irte.

- ¿No me dais nada por ello, señor?...?

- ¿Y qué os puedo yo dar...?

- Algún maravedí... Algo de comer...

- No tengo nada. Me acordaré de tu cara algún día y te recompensaré este servicio que me has hecho.

- ¿Con eso se alegrará señor mi cuerpo ahora?

- Te ofrezco un día darte mil por uno.

- Y yo te acepto la palabra, pero, si no lo haces eres un cristiano miserable.

- Miserable no. Cristiano lo soy.

- ¡Malhaya tu doctrina y tus ejemplos!

El niño escupió una saliva y la pisó con ra-

bia. Todo aquello le hizo entender que había una sorda rebelión contra la fe de los cristianos. Así y todo le hizo sonreír mientras el niño se elejaba y quizá, hasta le maldecía. Se acercó a la bo-

tica, dio unos golpes sobre la puerta de cristales y apareció un hombre flaco, muy flaco, de unos treinta años, con nariz aguileña y mirada desviada, quien le dijo:

- Pasad, pasad... Se ve que no sois de esta zona.

- No. No lo soy.

- ¿Qué queréis?

- De boticas nada. Vengo recomendado al señor Leonardo Esbarroya. ¿Puedo verle?

- Está adentro, en la rebotica, con sus contertulios, pero, decidme quién sois, que yo se lo diré y él verá si podéis pasar.

- No me conoce. Anunciele que vengo de Palos. De La Rábida. ¿Os vale?

- Espero que sí. Estad un momento aquí que, en seguida os doy la respuesta.

Pasó una puerta estilo gótico, toda ella adornada con repujado y, dentro, vio un salón todo cubierto de estanterías, repleto de frascos de porcelana blanca con tapas cónicas, en cuyos cuerpos cilíndricos, se leían sobre recuadros dorados lo que cada recipiente contenía, entre otros productos los siguientes: Mastuerzo. Adormidera. Ajenjo. Regaliz. Mostaza. Ricino. Manzanilla. Digital. Belladona. Rubial. Valeriana. Sándalo. Mejorana. Orégano. Jalapa. Ruibarbo. Quina, etc, etc, etc. hasta más de doscientos títulos. Sonó al abrir otra portezuela del fondo

como una campanilla que golpeó el marco en lo alto del mismo, y, el que parecía ser "idóneo" de la farmacia apareció haciéndole un gesto para que le acompañara al interior. Así lo hizo, mientras se iba fijando con extrema curiosidad en cuanto había en aquel amplio salón, con su gran mesa de fuerte madera, sobre la que había balancitas, pesas, probetas, paletas, morteros, y cuanto es necesario para que un boticario elaborase los productos que le recetaba el médico. Toda aquella sala estaba adornada con bellas tallas color oro. El buen gusto era manifiesto.

Cuando abrió la puerta de la rebotica vio que, rodeando una mesa redonda con tapete moruno, había cuatro hombres de aspecto grave, casi todos con barba y bigote bien poblado. El "idóneo" le dijo al que parecía ser el dueño y estaba levantado. Aquí está, señor.

- Buenas tardes, señores. (Como había entrado descubierta -que muy educado era el almirante- no necesitó hacerlo en ese momento, pero sí marcó una leve inclinación de cabeza y una sonrisa, que era signo de agradecimiento por permitirle entrar.

- ¿Quién os envía desde La Rábida?

- El padre Antonio de Marchena.

- ¡Vaya! Me alegro.

- Me recomienda que os dé un abrazo de su parte ya que el no puede hacerlo.

- Bien me parece, señor. (Y como se dijo, ambos a una se dieron un abrazo.

- Antes de nada ¿Cómo os llamáis?

--Cristóbal Colón.

--Se me figura que no sois de Córdoba.

--No lo soy.

--Pero sí sois español y ello basta.

--Lo soy.

Dirigiéndose a sus amigos les dijo Esbarroya:

--Yahabéis oído. Él es Cristóbal Colón. Qué bien sue-

--na. ¿Verdad que sí? Yo, os voy a presentar a éstos

--amigos: Juan Sánchez, Maestre de mar.

--Mucho gusto, señor.

--Juan Díaz de Torreblanca. Físico y cirujano.

--Encantado de conocerle, señor.

--Rodrigo Enríquez de Arana. Hombre sabio, influyen-

--te en esta ciudad, sólo en esta ciudad. Si necesi-

--táis algo, recurrid a él...

--Muchas gracias.

--... aunque, mejor será que no os duela nada.

--Eso espero. No olvidaré la recomendación.

--¿Quién era aquel Rodrigo Enríquez de Arana? Va-

--mos a detenernos un poco en él. Era hombre de aparen-

--tar mucho y no tener nada. Una familia venida a me-

--nos, a casi nada, pero... el hombre, que listo y ba-

--chiller lo era, decía a boca llena que, ese apellido

--Enríquez, provenía de las gentes más importantes de

--España. Que, así se llamaba Teresa Enríquez, hija

--del que fuera almirante Alonso Enríquez, y la prima her-

--mana del rey don Fernando. Esa Enríquez era la da-

--ma predilecta de la reina doña Isabel. Su marido era

--el Comendador Mayor de León, quien también era Conta-

--dor Mayor de Hacienda de la Corona. Era Antesala

de la reina y Mayordomo del príncipe don Juan. Pues de todo esto presumía y no poco don Rodrigo, que "don" no tenía, porque, para tener "don" en ese tiempo había que ser aristócrata, o ganado por méritos en la guerra o en acciones favorecedoras de la Corona. No tenía don el pobre don Rodrigo, ni tampoco "din", con lo cual su enfermedad se agudizaba. De ahí, que, quiso poner a una sobrina suya, de la que pronto nos ocuparemos, y al no tener padres por haberse muerto, sus apellidos honrosos.

El bachiller boticario, aún le siguió diciendo al forastero:

- Faltan tres y, hasta cuatro más de la tertulia, entre ellos, mi hermano Lucían, que - ¡ojo! - creo que entra en este momento.

Y así fue, efectivamente. Ambos, como se hizo con los anteriores se presentaron y saludaron.

- Bueno. ¿Me decís, señor, qué os trae por esta ciudad y en qué puedo servirlos, si es que ello puede decirse públicamente?

- Puedo decirlo. No es ningún secreto. Soy marino. Piloto. Soy almirante.

- ¡Bravo; -dijo Esbarroya. ¡Bravo; Eso me gusta. Yo no tengo naos, carabelas, ni tan siquiera un bergantín, pero, admiro a la gente de mar. Por otro lado Córdoba - como sabéis - no es puerto como Sevilla, Málaga, Huelva o Cádiz. Os advierto que es lo único que envidia, lo demás... nada de nada.

- Pero, parece que tenéis influencias...  
- ¿Yo...? Bueno, bueno... De eso ya iremos hablando.

Me supongo que prisa no tenéis, porque, en Córdoba, la prisa no existe, seguimos siendo árabes y ello, pues sí, hasta nos gusta. Ahora tenemos aquí a los re-

— yes y no debemos apresurarnos en nada. Calma chicha para todo.

— Efectivamente, señor. No tengo prisa. Ya me cargaré de paciencia si es preciso.

— Esa, hijo mío, es la desgracia de este vivir, cuando se tienen ideas, ilusiones, juventud, aspiraciones y proyectos.

— Bien me habéis leído señor el interior de mi cabeza.

— Sentaos, señor almirante y charlemos un rato, que es lo que aquí se hace a estas horas: Polemizar o contar sucedidos del vecindario y extravagancias. Cuando no hablar de mujeres santas o putas, según el paladar y el momento en que se haga la referencia. Ya sabéis, lo propio del género masculino, cuando se juntan tres o más hombres y tienen delante un buen plato y un jarro de vino.

— Gracias por la confianza que me dais.

— Es una obligación, cuando el visitante lo recomienda un padre franciscano sabio, y el portador es hombre de calidad según hemos oído.

Los cuatro hombres sentados, que rondarían los sesenta años, excepto Juan Sánchez, que frisaría en los cuarenta, le invitaron con un gesto a que les acompañara, mientras el boticario siguió hablando, que parece mucho le gustaba.

— Aquí tiene usted dónde acudir cuando esté por la ciudad con aburrimiento. Le advierto que, Córdoba, es terriblemente aburrida. Verá que, aquí, nos entendemos todos perfectamente, y no es porque nuestros pensamientos coincidan, e, incluso, nuestros nacimientos.

Yo, le aclaro esto que parece hasta extraño. Ellos

son nacidos en esta tierra de Al-Andalus, o, como decimos ahora, An-da-lu-cía, ¿entiende? Yo y mi hermano Lucían, somos nacidos en Génova.

-¿Genoveses sois, señor?

- ¿Os extraña? Genoveses. Ahora somos -perdón por la arrogancia pero es la verdad:-los dueños de las mejo-

res boticas de Córdoba. ¿Conocéis aquella tierra, Génova he querido decir?

- Sí sí. En mi navegar por la mar, también allí me detuve atracando al fondo del mar de Liguria: ¡La Spezia. ¡Livorno... ¡Génova...

- ¿Conocéis el idioma?

- Apenas nada. Pero sí aprendí allí a crear mapas. Hay grandes hombres en ello. ¡Ah, Génova; Buenos cosmógrafos y astrólogos.

- ¿Veis? ¿Le veis?... He aquí un hombre que apoya lo mucho que yo os he dicho en mil ocasiones. Allí está la inteligencia máxima del saber en los mares y en la tierra.

- Pues sí. Allí traté incluso, con Pablo Toscanelli.

- ¿Con Toscanelli? ¿Con Toscanelli?... ¡Madonna mía, ha dicho con Toscanelli; Algo sé yo sobre sus proyectos. Ahora entiendo el por qué me mandó a vos el padre Marchena. Es lógico.

- Gracias. Me alegro infinito

- Ya hablaremos, ya hablaremos. Pues, aquí me tenéis de boticario. ¡El mejor boticario de Córdoba; ¿Por qué?

¡Ah; Ah...! secreto... Porque guardo todos los misterios de la flora costera del Mediterráneo en la mía testa... Por otro lado ya se sabe, basta que seamos extranjeros para que tengamos a toda la clientela. Es-

to es lo normal de la anormalidad. Preferimos 57  
al de fuera para tutto, para tutto... ¿A que sí?

-Perdonen pero creo que les he interrumpido su conver-  
sación. Pueden continuarla.

-- No no. Hablábamos de la guerra, señor Cristóbal.  
Oiga, y si no hablamos de ella; ¿de qué otra cues-  
tión podemos hablar, cuando la tenemos a treinta leguas  
de ésta rebótica? Decía mi amigo Juan, que, el  
reino musulmán, caerá el próximo año, o, a más tardar  
el 87, y le discutíamos que no, que hay guerra para  
media docena de San Silvestres más. Sigue, sigue  
Juan con tu argumento.

- Me apoyo, Leonardo, en que el rey don Fernando, es-  
tá camino del frente de batalla con once mil hombres;  
veinticinco mil peones, y, mil carros de artillería.  
¿Quién aguanta ese empuje, señores? ¡Nadie; Se dice,  
se dice, que ya han caído en poder de la Corona: Car-  
tama, Coin, Benamáquez y Alhurín. Y que, el propio  
rey ha dicho que espera entrar en Granada, para comér-  
sela antes de la Navidad de este año.

- Esas que has citado, son posiciones que el moro las  
tenía poco menos que abandonadas. Toda la sierra de  
Ronda está fortificada al máximo -le dice el maes-  
tre Juan Sánchez. ¡No os hagáis ilusiones; He cono-  
cido alguna batalla y sé, más que vosotros, de estos  
planteamientos guerreros. Y, si no, decíame: Cuán-  
tos siglos llevamos queriéndoles echar de España?

¿Echarles, cómo? Pues, ahí, a la vuelta de esas  
montañas los tenemos. Ahí están sus emires, sus go-  
bernadores y sus ejércitos como hace quinientos  
años. ¿O no...?

Aquí, terció el boticario para decir entre

sonrisas. ¿Os cuento un secreto sobre la reina?

- ¡Suéltalo, suéltalo, Leonardo!

- Se dice - dicen algunos graciosos y aquí les hay como moscas- que vamos a tener que salir todas las mañanas, al alba, con haces de hierbabuena, romero y espliego, -algunos echando humo- recorriendo las calles de Córdoba, porque, desde que llegó la reina Isabel, de Castilla, hay un cierto tufillo a sudor y a otras cosas que es que no se puede aguantar...

- ¿Y eso, por qué? -le dice el maestro riendo con poca picardía.

- Pues, porque la reina dicen -eso dicen no lo digo yo- que no se lava el cuerpo, y que no quiere cambiarse la ropa interior hasta que se rinda Granada. Parece que es una promesa, pero, ¿qué culpa tenemos nosotros de aguantar tanto tufillo real? Los sahumeros ya se están preparando para sanear el aire.

Una carcajada de todos, rubricó las frases finales del boticario.

- Yo os doy la última noticia, no en broma como esta que hemos oído. Quizá sea mentira pero, la cuento.

- ¡Contadla, Rodrigo, contadla! Y vos, si os place señor almirante, prestad atención. ¡Seguid!

- Boabdil, se ha puesto de acuerdo con su tío El Zagal y dicen que, sin tardar traicionará a los Reyes nuestros, quienes le salvaron la vida y le dieron hasta poder en el ejército cristiano.

- ¿Eso se dice? ¡Maldito! Torpeza es fiarse de un moro, aunque sea el moro Muza, y el más grande de los sultanes de Persia. Pero ¿es que no estaban en guerra los del Albaicín contra los de la ciudad gobernada por El Zagal?

- Eso, hace tiempo que se sabía. Se ha dicho que más de diez mil moros apoyaban al Rey Chico, pero, como El Zagal no cuenta con pueblo, e, incluso los jefes faquíes le han vuelto la espalda... ha hecho un trato con su sobrino Bôbail.

- Yo también he oído en Palos de Huelva algo sobre eso, -les dice el almirante.

- Bueno, en ese caso -les advierte el boticario- eso, ha de hacer que Granada se rinda antes de lo previsto.

- Pues no, porque, en el acuerdo hecho entre tío y sobrino, se trata de ofrecerse entre ellos paz, pero, ojo a esto; : Todos unidos para atacar sin descanso a los cristianos!

- ¿Veis? ¿Veis lo que nos trae por ser los reyes generosos? ; Si le hubieran degollado, como hizo el Zagal con su otro sobrino... muerto el perro, se acabaron los mordiscos y las pulgas. Claro que, al sobrino, le degolló por error, pues al que buscaba matar era a su hermano el heredero.

Mientras hablaban, bebían licores y refrescos. Fue allí cuando habló Juan Díaz de Torreblanca y dirigiéndose a Rodrigo Enríquez le dice:

- ¿No era hoy, cuando tenía que traer vuestra hija Beatriz unos dulces que han hecho en vuestra cocina?

- Si. Ya tenía que estar aquí.

No acabó de decirlo cuando se abrió la puerta y apareció el flaco "idóneo", cediendo paso a una joven bella, airosa y delicada moza, que portaba en las manos una bandeja tapada con blanco lienzo.

- ;Albricias; ;Aquí tenemos a la bella portadora;

- Buenas tardes... señores.

Todos a una dieron las buenas tardes a la recién llegada y, ella, con mimo, colocó sobre la mesa aquella bandeja y lo hizo sin sombra de recelo.

- Aquí están los borrachos, para festejar el cumpleaños del señor boticario.

Todos aplaudieron y también lo hizo Cristóbal, que no cesaba de mirar a la joven, mientras que Rodrigo decía a su "hija":

- Beatriz. Te voy a presentar a un posible contertulio llamado Cristóbal. ¿Cómo habéis dicho, señor, que es vuestro apallido?

- Colón. Cristóbal Colón.

- Exacto; Voy perdiendo la memoria; joven. Ella es mi bella sobrina Beatriz. Mi hija.

- Beso a usted la mano. -le dijo Cristóbal. Le agarró la delicada mano mientras que ella se fijaba con no poco interés en el forastero, extrañándole aquellos ojos azules y claros que la estaban mirando, y su pelo castaño ensortijado.

- Muy agradecida...

- Señores -dijo Cristóbal, aprovechando que estaba de pie- Estaría muy a gusto con ustedes, lo digo con sinceridad, pero, debo retirarme. Lo siento de verdad.

- Haga usted lo que quiera. Aquí no estorba.

- Lo sé, señor Esbarroya. Acabo de llegar a Córdoba y quiero conocer esta ciudad, a la que se llama "la novia de Al-Andalus".

- ¡Sí señor, y bien puesta esa titulación, que se me figura árabe; ¿O no es así, señores?...

Allí comenzó una nueva discusión, porque, en sacando un tema, ya tenían como obligación el discutirlo para llegar hasta lo más profundo de sus raíces. Pasados unos segundos le dijo Esbarroya al genovés:

- No creo que se nos pierda, pero ¿eh? Rodrigo, atiéndeme y, usted, bella jovencita, no me pierda una palabra. ¿No puede vuestra sobrina, acompañar al forastero? Aquí tenemos edificaciones memorables; hay bellos rincones; plácidas alamedas... patios que son un primer...

- Llevas razón, Leonardo, llevas razón.

El almirante sonrió, mientras la joven se le veía cubierta de un angélico rubor, pero, al mismo tiempo demostraba alegría, en aquella proposición que le venía como anillo al dedo. Rodrigo continuó diciendo:

- Jóvenes son los dos. Hija ¿quieres acompañar al señor Cristóbal Colón, para que conozca nuestras maravillas moras y cristianas?

- Puedo, padre. Lo he de hacer encantada.

- Pues, siendo así, idos los dos y dejadnos a los viejos con nuestras manías, con nuestras disputas y con nuestros borrachos... que me parece os han salido muy buenos. Miradles qué calladitos están...

- Me parece muy bien que se vayan a su mundo, pero, antes, dadles Rodrigo un pastel a cada uno.

- Yo no le quiero, señor bachiller. Los he probado en casa.

- Pues que se lo coma el señor almirante, y vea cómo se gastan aquí estas bromas de darle gusto al paladar. ¿Me lo permite, señor Colón? Oid:

62 amigos: ¿Esto no es tradición árabe? ¿Sí o no?...

Bueno, dejémosle para discutirlo después, aunque, eso de llamarles "borrachos", me hace dudar.

- Gracias, señor boticario.

- Genovés. Yo, genovés y español, claro. Esta es mi segunda patria. ¡Ah, qué gran nación España;

Y lo que nos espera, el día que tengamos asegurada la paz y se ponga todo el pueblo a trabajar, eliminando tanta miseria como se ve por el campo y por los barrios bajos de toda villa y ciudad.

- Mucha palabrería tiene el señor boticario ¿Verdad Juan Díaz?

- Ya lo creo. Esa ha sido su mejor fórmula para conquistarse toda la clientela. La ciudad de Séneca se le ha rendido totalmente.

- ¿Séneca?... Es verdad -dice el almirante-. Aquí nació Lucio Anneo Séneca. Me felicito por haber venido a su patria chica.

- ¿Conocéis alguno de sus trabajos? -le dice Enriquez de Arana, que era sabio y le gustaba advertirlo.

- Tengo sus "Tragedias"

- No está mal. Eso no está nada de mal.

- Con el permiso de ustedes, señores.

Salieron de la rebotica el marino genovés y la hija de Rodrigo Enriquez, para que, aquella, le llevase a recorrer algo de aquella bella ciudad, sobre la que flotaba por igual sobre los cármenes y surtidores, el misticismo y la ensoñación.

Treinta y cinco años tenía el almirante. Veintinueve la joven Beatriz, hija de Pedro de Torquemada y de Ana Núñez, pobres labradores que, tiempo atrás habían abandonado la serranía cordobesa buscando mejores horizontes en la ciudad.

Caminaban entre dos luces por las estrechas y deslizantes callejuelas del barrio de la judería.

Beatriz quería llevarle para que conociera por fuera — aunque sólo fuese por fuera — la Mezquita, el puente de piedra y las murallas con sus jardines

adornados. Asomaba tímidamente la luna. Comenzaba a dibujarse, entre sombras, el perfil moruno de las casas de una planta.

¡Ah, qué bien olía a flores por aquellas calles del barrio judío, moro y cristiano;

Por encima de las paredes que cerraban los patios, se elevaban enhiestos y desafiantes, los cipreses y los sauces. En no pocas viviendas, con patios abiertos como pequeños claustros que soportaban delgados pilares con hermosos capiteles, se escuchaba el golpear del agua en fuentecillas con estanques y surtidores. No cesaban de cantar a esa hora del atardecer los ruiseñores, verderones y canarios. En

las afueras de la ciudad, junto a las murallas y, sobre ellas, también se escuchaba el bullicioso cántico de cientos de pajarillos andaluces, que nada saben de las miserias que traen las tierras del Norte español, con sus hielos y nevadas. Andalucía era otra cosa.

Sobre lo alto, en el azul del cielo, asomaba el primer lucero, mientras que, en el lecho del Guadalquivir, que tenían a sus pies, se enhebraban, imitando escamas de sardinas, las brisillas de las transparentes aguas que llegaban desde la serraña. Córdoba, aún seguía como dormida.

Un niño salió corriendo de una casa muy pequeña y pobretona.

Detrás corría su madre con un palo en alto pretendiendo que su hijo soltara lo que se había metido entre

la ropa y el pecho.

- ¡Quieto ahí o te deslomo, cabrón!!!

El pobre niño, se refugió entre Bèatriz y el almirante.

- ¡Ay; ¡Ay de mí; ¡No, madre, no!!!

- ¡Pues sácalo ahora mismo de donde lo has metido;

(El niño sacó del pecho un tallo de chorizo, lo tiró al suelo y salió corriendo)

- ¡Sinvergüenzón; ¿No sabes que esto es para todos tus hermanos y para los padres? ¡Ven aquí; ¡Que vengas ahora mismo a mi lado; Has nacido con las mismas mañas que tu aguelo Israel; Ya lo veis ustedes. Tengo en casa un ladrón, y no tiene más que seis años...

Poco se notaba en esa zona la estancia de la Corte porque era un barrio de la ciudad. Sabido tenemos que el desplazamiento de los reyes, llevaba consigo y era lógico, ruido de armas, toques de clarines, avituallamiento de gentes y bestias, soldadesca cantando por todas las calles, cuando quedaban libres de servicio, y poderosas guardias tanto para los reyes, como para los ministros y grandes de España que acompañaban a Su Majestades.

¿Estaba quizá, aquella ciudad atemorizada tras de tantos años de guerra y sufrimientos? ¿Era el monstruoso fanatismo de unos y de otros, a los que la sabia Naturaleza les imponía un silencio como castigo del dios de los cristianos y del Alá mahometano? Aquellas gentes no conocían la paz sobre la península desde hacía varios siglos.

- ¿Estás contenta de vivir en Córdoba?

- Mucho. ¿Veis? ... Esa de ahí es la Mezquita. La parte más vieja de ella es ése trozo de pared y aquella ventana. Dice mi padre, que es el templo más precioso y más grande del mundo, y que fue edificado por los moros que llegaron a España huyendo de su tierra, hace lo menos lo menos ¡fíjate; siete siglos.

- Es gigantesco... Monumental. ¡Qué maravilla!

Colón no cesaba de fijarse en aquel lienzo de pared que comenzó a construirse en tiempos de Abd-al-Rahman I.

En un banco de piedra berroqueña, junto a las murallas, había una joven madre, al parecer gitana, dándole su pecho al niño que aparentaba tener medio añito. Le tenía dentro de un lienzo entre brazos bien agarrado. El pecho de la joven era terso y su color tostado. Aquel niñito mamaba y sonreía dándole con su puñito, empujoncitos a la fuente que le daba vida.

Cristóbal le hizo una seña a Beatriz para que se fijase en aquella hermosa escena. La moza se fijó pero, por el recato y excesivas prohibiciones que pesaban sobre lo que es natural en toda madre, dándole lactancia a su hijo, volvió la vista y se ruborizó. Había sido educada con no poco rigor en aquella casa, si bien con muy pocos recursos si con grandes infulas de tenerlos y, dentro de aquella elevada cuanto torpe sociedad, se procuraba ofrecer el máximo recato como prueba de sana educación y limpieza de sangre, cosa que jamás hubiera visto con su padre Torquemada, además de que, la vida de los niños en los pueblos, desde siempre, han gozado de tanta libertad como han visto en los animales con quienes han convivido.

La Mezquita estaba cerrada, y decidieron visitarla al día siguiente.

- Ese río, que tenemos debajo del puente, es el Guadalquivir. ¿Le conocéis?

- Un poco. Todo lo que sea agua, Beatriz, me interesa mucho, y, si es salada... pues mucho más. ¡El mar; ¡La mar;

- He oído que os llamaron en la rebotica almirante...

- Lo soy. Lo soy, Beatriz, pero... sin barco... sin gentes a mi mando... sin sueldo. Un desgraciado.

- Entonces ¿habéis navegado mucho por los mares?

- Mucho, pero no lo suficiente.

- Conoceréis otras gentes, otros pueblos, otras costumbres.

- Así es. ¿Sabéis leer?

- Sí que lo sé.

- ¿Y escribir?

- También; ¿Por qué no ha de saberlo quien se educó en una casa como la mía? El tío, mi padre, se preocupó de que todo libro que cayese en mis manos, y todo papel escrito, le pudiera yo leer sin ayuda de nadie. Lo que no saben muchas que tienen grandes

titulaciones y escudo en la fachada de su palacio, lo sabe ésta hija de padres muy pobres, pero, educada como si fuese una princesa ¿Lo entendéis?

- Perfectamente. Estupendo. ¿Os llamáis Beatriz, verdad?

- Sí. ¿Y vos, señor?

- Cristóbal. Cristóbal Colón. ¿Cómo es vuestro apellido?

- ¡Oh! Mi apellido... Perdí a mis padres de muy niña.

Vivíamos en la sierra. Eramos muy pobres. Mis tíos me llevaron a su casa y me adoptaron como a una hija, siendo mis tutores. Ha querido mi tío que lleve su mismo apellido y no el Torquemada, que decía era judaizante. Me llamo Enriquez de Arana. Muy bonito ¿verdad? Bueno, lo de menos es cómo se llame una.

- En efecto. Interesa cómo es la estatua y no el título.

- Eso está muy bien. Vamos para casa.

- ¿Tan pronto?...

- Reparad que viene la noche y que una joven como yo no puede estar a estas horas por las calles...

Ambos rieron de aquella torpe norma.

- Os acompañaré hasta vuestra casa. Mientras tanto, y porque me tenéis atontado con vuestra cara, vuestro cuerpo y la gracia andaluza que os desborda...

- ¿Otra vez, señor Colón...? Prefiero que me habléis de vuestro viaje a Córdoba.

- Si es así, os diré que he venido a ésta ciudad para ver a los Reyes doña Isabel y don Fernando.

- ¿Vais a ver a los reyes...? ¿Sí...? ¿De verdad...?

- Me estoy avergonzando de estar a vuestro lado. ¿Sois acaso un marqués o un duque?

- No no no. Soy un hombre pobre y un pobre hombre que, ni título tiene, ni apenas marevedís que distraer. No tengo nada de nada...

- ¿Me vais a contar un romance, un cuento o, un libro de caballería? No os creo.

- Os repito que soy hombre de mar, nacido para estar sobre la mar, y que mi finalidad en esta vida no es otra que hacer realidad mi aventura.

- ¿Puedo saberla? ¿La pudo entender?

- Podéis, y yo muy a gusto os la relataré.

- Antes, decidme, señor Cristóbal Colón ¿Os puedo llamar Cristóbal? ¿Me lo permitís?

- Podéis, y yo a vos, -admirable amiga-, Beatriz.

- Ello me place. Os decía que, aun siendo autorizada por mi tío para acompañaros, quiero saber algo más; quizá curiosidad de mujer, comprendedlo.

- Preguntadme cuanto queráis.

- ¿Casado?

- Viudo.

- ¡Oh, qué pobre;

Hace años que mi pobre mujer

- pobre mujer, yace enterrada en Lisboa.

- ¿Tenéis hijos?

- Uno de siete años que dejé en Huelva.

- ¿En Huelva? ¿Y se llama?

- Diego.

- Diego Colón. Muy bonito. Ahora, seguid si os parece con la aventura, señor Cristóbal, no: Cristóbal.

- Porque tenéis la cabeza cultivada en letras os digo que quiero ir a las lejanas tierras de las Indias, siguiendo el camino del Oeste, desde las islas Afortunadas.

Navegar por el mar Tenebroso, adelante, siempre adelante por donde no fue nadie.

- ¿Por el mar Tenebroso queréis ir?

- Si. Adentrándome por el lo más que pueda hasta el límite.

De ahí que quiero ver a los reyes que llamamos Católicos, para que sea la Corona de España quien apoye

este magno proyecto. Sé que, de allí, traeré especias,

oro, joyas: ¡De todo! Aquellas son tierras llenas de fortuna y permanecen aún cerradas al pié que busca

sacarles sus tesoros y robarles la paz. Hay un pero, Beatriz y no es pequeño. No sé cómo llegar hasta la reina

doña Isabel. El rey don Fernando está ahora haciendo más fuerte que nunca la guerra al poderío árabe, pero

yo quisiera estar estos días con la reina, que dicen es buena receptora de proyectos, y más si son para ampliar

las fronteras de los mares y recuperar tierras y hombres para la fe cristiana.

- ¿No conocéis aquí a nadie?

- Acabo de llegar. Soy un desconocido para todos, pero, llegará un día, Beatriz, en que toda España me conozca

y de Cristobal Colón se hable por todas las comarcas, por todas las ciudades y pueblos de España.

Beatriz soltó una carcajada llena de alegría, de gracia y de juventud.

- ¿Os reís, Beatriz?... ¿Me tomáis por loco acaso?

- ¿Y qué otra cosa puedo hacer si nunca oí a ningún hombre hablar de esta manera? Mirad, Cristóbal, y perdonad si aún sale mi voz con un pellizco de sonrisa. Mi tío, mi padre, mi tutor, tiene grandes amistades en esta ciudad. El puede visitar a condes y marqueses si es que lo necesitáis. Todos esos, dicen que están al lado de los reyes y él podía, digo yo...

- Pues, siendo así, tengo que visitar a ese tío o padre en vuestra casa. ¿Puedo? ¿Puedo, Beatriz?

- Le habéis visto en la reunión de la botica. Mi tía Constanza de Alarcón, también cuenta con buenas amistades, porque viene de los Alarcón, que mucho han pesado en el gobierno de España, según dice ella, pero, mejor ha de ser que os veáis con mi padre. Es muy sabio y domina esas altas relaciones.

- ¿Tienen hijos? ¿Tenéis hermanos?

- Uno, llamado Diego. Igual que vuestro hijo, ya veis qué coincidencia. Vaya, debo irme a casa. La noche se acerca.

- Yo os acompaño. ¿Cuándo puedo estar con vuestro padre?

- No lo sé. Ya se lo diré esta noche. ¿Podéis venir mañana a saber la noticia?

- ¿Por la mañana...?

- O, por la tarde.

- No no, por la mañana. Tengo prisa; quiero hacer todo con rapidez. No dejéis de decírselo esta noche.

- Descuidad.

- Yo llamaré a vuestra puerta a la hora del medio día.

Llegaron al barrio donde tenía Beatriz la casa y se despidieron con no pocas ilusiones por la feliz coincidencia de haberse conocido. Aquella casualidad de verse los dos jóvenes, ya estaba dando señales de que el amor estaba tejiendo sólidas redes dentro de la cabeza de cada cual, quizá más de la moza, porque habían sido menos las relaciones con hombres y más pobres las ambiciones. En cambio Cristóbal, desde hacía años, no tenía otra vocación que viajar. Aquello que le había dicho en sus últimos momentos de vida un naufrago anónimo, que falleció poco después de pasarle el secreto, tenía que hacerlo realidad. El almirante se sentía como predestinado por Dios para cumplir el gran salto que necesitaba la Humanidad. Sólo le faltaba conseguir el apoyo económico, todo lo demás sería logrado de una u otra forma. Si fallaban los reyes de España, allí estaba su hermano Bartolomé, dispuesto para salir nuevamente en busca del rey de Inglaterra, llevándole mapas, cartas de navegación o cuanto hiciera falta. Pero, por ahora, había llegado a Córdoba, donde estaba la reina Isabel, y que quizá un día próximo le haría una visita que podía ser altamente decisiva.

-----

Era la primera mañana que veía Colón amanecer desde la ciudad de Córdoba. ¡Ah, qué nerviosismo; ¡Qué pesadillas esa noche creyendo que toda aquella aventura la tenía más cerca. Soñó que tenía las tres naves armadas y listas para zarpar; que, antes había pasado mil y mil fatigas para contratar gentes que se negaban a ir con él. Que llegaban a unas tierras en las que había grandes montañas todas con oro en sus entrañas. Por otro lado, para mayor tortura, el enamoramiento -y era natural- que le había nacido por aquella moza. Sin embargo, una honda desesperación le retorció las fibras más ocultas. Mirando por la pequeña ventanilla del altillo, con las nuevas claras del alba, veía cómo el cielo se iba despejando Perezosamente. Su mirada indecisa navegaba sobre las rojizas tejas árabes que hacían de aquellas techumbres caprichosa alfombra, pero no veía las aguas del mar, su soñado y acariciador mar. No obstante era excitante aquel amanecer teñido de bermellón y añil.

¡Ah maldición... aquella ciudad no era puerto;

Se encaminó hacia las murallas y pasó por la que llamaban puerta mora, al otro lado del núcleo central, para contemplar el campo ocre de aquellas suaves lomas que circundan la señorial y vieja ciudad califal. Todo aquel entorno dejado a sus espaldas le hablaba de los sabios musulmanes, Abentofail, Averroes y el judío Maimónides.

A las doce se encaminó hacia el barrio de Santo Domingo, donde la tarde exterior había dejado a

Beatriz en casa de sus padres Constanza y Rodrigo.

Llamó en la aldaba y apareció una chica de servicio que se llamaba Elvira. Ya le había dicho Beatriz que, aquella moza llevaba con ellos dos años, y que su madre Lucía, mujer de un molinero morisco, había estado en la casa sirviendo más de diez años. Pasó al zaguán y esperó a que bajase Beatriz, que lo hizo muy ágil y alegre saltando las escaleras igual que lo haría una adolescente. Se saludaron con la mayor cortesía que era norma entre gentes bien educadas. Beatriz le dijo:

- Subid, subid que mi padre ya lo sabe, y quiere hablar con vos esta mañana.

Los veinte peldaños fueron subidos a la par por los dos enamorados, en los que la diferencia de edad se igualaba en agilidad. Golpeó Beatriz con los nudillos sobre una puerta en la que resaltaba el barniz caoba, y, a seguido, se oyó desde dentro una voz que dijo:

- ¡Adelante, ¡Pase, pase quien sea!

- Es el señor Cristóbal Colón.

- Pues que pase, que pase y dejadme con el, Beatriz.

- Pasad, pasad -le dijo Beatriz con tanta ilusión que apenas la podía disimular.

Se cerró la puerta y lo que entre ambos se trató es lo que a continuación sigue:

- No hace falta que nos presentemos porque ayer nos vimos en la rebotica del bachiller Esbarroya. Sentaos y en confianza, contadme lo que deseáis de mi colaboración. Creo que os llamáis Cristóbal Colón ¿Verdad?

- ¡Exacto;

- Decídmelo en qué os puedo servir.

- Gracias. He venido de Portugal hace muy poco. Creo que ya dije allí, en lo del licenciado, que soy hombre de mar, hombre que vive para la mar.

- Así es. Creo que algo escuché de que érais almirante.

- Lo soy. Está en Córdoba la Corte con sus reyes doña Isabel y don Fernando.

- Ella sí. La virtuosa y sensacional reina de Castilla sí que lo está. El rey don Fernando no. Salió a batallar con sus ejércitos.

- Lo sé, lo sé. Es mi voluntad y mi loca ceguera, señor Enríquez de Arana, buscar ayuda real para hacer descubrición de nuevas rutas en la mar. Esta es una dura empresa que necesita de grandes apoyos, y sólo nuestra Corona puede concederlos.

- ¿Nuevos caminos hacia dónde, señor Colón?

- Busco llegar por el mar tenebroso a tierras de Indias

A Catay y Cipango. Tengo papeles, mapas, cartas de marear, documentos que todo esto lo garantizan, me dicen hasta dónde llegan esas Indias por Occidente ¿Queréis verlos? Todo es muy sencillo.

- No no. Si vos lo sabéis que sois el maestro en estas lides, yo sólo puedo escucharos y, si puedo, si puedo... ayudaros, lo haré con sumo gusto.

- Eso busco, señor Enríquez.

- ¿Esto que me decís es callada idea vuestra? ¿No lo saben otros almirantes, otros pilotos, otras naciones con tantos o más marinos sabios que nosotros?

- Lo han intentado varias veces.

Lo han intentado, pero, no se ha pasado de un cierto límite, porque todos hemos temido el continuar sin saber a qué fin se llegaba. Además, se necesita una buena armada para vencer los temporales y las semanas o meses que se ha de soportar sobre las naos y carabelas. He sido piloto mayor en alguno de esos viajes y sé el riesgo de la aventura. Os lo diré mejor: Saliendo de las Afortunadas, de las islas de Cabo Verde, Madera o de Guinea en la costa africana, hemos llegado a 130, 150 y hasta 200 leguas sobre la mar, pero, no se ha seguido avanzando, tanto por temor a la distancia como por el poco interés en hallar tierras ¿Entendéis? Yo sé, lo sé, señor, que pasando las 750 leguas, hallaremos tierras en forma de islas y tierra firme, tierras que han de ser -entre otras- Cipango y Catay. Son las tierras de Indias, pero, buscadas por el mar Tenebroso ¿Lo comprendéis?

- Así será si vos así lo creéis, y vos sois como he dicho el sabio en estas lides, pero, señor Colón, yo qué puedo hacer?

- Servirme de presentador a gentes que me hagan llegar hasta la reina.

- Bueno, bueno... bueno... Vamos a ver,,, vamos a ver...

Aquí hay gentes hoy muy valiosas porque han venido con la Corte y su Consejo Real. Aquí están los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli. Alba. Alburquerque, y media docena más de ellos. Hay marqueses, condes, arzobispos, obispos y grandes autoridades de las órdenes militares. Todos ellos forman por razón de título el Consejo de la Corona. Aquí están Luis de Santángel...

Alonso de Quintanilla y alguno más con los que yo no tengo amistad, pero... pero... bueno, se podía intentar

- ¿Podemos intentarlo? Considerad que es hacer un gran servicio a España. Que sería conquistar laureles para la Corona y que eso, hasta hoy, nadie lo hizo por encima de las aguas. Ayudadme, señor...

- Bueno, bueno... bueno. Dejadme, dejadme pensarlo un poco. Hace dos semanas he conocido casualmente a don Alonso de Quintanilla, Contador Mayor de Cuentas y Miembro del Consejo Real. Se podía intentar... Si ese fallase... podríamos ver -si me recibe- a don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, muy próximo a la reina, pero... comencemos por Quintanilla, si es que se acuerda de mí... no sé, no sé... Decidme friamente, sin apasionamientos como os veo cuando habláis de esa aventura. ¿No será locura o poco tino, ahora que se están quedando sin fondos las arcas de la Corona, por causa de ésta guerra, que vayamos con esta embajada, de poder encontrar Catay y Cipango, cuando tenemos el reino de Granada sin conquistar y dentro de casa? De allí traeré las carabelas llenas de oro, de joyas, de especias y de plata.

-Siendo así -le dice con excepticismo Rodrigo- la inversión no hay por qué temerla.

Y sonrió pícaramente ante tanta seguridad y firmeza como puso el ligur en sus palabras.

-Habéis venido de tan lejos, sólo para estoy sin tener un valedor que os ayude?

- A nadie tengo, señor Enríquez. Es decir, estoy esperando que llegue a esta ciudad el padre Antonio de Mar-

-no sé si le conocéis- que es cosmógrafo, sabe de mi proyecto y lo apoya sin ninguna duda.

- ¿Marchena?... No le conozco.

- Viene de Palos de la Frontera, del Monasterio de La Rábida. Con él, si es posible, nos acercaremos hasta la reina doña Isabel y le expondré esta noble y valiosa aventura.

- En ese caso, ¿para qué os tengo yo que buscar influencias -como se dice ahora- ? Esperad la llegada de ese fraile.

- Es que puede y no puede venir, ya sabéis las obligaciones y viajes de un fraile sabio como lo es el.

- Bueno, bueno, bueno... Yo trataré de ver a ese Miembro del Consejo Real que os he dicho y os tendré al tanto de lo que se produzca. ¿Con quién recibiréis el recado?

- Puede hacerlo Beatriz.

- ¿Os veréis con ella?...

- Espero que sí.

- Pues no se hable más.

- ¿Queréis que os deje mapas, cartas de navegación...

- No no. Eso para mí es como intentar leer en griego.

- Si lo que he dicho consigo, podéis venir conmigo y con esos documentos.

- Gracias, señor.

- ¿Os vais?

- Sí. Muchas gracias por todo.

- Esperad, esperad a que os acompañe mi sobrina.

Tocó una mínima campanilla que tenía sobre la mesa de aquel despacho lleno de libros, y apareció

Beatriz, que estaba esperando y escuchando la conversación, detrás de la puerta.

- Beatriz, hija, acompaña al almirante Colón, que parece quiere irse. Ya veis qué rápida ha sido su visita.

- En efecto, padre.

- Buenos días, señor.

- Buen día, señor Colón.

No podían estar mucho tiempo juntos, pero, antes de decirse adiós, quedaron los dos jóvenes en verse esa tarde, a las seis, junto al Hospital de la Caridad.

- ¡Beatriz;

- Dígame, padre.

- Te quiero hacer una pregunta, pues me supongo que conoces algo mejor que yo a éste hombre que acaba de marchar. ¿Qué opinas de él?

- No lo sé. Parece un hombre bueno, inteligente, inquieto, distinto a todos... no lo sé.

- Inquieto y algo más. Dudo, hija mía, si es almirante como lo habíais anunciado, o es un pícaro mercader.

Más apostaría por lo segundo. Estamos viviendo una época en que no podemos fiarnos de nadie. No hay hombre que no esconda dentro a dos o tres personas más y así ya no se sabe con quién estás hablando.

- Dice que tiene mapas-mundis, cartas de navegar. Que sabe de mares y de estrellas. Yo le veo audaz, padre.

- Ta, ta, ta, ta.... No digo nada, pero, quizá esa sea la palabra: Audaz.

-¿Pensáis ayudarle, padre.?

- En ello nada me juego, aunque bien me figuro que no es nada de fácil conseguir huella en ese delirio
- Yo os agradecería que si podéis, le deis una mano, padre.
- Y yo os digo que lo hago por el y por vos, que, fija-te tú, ya me parece que os tiene pescada entre sus redes, -no de almirante sino de pescador comarcal.
- No tanto, no tanto.
- Sí es que no me extraña. Es joven, bien presentado, educado, forastero, con grande facilidad de palabra, pero... yo os aconsejo que antes de nada -por si acaso- desconfiad y haced caso sólo a la mitad, o, a un tercio de lo que os diga.
- Así lo haré, padre.
- Lo haréis y es buena la voluntad, pero, yo sé que os vais a equivocar porque la ilusión del hombre que viene de fuera y con tantos mares corridos os puede marear.
- ¿A mí sola?
- A todas. A todos. ¿Me puede asegurar alguien que yo no he sido engañado por ese hombre que viene de no sabemos dónde, y pretende ir a unas tierras que él se imagina llenas de riquezas, demostrando que cuantos sabios hay aquí y allá son todos ignorantes? En fin, le he dado palabra y la cumpliré mientras que pueda. Sólo sacrificando la voluntad agrada al corazón de ese desconocido. Dineros no tenemos, pero, aún nos queda dignidad, un poco de distinción, no poca buena fé y excesiva figuración que la llevamos en herencia, pero...ello, a fe que no es malo. Un poquitillo de vanidad...
- Gracias, padre. Merecéis que os de un beso.

- Y yo lo acepto de esta noble y bendita sobrina. ¡Hija; ¡Hija, qué porra, y bien hija en todos los conceptos;

Paseaba Colón por Córdoba visitando aquellos recoletos y místicos rincones, por los que quizá habían caminado antes Séneca, Lucano, Avicena y Averroes. Cuando en una vieja ciudad o en una villa, han vivido grandes personalidades, ha quedado como flotando en el espacio, aquella genialidad, aquellas palabras, aquellas sombras de los hombres o mujeres que lo eran todo en la historia, la investigación o el arte. Las calles estrechas, los edificios religiosos, los palacios, las losas o cantos rodados de los suelos, nos evocan los siglos pasados y, así, poniendo un poco de esfuerzo imaginativo, nos parecerá que por Avila, Salamanca, Santiago de Compostela, Córdoba, Granada, Toledo, Madrid, Sevilla, El Escorial, etc, se sigue oyendo el ruido de las pisadas de gentes sabias, de reyes, de altos jerarcas que por ellas para bien o para mal, hacían su camino tanto que fueran santos como inquisidores. ¿Y qué decir de Roma, la Roma de los césares? ¿Y de Atenas? Por esas calles también se oyen a los esbirros gritando improperios, soltando latigazos sobre los que van al cadalso, e, incluso, el tintineo de una campanilla y el parpadear de las velas, que llevaban las beatas para dar el viático judería adelante. ¿Quién que se meta por las calles de Jerusalen, no se supone que escucha las

- ¡pacifistas y bellas palabras de Jesús pidiendo calma y paz y sus seguidores, y los gritos del populacho clamando que le crucifiquen por impostor? Todo

esto le ocurría a Cristóbal Colón, en esos momentos en que permanecía esperando una audiencia real en la Córdoba judía, mora y cristiana.

Se detuvo en un largo malecón de piedra, al que daba sombra una gran casona-palacio, o convento y, poniendo el oído fino, escuchaba a distancia lo que aquella gente vieja comentaba:

- ¿Sabéis que el cabrón de Albuacén está en Almuñecar con toda la riqueza que se llevó de Granada?

- Eso no es verdad Hamed. ¡Eso no es verdad; Dicen que si está en la sierra de Las Alpujarras, escondido, esperando que un barco le lleve a Fez.

- Bueno, pues que sea así. A nosotros ¿qué más nos dará? De unos y de otros no recibimos sino castigos. Mal, mucho mal con la vieja religión pero, si os digo la verdad, peor, mil veces peor con la nueva. ¡Buaf, por ahí;

- Oye, a fin de cuentas ¿es que no son todos los mismos? Ellos, cuando les place, se hacen amigos y, cuando no les gusta se tiran a matar. Ahí está lo del Zagal y su sobrino Boabdil. ¿Qué ha hecho el Rey Chico? Echar a su tío y volverse en contra de los Católicos, a quienes juró que serviría. Todos son -os lo digo yo- unos hijos de mala perra. ¡Basura de conciencias; ¡Engañadores de ignorantes que les seguimos; Ahí ahí: que les seguimos. Ahora, nos han hecho

hasta cambiar el año en que vivimos, mira tú qué más dará si el nacer y el morir son los mejores calendarios. Ya no podemos decir el 891 de nuestra hégira, que tenemos que hablar del 1485 cristiano. Nos cambian a Alá por Dios, a Mahoma por Jesucristo, y esto no hay dios que lo entienda. Claro que, nosotros, en casa, escondidos como topos, seguimos con lo de nuestros antepasados y se acabó la juerga. Porque al fin y al cabo yo os digo ¿Qué cambia aquí? : Números y nombres ¿Y qué? ¿No sale el sol todos los días y se mete por el mismo sitio? Ayer fuimos árabes, hoy, cristianos, mañana podemos ser portugueses o ingleses, ¿y qué? Córdoba sigue estando donde siempre y ellos que se vayan con la puta que los parió a todos y nos dejen en paz! ¿Es que me van a cambiar ahora de nacedero o voy a pasarlo de puta madre en el butrón donde tengo que podrir? ¡Manejos de ellos y nada más; Y aún hay quien les cree y hasta se alista para morir como si en ellos fuera algo. ¡Idiotas; ¡Memos; ¡Desgraciaos; ¡Malhaya al que manda, donde sea, que no me meto a decir dónde, yo digo y bien fuerte: donde sea y, al pueblo, lo desangra;

- Escucha, Hamed, oye, que te lo digo como apodo ¿eh? pero, prefiero más decirte a solas Hamed, que no Demetrio, y tú ya sabes por donde voy.

- Ya lo sé. Sigue.

- ¿Por qué tenemos que llamar Hospital, al viejo "maristán"; escuela a nuestra de siempre "madrasa"; enero al querido "muharrán", al  "tafaya", cabrito, al "muraziyya" cordero, y al "galuffo" cerdo? ; Yo no

reniego de mis viejas costumbres ni de la raza que llevo, que es la árabe y española, Hamed.

- ¡Ni yo tampoco, José;

- Ya está bien que, ahora, vayamos a la iglesia, antes mezquita ¡y qué mezquita, madre mía; Que, a nuestros padres y abuelos les hicieron olvidar el Corán por la doctrina de Cristo, pero, a mí no me obligan a salir de esta tierra que es más mía que lo sea del rey don Fernando y de su mujer la reina Isabel, sean de la Castilla o de Aragón, allá cuidaos. ¡Yo soy de Al-Ándalus, soy andalusí y a mucha honra! ¿qué pasa?...

El nombre y apellido que le pongan me lo paso yo por la entrepierna, ¿qué cojones es eso? Igual me se dá éste brazo que éste, si los dos son del cuerpo ¿No os parece?

- Soy del mismo sentir. ¡Sigue, sigue.

- Guerras, guerras... ¡Arruinaos vamos a quedar por esta incivil que ahora está más brava que nunca;

Y yo os digo ¿Qué se nos perderá más si con Abul-Asán, con su primo hermano El Zagal, con el sobrino Boabdil, o con este matrimonio de los Católicos, que quieren hacer de toda España una parcela sin más reyes ni divisiones? Ellos no quieren entender que cada pueblo tiene distintos sentires. ¿Qué es eso?: ¡Negocio del matrimonio; ¡Negocio y gordo; Yo, a estos, y a los otros, me los paso por aquí, Hamed.

- Pero, nos joden a todos con sus manías, José.

- Pues no falta mucho pa que todos vayamos por sendas y pasadas a pedir un trozo de pan al pueblo de al lao, si es que lo tienen. Todos los pueblos, todo España, va a quedar en la puta miseria, mirar bien lo

que digo.

- Ten cuidado que tenemos escuchando a un piojo que puede ser de otro cuerpo... Cuidao con estos que se acercan y abren el oído como una cima...

- Vamos a dar un paseo, que, según están las cosas no podemos fiarnos de nadie, y menos ahora que tenemos aquí a la Corte, a todo su Gran Consejo y a miles de soldados que nos están metiendo el corazón en un puño pa que nos quedemos todos en casa y calladitos.

¡Ojo con ellos, que por menos de un salivazo te llevan a las bodegas de la Santa Inquisición;

.....

Por el campo, en esas horas del atardecer, llegaba hasta las viejas murallas cordobesas, o, del Guadalquivir partía, el canto triste y repetido de los sapos, de las cigarras y de los grillos. Cantaba el buho y ya se había despertado el cárabo. De no pocas casas donde se preparaba el té moruno, las blancas chimeneas hilaban penachos de humo. El sol declinaba. En dos caballos, uno alazán y el otro zaino, pasaban dos jefes armados hasta los dientes. Tras de ellos seguían una docena de soldados que les servían de escolta. Sus fisonomías no eran para llevar a los altares. En sus arrugas y vidriosos ojos se transparentaba el horror de la violencia y de la muerte. El ruido de los cascos perdido por aquella estrecha calle, se iba ahogando como se apaga el tro-

nar de las olas sobre los acantilados, que va descendiendo lentamente hasta que muere en la lejanía del mar.

- ¿Hace mucho que me espera el señor almirante?

- Muy poco, bella Beatriz.

- Buenos días.

- Estupendos. ¿Queréis que vayamos saliendo para dar un paseo fuera de la ciudad, por el campo?

- Vamos. Me apetece.

Y se fueron rumbo hacia el sur que era ruta para llegar a Baena, Alcalá y Granada.

Beatriz ardía en deseos de <sup>saber</sup> más sobre la vida de aquel hombre llamado Cristóbal Colón, y fue el quien le iba diciendo mientras la llevaba de la mano y jugueteara con los finos dedos de la moza.

- ¿Os extraña mi apellido Colón? ¿Sí? Yo os lo aclararé. Mi familia es oriunda de Italia, como la vuestra puede ser también romana, goda o judía. Hubo un gran jefe y famoso escritor que llevó preso a un atepasado mío. El jefe aquel se llamaba Cornelio Tácito.

Quería presentar algunos prisioneros al rey Mitridates "El Grande", y, entre ellos iba mi abuelito lejano, que parece se llamaba Julius Cilo, pero, como era gordo, muy gordo y torpón, Tácito le llamaba Cilón. A raíz de aquella broma, por degeneración se fue quedando el apellido/Cilón en Colón ¿Entendéis?

- ¿Dónde os hicisteis almirante?

- En Portugal. ¿También eso lo queréis saber del todo?

- Me interesa, será divertido.

- Está bien, pero, me tenéis que contar también vuestra

vida, que también yo quiero conocerla.

- ¡Oh; Mi vida...una vida de pobre no vale la pena el ser contada. Nací entre las sierras más pobres de Córdoba. Unas sierras que luego hemos de ver, en un pueblecito pequeño que se llama Trassierra. Una vida de huérfana nunca tuvo interés para nadie. La vuestra es distinto, me figuro que es como una leyenda, igual que un cuento, y cuento me parece el estar yo aquí al lado de un almirante.

- Un almirante que pronto tendrá que pedir ayuda hasta para poder comer, pero, dejemos esto que le tengo encima de mis sienes como un amanecer tormentoso. La incertidumbre es el asilo de la esperanza, aunque la tormenta del suspenso busque inundar la imaginación.

- Contadme, contadme vuestra vida.

Antes de abandonar la ciudad, mientras este diálogo mantenían, caminaban por calles llenas de gentes que vendían objetos producto de sus habilidades manuales: cestas, cestafios, bolsos de piel, herramientas, bebidas para refrescar. Ropas, sandalias, zapatillas. De vez en cuando se les ponían delante y no les dejaban avanzar. Otros, movían las monedas entre los dedos haciendo musiquilla con el tintineo de los metales. Cambiaban los dirhem árabes por los maravedís cristianos. Las calles y plazas eran como casas de cambio. Otras veces, eran niños reclamando alguna pequeña moneda. Córdoba, en esas horas llamadas de paseo, era como un gigantesco zoco. Erán muchos los siglos vividos haciendo ese comercio. Había sido la ciudad Califal, y eso no se borraba tan

presto. De vez en cuando se cruzaban con soldados, que miraban a uno y otro lado para evitar riñas o para reconocer sospechosos. No olvidemos que allí estaba la Corte, y que los enemigos trabajan - como lo han hecho siempre - tramando revueltas, buscando dónde y cómo hacer atentados.

- Os comencaré diciendo que estaba en Portugal, al servicio del rey don Juan, el Segundo. Que navegando me propuse conseguir una meta y la alcancé. Como es ahora esta que llevo de llegar a tierra de Indias por el mar Tenebroso, y lo realizaré cueste lo que cueste. Un día ofrecí al rey de Portugal mi proyecto y no me hizo caso. Estando en estas conocí a una joven llamada Felipa. Su padre era un militar al que destinaron a una isla del archipiélago de Madera, llamada Porto Santo. Años antes había estado destinado allí João Gonzalves, y Tristao Voz Teixeira, que fueron los que descubrieron aquellas tierras ¿Vas entendiendo? Mi suegro fue destinado como jefe de la Capitanía. El padre de Felipa, era amigo de mi hermano Bartolomé, que también es hombre de mar. Mi hermano, por otro lado era cuñado del arzobispo de Lisboa. ¿Entiendes? (Y soltó una gran carcajada porque aquel lío de familia no era tan fácil de entender... Beatriz, aturrida al oír lo de arzobispo le dijo:

- Si era un alto cargo, arzobispo habéis dicho, sería un santo hombre ¿A que sí?

- ¿Santo...? ¿Santo dices...? Tenía, con las hermanas de la mujer de Bartolomé, cuatro hijos. Tres con Blanca y uno con Isabel.

- Eso parece muy feo ¿verdad? ¡Oh!

- Claro que sí. Pero, llevaba el hombre ropas de alto jerarca del clero y "parece" que todo le era permitido o, tapado... El padre de Felipa, Diego Muñiz, fue a la isla y, nosotros, le seguimos. Si mi finalidad era buscar Cipango y Catay, desde allí les tenía más cerca que de Lisboa o Sevilla. No era nada de fácil. Meses después, nueva visita al rey y nuevo desinterés. Decididamente fuimos mi hermano y yo a Inglaterra, para ofrecerle al rey de allí nuestro proyecto.

- ¿Hasta allí fuísteis?...

- Enrique VII tampoco nos hizo caso. Son todos los reyes y sus ministros iguales, todos iguales. Unos inútiles; no sirven ni para para calafatear una nave... Aburrido de tanta indiferencia, regresé a Lisboa y allí nació mi hijo Diego,  Felipa quiso ponerle el nombre del padre y, como era una buena persona yo también lo acepté encantado. Poco después murió su madre, mi mujer. Decidí venir a España, y aunque se ha opuesto mi suegra, aquí hemos caído yo y mi hijo Diego. Como tengo en Huelva a una hermana de Felipa, allí he dejado a mi hijo con aquella familia. Igual lo pude dejar en el monasterio de La Rábida, que los frailes son amigos míos, pero, he decidido que esté con su tía Violante y el tío Miguel. He venido aquí por lo que sabes: Mi viaje.

- ¿Estáis seguro de hallar esas tierras, Cristóbal?

- Tanto como que te tengo a mi lado. Cuando regrese

de mi primer viaje te llenaré de joyas y de oro. Serás la mujer del Almirante de la mar de Indias, don Cristóbal Colón, porque, los reyes, me concederán ese don, que hasta hoy se me niega. Y puedo ser, hasta Gobernador y Virrey.

- ¡Ah, cuánta fantasía! Me temo que nunca veréis esa gloria.

- ¿Que no? ¿Que no...? Se ha de hablar tanto de mí, Beatriz, que, hasta los niños, pasados siglos, corearán en las canciones mi nombre.

- ¡Ojalá que no os pase como a los poetas que se les conoce cuando mueren... y no a todos.

- Puede que sí, pero, ahí es cuando comienza a saberse la verdad de aquella vida, y la ingratitud que todos han tenido con el muerto. Vivimos entre gentecilla ignorante, presumida y ambiciosa. Toda una basura...!

- Volvamos para casa, Cristóbal.

- ¿Tan pronto? Sentémonos en ese ribazo un rato.

- No no. ¿Qué diría quien nos viera? La hija de Rodrigo Enriquez de Arana por el campo en horas del atardecer y con un forastero...

- Beatriz, tengo que deciros algo que me causa rubor, ya veis si, en un hombre de mi edad no es tontería...

Os amo con pasión. No se aparta vuestra imagen de mi cabeza en las horas del día y menos en la noche.

- Yo también os amo. Me habéis turbado la vida, aunque esa turbación sea para goce del alma. No sé, no lo sé si esto conviene o no a mi vida, pero, ya está en la garganta el elixir o ese desasosiego que dicen es el amor. Volvamos, Cristóbal.

- Esperad ... Tenéis dentro de ese bello ojo izquier-  
do una pequeña ramita de sangre o, una mota, y os pue-  
de molestar. Está junto a las pestañas... No no! No  
le toquéis!

- ¿Una mota?...

- Quietecilla. Quieta, quieta, Beatriz! Miradme fijo  
muy fijo, sin pestañear...

- ¿Así? ¿Así?...

- Eso es.

Cuando, ingenuamente, Beatriz obedecía, Cris-  
tóbal la agarró con delicadeza y pasión poniendo una  
mano a cada lado de la cara y la besó decididamente.

Beatriz, se sorprendió, pero... se dejó besar. La  
frescura de ambos labios tomaron contacto y, poco despu-  
-tras del beso furtivo- quedaron en silencio las gar-  
gantas. La moza se volvió de espaldas diciendo:

- ¿Qué he hecho...? ¿Qué he hecho, Dios mío?

- Lo que hacen todos los hijos de Dios. Perdonad mi  
picardía.

- ¿Nos habrá visto alguien? ¡Ah, qué vergüenza, y,  
en el campo...!

- ¿Dónde mejor? Vamos, vamos, seca esas lágrimas y  
no seas niña, Beatriz.

La tarde estaba de capa caída. Las sombras  
sobre aquella ancha pasada que llevaba camino del Sur,  
igualaba todos los edificios, iba oscureciendo la  
sierra y dejaba lentamente detenida la historia.

DON

- Señor Alonso de Quintanilla. Yo quisiera que -si no es gran molestia por el mucho quehacer que tiene el ilustre Contador de la Corona, atendiese a éste amigo, almirante, que reclama una audiencia asegurando que ella es beneficiosa para la Corona, para Castilla y para España.

- ¿Ha venido con vos, señor Enríquez de Arana?

- En la antesala espera mi noticia.

- No tengo tiempo que perder. Comprendo que ya ha sido excepción atenderos a vos, pero... como habéis hecho una buena labor de transcribir un libro, hacédle pasar sin ningún compromiso.

Salió precipitado Rodrigo y volvió a los pocos segundos seguido del almirante.

- ¡Vamos; ¡Vamos, que ya he conseguido que os reciba;;  
¡Daos prisa, porra;

Sentados junto a la mesa del que era Contador Mayor de Cuentas de la Corona, y Miembro del Consejo Real, aquel personaje relevante, con grave gesto le decía:

- ¿Vos sois el almirante que ha dicho el señor Enríquez de Arana?

- Cristóbal Colón. Para servir a Castilla, a España y a nuestros Reyes Católicos.

- Bien. No suena mal... ¿Y qué? Decidme cuál es vuestra propuesta.

- Señor... Necesito que alguien con poder escuche mis ideas para llevar a realidad este proyecto a los Reyes de España.

- No sé si yo soy ese hombre, pero, en fin... bien pudiera hacerlo. Continúa.

- Si consigo mi propósito, que es totalmente seguro, traeremos de Indias, especias que son altamente codiciadas, plata, oro, piedras preciosas. Joyas. Sé que hay muchas islas sin catalogar en los mapas, y tesoros sin descubrir porque aquellas gentes no aprecian los ricos metales. Esto ya lo dijo Marco Polo y Toscanelli.

- Todo eso no está mal pero ¿qué más pretendéis?

- Quiero que sea nuestra Corona la que apoye mi idea para salir desde las Islas Afortunadas y llegar a 750 leguas hasta Cipango y Catay. Una vez allí tomemos posesión de aquellos territorios en nombre de los Reyes de Castilla, de España y del cristianismo. Mi pensamiento es llegar a Indias, acortando el camino por el lado de Occidente y evitar el Cabo de las Tormentas que es la ruta nueva marcada por los portugueses.

- ¿Queréis ir vos sólo?

- Necesito una armada.

Cuando esto escuchó don Alonso de Quintanilla soltó la carcajada, pero, dándose cuenta que aquello muy poca gracia le hizo al almirante, rectificó para decirle:

- ¿Sabéis lo que decís? ¿Una armada más, otra más con tantas como tenemos en estas tierras contra los moros?

- ¿Os habéis vuelto loco para venir a pedir a los Reyes en semejante momento una armada para traer especias?...

- Puede ser el gran negocio. Gastar uno y recibir

-ciento!

- ¿Quién puede asegurar eso? ¿Vos? ¿Sólo vos?...

- ¡Tengo papeles, mapas, cartas de mareas, mapamundi,

- documentos valiosos, experiencia en esos mares. ¡Hay que llegar a 750 leguas y allí están las Indias;

- Señor Cristóbal Colón, o, como os llaméis. (Lo acabó de decir y nuevamente rió con la mejor buena gana, ahora hasta tomándole por loco. Rodrigo temblaba, temiéndose cómo iba a quedar él también con aquella visita tan desafortunada. Nuevamente siguió ante aquel silencio, diciendo el poderoso Quintanilla:

- Señor almirante, que si lo seréis y no lo voy a dudar, creéis por ventura que, ahora, que está el rey

- don Fernando peleando bravamente por conquistar día tras día, leguas españolas, villas, ciudades y pueblos al poderío moro, puedo yo ir a decirle a la reina doña

- Isabel: Mirad, señora, hay un almirante, eso dice él, que quiere salir de España con una armada y cientos de hombres, por el mar Tenebroso, para llegar a dónde habéis dicho?...

- ¡A Cipango y Catay, a Indias!

- Al oírlo nuevamente soltó la carcajada porque para él aquellos dos nombres parece que le movían a risa.

- Colón, le desafiaba con la mirada

- ... el hombre, que ha venido hasta mí, parece que quiere que le paguéis todos los gastos y, a cambio, os ha de traer que allí mucho hay según dice- tesoros y especias.

- Señor almirante; yo no digo eso a mi reina porque aún no he perdido la razón

- y no quiero salir de la audiencia avergonzado: "Señor Quintanilla -me diría la reina- nuestro Tesoro pasa

por grandes necesidades y vos lo sabéis mejor que nadie. ¿Cómo tenéis ganas de bromas en tan críticos momentos?" ;Tendría toda la razón, toda!

- ¿Entonces, no es posible?...

- Para llegar a eso, lo primero será asesorarse de que ello es verdad. La Corte tiene cosmógrafos, astrólogos, teólogos, hombres de ciencia... hablad con ellos y que ellos sean los que apoyen vuestras ideas o vuestras fantasías y, enviad después a los Reyes ese proyecto.

- En tal caso...

- En tal caso, lo siento, pero yo no puedo pedir a nuestra reina ni un maravedí para tal aventura.

Se levantó del sillón de madera y cuero, bellamente repujado, con lo cual les daba a entender que la visita era cumplida. Cortesmente, viendo que les echaba, le saludaron y quedaron en verse más adelante pero, en mejor situación para la corona.

- ¡Hijo de mil putas; ; La madre que lo parió a este cabrón; ;

-; Chisssta.; Chissstss.... más bajo, que aún están ahí los de guardia!...-; Esa no es manera de tratar lo que no conoce ni entiende; Nunca se me trató con tanta risa y broma... ¿Este hombre -o lo que sea- presume de DON?... El ser señor no es saber lo que es, que más eslo saberlo ser, y, éste hombre está hinchado de prepotencia y mucho más de ignorancia.

- Torpe no lo es, señor Colón. Su cargo lo pregona.

- Su cargo se lo han dado los reyes por sus armas y la herencia que recibió de sus mayores. Sabe de

- contar dineros, de recaudarlos, aunque sea ahorcando si es preciso a los pobres que no le entregan el trigo o el vino. Sabrá pagar, pero, de la mar no sabe ni cómo es, seguramente nunca se detuvo ni a contemplarla. ¡Pues sí que hemos comenzado por buen camino; ¡Malditos todos, todos; ¡
- No desconfiéis. Hoy está nublado y mañana puede salir el sol. Los hombres cambiamos más que el tiempo.
- Por regla general, los hombres favorecidos por la fortuna suelen ser insolentes, absolutistas, y, este es el último caso que me tiro a la vista y a los oídos.
- No desconfiéis. La vida es dura. Sabed aguantar que sois muy joven.
- ¿La vida...? ¡La vida; ¡La puta vida, es lo que muchos arrastramos y nos destroza las espaldas, seeñor Enríquez. Esta es una mierda de vida, y, perdón, pero no puedo hablar de otra manera cuando soy un juguete en manos de imbéciles.
- Estoy de acuerdo en todo cuanto vais soltando, señor almirante. Si sabré yo de vaivenes en este pícaro mundo y en esta sociedad llena de farsantes, ambiciosos, traidores y acomodaticios, tanto que sean de la milicia como de la política y el clero... ¿Queréis subir a casa?
- No no. Gracias. Voy por ahí a ventilar mis sienas.
- Espero que no tardaréis en acompañarnos (Y le hizo una guiñada bien significativa.
- Puede que sí. Muchas gracias por haberse molestado para nada, señor Rodrigo Enríquez de Arana.
- No es nada, hijo mío. Dineros no hallaréis en mi ca-

sa, pero, relaciones y amistades, a más de buena voluntad, nunca os han de faltar, por más que de todo eso, nunca haya recibido un maravedí, pero... uno ha nacido así y lo llevará hasta la sepultura.

- Tampoco veo que sois hombre de suerte ni beneficios.

- ¿Beneficios? Como a vos el tratar del ser un almirante fuera de lo común. Pero, vivimos... vivimos y, en ello no es poco. ¿Sabéis por qué no he crecido como merecía, según mi inteligencia y educación recibida?

- ¿Por ser mozarabe acaso?

- No no, que, cristianos viejos han sido todos los de mis apellidos. Por no claudicar ante nadie. Porque Rodrigo Enríquez de Arana, se precia de venir de unas raíces, tan nobles como puedan ser las de los Medina Sidonia, Medinaceli y los Nájera. No tengo por qué mendigar un puestecillo junto a los aristócratas; una secretaría ante los ministros, o una contaduría en el ejército. Tampoco se me ofrece ¿por qué? pues, porque no teniendo título que lo lleven mis dos primos carnales, me tengo en algo más que un bachillercito, o un doctor... Claro que, a cambio de ese orgullo de clase, pasamos en ocasiones hasta privaciones...

- Yo os alabo esa estima y me identifico completamente con esa postura, señor Rodrigo.

- Lo sabía. Somos extraños ante los demás. Somos incomprendidos, pero, somos de materia no maleable y así moriremos. Hasta otro momento, señor Colón.

- Hasta que nuevamente nos veamos, señor Enríquez.

.....

con barba blanca, mal vestido, pero, con un látigo que de llamó la atención por su belleza de trazos.

Paseaba el genovés con cara de amargura y quizá hasta hablando solo, por el viejo mercado -zoco aún de aquella Córdoba llena de seriedad, nunca de tristeza aunque lo pareciera con sus barbios morunos y judaizantes. La herencia del pasado, allí estaba bien marcado en sus calles estrechas cubiertas de trecho en trecho por bonitos artesonados y tejadillos, unas veces opacos y otras transparentes. Por las calles olía a albahaca y azahar, a claveles y a perfumes. A un lado y a otro de las calles, casi tocándose los artículos colgados de una tienda a otra, estaban las alfombras, los tapices, los cueros trabajados y trenzados en un iris de colores; los chales, las tohallas, las largas chilabas con bonitos bordados en plata y oro, las babuchas, los tules y velos de las mujeres. En otras, los objetos de bronce repujados, damasquinados por manos artesanas; las cerámicas árabes con preferencia llenas de detalles en color azul y oro. Todo un zoco como podía haberlo en Granada, en Argel, en Tánger o, en La Meca.

Después de recorrido aquel mercado, al que acudían gentes de toda la comarca, y venía, esos días haciéndose desde muchos siglos atrás, sin haberlo evitado la conquista de Córdoba por el rey Fernando III, "El Santo", -en 1236 hasta ese año en que Cristóbal Colón todo aquel tinglado de colores y olores presenciaba, -vio el almirante a un hombre anciano, con barba blanca, mal vestido, pero, con un físico que de llamó la atención por su belleza de rasgos. Tenía

su persona calidad, eso que tan difícil es de conseguir si no se lleva desde la cuna. También se veía que no era un mendigo, un paria, sino un árabe-español en muy mala situación. Tenía tanto tiempo libre el almirante para gastarlo como fuera, que se dedicó a contemplar aquel extraño ejemplar humano que estaba sentado sobre un muro al fondo del mercado.

Observador que lo era y no poco, pensó que, nada mejor, en esa triste mañana, que trabar conversación con alguien que, quizá, tenía mucho que decir. Tras

de pedirle perdón se acercó para tantear cómo era recibido, que no era fácil tener relación según estaban las cosas por Al-Ándalus. No se equivocó el ligur. El que allí estaba sentado, provenía de una familia árabe que, por causa de la cristianización, había venido a menos, hasta acabar en la miseria. Todos los suyos estaban luchando a favor de Mohamed Abu Abd-Allad, y, casi todos parece que tenían poder dentro del ejército musulmán. Los antepasados del anciano se hicieron cristianos por imposición de los vendedores, pero, como tantos conversos a la fuerza, mantenían vivo el inacabado rescoldo árabe, que era lógica respuesta de todo aquel que pierde -sin quererlo- patria, idioma y religión. El pobre, presto lo pierde todo porque sólo el estómago manda en su voluntad.

No ocurre esto con el rico, que conserva firmes sus raíces y pueden ser, un día, motor de sus propiedades porque no se han lesionado, y, sin embargo, las heridas que no se ven son las más profundas; el hombre culto las mantiene con más entereza y persistencia que

el analfabeto, porque ellas son motivo de reflexión y no la razón de hacer bien la digestión.

El árabe-cristiano, cuando tomó confianza le fue diciendo que se llamaba Harún, que provenía de los Harunes, desde el siglo XII, año 500 de la hégira.

- Escúchame, quien quiera que seas: El Harún nuestro proviene del hurón vuestro, del cristiano ¿me comprendes? Quiere decir, gente inteligente, hábil, astuta.

- ¿Y el nombre cristiano que dieron a los tuyos ¿cómo es?

- Me llamo Hernando de la Cueva y Robles, porque así se llamaba mi padre y mi abuelo, Román, al que bautizaron en tierras de Jaén con cueva y roble.

- ¿Ha sido mercader Harún?

- ¡No; ¡Jamás; ¡Comerciante jamás! Yo soy poeta.

- ¿Poeta? ¡Valgame Dios, o Alá si así lo queréis...

Eso es alistarse a las permanentes inclemencias y hasta a la burla del pueblo torpe.

- ¿Extraño, verdad?

- Una locura, aunque de ella tenemos algunos no poca ración.

- Lo sé. Lo sabía, moriré sabiéndolo. ¿Y qué? No me arrepiento. ¿Acaso no gana la pluma y la palabra tantas batallas como la espada y el puñal?

- ¿Dónde? Yo, en cuanto llevo recorrido, y no es poco, nunca he visto esas victorias.

- Toda enseñanza, desde que somos niños viene de la razón. La cultura del adulto se la da la vida, pero yo te digo -quien quiera que seas- que, cuanto más deseos tiene el hombre más se le separa la libertad, y, le hu-

ye, porque no se siente cómoda en su anidal. La libertad es base sólida para el hombre ¿ Sí o no?

- Sí que lo es. Oiga, su pensamiento me agrada.

- Y a mí que, no conociéndome, te hayas sentado a mi vera y que me entiendas. ¿Qué podemos esperar de todos esos que plantan la tienda para engañar al viajero?

¿Qué podemos esperar de los que dictan leyes contra el débil, y tributos para hacer crecer el hambre por las batallas? ¿Lo que lleva trampa siembra ruina. Son todos ellos como veletas que las mueve el aire de los ducados y maravedís. Yo te aseguro que, todo aquello que lleva debilidad nunca tendrá seguridad ni sinceridad. El cuerpo es semejante a una lira que mueven los débiles dedos del espíritu, y, el comerciante, el usurero y el que gobierna, no tienen sino arca y estómago.

- Todo eso es genial. Estoy de acuerdo totalmente con esa creencia, amigo Harún.

- Divagaciones de un mendigo, al que nadie escucha y es perseguido por la justicia de los reyes, porque quiero ser hierro y no mimbres que el viento curva.

- Habéis tenido buenos maestros según veo.

- He leído, he estudiado, mucho, pero, me ha gustado más escuchar. El que me ha seducido la voluntad desde adolescente ha sido Abu Bakr Muhammed Al-Hatimi Al Tai Ibn al Árabí, más conocido como Ben Árabí ¿Le conocéis?

- ¿Poeta de Damasco?...

- Español. ¡Oh, qué gran poeta; ¡Qué gran obra su libro "Futuh al-Makkiya".;

- ¿Por qué no me lo decís en castellano?

- Quiere decir, señor: "Revelaciones en la Meca" Yo sigo totalmente sus dictados. Ben Árabi, nació en Murcia, en el estío de 1164, era Ramadán del 560 de los nuestros. Venía predestinado para ser un gran filósofo, un delicado poeta. Fue perseguido porque recitaba sus poesías criticando a los violentos, a los que tienen el poder y desprecian la voz de Dios. Sin delito alguno tuvo que salir huyendo para el exilio. Siempre, siempre, los poetas irán huyendo de las bestias que pisotean con sus pezuñas criminales las rítmicas canciones. Pero, no sólo aquí, que todo el mundo padece la misma epidemia. Fue peregrino por los países árabes, viviendo como un paria -como yo si le parezco un mendigo- pero, eso sí, inspirándose en la naturaleza, en los cielos, en las aves y en los ríos. Casó en la Meca, donde conoció a una bella mujer llamada Nizam, que quiere decir Armonía. Era la hija del imán Abuchaxa.

¡Ah, qué poemas, señor, nacieron de aquella unión, y era lógico, porque ¿qué necesitaba Ben Árabi sino estar enamorado de una bella mujer como aquella? Y, sin embargo el poder, que además de torpe es insolente, le persiguió y no cesó hasta que los alfaques lo denunciaron. Aún tuvo coraje el gran Maestro, para escribir "El tesoro de los amantes", arremetiendo contra tanto infeliz que le enviaban para cegar aquel genial Ben Árabi, que era luz, y ellos no más que nube de fuego y piedras. En el Cairo fue hecho prisionero de los ulemas, pero seguía dando consejos, tanto a sus guardianes como a los gobernantes que les pagaban. Murió en Damasco el 16 de noviembre del 638 de la hégira. ¿De

verdad que nunca oísteis hablar de Ben Árabi?

- No. Y me avergüenzo de ello, amigo Harún.

- Yo os digo que no murió. Él no murió. Se pudrió el cuerpo, pero, sus versos continúan vivos y a todos nos siguen educando y marcando el verdadero camino que tiene un vivir honrado. La poesía es el espíritu del hombre.

- Creéis que sirve de algo cuando estamos viviendo entre guerras y locas pasiones? Cuando estamos pensando en conquistar terrenos y riquezas al hermano de otra religión?

- Yo os digo, señor, que, la violencia, la conquista y el terror impuesto al pueblo, terminarán un día siendo barro y, del barro saldrán las nuevas flores libertarias. Nadie sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta y, cuando el pueblo unido se decida a intentarlo, hasta los campos y los cielos pueden temblar.

- Me parece hasta feliz con su postura rebelde.

- Cuando alguien cumple con su deber y mi deber es aconsejar lo bueno y lo noble, no merece preguntársele por qué idea lo cumple o, por quién pelea, ni a quién sirve. Yo sólo sirvo a mi espíritu, que es hacer bien y cumplirlo con las más bellas palabras.

- Sois un apóstol que odia la violencia.

- Las guerras no las hacen los pueblos. Las guerras entre hermanos las hacen cuatro de cada lado, que conducen a nuestros pueblos como a mesnadas. Dejad a los pueblos solos, libres, y jamás se acometerán porque son débiles y no se odian. El poderoso es el de temer, como teme el cervatillo al león; la paloma

al águila, el cordero al lobo. El que nace débil es ley divina que jamás será fuerte.

- Bien habláis. Buena es vuestra conversación.

- La lengua es la pluma del alma, y la escritura la sangre del hombre. ¿Y vos, quién sois y qué tenéis que hacer en Córdoba?

- Soy... yo soy... No soy nada. No tengo nada. Dentro de pocos días tendré que dedicarme a pedir limosna.

Quizá, hasta podemos hacer junta.

- ¿Junta siendo tan joven? Yo no pido, me dan.

- Ya me diréis de qué sirve un almirante dentro de tierras de cereales y de olivos? He venido a pedir ayuda pero, mientras me escuchan voy camino de la ruina física y moral.

- Nos igualaremos en destino. Almirante habéis dicho que sois.

- Piloto Mayor ¿Y qué?

- ¡Bendito sea Dios! Ya me estaba pareciendo a mí que, quien a mi lado estaba y escuchaba mi tabarra, no era una bestia como tantas que por aquí se cruzan o te empujan. Veo que sois hombre ilustre.

- No soy nadie, señor Harún, yo no soy nadie

- Sí sí sí... Algo me seguís ocultando. Habladme en confianza, que os prometo ser un arca de recepción sellada para vuestro secreto. Yo soy igual que una sepultura. ¿No lo veis en mi frente? Escucha, cristiano. Lo que cada uno llevamos tatuado en el frontis, no lo borrará jamás el hombre, y, éstas huellas de mi identidad hablan tanto de la austeridad como del saber. Decidme a quién queréis ver.

- Quiero ver a nuestra reina. He venido a eso.

- ¿A la reina de Castilla? ¡Ay, Dios! ¿Sin llevar ropa de fraile creéis que la reina os recibirá? Nuestra reina -que mía también lo es y no por voluntad- está bajo el poder o el consejo de las comunidades; de la alta aristocracia y de las órdenes militares, que son como una trinidad. ¿Me entendéis? No quiero desanimaros que bastantes malos vientos recibiréis en vuestros deseos y ambiciones, pero, dudo que le veáis frente a frente los ojos. Antes de llegar a ella hay que vencer no pocos muros, fortalezas y fosos que la tienen como cercada. Claro que vos sois joven y seréis decidido, pero, dejemos esto ¿Puedo saber cuál es vuestro interés?

- Quiero llegar por el mar Tenebroso hasta Cipango y Catay, entrando en aquellas latitudes por su espalda. ¿Lo comprendéis? Quiero vencer lo imposible; lo desconocido.

- Ya me habéis dicho que lleváis no poco de poeta. ¡Ay Dios mío! ¿No es eso fantasía, pues fantasía es en ambos nuestra agradable quimera? Os entiendo y, cuánto hubiera deseado que, en mi puesto hubiera estado ahora Ben Árabi, para hacer un bello canto de ese fantástico sueño propio de dioses. ¿Creéis que la tierra donde hablamos es redonda y se puede llegar de uno al otro lado sin perderse por el horizonte?

- Lo creo firmemente. Lo he visto en alta mar. Considero que toda el agua y la tierra del Universo, constituyen una esfera que puede rodearse desde Oriente a Occidente, caminando, y que se puede estar uno de no-

sotros de pie en un lado y el otro puede estar en el opuesto, teniendo a la tierra como masa que les separa en el centro de ambas plantas. Yo llegaré a las Indias partiendo de las Afortunadas con una grande armada que seguirá por el horizonte bajo mi mando.

- Si yo fuera el duque de Medinaceli, ponía todos mis recursos para lograr esa aventura, pero...el duque, sólo aspira a tener media Granada bajo sus armas, y jamás apostaría por la voz de un poeta marinero. Ellos son ignorantes, todos ignorantes, pero bañados en oro y joyas robadas por sus antepasados. ¡Infelices! No saben que aprende más un pobre en un día que un aristócrata en una docena de años. Ignorar para preguntar, preguntar para saber es lo que hace todo pobre y, con ello consigue saber. El rico no pregunta nada porque cree saberlo todo y así sigue bruto en todas sus generaciones. ¡Oro y guerra, sangre y fuego es su lema en ellos desde siempre;

- Qué bellas palabras, Harún, y qué gran verdad.

- Hablo, como lo haría mi maestro. La virtud es el camino más corto para conseguir la gloria. Lo dejó dicho en "Risala de la santidad". Pero, claro, él era él, la gloria más grande nacida en Al-Ándalus, y yo... soy un pobre gorrión al que le sale muy destemplada su canción.

- ¿Y si la gloria viene después de que uno muere Harún?

- Entonces, te digo que no tengo mucha prisa en dejar Córdoba, y lo siento por mi maestro. Él era distinto. Él era todo vida espiritual; era la cumbre de los sufíes. Si no sabes quienes son te digo que son la montaña más elevada de los místicos islámicos.

- Le comprendo. Lo sé, Harún, lo sé.

- Y, aún no te he dicho que, el Gran Maestro suff, hacía milagros.

- ¿También eso? Dígame uno si lo sabe.

- Yo te lo cuento. Se le ocurrió en Túnez, en la mezquita, un bello poema místico, que no quiso escribirlo ni recitarlo a nadie ¿Para qué?. Era una mezcla de rezo y de bella composición a esta naturaleza creada por Dios, por el Dios de todos. Volvió tiempo después a Sevilla, a su Al-Ándalus, del que estaba tan enamorado.

Un día, en Sevilla, en una plaza de aquella bella ciudad, dicen que se detuvo a escuchar a un joven que sobre un pilarete cual plinto, recitaba con la mayor perfección, y, después...pedía limosna a los oyentes. Cuando le dio unas monedas el Maestro, porque había escuchado un poema creado por él

le dijo que ¿de quién era aquella composición y cómo había llegado hasta él? El mozo le dijo que era de un tal Ben Árabi, y que se lo había escuchado a un juglar desconocido. ¿Cuándo lo había escuchado? -le preguntó el Maestro. Y, el joven, le indicó que había sido el mismo día y hora en que Ben Árabi lo había compuesto en la mezquita de Túnez., sólo para él. ¿No es esto milagro? ¿No era tan milagroso como esos que nos cuentan que hacía Jesucristo?

- Efectivamente.

Por la calle pasaban seis soldados de la Corona, que, al ver al viejo Harún, se acercaron con las espadas desenvainadas. Le agarraron de los huesudos brazos, y se lo llevaron sin ofrecer la más mi-

nima resistencia. Su gesto, mirando al almirante marcó una sonrisa llena de resignación. Poco después, supo Colón que, por aquella calle iba a pasar la reina y parece que los soldados estaban limpiando la ruta de mendigos y gentes sospechosas.

Tornaba Colón de vuelta al pequeño habitáculo que le habían alquilado en una humilde casa. Era un altillo que, anteriormente, parece había servido de palomar, porque estaba junto al tejado.

Al pasar por una pequeña plaza, en la que no faltaban jazmines y alhelíes, que perfumaban el ambiente de cuatro mesones y posadas, junto a dos herreros que en su oficio trabajaban llenando el espacio de martillazos dados sobre hierro y yunque, — como también había un herrador que en sus menesteres se ocupaba, — vio cómo aquel espacio de tierra, estaba destinado para el atraque de carros y carretas que venían del sur. Era como un arrabal dentro de las murallas, junto al Guadalquivir. Allí se vendía lo propio del campo: Ramales y sogas de esparto. Abarcas y borceguíes. Ensalmas y albardas. Cestos de mimbre. Estribos, y sillas de montar. En un ángulo estaban los saltimbanquis, haciendo piruetas. En otro los curanderos pregonando sus fórmulas mágicas para acabar con la sarna y los piojos. Lo que más le llamó la atención fue el gritar de un narrador ciego, que iba a dar inicio a una especie de romance, acompañándose de un instrumento de cuerda tipo laúd. El hombre, una vez advertido por la que parecía su hija, comenzó una historia dicha a

su manera, pero que, más o menos era ésto que recordaba  
el ligur:

Ahora os voy a contar

hermanos que me escucháis

y que gozáis de la suerte

de un vivir sin agonía,

lo que le pasó a un doncel

en una ciudad sin torres,

sin harenas ni alquerías,

con su amor y, con la muerte.

Un sueño soñaba anoche,

soñico del alma mía,

soñaba con mis amores

que en mis brazos los tenía...

De pronto, rompiendo el sueño,

ví entrar señora tan blanca,

muy más que la nieve fría.

- ¿Por dónde has entrado amor?

¿Cómo has entrado, mi vida?

Las puertas están cerradas,

ventanas y celosías

¿por dónde entraste, querida...?

- ¡No soy el amor, amante:

soy muerte que Dios te envía;

¡Ay, muerte, tan rigurosa,

no me agobies ni tortures,

deja que viva algo más,

deja que viva otro día;

- Mucho me pides, doncel.

¡Un día no puede ser;

¡Una hora tienes de vida;

(Y se fue la mal-venida

por la entre blanca pared

donde fuera aparecida).

Muy de prisa me calzaba...

más de prisa me vestía...

y me fui para la calle

en donde mi amor vivía.

- ¡Abreme la puerta, Blanca;

¡Abreme la puerta, amor;

¡Abreme la puerta, niña,

abre la puerta, por Dios;

- ¿Cómo te podré yo abrir

si la ocasión no es venida?

Mi padre no fue a palacio;

mi madre no está dormida.

- ¡Ay amor, no me abandones,

si no me abres esta noche,

si no me das acogida...

ya no me abrirás, querida.

La muerte me está buscando

y bien sabe mi guarida!

Junto a vos estoy seguro.

Junto a vos vida tendría.

- Vete bajo la ventana,

vete, donde vos me vías...

y, donde yo, desde dentro,

hacia punto y cosía.

Si ves que la muerte viene,

te echaré cordón de seda

para que subas arriba,

y si el cordón no alcanzare

mis trenzas le añadiría.

( Tal lo hizo cuando el peligro  
sobre el doncel se cernía)

La fina seda se rompe,

y, la muerte que venía

diciendo con la guadaña

negra y curva, torva y fría:

"Sígame el enamorado."

Sígame ya el condenado,

que la hora ya está cumplida."

No se vio más al doncel,

ni la su voz más se oía,

que sólo truenos y rayos

hicieron la noche día.

Así acabó este romance

que el viejo presto os envía.

¡Hermanos; ¡Una moneda,

una moneda, por Cristo,

pues gozáis de buena vida;

Pasaba la niña la mano abierta y no le faltaron

algunas limosnas que, presto, entregó al padre ciego.

Otro día, estaba cerca de la plaza Mayor, lleno de aburrimiento, cuando vio cruzar a un clérigo que le pareció por su cabeza y movimientos conocido ¿Quién era? ¡Oh! Pero si es el padre Antonio de Marchena, el buen franciscano; Corrió a detenerle y dándole una palmada en el hombro derecho le dijo:

- ¡Padre Marchena; ¡Padre Marchena;

- ¡Cristóbal;

- No sabía que estaba en Córdoba el padre Antonio.

- Llevo dos días aquí, hijo mío. He preguntado aquí y por allá por vos... y nadie ha sabido nada; no he hallado quien pueda decir ni pío.

- No es fácil, padre. Esta ciudad es hoy un mundo de gentes, y creo que muchas parecen de fuera, como yo mismo y, ¿a mí quién me conoce?...

- Claro. Está la Corte y, ello, aumentó no poco la población. ¿Cómo os va todo?

- Mal. Mal. Muy mal. A veces me creo que dentro de mí llevo a otro hombre que está en contra de todo mi proyecto. Tratad de ayudarme o soy hombre totalmente fracasado, y, si eso ha de ser así, prefiero la muerte a vivir derrumbado por no saber nadie entenderme.

- ¿Habéis intentado llegar a alguien próximo a la reina?

- Sí, pero... nada... nada de nada, padre.

- ¿Queréis que os presente a don Luis de Santángel, Escribano de Ración de la Real Casa, un aragonés serio y de buena ley?

- ¿Para qué, señor, si quizá no me ha de escuchar?

- Así y todo hemos de verlo.

- Será como el Contador que Dios le guarde, del que salí de la entrevista maldiciendo su estampa. Sólo faltó reirse a carcajadas de mis conocimientos sobre la tierra y los mares, quien sólo sirve para manejar las arcas reales, los recargos y gabelas que le echan al pobre pueblo sufridor.

- Eso no debe ser novedad para vos en ninguna puerta a la que llaméis. No es lo malo la ignorancia del semejante, que, aún es peor la superioridad que muestran, cuando debería servirles de vergüenza. ¿No es así?

- Así es, padre. Puedo admitir una crítica del padre Marchena, de un astrólogo o geógrafo, pero no de un conde, un duque, o un encargado de la artillería o de los suministros reales, por más reales que sean padre marchena.

- ¿Os habéis escrito con vuestro hermano?

- Hoy pienso hacerlo.

- No tardéis. Sé, me han dicho, -aunque os ruego no me hagáis mucho caso- que se mueven novedades en Portugal. El ha de saberlo. El momento no es bueno para la recomendación y vos debéis reconocerlo, señor almirante. Hay graves problemas para nuestros Reyes Católicos. El rey está en plena guerra de conquistar terrenos. Han caído plazas y fortalezas que habían ganado ellos antes, y todo esto es verter sangre sobre los campos, además de tirar los dineros a ríos llenos.

- Lo entiendo, padre, todo eso lo tengo presente.

- ¿Tenéis dinero?

- Casi nada, pero ello es lo que menos me preocupa.

- Yo mediaré para que se os ayude.

- ¿Ayudar...? ¿Creéis que alguien se ha de poner de mi parte junto a los reyes?

- Confío en que don Alonso de Quintanilla lo haga. Tengo cierta influencia sobre él, porque así lo determinó la reina un día. Sí sí, no os sorprendáis.

- ¿Quintanilla...? ¿El Contador Quintanilla...?

- Ese mismo.

- A él, precisamente criticaba yo cuando de suministros hablaba.

- Y yo daba por supuesto que él podía ser. Hablaré a la reina de vuestro caso, y le sacaré una orden para que se os conceda una ayuda.

- Que Dios os oiga, padre. Además, aunque vergonzoso lo sea para un almirante pedir ayuda como limosna, puede que ello sirva para que mi nombre -al menos- esté asentado entre los beneficiarios de la Corona.

- Eso espero. ¿Nos vemos mañana?

- Cuando queráis, padre Antonio.

- Tiene que ser mañana, pues quiero salir para Teruel y Zaragoza a seguido.

- ¿Dónde lo haremos?

- Si no queréis ir al convento de San Francisco o a la Cartuja, aquí mismo.

- Aquí estaré. ¿A qué hora, padre?

- A esta misma, señor almirante.

- ¿Queréis venir conmigo y os quedáis allí para comer y casa de recogimiento, que lo son de peregrinos, ya lo sabéis?

- Y de mendigos, padre, también de mendigos... y yo ya me veo entre ellos...

- Pues sí, también eso. En esta viña de Dios hay plantas de todos los palos, y uvas de todos los colores, pero todas son merecedoras de cuidado.

- Así es. ¿Habéis visto a mi hijo Diego?

- No lo he visto.

- Pobre hijo. Cuánta soledad le espera.

- Bueno. Arreglad vuestras cosas y olvidad del niño que jugará a diario como si de vos no hubiera nacido.

Dios sabe hacer bien las cosas. Hasta mañana, aquí

mismo. No no. Besar mi mano no, salvo que sea porque tenéis pecados.

- No los tengo, excepto que lo sean la violencia y las maldiciones que me hacen anidar aquellos que todo podrían remediarlo.

- Eso no es pecado, tiene que ser así. No olvidéis que, el dinero es, desde siempre, un buen servidor, pero mal amo. Y menos, olvidéis esto: El dinero, hijo mío, en España, siempre llega demasiado tarde. No le ven los hombres eminentes sino a la hora del entierro, para hacerles un buen funeral presidido por los que siempre se lo negaron. Sólo pueden verle y racionado, cuando salen de la guerra destrozados los soldados y, los pueblos, a veces le ven, a la hora de las pestes y las inundaciones. Esto fue así siempre y así le dejaremos. Así que, a pelear duro y fuerte, Cris-

tóbal.

- Lo tendré presente, padre Marchena.

- Ello os ha de gratificar. Acordaros de Jesucristo, y era Hijo de Dios.

- No lo olvidaré.

Las horas de espera se le hacían semanas. ¡Ah, cómo tarda a correr el sol y el reloj, cuando se tiene prisa para que amanezca un nuevo día! Como habían concertado, se volvieron a ver allí a la misma hora, donde siguieron la conversación que aquí se detalla:

- Toma este papel. Es una orden firmada por la reina doña Isabel, para que se le entregue al almirante de comer durante el tiempo que se estime necesario. Lo ha de hacer en la Despensa de los Depósitos de Suministros del Ejército de los RR CC, en la ciudad de Córdoba. Ya véis, va destinada al Almirante de la mar Oceánica, señor Cristóbal Colón." Mirad. Aquí va la firma de la reina y dirigida al que me digisteis ayer que le conocéis y poco o nada de caso os hizo. Ahora, hijo, la cosa será distinta, pues ésta no es orden para limosneros, sino para gentes que sirven a la Corona y están fuera de sus casas.

- Gracias, padre Antonio. Mil gracias.

- He de hablar algo más con don Alonso de Quintanilla, porque, el, os ha de ser altamente beneficioso. Vos, tratadle bien, y que lo pasado quede enterrado. Nuestra

mejor virtud es olvidar. El que no olvida resentimientos, no puede avanzar con buen conocimiento.

- Gracias nuevamente, padre.

La amistad, el enamoramiento con Beatriz, y de la moza con el maduro almirante, seguía cada día más y más afebrado. Cristóbal era un hombre vivaz, fogoso, inquieto, apasionado. Aquello que anhelaba tenía que conseguirlo y, mientras que lo poseía, no tenía paz. Esto le ocurría con la hija de Rodrigo Enríquez de Arana. Cuando abandonaba la idea del viaje hasta las Indias, era para dedicar su pensamiento a la moza cordobesa. Estaba entusiasmado de aquellas sus maneras, su flexibilidad de cintura y cuello, sus ojos negros profundos, el pelo negro y la gracia del hablar. Si a todo eso le añadía que era para él como un capricho, como un dulce ángel ahito de bondad, y que le mostraba una admiración que nunca había conocido en mujer alguna, era lógico que había de tenerla en lo más delicado y elogiado de su cerebro. Beatriz, además, sabía leer y escribir, cosa esta que muy pocas mujeres de ese tiempo -aunque fuesen de la aristocracia- sabían. Era seria, juiciosa, altamente responsable, limpia y muy ordenada, además de, catorce años más joven que el almirante. En total, un encanto de mujer. Cristóbal Colón, en aquella ciudad no tenía otra ilusión que ella. No tenía otro corazón ni otros ojos que en él pusieran estima y cariño, sino los de Beatriz, y, a Cristóbal Colón le gustaba no po-

co que le quisieran, que por el se ocuparan y desvii-  
vieran, porque tenía un fondo de niño grande.

Esa tarde, una vez más, como lo venían haciendo  
desde hace casi dos meses, se juntaron para dar unos  
paseos y hablar de sus cosas.

- Mañana, domingo -le dice Beatriz- van todos los míos  
a un paseo. Quieren comer en Medina Azahara.

- ¿Solos?

- No. Van con los amigos y familiares de la rebotica.

Va, Juan Sánchez, maestro físico que ya la conocéis.

Mi tía, María Alonso, que es la mujer de Juan y  
viuda de Rodrigo Díez de Torreblanca. Lucían, her-  
mano del boticario, con su mujer Inés, prima de mi tía  
Constanza.

- ¿Y vos, no vais?

- He preferido quedarme para acabar de tejer un cober-  
tor que llevo casi vencido. Me está quedando precio-  
so.

- ¿Me lo enseñarás?

- Claro que sí.

- ¿Cuándo? ¿Por qué no mañana en vuestra casa?

- ¿Pensáis entrar en ella? Eso no es posible, Cristó-  
bal. No estoy pedida como corresponde.

- Pero, si nadie nos verá. Atiéndeme, bella córdo-  
besa, ¿no podemos merendar allí los dos, haciéndonos  
la idea de que es -aunque sólo sea por una hora- nues-  
tro hogar? ¿Sería ideal, maravilloso;

- Sí, pero... pero...

- ¡Animaos, animaos, preciosa muñeca!

- Bueno, me arriesgo, pero, nadie tiene que ver entrar  
a éste almirante en nuestra casa.

Las malas lenguas -que muchas les hay- hasta nos crucificarían.

- ¿Me visto de **mujer**, Beatriz? ¿Quieres que haga una estampa de carnaval?

- No es para tanto.

- Pues, espérame a las cinco de la tarde.

- ¿A las cinco...? ¡Ay de mí! Me temo, me temo... pero si es que ya no tengo ni voluntad... Bueno.

Cristóbal la colmó de besos y de caricias. Se querían tanto, tanto, que, al genovés no había quien pudiera separarlo cuando ambos se juntaban y se contemplaban. Aquella era una loca ilusión; un dulce tormento. ¡Ojalá que fuesen así todos los tormentos!

Quando nadie por la calle caminaba, cuando los padres y el hermano Diego estaban junto con los amigos de excursión por el maravilloso y destrozado palacio de Medina-Azahara, para pasar el día y comerse las ricas viandas que en las cestas llevaban, se acercó el ligur a la puerta y, del zaguán empedrado, salió una débil voz que le dijo:

- Pasad... pasad, y Dios quiera que todo esto siga sin saberse. Esto que hago no está bien, no está nada de bien, virgen Santísima. No es correcto ni decente.

- Quitad reparos de encima, amada Beatriz. Olvidad prejuicios.

- Subid al piso de arriba, que ya las ventanas están cerradas para que los vecinos nada vean.

Subió de cuatro saltos y vio lo que en la mesa estaba servido.

- ¡Santo Dios, qué gran idea la vuestra! ¡Oh, Oh qué

qué banquete, vida mía; ¿Y queríais poner trabas a este goce? Dejadme contemplar esta maravilla preparada por vos para los dos. Ya sabéis lo mal que estoy atendiendo yo a mi estómago, y cómo ahora debe sonreír viendo tanto pertrecho...

- Sacaré un jarrito de vino para el señor almirante.

- ¡Sí; ¡Eso sí; ¡Vino que lleva consigo alegría y felicidad; Todo marino tiene obligación de beber y, si es almirante, con mayor razón.

- Se lo dio el señor Esbarroya a mi padre. Espero que ha de ser bueno. Dijo que era traído de Francia, de la Borgoña.

- Bueno ha de ser, pero en ello no hagamos trabajar al paladar. Beberemos y brindaremos por nuestro amor.

- Sois un conquistador.

- Claro que lo soy. Mañana, de Cipango y Catay, ahora, de Beatriz Enriquez de Arana. ¿Por qué tengo yo que buscar imposibles si aquí tengo toda mi fortuna? ¡Ah, preciosa mujer, angelical criatura llena de bondad;

- No me gusta que digáis tanto alhago, cuando no es así, Cristóbal. Hacer lo correcto y ser como una es, creo yo que no se pueden aceptar tantas florituras propias de poetas.

- ¿Y qué puedo yo hacer, si la cabeza me lo impone?

- ¡Ah; Cuántas veces pienso...os lo diré en confianza:

"Beatriz ¿sabes bien de quién te has enamorado? ¿No se marchará por los mares y jamás le volverás a ver?"

- ¡No! A eso que habéis dicho yo os puedo responder amada Beatriz, que, genio que se encoje o amilana, no será el vivir nada de nada.

- ¿Vale de algo la gloria humana?

- Pues no. Poco vale una avellana, pero, peor será no tener nada. Dicho esto, rieron a carcajadas por la sabiduría que ponía cada cual de su ingenio.

- Mi madre, que es harto sabia, pues de familia inteligente viene, me dice cuando de vos hablo, que "vida que no pisa tierra es para la mujer vida perdida"

- ¿Cómo dice eso una mujer inteligente como Constanza de Alarcón?

- También lo dice mi padre, que sabe no poco de historias de marinos que salieron... salieron y, no volvieron jamás.

- ¡Peor para ellos; Se ahogaron. Vuestros padres lo ven todo con ojos cruzados, bisojos. Comamos y vivamos este día, querida beatrix. No gastemos la mente en lo que pueden ser imposibles.

Comieron, bebieron, mientras que Colón le contaba a su novia muchos sucedidos de viajes y de leyendas que a la moza le parecían cuentos fantásticos, deliciosos; cosas de un hombre fuera de lo común.

Esa tarde le veía más importante que nunca; y cómo hablaba, y cómo se entusiasmaba hablando de islas, de mares, de tornados, de cabos y tormentas; Llevaba tantos días comiendo rancho de soldados a cargo de la Corona, que, aquellos manjares allí servidos, le estaba pareciendo propios de príncipes, y no era porque aquella familia tuviera mucha pólvora para quemar... era, lo bien servido todo, lo limpio, las manos que lo habían ordenado, era el amor con que todo estaba dispuesto para él. Era como un homenaje a su persona.

Mantelería bien bordada. Ricas piezas de cristal que hacían mil guñadas; cubiertos de plata, herencia de los Alarcón o los Enríquez... Todo una delicia.

Terminado que hubieron de merendar, se sentaron muy juntos, muy juntos... Se besaron una, dos, diez, cien veces. La sangre se les fue encendiendo y cuando Beatriz le enseñaba las habitaciones, cuando llegó a la de sus padres, que, por parecer de gente importante, hasta dosel tenía, se volcaron sobre ella y el joven almirante, que tiempos hacía no surcaba mares femeninos, quiso hacer una descubierta mucho más segura que las soñadas en tierras de Indias, y abrazó a la moza lleno de pasión. Le llenó de besos la cara, los labios, el cuello... Las bocas echando fuego como dos volcanes se unieron largo tiempo babeando y subcionando el bálsamo enardecedor. El acto carnal venía como alocado alazán correteando sobre lomas y humbrías, para detenerse aprisionado entre cuatro juanelos que abrazaban. La fiebre había llegado al máximo y la lava había señalado la erupción del macho.

- ¡Ay, Dios mío, Dios mío, qué he hecho yo...? ;Virgen Santísima del Carmen, qué he hecho yo...? ;San Miguel arcángel, qué es esto, Dios mío?... Torpe de mí!

- Cálmate, Beatriz. El canalla he sido yo y esto en mí no tiene perdón, pero, te ruego me perdones. Es tanto lo que te quiero que no me he podido contener viéndote tan feliz y yo estando sobrado de amor y de deseo.

- Todos los hombres dicen que sois iguales...

- No no. Todos no. Lo que nos diferencian son las obras y he cometido una torpe acción indigna de mi ca-

pacidad intelectual. Hemos venido a caer en lo que hicieron nuestros primeros padres en el Paraíso. No llores, no llores más!..

-¿Que no llore me dices? ¡Mirad, mirad dónde hemos cometido esta bestialidad; En el tálamo donde mi madre descansa! ¡Qué vergüenza;

- ¡No llores, no llores, por favor; Esto no es nada. Lo ha creado Dios, Beatriz. No pasará nada. Es lo normal entre todo animal y animales somos hombres y mujeres. ...

- Sí, pero, en su momento, y ése, aún no ha llegado.

Marchad, salid de la casa, señor Colón, que si vienen y nos ven lo que hemos hecho, a los dos nos hacen dormir en una cuadra de los arrabales y con toda la razón.

- Perdonad, Beatriz. Lo siento de veras, pero... ambos hemos gozado.

- ¡No lo sé; ¡No lo sé; Ha sido el demonio quien nos ha confundido la razón y nos ha llevado al precipicio.

- Pues, bendito sea ese demonio que tal sabe hacer...

- ¡No blasfemes, Cristóbal;

- Ambos somos limpios de alma.

- ¿Tras de esta porquería? Todo hombre lleva dentro una fiera salvaje.

- ¡Ay, ay, ay... Eso me suena a consejo de frailes...

- ¡Y lo es; Es la verdad, según lo acabo de comprobar.

- ¿Pero qué vamos a ser, Beatriz, si sólo somos figuras de nada? Sombra de algo y polvo de todo. De fieras nada, salvo que sea de los monos.

- Bueno, dejemos eso y salid. mi familia puede estar aquí de un momento para otro. He de ordenar esta

habitación tan destrozada. No estoy tranquila, señor Colón.

- Señor no. Mi amado Cristóbal, sí. Mi amado almirante, también.

- ¡Ay de mi, y cómo me habéis turbado la razón con vuestras palabras y el mucho saber que tenéis...

- ¿Cuándo nos vemos, amada mujer?

- Mañana... mañana. Ahora, dejadme llorar a solas

- Mirad que no me vóy, que espero a que vengan vuestros familiares y hablaré con doña Constanza...

- ¡No! ¡No! Salid presto que ya olvidaré este tropezamiento, este resbalón que, quién sabe las consecuencias que puede tener...

- Un altar y una bendición.

- Os tomo la palabra.

En el zaguán se dieron, diez, cien, mil besos.

Ha tenido carta Cristóbal de Bartolomé, su hermano, en la que, desde Portugal, le dice que parece quiere aquel rey preparar una poderosa armada. Le asegura que cuenta con los marinos portugueses, Bartolomé Díaz, descubridor del Cabo Tormentoso, que es uno de los almirantes más admirados por el rey, ese rey que, como sabemos, ha querido llamar a ese Cabo de Africa, el de la Buena Esperanza, por la esperanza que tenía de llegar por aquella ruta hasta las anheladas indias.

Bartolomé Colón habló con su homónimo portugués, y aquel le ha dibujado en secreto, hasta la carta de navegación que tiene intención de seguir. Aunque

no es ese el camino que tiene decidido Cristóbal para llegar a Cipango y Catay, esa noticia le ha traído grandes preocupaciones, de ahí que escribe a su hermano para que venga a Sevilla, lo antes posible, donde ambos se han de juntar y seguir trabajando sobre el proyecto. Si Cristóbal es la inteligencia disciplinada -aunque no pocos se la negaban y le tomaban por un aventurero- Bartolomé era la audacia y la picardía, de ahí que, ambos, se necesitaban el uno al otro.

Junto a la ribera del Guadalquivir, han tenido una triste despedida, Beatriz y Cristóbal.

- Así que, según eso, tenéis que marchar por pura fuerza, y me dejáis sola?
- No tengo otro remedio, Beatriz. Pero, no llores, mujer. Tienes que reconocer que mi vida y mi todo es conseguir esa aventura.
- Tu vida... Tu todo... Eso ya lo sé, ya lo sé... ¿Yo no soy nada, nada de nada?
- ¿Otra vez a llorar? Pero, mujer... no te pongas así.
- Tonta... porque es que he sido una tonta. Me lo decía mi madre y no le hice caso. "Un hombre con esa edad y las tierras que ha recorrido, tiene, hija mía el colmillo muy retorcido... como el viejo jabalí, como la cabra vieja sus cuernos". Qué razón tenía.
- Ven aquí, ven aquí, amada mujer y escucha, pero escucha de verdad. Yo, salgo de aquí para Sevilla, porque tengo que estar con el fraile amparador ¿Entiendes? Por encima de lo que sea, tengo que verme cara a cara con nuestra reina, y, esto sólo lo puede con-

seguir el fraile o, los frailes que son confesores de doña Isabel de Castilla. ¿Lo entiendes, amada mujer? Esto es para mí como un destino, o una predestinación, así que, tengamos paciencia, porque, el que quiere algo, algo le cuesta. Bien sé yo que es duro y penoso para los dos separarnos, pero, no hay otro remedio.

- Tú te vas... Yo me quedo sola. Vestida y sin novio Burlada...engañada por un almirante... ¡Violada...!

- Pero ¿qué dices? ¿qué estás diciendo, por vida de todos los santos? ¿Cómo me nabiáis de olvido? Quien ama, tarde o nunca jamás olvida, porque el olvido es señal de menosprecio, y éste, nunca será mi caso. ¿No me vas a entender criatura?

- Sí que te entiendo, pero quiero que también me entiendas a mí.

- Te entiendo y cumpliré con todas mis palabras y circunstancias como si fuesen escrituras sagradas. ¿No llores? ¿No llores que motivo de alegría puede que sea esto y, si no, al tiempo venidero me remitiré;

- Sólo eso faltaba: que me dejases abandonada.

- No faltará nada. Soy hombre que tiene que cumplir su palabra o no podría presentarme ante nadie.

- ¿Sabré noticias tuyas, Cristóbal? ¿Cómo? ¿Cuándo?

- Donde quiera que esté me acordaré de tí. Esto, yo me figuro que serán cosa de unos días, no es ir a Italia, que es ir a Sevilla y volver. Diez, quince días, veinte... Después, formalizaremos todos

- Bueno... si ello es así, me aguantaré.

Salió Cristóbal Colón de la ciudad de Córdoba, camino de Sevilla. Cuando llegó a la ciudad del Betis, no encontró a nadie conocido ni de qué valerse, y, lo que era aún peor, carecía de dinero hasta para comer.

Por mediación de alguien que encontró fortuitamente en la plaza, junto a la Casa de Contratación, le dijo que, siendo hombre culto como era, conocedor del mundo, lo mejor que podía hacer era dedicarse a vender libros.

- ¿Libros entre gente que es analfabeta, que sólo de beber y cantar sabe?

- Pues sí. Tienen compradores. Los libros parece que se venden. Eres, -dices, -marino, pues, si eres dibujante haz cartas marinas y mapamundis coloreados y verás cómo se los colocas a los pilotos y aficionados del puerto. Por el Guadalquivir tienes capitanes, pilotos, contra maestres, hombres de mar; animate hombre.

Esa noche lo hizo. Copió las cartas que tenía, unas suyas y otras de marinos y cosmógrafos italianos, les dio color y salió a venderlas por las casas de los grandes y, en los muelles del río. También llevaba libros editados en Valencia y Barcelona.

- ¡Ah, maldición, ah, perra vida cómo me tratas, canalla; ¿Puede llegar a tanto esta descomposición en que me veo sumido, esta fatalidad de no levantar cabeza? El que nace con barriga grande no hay dios que-

que se la merme ni con vendas ni con fajas; ¿Cómo un hombre como yo puede ir semejante a un charlatán de feria ofreciendo los artículos y gastando saliva al pedo, para vender lo que poco o nada me importa? ¿Que hagan de vendedores aquellos que no saben para qué han venido al mundo, ni qué es este desvivir que todos arrastramos y vamos por la ruta de la existencia, amargados porque no le damos a la sociedad algo mejor pudiendo hacerlo? ¿Que venda quien lleva los artículos con humor, pero no quien le lleva como cilicio? ¿No es mejor morir pobre pero con honra, que sufrir tanta vergüenza? ¿Sólo para esto sirve Cristóbal Colón? ¡Ay de mí;

Así estuvo dos meses, quizá algo más, hasta que, aburrido y asqueado de aquella vida sin sentido que llevaba, se decidió a ir a Huelva, y de Huelva hasta Palos y el monasterio de La Rábida, que era siempre, siempre, su remanso de paz, su tabla salvadora, el rincón donde hallaba inteligencia y reconocimiento.

Allí supo que habían llegado los Reyes Católicos a tierras de Castilla y que estaban detenidos en Alcalá de Henares. Se lo ha dicho el padre Marchena,

quien ha tenido información de su amigo el jerónimo y obispo de Avila, fray Hernando de Talavera, que acompañaba a la Corte.

— ¡Id allí! Id allí los dos hermanos, que yo os he de dar una carta para el obispo. Mira lo que te digo, Cristóbal: Ese obispo no es cualquier cosa, es el confesor de la reina ¿Entiendes? ¿Tienes a tu hermano aquí? — Acaba de llegar conmigo.

- Pues id los dos y no cedáis en el ánimo. Yo os digo algo que no tenéis que olvidar. Con visitar a la reina nada gano pero tampoco pierdo, porque mi voluntad es como el hierro; fuerte, fría y poderosa.

- Conforme, padre. Escribidme esa nota que habéis dicho.

- Lo haré con sumo gusto. ¿Tenéis dineros?

- Tener... ¿Qué puedo yo tener si el dinero, la fortuna me huye como si fuese unapestado?

- ¿Cuánto tenéis?

- Muy poco, casi nada.

- Me han dicho que os vieron vender libros por Sevilla

¿Es ello cierto?

- Lo es, padre ¿y qué otra cosa podía yo hacer si necesitaba comer? ¡Buena está mi familia; A mi cuñado y a sus hijos casi casi que no les encuentro... De casa les han echado, y, los muebles, están bajo la custodia de la Inquisición, por deudas. He tenido que ayudarles algo porque, con ellos está Diego.

- Traedme al niño al monasterio, ya veré yo qué madera tiene y qué podemos hacer con él. ¿Habéis vendido muchos libros?

- ¿Qué he de vender? Si hubiera sido vino, otro gallo hubiera cantado en mi corral... Man querido más mis ilustraciones en las cartas de navegar y los mapas.

- Eso es bueno. ¿Qué materias trataban esos libros?

--El que más he vendido, padre Antonio, ha sido "Obras e trobes en la hors de la Verge María", y, "Tirant lo Blanch".

- Muy bien. Darle cultura al pueblo siempre es de un

gran interés. Tomad una ayudita para la posada. Qué vergüenza siento, hijo mío, pero...esto es parte del vivir. No receléis. Un día ya me lo devolveréis.

- Ciento por uno y me quedaré corto, padre Marchena.

- O no soy hombre racional, o esto merece la mayor consideración por mi parte si un día tengo dinero, que, la verdad... no lo veo tan fácil, para qué engañarnos.

- Ojalá que así sea para bien de todos.

Los dos hermanos se encaminaron hacia el centro de España, viajando unas veces en carretas, otras sobre mulas, y no pocas veces, leguas y leguas, andando. Había que tragar polvo, lluvias, calores sofocantes, o, durante el invierno, heladas y nieves, cuando no bandidos que les robaban lo poco que llevaban encima.

El viajar en aquel siglo **XV** era una horrible odisea, una temeridad.

Llegaron a la bien fortificada Alcalá. Visitaron al Prior de Prado, padre Hernando de Talavera, pero; en qué momento; ¿Siempre se había de encontrar el almirante todos los imposibles a su paso?...

- Hijos míos... Ya estaréis enterados de lo que pasa...

Hay que tener paciencia, mucha paciencia... Nuestra Soberana, está con los nueve meses cumplidos, y se espera que dé a luz felizmente, de un día para otro. Por recomendación de los médicos no puede, desde hace un mes recibir a nadie, así que, alojaros donde podáis y es-

perad sin prisa.

- Vaya con Dios, padre Hernando... Lo que nos faltaba.

- ¿Por qué decís eso?

- Es que liamos todo lo que está desliado. Hasta lo liso y redondo se nos vuelve filoso y esquinado, cuando lo buscamos agarrar.

- ¿Y qué queréis que yo haga? Ha sido Dios quien es-  
to así lo ha dispuesto.

- Bueno, pues si ha de ser así, que lo sea, padre.

- De todos modos, aclararme bien vuestros proyectos,  
para saber cómo he de presentaros, y, antes de nada,  
sabed que lo hago todo por el padre Marchena que es un  
gran sabio y un santo.

- Ya le he dicho, padre Hernando, que somos dos herma-  
nos llamados Bartolomé y Cristóbal, los dos de padre  
natural y así llevamos el mismo apellido, Colón, que  
es siendo buenos cristianos de nacimiento como debe  
ser.

- ¡Exacto! ¡Muy bien, señores, muy bien!

-... que nuestra intención, por conocimientos y estu-  
dios que llevamos hechos durante muchos años, es...

- Lo sé: Llegar a Cipango y Catay.

- Así es, padre. Sabemos que se puede ir sin darle la  
vuelta al Cabo de Buena Esperanza, como quieren ha-  
cer los portugueses. Nosotros queremos ir, porque lo  
sabemos muy bien siguiendo adelante desde Madera, des-  
de Las Azores, y llegaremos a tierras de Indias.

- Y que para ello necesitáis una armada que pueden o  
deberían pagar los Reyes Católicos.

- Así es padre, Hernando.

- Sé que sois los dos almirantes ¿No es así?

- Sí. Lo puede acreditar el padre Marchena, y todos los trabajos y cartas que poseemos.

- Bueno. Tomad posada aquí y esperemos, esperemos a que nuestra Soberana tenga un feliz parto.

Así lo hicieron, no dos ni cuatro días sino doce más. Por fin, un día, volvieron a visitar al confesor de la Augusta Reina y, el obispo, dijo lo que sigue:

- Sí, hijos míos, sí. ¡Ya llegó la buena nueva! ¿No habéis oído tocar todas las campanas de España y mucho más las de Alcalá?

- Por eso hemos venido, padre Hernando.

- Ha tenido una bellísima niña, a la que nuestra reina quiere bautizar el próximo sábado y llamarla Catalina.

Era el 15 de diciembre, a nueve días del aniversario del nacimiento de Jesús, el hijo de María. La reina no podía recibir a nadie, hasta

que los médicos lo aconsejaran. Mientras tanto, se buscaban por Alcalá y pueblos próximos al Henares, las mejores gallinas para hacerle a la reina sabrosos y vitamínicos caldos.

- Esperad, hijos, esperad... Un poco más de paciencia.

- ¿Hasta cuándo, padre Hernando?

- Os tengo pedida audiencia, para el 22 de enero, que es viernes. No lo olvidéis. Viernes, 22 de enero.

- ¿Tanto tiempo?

- Los reyes, hijos, sólo reciben dos días a la semana martes y viernes. Considerad que hay muchas audiencias atrasadas.

- Eso será -dijo Bartolomé, y fue lo único que habló- porque somos pobres...
- No no no. Tanto reciben nuestros reyes a ricos como a pobres. Ellos quieren administrar justicia y, mal se puede ello hacer si no se atiende a los que son los más, los pobres. Tened paciencia, hijos, que ya no falta mucho.
- Otra cosa, padre Hernando, no podemos hacer.

Cuando salieron de la entrevista, se dedicaron a visitar a una hermana de la madre de Beatriz, que era de la familia del bachiller Diego de Alarcón, con residencia en Alcalá desde hacía no pocos años. Al verles aquella familia en qué situación estaban los dos hombres, decidieron darles alojamiento y comida. Era una familia judaizante, que mantenían dentro de casa muy vivos los ritos, pero, esto, a los hermanos Colón les tenía muy sin cuidado, que no estaban sus bolsillos para muchos remilgos, y, en temas religiosos, eran excesivamente tolerantes.

El tío de Beatriz, que era tanto sabio como pedante, no sacaban conversación que no les llenara de mil consejos y advertencias, como si en vez de hablar con dos hombres maduros y almirantes, tratase con dos paletos, o con jovencitos de mediana edad.

Cristóbal, que era quien más le soportaba, salía en ocasiones de paseo con el viejo bachiller y venía a casa a tope de estúpidos ejemplos, sucedidos que ni a cuento venían, recomendaciones del hombre sabio y estúpidos resentimientos que mal se avenían en muchos aspectos con aquello que vivían.

El consejero bachiller tenía dichos y decires para todo, siempre, -la verdad se ha de decir,- con muy hermosas palabras, que, el hombre, bien conocía el habla castellana y en ello hasta se excedía, pero, ¿cómo no tolerarle si les daba habitación y comida?

Cuando pasaban, por ejemplo, al lado de dos jóvenes y Cristóbal -posiblemente acordándose de Beatriz- le decía lo bellas que hizo el Creador a las hembras, el viejo consejero judío le decía:

- ¡Cuidado con ellas, señor almirante, mucho cuidado... y téngalo siempre bien presente allí donde la nao suya atraque. La mujer destroza en un día lo que el hombre realizó en un año. ¡Ojo con ellas!

- Bueno, eso será si el hombre es memo -pongo por caso- pero, si es fuerte y con valentía ¿eh?... ¿eh?...

- ¡Ay, ay, ay! Cómo os sale la juventud, Cristóbal, no obstante vuestra madurez.... ¿No habéis oído aquello de, a hombre valiente espada corta? Reconoced que eso no lo pensó un tonto de la ciruela, que más hombre de letras que yo era y me precio de no ser lelo bachiller. Muestra tu valor y envaina la espada, que la fuerza es la razón de los que no razonan. ¿Me vais comprendiendo?

- No del todo. Según eso ¿El genio no vale nada?

- La mujer no le necesita, pues tiene otras artes más exquisitas. Todo genio está predestinado a cometer injusticias, de ahí que, todo el que se considera genio sabe decir: "Me gusta que todo hombre me diga lo que piensa, pero -¡ojo;- siempre que a mi oído endulce, siempre que, más o menos, como yo piense"

- Eso es verdad, señor Alarcón. Tenéis razón.

- ¿A ver? ¿Qué pueblo tenemos aquí ¿eh? Yo os lo

dirigo: ¡Una manada de borregos! ¡Una recua, una piara

de cerdos que sólo busca el gamellón del pienso y la

cartera llena de maravedís o ducados! Con un pueblo

que carece de pensamientos superiores a lo que alimenta

su cuerpo, vamos a la ruina, y, eso es lo que quieren

los del poder, aquí, nuestros santísimos Reyes

Católicos. ¿No es así?

- En parte sí. ¿Creéis que todos son iguales?

- Todos. Todos, porque, quien pierde la fe ¿qué le queda por perder? Aquí, ya no hay árabes, ni judíos, ni

cristianos. Todo píojo se apunta al ganador; traiciona

creídos por trampear creencias. Este es un pueblo

miserable y, hasta cobarde. ¡Ah, qué distinta esta

España a la de ayer, a la de hace uno, dos, o tres siglos;

Antes, señor Colón, los sabios ofrecían sus

ideas para el bien común, ahora -lo digo porque lo

palpo- los sabios callan porque se apuntan al poder,

y sólo se hacen ver los necios, los mediocres, los im-

béciles que están poniendo al pueblo modorro, sin saber

razonar por su cuenta. Sólo razona por miedo, por

cobardía. Por otro lado, señor almirante, todo este

pueblo cree que ha llegado la hora de hacerse rico,

quitándole a los enemigos sus arcas, sus haciendas, y

se equivocan de cabeza a rabo. Todo será para los

de siempre, y esos no tienen parientes ni amigos. El

ejemplo podemos verlo en las testas coronadas. Si el

yo es odioso, los del Cristo crucificado, sólo pien-

san en su yo... "Yo, pecador".

-¿Tan enemigo sois de ellos, señor?

- Los estudio. Analizo sus causas. Vos, estudiáis libros de Tholomeo, de Séneca, de Plutarco y de Plinio, yo, querido Cristóbal, estudio a los hombres. Ellos son todo; por ellos se sabe a dónde va este mal vivir. Las lágrimas son las palabras del alma, el flujo de los sentimientos, y, en ese dolor nacional que padecemos todos, - todos los hombres quiero decir, - parecemos hermanos gemelos. ¿Por qué? Porque nos están dando los Católicos Reyes, unas normas que quieren ajustarnos a sus medidas y caprichos. Quieren hacernos a todos como una gigantesca legión romana, "pía y feliz".

Así, así era aquel caminar con el viejo bachiller, que parecía un heredero del más fino filósofo senequista. Era educador, pero - ya lo hemos

dicho - no poco plúmbeo para ir a su lado. ¿Y qué decir cuando sacaba la conversación a raíz de aquella es-  
pera sobre audiencia a los Reyes Católicos? Lo que podía oír aquel bello y soñoliento Henares, que corría tras las murallas ladrilleras de Alcalá no era baladí:

- Entonces, señor Alarcón, creéis que no se nos atenderá? ¿Tan tramposos han de ser?...

- Esa, esa es la palabra: tramposos. Mirad y, ojalá que me equivoque. Os han venir con mil y mil disculpas: "Que si las arcas están exhaustas..." "Que toda la culpa es del traidor Boabdil" "Que ese proyecto merece estudiarse por todos los sabios de la Corte" "Que hay que meditar cuánto se puede traer y a cuántos se les puede meter en el cristianismo". ;Oh; El rey...

¡Ojo con el; Ese de Aragón es el más pícaro de los hombres que se ha puesto corona sobre la testa; ¡Ojo, querido sobrino con ese aragonés, que no da la cara o la dá a medias. Ya sabéis su lema "Tanto monta, monta tanto"... ¿Quién monta en quién? Pura astucia... He ahí el dilema y la trampa para el pueblo y para los enemigos!

- Me estoy colmando de dudas y de desconcierto...

- Yo lo que quiero advertiros, es que no vayáis fiados los dos hermanos, porque vais a sufrir un grave desengaño. Tiempo al tiempo. Aquí, -ya lo veis, -vivimos llenos de ejército ¿y qué es el ejército? El pez que vive engordado por el agua del pueblo, que es, no lo dudéis, quien lo alimenta. ¿O no? ¡Pueblo con mucho ejército, pueblo lleno de hambre y miseria!

- Eso es verdad.

- Todo lo que yo os diga será la pura verdad. Yo no soy el que alabe al rey ni a su aristocracia, y si lo hago es con torcida intención. Hago mío aquello que de niño oí: "Quien alaba al tonto en su tontería le hace más tonto todavía". Pero, no cesaremos y esto ha de cambiar, tiene que cambiar. Poco es un agujero, y vos lo sabéis bien, pero no hay agujero que, si no se tapa, no hunda al barco más marinero.

Así, así siempre, en casa y en el paseo. Había estado preso por la Inquisición en varias ocasiones y ello, lógicamente, le trajo más resentimientos contra el cristianismo, las formas de vida y los reyes que gobernaban España y a los tenían que ver los hermanos Colón pasados muy pocos días.

Ya hemos dicho que la llegada de la Corte, allí donde iba convulsionaba toda la ciudad. Esto le pasaba a la castellana Alcalá de Henares.

A las doce de la mañana esperaban en la antecámara del palacio donde estaban alojadas Sus Majestades, los hermanos Colón. Fueron los primeros en pasar. Detrás de ellos había, aristócratas, obispos, militares y algunos que parecían autoridades locales, acompañados de vecinos de su localidad. Un ujier, uniformado, dijo desde la puerta: ¡Señor Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé Colón;

No respondieron nada porque ya habían sido advertidos. Se levantaron del frío asiento de piedra -todo en esa Corte era excesivamente frío- y penetraron en la Cámara Real de Audiencias. Cuando estaban allí

se les acercó un hombre de la Casa Real para decirles: - Miren para aquella puerta, y, al salir Sus Majestades los Reyes de España, inclinan al mismo tiempo los dos la cabeza, sin poner en ellos la vista. Después, se arrodillan en aquellos dos cojines de terciopelo morado desde donde explicarán lo más breve y conciso posible sus peticiones. Sólo uno debe hablar. ¿Quién de los dos?

- Yo, señor -dijo Cristóbal.

- Calle el otro y no mezcle su voz ninguno de ambos cuando hablen los Reyes. Al retirarse háganlo sin dar la espalda a Sus Majestades.

Todo fue realizado como se les había advertido. A un lado y a otro tenían una hilera de soldados con armas; otros hombres con sus mazas y heráldicas sobre el pecho. Se podía oír el volar de una

mosca o un tábano. Todo era grave y, como podía haber dicho Hamed, el cordobés: acojonador.

Apareció el rey, con traje de gala negro y ribetes dorados. La cara triste, los reyes parece que tienen como obligación, aparecer siempre tristes. A su derecha iba la reina, doña Isabel, también vestida de oscuro y violeta. Destacaban en su cuello unas piedras preciosas. En la mano izquierda de don Fernando iba el príncipe don Juan, también vestido de oscuro. Por la cabeza de Cristóbal pasó, como una ráfaga al verles tan de luto, que quizá lo hacían por un gran amigo de los reyes, jerarca de la iglesia fallecido hacía muy pocos días. Con lentitud y majestuosidad, subieron a la plataforma donde estaban los dos asientos de los reyes. El príncipe se retiraba por una puerta del lateral acompañado de dos hombres uniformados de la Casa Real. Tras de él iba fray Diego de Deza, que era su maestro.

Sentados sobre sus dos tronos, de idéntica altura y formato para hacer ver que el poder era igual en uno que en el otro consorte, un jefe de Cámara les indicó que podían acercarse. Así lo hicieron, avanzando con gran cuidado. Llegaron hasta la pareja real y besaron las manos de los esposos: Primero, a doña Isabel. Después, a don Fernando. A cada lado de los reyes se habían colocado dos trailes. El rey les ordenó que se retiraran y los dos hermanos se hincaron de rodillas sobre los cojines. Mientras hablaba Cristóbal, Bartolomé había de estar con la cerviz baja. Comenzó Cristóbal Colón di-

ciéndoles que había venido hasta Alcalá, y que fuera donde hiciera falta ir, siempre que ello redundara en favor de los Reyes Católicos. Les dijo que, ambos hermanos eran almirantes. Que allí llevaban planos, cartas de navegar, mapas mundis y todo cuanto era preciso para poder llegar, más allá de las aguas conocidas hasta ese tiempo. Que la misión de ellos, era llegar, para bien de España y de la Corona, hasta las lejanas regiones de Cipango y Catay, en tierras de Indias, pero, sin doblar el Cabo de Buena Esperanza, como ya le llamaban los portugueses. Que las Indias estaban, según él las había visto en una ocasión que hizo ese viaje, a unas 750 leguas de las Islas Afortunadas. Y que ello era todo posible y de gran importancia para España, si se le ayudaba con una armada, pues sólo así podía conseguirse un éxito que envidiarían otros reinos.

Se hizo un silencio. Llamó don Fernando a un prior que tenía a su lado y ambos, parece que hablaban en latín, decidieron sobre lo que Cristóbal Colón había expuesto. Siguió hablando Colón.

Quiso sacar los mapas, y, el rey, le dijo que no. Parece que don Fernando se aburría, pues, hasta bostezaba.

Sí que ponía atención la reina. El prior o lo que fuera le dijo al ligur que, todo aquello, le parecía al rey Don Fernando una fantasía propia de niños y no de gente inteligente y mayor. Por otro lado, que, si ello era verdad, la empresa era temeraria, y que sabiéndolo el rey de Portugal ¿por qué desistió de su empeño? Allí Colón, le comenzó a decir que, el rey don Juan, buscaba las Indias por el Cabo

de África, pero que ese no era el camino recto a Indias, sino el que sabía él y su hermano. Dígales que tengo un fraile astrólogo que puede atestiguar que cuanto digo es verdad según sus conocimientos.

El rey, le dice al prior que pase Andrés del Corral. Segundos después entró aquel personaje que, bien se veía escuchó todo por orden del rey y le dijo a sus Altezas Reales, que no les creyeren a esos almirantes, que él les traería persona más capacitada para sacarles del error que pregonaban.

Terminada la recepción, se retiraron conforme le había dicho el que ordenaba cómo habían de comportarse los visitantes: Saliendo para atrás sin volverse de espaldas hacia los reyes, y caminando con la cabeza un poco inclinada.

Desconcertado y torturado mentalmente, salió Cristóbal Colón de aquella reunión con los Reyes Católicos. Quería decir, sencillamente, que se le habían cerrado todas las puertas en España para conseguir aquel soñado viaje. Menos mal, menos mal que, al final, le dijo la reina y ello fue lo único que habló:

- Señor. Creo que, lo mejor ha de ser que se reúna una Junta de Sabios, y que ella sea la examinadora de ese vuestro proyecto. ¿Os parece bien?

- Me parece, Majestad, perfecto.

Eso dijo Colón, pero, bien notaba que tenía todo en su contra máxime al alto clero que aconsejaba a los reyes. Cuando salieron a la calle se les unió fray Hernando de Talavera, que, como sabe-

mos había gestionado aquella entrevista y esperaba buenos resultados.

- ¿Todo bien, hijos?

- ¿Bien?... ¿Bien...? ¿Puedo decir una barbaridad, o prefiere el señor obispo que me la guarde?

- Mejor no escucharla. Preferible que no salga de vuestra boca, pues no se adelantará nada con volcarla al aire.

- Padre Hernando. No entiendo el que ambos hayamos dominado una y cien veces las grandes tempestades por todos los mares, y aquí no podamos salvar este mal huracán de las bajas, torpes, y burdas tramas humanas.

Resulta lamentable, señor obispo, que todo cuanto en tierra proyecto se hunde, naufraga! ¡Ah, triste de mí; ¡Ah, desdichados; ¿Qué hacemos, Bartolomé, qué hacemos, hermano?

- Lo pensaremos a solas, Cristóbal. Creo que aún tenemos energías, inteligencia y turmas, para ir a Lisboa, a Inglaterra o, a Francia, para regalarles nuestros mapas y todas nuestras ideas.

- ¡No hagáis eso, que será escupir al cielo y ver hasta dónde llega la saliva que os puede ensuciar; Volved

a Huelva, a Sevilla o, a La Rábida, y esperad, esperad, que, Dios, ya sabéis que aprieta pero que nunca ahoga.

- Señor. Cómo se ve que no os habéis visto en grandes naufragios... Yo noto, cómo las manos están dejando mi garganta sin voz y sin resuello. Quieren silenciar nuestras voces y puede que, otros, lejos de nuestras fronteras, manden unos gritos que nos aturdan.

- Vamos, vamos, y callad barbaridades.

- Padre, si me obligan tendré que buscar rebeldías, y no soy hombre para eso. El mejor remedio de no ser rebelde y vender mi ciencia es atender mi causa, y, aquí... ya lo vemos, hasta se ríen de nosotros.
- Hijo mío. La prudencia de un hombre se conoce por la paciencia. Esperad respuestas, que yo me ocuparé de suavizar todo este terreno que habéis visto tan árido. Considerad que no es poco, que los reyes os hayan recibido. Id contentos, que contáis con nosotros, los que estamos muy próximos a los Católicos Reyes de España.
- Esas palabras, padre, pueden hacernos cambiar de idea y esperar?
- Eso quisiera. Hacédselo saber así al padre Marchena. Aquí quedamos Deza y este pobre obispo de Avila, que haremos cultivable este vuestro terreno. Si ello es así, marchamos confiados en las palabras de un buen hombre.
- Confiad totalmente en mi sinceridad, y que mi colaboración no ha de cejar día tras día, aunque estéis lejos de la Corte.
- Que Dios os premie, padre Hernando.
- Y que vosotros calléis, callad, y, si algo tenéis que decir que no vaya contra nuestros Reyes, apedrearéis vuestro tejado.
- Gracias por el consejo.

Los dos hermanos se despidieron de aquel llamado Prior de Prado, fray Hernando de Talavera, que ejercía en ocasiones, de confesor de la reina doña Isabel de Castilla, la llamada Católica.

Mal se acostumbraban los hermanos Colón a la vida monótona en tierra. Viajar es nacer con el alba y morir cada noche. El que tiene acostumbradas las pupilas a la piel de los mares y, a ese incansante hacerse ver o escabullirse de las criaturas marinas, la tierra les parece algo reseco, sin voz, sin pulso: muerto. Aunque las ráfagas del viento del Este venían modelando las siembras, allí faltaba la agitación permanente bajo los pies, y, eso para el marino, es como el riego que nace del corazón y reanima todo el cuerpo. En la mar el viento viene ancho, sin parapetos, en cambio allí por donde paseaban, les llegaba ajustado, comprimido, encorsetado. Detrás de ellos estaba la ciudad de Huelva cal y sol, músculo y hambre, pensando en ganar los más un mísero jornal, mientras que, desde las tabernas, mandaban al imposible sus gemidos, acompañados de laudes y escupitajos. Pareciera que, el hombre de estómago hambriento, carece de orejas, y sólo sabe dar gritos y volcar heces.

Así y todo, en esa fresca mañana, caminar por aquella estrecha vereda, era gozar, de la ausencia de un mundo preñado de odios y de guerras; colme de ambiciones, y de prepotencia junto a la Corte; marcado por las fronteras de la autoridad, el servilismo y la humillación del hombre contra el hombre.

- ¿Por qué, Cristóbal, hemos de ser igual que peleles ante un rey y una reina? ¿Cómo Dios, Alá o, quien sea, que no me paro a pensarlo- permite que nos minusvaloremos tanto para que ellos así se crezcan?

¿ Por qué besarles las manos, arrodillados, mientras solicitamos lo que esos infelices poderosos no entienden, ni tan siquiera saben de qué se les habla? Pero aún hay más: si todo sale bien ¿para quién será el triunfo y la gloria que ganemos los almirantes?... La razón es algo impotente cuando se es débil ya lo sé, pero, ¿quieres que te diga la verdad después de lo que hemos visto?

- Puedes decirlo. ¡Dímelo.!

- ¡Que me cago en ellos y en cuanto representan sus personas y sus seguidores; ¡Que no pienso verles más en el resto de mi vida!

- Y yo reconozco toda tu razón que le hago mía, Bartolomé. Hermano, el hombre cifra su poder y hasta su torpe dicha en aquello que representa.

- ¿Y ello te extraña? Yo te diré que, quien un mal hábito o mando adquiere, por asumirlo tan fuerte, con él malvive y muere.

- Eso no es justo. En ese caso mal se lleva con lo que representan llamándose Católicos. ¿Qué tienen que ver ellos con Cristo ni con sus apóstoles? ¿Por qué han falseado su destino, trucando su doctrina y teatralizando gestos?

- ¡Ay, ay, ay ay.... Cómo se ve que estás menos zurrido que yo en desengaños. Hay que sostener el mando y los pensamientos aunque sean desastrosos, como sostiene la nieve la baja temperatura. ¿Me comprendes? Es la táctica del poderoso y, a nosotros no nos queda otro remedio que aceptar los beneficios que pueda ha-

ber mañana, soportando los inconvenientes de hoy. Cuanto más tarde venga la ventura con mayor gusto saborearemos nuestra aventura.

- Así es. Así será, pero, yo vuelvo a lo mismo ¿Y los cardenales, y los obispos y la Inquisición?...

- Escúchame, hermano. Si no podemos hablar y obrar, de igual a igual, contentémonos con lo poco que poseemos y considerémoslo como gran riqueza natural, eso que ellos están lejos de poseer.

- ¿Con qué me sales ahora? Eso dice el ciero pero, ya me dirás qué nos alimenta.

- Déjame razonar un poco esta situación que yo arreglaré, con paciencia y triste sumisión, lo que a nuestro proyecto afecte, que tengo algo más de fe y paciencia que tú, hermano.

- Esto es demasiado, Cristóbal. No hay derecho a que dos almirantes vayamos pidiendo limosna, en Portugal y en España como paralíticos de miembros y de mente.

¡Que asco, pero qué asco de sociedad!

- Mi verdad, tarde o temprano surcará mares y arribará a los pueblos anhelados. Si alguien la quiere eclipsar, yo te juro; ¡por mi hijo Diego!-que, jamás será apagada ésta luz de predestinación.

- ¡Oh, virtud! ¡Oh, torpe palabra y sólo palabra! Ya me vale de mucho esa obstinación cuando no hay quien abone esta parcela....

- ¡No claudicaré jamás, hermano! Siempre me oyes lo mismo, lo sé, porque mi meta no varía nunca, es la misma decisión desde hace unos pocos años. Bien sé que la verdad y las buenas razones, tienen espinas como las

rosas, pero, un día, esa rosa florecerá por toda España, y, el pueblo, durante siglos la verá fresca y llena de vida. Que han de elogiar y hacer monumentos gigantescos a los Colón, estoy bien seguro, seguramente.

- Cristóbal... eres un visionario; me pareces un profeta, y no te das cuenta que el río transparente de tu fe y tu verdad, te lo quieren llevar por cauces de maleza; por desagües repugnantes, para malograrlo y que no se descubra tu genio.

-¿Crees que no lo sé? ¿Crees, por ventura, que no sé cómo tendré que morir, y bien podré durante muchos años hasta que se reconozca mi valor y mi verdad? Todo esto no es nuevo, les ha pasado a los más grandes soñadores que han buscado hacer un mundo mejor. Yo maldigo esta tierra, y la otra, y la otra y la otra...! Quisiera ser como el tiburón o la ballena; quisiera que mi patria fuese el mar y no esta tierra devoradoras de voluntades, paridora de bípedos mediocres, que siendo cegatos en el vivir se sueñan sabios, o de una nobleza parásita que nada hace, salvo la guerra, pero que no deja a otros que se muevan por envidias congénitas.

- Qué grandes verdades vomitas y qué pena que las vayas sembrando sobre una tierra tan yerma. Sigue hermano, sigue.

- Referente a lo que tú antes has dicho, tendría que decir mirando al cielo ¿Qué tengo yo que decirte a Tí Creador?... ¿Por qué no me atiendes? ¿Por qué no haces que me escuchen? ¿Por qué has olvidado y gozas en torturar a Cristóbal Colón, cuando trato de que

- se conozca mejor este mundo que dicen fue por vos y sólo por vos creado? Y, sin embargo, ya me ves, Bartolomé, que, me callo, trago hieles en Huelva, en Sevilla, en Lisboa, en Córdoba, en Alcalá y, me callo... me voy callando y llenando mis sienes de canas verdes o rojas, hermano.
- Siempre dicen que es tarde cuando se llora...
- En este caso, aún no. Aún no lloro al exterior, pero, tampoco lo descarto. ¿Dónde vas?
- Tengo algunas cosas que hacer por el puerto.
- No deseches a nadie. Todos, un día, pueden hacernos falta. Esta empresa aún no está abandonada. Yo voy a por Diego y nos veremos esta tarde ¿Te parece?
- Me parece bien. ¿Ahora qué piensas hacer?
- Luego lo sabrás, pero, no te comprometas, de momento, con ningún piloto. Tenemos que exprimir mucho más esta esponja de vinagre que nos ponen en los labios, o no somos nacidos en tierra de héroes.
- Te lo prometo, Cristóbal.

Llegó Cristóbal a casa de su cuñada Violante y comprobó que, cada día que pasaba más hundidos económicamente estaban. Carecían ahora hasta de muebles, y cómo dudarle aquello del refrán que, "donde no hay harina todo se vuelve mohina"... Aquella casa se estaba convirtiendo, en un calvario, en otra guerra civil como las de los Católicos Reyes y Boabdil. Los muebles de más valor estaban, desde hacía días embargados, en casa de un tal Diego Alonso, que era escri-

bano y obedecía al Tribunal de la Santa Inquisición.

Las peleas y las críticas caían ahora sobre el pobre Dieguito, por ser una boca más dentro de aquella familia de seis miembros. Parece que había reñido no poco el matrimonio estos últimos días, lo uno porque Muliarte era vago a carta cabal y, borrachín de todas todas... Para completar estos dos graves complementos propicios para destrozarse cualquier hogar, ahora, resulta que había robado en una ermita de aquellos pagos, la corona a una virgen. En él cayeron todas las sospechas del robo. De ahí que, el retomarle todos los muebles en calidad de prenda les pareció a las autoridades oportuno. Miguel salió ayer de casa y aún no ha vuelto.

Cuando llegó Cristóbal, tenía a los guardias del Santo Oficio, Violante, en el zaguán, dispuestos a revisar toda la casa para encontrar a Muliarte. Por más que les decía Violante, que "se fue el día anterior y no había regresado a dormir", aquellos servidores del orden no se lo creían. Allí se oían gemidos... súplicas... lloros en los hijos pequeños... maldiciones en la pobre Violante. De tal manera vio y temió Colón el contacto con aquella tormenta casera que, cogiendo a Diego de la mano le dijo a su cuñada, que se lo llevaba en ese mismo momento. ¿Y cómo no sacarle de allí si temía el almirante que podía perjudicarlo no poco el estar metido su hijo en aquel hogar que era vigilado y denunciado por la inquisición?

- ¡Cristóbal... espera, espera un poco que le ponga en una mantita su ropa; Espera un poco, hombre...

- Es igual, mujer, es igual... Veo que estás muy ocupada...

- Poca cosa tiene, pero, espera Y, ellos, que esperen a que arregles tus cosas. ¿Dónde le quieres llevar?

- Con el padre Antonio de Marchena. Al monasterio.

- Bien me parece. Ustedes perdonéis... Es mi cuñado el almirante don Cristóbal Colón. ¡Un almirante;

En seguida podemos seguir con lo que estábamos, pero, ahora, perdonáis, que tengo que ocuparme del hijo de nuestro cuñado "el almirante", que viene de hablar con los Reyes Católicos.

Al oír esto, los cuatro guardias soltaron la gran carejada.

Nuevamente van padre e hijo, como lo habían hecho tiempo atrás, camino de Palos y de La Rábida, esta vez, para entregarles el niño al cuidado de los frailes franciscanos, entre los que estaba aquel sabio y virtuoso hombre llamado, Antonio de Marchena.

Contento iba Diego, porque se retiraba de unos primos que, si a veces jugaban, otras, hasta le insultaban. No están taponados los oídos de los niños, y, cuando con frecuencia oyen los malos juicios que forman los mayores en este caso contra el ausente almirante, los pequeños sabían por quién iban las acusaciones y falsos juicios, así que, a la menor regatilla entre ellos, ya le salían diciendo que "era un gorrón y su pa-

un padre aprovechado que le dejó entre ellos para comerles las tajadas y la sopa". O, que "su padre era un mal padre porque lo abandonaba para ir él a pedir peras a los manzanos" - y le bailaban en derredor pegándole patadas en el culo. "Tu padre no es almirante... Tu padre no es almirante, es un caminante mendicante"

Diego se libraba de aquellas acusaciones que escuchaba casi casi a diario, pero ¿cómo serían los frailes? ¡Ay madre! Con el miedo que le entró cuando se presentaron por primera vez ante el convento... Si le parecían que tenían hasta cierta relación, en horas de la noche con brujas, duendes y fantasmas...

Claro que, ahora no había de protestar pero ¿quién le dejaba la cabeza aclarada sobre aquellos pensamientos de los que él llamaba sotanudos?...

Llamó Cristóbal tirando como sabemos de aquel llamador que volteaba la campañita, sonó a lo lejos el tintineo y apareció un fraile que ya era conocido de otras ocasiones y que le habían dicho que se llamaba Casiano. La cara y el gesto medio de tontito gordo, no podía por menos el almirante de llevarle a partir la palabra por su mitad, porque hay nombre en las personas que se identifican no poco con verduras, frutas, y en ese caso por donde se evacuan los alimentos, pero, eso es cosa que se la figuraba el ligur y nada más. El fraile de la cara redonda como sandía, y colorada como melocotón, le dijo lleno de sumisión y con una sonrisa que llegaba de oreja a oreja:

- Esperad un poco, señor, que ahora viene el padre guardián. Ahorita mismo viene.

Efectivamente, sin haber dado lugar a un rezo de Padrenuestro,, apareció el padre Antonio de Marchena, con aire juvenil, moviendo los brazos graciosamente y agitando aquella estameña como si fuese un mozalbete. Su cabeza que ya comenzaba a estar matizada en color ceniza por las patillas, le daba cierta prestancia y calidad, ese sello que sabe dar la naturaleza al que lleva sabiduría y debe pregonarla sin mover los labios.

- ¡Cristóbal; ¡Dieguito; Qué gran suerte el veros entrar en esta santa casa. Bendito sea Dios que, así de bien sabe hacer las cosas. No sabéis cuánto me alegro.

Colón calló. ¿Qué podía responder a esas palabras llenas de sinceridad y de comprensión que veía en el hombre que más confiaba desde que llegó a España?

- No me digas nada, hijo mío, no me digas nada, que ya sé por qué traes aquí a tu hijo.

- Pues sí, padre Antonio. He tenido que sacarle de casa de mi cuñada porque...

- Lo sé, lo sé...

- Yo quisiera, pero ¿qué más le voy a pedir al padre Marchena de cuanto hace? Mejor me callo.

- No os preocupéis que todo se arreglará. Ha estado anoche aquí vuestro cuñado Muliart, y, entre lágrimas y perdones, el pobrecito, que mucho lo es, me entregó la coronade la Virgen que la tenía oculta en el campo.

Pobrecito... se ha dado cuenta que era de lata. En fin, ya lo está purgando con su cargo de conciencia.

Decidle que yo mediaré por el y todo se arreglará.

- Gracias, padre Antonio.

- Ha sido la voz de Dios, la que le ha hecho torcer su voluntad, para que la Virgen de los Desamparados lleve la corona -que no es de plata como os he dicho sino de un mal metal. El pobre la robó para venderla y sacar dinero en pagar su vino, pero, después, se dio cuenta hasta la repercusión que ello podía tener en su sobrino y, el cuñado Cristóbal Colón. ¿Cómo ha llorado el pobre pidiéndole a la Virgen de los Angeles perdón!... Pero, dejemos esto y hablemos de otras cuestiones vuestras de mayor interés. ¿Vas a quedar contento Diego con tanto padre como aquí vas a tener? ¿No me contestas, granujilla? ¿Y si llegas a obispo por nuestras lecciones e influencias, eso no es nada, ¿eh? ¿eh?... ¿Callas?...

Cristóbal, este hijo tuyo quiere ser marino como su padre. Ya estoy viendo que esto no le gusta.

- Marino como su padre y como sus tíos Bartolomé, Diego y Juan Antonio. Y, como su abuelo.

- Buena obra es la vuestra. En todas las latitudes de la tierra hacen falta buenos corazones y buenos conductores de carabelas y naos. ¿Hay tanto que peregrinar; ¿Hay tanto árbol que enderezar y tanta alma que salvar;

- Vos me diréis -sobre Diego hablando- qué os tengo que dar... el día que pueda, claro.

- ¿Tenéis mucho para darnos ahora?

- Enfermo estoy de dineros... Huérfano como el que más de acariciarlos, casi casi como mi cuñado Miguel.

No hay nadie en el mundo en mayor miseria que yo, y que este hijo que aquí subo para que le déis limosna.

152 Cristobal y Miguel!..La necesidad todo iguala...

- Os equivocáis. Tengo, hijo mío, una buena noticia que daros.

- ¿Referente a dineros? ... No lo creo.

- Pues sí. De ello se trata. Y se te hace realidad

-¿lo sabéis?- aquello de que, quien quiera medrar, viva al pie de la sierra o en costa de mar.

- Nada he hecho, padre Marchena para ganarlo.

- Sabéis que, en Alcalá de Henares os visteis con un gran amigo al que ibais recomendado, no con carta sino de palabra y que no era obispo.

- Sí. El padre fray Diego de Deza.

- Así es. En ocasiones hace -como hacemos otros más y humildemente me cuento- como confesores de la reina y del rey- Deza, es, además, el maestro del príncipe don Juan. Ese hermoso y prometedor príncipe que tiene la misma edad que éste pícaro niño. A propósito ¿Quisiérais un día, estar de paje junto al príncipe don Juan? ¿Eh? Mirad que lo puedo conseguir. ¿A que sí? Ya se ríe... Ya se ríe... Os aseguro que, España, está de enhorabuena, porque, ese príncipe viene a encarnar la continuidad de un proyecto tan costoso y madurado por sus padres. El atará todo cuanto aún está desatado y mal unido. Pues vos, Diego, estaréis con el en palacio.

- Sí que lo quisiera, padre.

- ¡Vaya; Habló mi hijo y yo me daría con la quilla de una carabela en los dientes si te veo en semejante ocasión, que, por ahora, me parece un poco de fábula, padre.

- Todo se andará, todo se andará, siempre que aquí os portéis muy bien y estudiéis mucho, ¡mucho!

Ahora os voy a contar la razón de esos dineros.

Le escribí a Deza, diciéndole en qué situación estabais, y que lamentaba yo mucho que tanta sabiduría

como tenéis fuese desaprovechada, ni por la Corte entendida. Ya me contó el Prior cómo ocurrió

todo durante vuestra visita a los reyes. Sobre lo

vuestro, le decía que carecíais de hacienda, de casa,

y de dineros para poder vivir dignamente como a vuestro saber correspondía. Padre Diego -le decía-

cuando estéis a solas con la reina doña Isabel, decidle si no se le puede enviar una limosna para este

almirante que todo lo sufre por darle mayor gloria a nuestros Reyes Católicos y a España. Parece, parece

-pienso yo- que, en el confesionario se lo dijo a nuestra Augusta Reina, que tiene un corazón más grande

que ésta santa casa, y se lo dijo -¡admiraros;-

por intermedio de don Alonso de Quintanilla, que es quien se encarga de las cuentas de la reina, y él os

ha mandado cuatro mil maravedís como ayuda hasta que todo se vaya arreglando.

- Pues si ello es así, padre, os beso las manos, las ropas y las sandalias.

- ¡Quieto; ¡No; ¡No; Cristóbal, esta es nuestra obligación, no saquemos las cosas del quicio. Trabajar para el hermano es nuestro mejor fundamento.

- Pero si es que... ¿Te das cuenta, hijo, entre quienes te vas a quedar, qué buenos son y cómo nos ayudan? Esto es la antesala del cielo, padre. Hijo,

Diego, pórtate bien con los frailes que van a ser como tu padre. Deja en buen lugar nuestro nombre y quiere a éste santo hombre que se llama fray Antonio de Marchena, que ya ves lo que ha conseguido de los reyes: Que nos envíen cuatro mil maravedíes.

- ¡Levanta, levanta Cristóbal! Todo esto que se dá bien sabes que del pueblo sale. ¿No es mejor dárselo así que gastarlo en armas y cosas de la milicia? Pues eso. Así que, tomad los cuatro mil que os entrego en nombre de Su Majestad la Reina doña Isabel la Católica o de Castilla, como más os guste titularla.

- Gracias, padre, gracias. Buena falta que me hacen.

- Sobre lo demás ¿qué tenéis pensado hacer, puedo saberlo?

- No lo sé. Aún no lo sé. Este vivir o desvivir, es como una locura, un tormento. Aquí está éste testigo del dinero, que, quizá viene a cambiar las cosas... Vivo desconcertado.

- Hay que seguir. Tienes que seguir. No se pueden dejar las cosas que uno las ve promisorias a medias. El hombre no es un río que pasa y jamás puede retroceder.

El hombre no se avergüenza por rectificar, por retroceder, por modificar su camino. Vuelve sobre tus andadas y desvelos y comienza otra vez el curso y el discurso, Cristóbal. No cedas. Todo lo que se inicia, si tiene buena fe y buen material, debe acabarse.

¿O es que quieres convertirme en un rústico que sólo sabe de labrar su parcelita?

- No padre, no. ¡Eso nunca! Creo que Dios me hizo para destinos más altos. Jamás el común del pueblo

llegará a ser artista, poeta, almirante, cosmógrafo o filósofo. Bien sabéis que no es esa su misión. Cada cual a lo suyo y todo es digno si lleva buena intención.

- Tampoco es aconsejable que busquéis ser el primero en esa aventura del navegar sobre los incógnitos mares, y que sólo lo vuestro es lo que vale y debe ser escuchado y hasta apoyado.

- No lo puedo evitar, padre. Me acuso de ser orgulloso y prepotente en cuanto a eso, pero, es que no lo puedo evitar porque la convicción me lo exige.

- La prudencia en el hombre culto se conoce por su humildad y resignación.

- Prudente lo soy, aunque no tanto como debería ser para un franciscano aconsejable. Tendré mucho cuidado de no errar o echaré por tierra todo mi proyecto, ya lo sé. Quizá peco de inquieto, pero, es que no puedo aguantar mis ideas, padre.

- ¿Queréis comer algo?

- No no. Dad a Diego lo que le apetezca, que buenos dientes tiene y no le hace ascos a nada. ¡Adiós hijo. ¡Dadme un beso y un abrazo como un hombre.

- ¡Padre; ¡Padre; ¡No me dejéis solo;

Se dieron unos besos y unos abrazos, mientras que el niño lloraba sin consuelo. También el almirante tuvo que quitarse unas lágrimas con la mano para que no las viera su hijo, mientras que el fraile, para evitar seguir hablando de la despedida le dijo:

- Escribid a Diego sin tardar, que ya me he de ocu-

- par yo de que os conteste sin tardanza.

- Lo haré, padre Antonio, lo haré. y, también os aseguro que, si el destino llena mi mano de ducados y no de imposibles, yo sabré agradecer cuanto valen estas atenciones.

- Teneame informado de todo.

- ¿A quién mejor, cuando sois mi apoyo y mi alimento?

Y el de éste pobre hijo que debo dejar a vuestra guarda.

Dándose un sincero abrazo, se dijeron adios.

Qué bueno era aquel franciscano para Cristóbal Colón.

¡Ah, si todos, todos, hubieran nacido con esa paciencia y esa inteligencia,

Esa misma tarde, le hizo saber a Bartolomé cuanto había sucedido con fray Antonio de Marchena y le entregó mil maravedís, para que fuese viviendo con un poquito más de comodidad.

Después, el almirante salió para Córdoba, adonde hacía tiempo que no acudía

tenía que ir a Córdoba. Beatriz, en la última carta, le anunciaba la boda de su hermano Diego con su novia Ana Porras, y le pedía que estuviese él ese día junto a ella.

Era octubre de 1487. Pasaban los meses y los años, pero, lo que adelantaba el almirante era muy poco, menos que un zapal saltando por un rastrojo. El aburrimiento y la decepción le destruían a diario. Y siempre, sus preguntas que no hallaban respuesta: ¿Querían apoyarle aquellos que ponían hacer lo que se buscaba era distraerle y darle largas con plazo indefinido? Tampoco podía decirse que todas las puertas estuviesen cerradas y negar que gota que no cede acabará causando agujero, pero, bien a la vista estaba lo poco o nada que avanzaba. Seguía todo como el año anterior y como en el 85. La última esperanza había llegado con los cuatro mil maravedíes que le entregó el padre Marchena, pero, nueva duda: ¿cómo tomar aquel envío? Fueron sacados a la reina como una limosna porque vienen los frailes que tenía un gran corazón, como anticipo para que no abandonase aquella aventura? ¿Ah qué incertidumbre;

Bonita estaba la vieja Córdoba, aquella ciudad que ya elogió Estrabón, cuando la región estaba bajo el dominio turdetano. La Córdoba del rey primero de la cristiandad hispana, Leovigildo. La Córdoba auxiliadora del valí Omeya Al-Samh, quien, desde ella dominaba toda España. La del califa Abdál Rahman I, y la de San Fernando. Córdoba, Toledo, y Sevilla, conservan el sello de la historia tan presente, como

lo denuncia esa virginidad que ofrece la doncella en sus prístinos ojos llenos de luz y candidez. Tanto o más bonita estaba Beatriz, a la que aún no había visto su enamorado almirante. Se habían mandado cartas, sí, en la que Colón le daba cuenta de los apurillos que pasaba para conseguir lo que pretendía, y algo muy similar le decía la moza, cuando relataba el vivir de sus familiares. La situación de ambos no era para largos vuelos, más bien como esos que hacen en bandadas los pececillos voladores que no van más allá de cien metros sobre las aguas. Todo, todo en este mal vivir, está bajo la influencia del dinero, todo rebozado para el avance o detenido según la harina en que se envuelva para sazonarlo.

Enríquez de Arana, decía a los suyos que, en no pocas ocasiones tenía que estar presente en actos que se realizaban en aquella poderosa ciudad, pero... pero... sus posibilidades eran más para juntarse a los que vivían en arrabales que no en el cogollito de la capital y estaban junto a los aristócratas y a los propios reyes.

La Córroba de ese tiempo, con más de 200.000 habitantes, tenía bien determinadas sus parcelas de poder y sus preferencias y protocolos.

Se casaba el hijo de Rodrigo Enríquez de Arana y de Constanza <sup>de</sup> Alarcón, con la bellísima joven, Ana Porras.

¿Quiénes eran esos Porras cordobeses? Primos hermanos en fanfarronería de los Enríquez. Así se vio que, no pudiendo ponerle a la hija casa de vivienda instalada, porque ducados en reserva no les había, no tuvieron más remedio que meterse a vivir con los padres del joven.

Era una casona grande cual palacio, claro que sí, pero, con poco calor y comodidaa ya que no estaba con las debidas condiciones para lo que fue creada, y cuando esto ocurre, la casona queda tan silenciosa y fría como una catedral.

La boda se celebró en la iglesia de San Lorenzo.

Era de ver a las amistades de los Enríquez de Arana, cómo parecían todos sacados del mismo molde, del mismo gallinero o de la misma sastrería si así se nos permite denunciarles. Allí, de aristocracia.?:nada

de nada, y cuánto hubiera dado el señor Enríquez por tener presentes a un Nájera, Medinaceli, Medina-Sidonia, López de Haro, Alba, o, a los marqueses y condes de tal y de cual, o poder decir: "Mirad, aquel alto y seco de carnes, es el Capitán General"... "Aquel otro de uniforme es el Contador General del Reino..."

"El Inquisidor de Andalucía, está allí con el Almirante de Cádiz." "Y aquellas son, las mujeres de tal y de cual, que esperan a Constanza de Alarcón para felicitar este nuestro gran acontecimiento"! Nada de nada, y es que cada quién invita a los de su mismo pelaje; a los de sus parecidos recursos y titulaciones -grandes o pequeñas- y así ocurre cuando el más bajo, hace las invitaciones a los que sufren las mismas incompetencias y restricciones del vivir. Aquellos invitados de los Enríquez y Alarcón, también incluiremos a los Porras, son de esos que iban y que van, por las calles sacando pecho, para que las paredes se amplíen más, pues son estrechas para su cuerpo. Los que sonríen como sobrados "de tela", y ésta apenas les tapa el costillar... los que fabulan "teneres" que no

ven ni palpan... "Los que hablan de cuanto reciben y obsequian, porque tienen un corazón más grande que nadie." "Los que son siempre robados y estafados porque les sobra buenas intenciones, cosa esta que no ven en el semejante." ; Mentira; ; Todo mentira; Lo único que les sobra es complejo de inferioridad o ganas de alcanzar lo que se les negó desde siempre.

Era una mañana de sol precioso y de una luz que cegaba la vista. A la entrada del templo, teniendo a la espalda el espléndido rosetón gótico-mudéjar y la graciosa torre con dos pisos, adornados con balconcillos y sus respectivos campanarios, estaban todos los invitados formando grupitos. Eran las doce del medio día, cuando las campanas anunciaban con su voltear juguetón el primer aviso para la ceremonia nupcial. Los que allí habían acudido estaban con sus mejores galas, sacadas de los armarios y hasta perfumadas. Charlaban por sexos separados, que eso de juntarse mujeres con hombres no estaba bien visto. En un grupo, próximo a sus mujeres, estaban los amigos de Rodrigo en la rebótica: Leonardo, Juan Sánchez, Juan Díaz y Lucían. En otro grupito de féminas, todas ellas muy perifolladas: Las mujeres de aquellos contertulios. No faltaban los amigos del novio, de la novia y de Beatriz. Eran más invitados los de los Enríquez que los de los Porrás, pero, como cada cual había de pagar los suyos, allí no había aprovechamiento. Por otro lado, hasta en eso quería Rodrigo aparentar que sus relaciones era superiores a las de los Porrás. ; Que se vayan a la idem aquellos;

En un rincón de la placita que era pórtico para la iglesia, alejado de todo y de todos, como si aquello nada le fuera, estaba el maduro almirante.

Cuando Leonardo Esbarroya se percibió de ello, levantó el brazo, le chistó y, Cristóbal Colón no tuvo más remedio que unirse al grupo de la rebotica.

En ese momento ya venían caminando calle arriba, los novios, los padrinos y el resto de invitados que habían preferido acudir a la casa de la novia. El novio estaba esperándola en el atrio, junto a sus padres y tíos, entre ellos estaba Beatriz, que era una de las jóvenes más bellas de aquel evento.

Había pagado Rodrigo al párroco, para que un coro de niños cantores de aquella iglesia, amenizaran la ceremonia con voces blancas. Así se hizo y todo resultó perfecto. Después de la ceremonia ¡a comer; que es el momento más deseado de los invitados, y, en ese tiempo lo era mucho más.

A las cuatro de la tarde, ya estaban de paseo Beatriz y Cristóbal. ¡Tenían tanto de qué hablar;

¿Por dónde se fueron? Por todas partes, pero, al final de las horas del día se decidieron a bajar por la judería, atravesando aquellas preciosas calles cuajadas de tiestos que asemejan paletas de los más refinados pintores. Contemplando una casa tras de otra y tratando de saber cómo se llamaban aquellas flores llegaron hasta las murallas por el puente romano y siguieron campo adelante, hasta coronar una loma desde la que se contemplaba la ciudad con su mágica grandeza.

Hablaban de sus amores, -de sus proyectos lo hacía Colón, -de todo, de todo. El sol declinaba. La tarde iba vistiéndose de color amapola. Como autómatas, sin decidir rumbo, se fueron acercando hasta una pequeña choza de labriegos que estaba al lado derecho de un olivar. Era más chozo que choza, si aclaramos que chozo es una obra torpemente pequeña y de fea factura. Tenía ciertas reminiscencias de un dolmen prehistórico, con su gran piedra que hacía de techo. No le faltaban algunas piedras a modo de bancos y, en el suelo, había paja pues entraban ovejas o cabras. ¿Qué lugar mejor para darle mayor vida a ese amor que les desbordaba? Ninguno de los dos -menos la moza- dijo de entrar allí, pero, como el cariño sabe mucho de telepatía, como inconscientemente penetraron en el chozo. A solas, en el claro-oscuro de la tarde, sin temor a ser vistos de nadie, ni tan siquiera de pastores o cazadores, se abrazaron y besaron cuanto el cuerpo les pedía y era forzoso obedecer a sus palpitaciones. ¿...? Un rato después, el balar de unas cabras y el grito del cabrero les volvió a la realidad. Salieron del chozo agachando un poco la cabeza para salvar la piedra. El cabrero estaba frente a ellos cual policía de orden público. Llevaban las caras sofocadas y el nerviosismo patente. No dijeron nada al curioso pastor. Comenzaron a caminar y, aquel "Luteriò", "Abundio", "Nazario" o "Picorelli", que cualquiera nombre de ellos podía irle bien, les dice gritando:

- ¡Oigan... ¡Oigan ustés... ¡Al hombre le digo...  
 Quítele a la moza las pajas que lleva clavás en la  
 espalda, que ya sabe el señor cómo la gente de aquí  
 es mucho mal intencioná... ¡Ja, ¡Ja, ¡Ja, ¡Ja,

- Gracias.

- ¿De boda, eh?

- Pues sí, de boda.

- Oigan, que no estaba pa descargar la tormenta ¿eh?

Pero, han hecho bien en meterse al chozo del tío

"Guirrio." ¡Ja, Ja, Ja, Oigan, mucho ojo ¿eh? que

una boda hace otras. Cosas de la imitación y de

un poco de envidia será ¿Verdá que sí? ¡Sigan si-

gan, que yo llevo el rebaño a encerralo en lo del

moro Mohamed Al Wazzán, el que está en la plaza de

los carros, pa que me entiendan!...

- Vaya con Dios, señor cabrero.

Beatriz, para no ser reconocida, estaba vuelta  
 de espaldas.

Esa noche, cenó el almirante ligur en casa  
 de los Enríquez de Arana. ¡Había tanto sobrante; ¡O-  
 jalá que todos los días del año, sobrara tanto después  
 de haber comido; La señora Constanza de Alarcón no  
 pisaría las tiendas en una semana: Allí tenían carne  
 de cordero y cabrito, que aún le llamaban no pocos "ma-  
 ruziyya" y "tafaya". También habían sobrado tor-  
 tas de "mayabanat", que era un postre de dulce, hecho  
 con queso fresco, miel y harina, espolvoreado con  
 canela. El pueblo, como ocurre siempre que  
 un idioma perdura cientos de años, deja su huella, y  
 allí estaba en cada ocasión bien presente. ¿Acaso

no han llegado hasta el siglo XX la mayoría de las palabras en latín y árabe? Allí se había hablado el árabe durante 400 años, ¿cómo no seguir titulado muchos de sus frutos, labores, oficios y demás nombres comunes con ese idioma? Aún se mantenían con todo vigor, entre otras y por señas sólo unas pocas, las palabras: Sahur (Comida del alba). Muharrán (Mes del año nuevo). Adha. (Fiesta mayor). Maristán (Hospital) Asir (Principio de la Pascua). Madrasa (Escuela). Muhtasib (Jefe de policía). Taylasán (Chal). Y era lógico, como el escuchar con frecuencia unas veces al Dios de los cristianos, y otras, el, Alá es grande. ¡Lo juro por Dios; Llamar a Alá el Altísimo y el Creador.

No se arranca del pueblo tan fácil una lengua, ni se impone por fuerza. Lo dictan y clarifican los pueblos y sus generaciones, pero, como una ley natural.

Cuatro días después de la boda, llevando en la mano un pequeño hato de ropa y algo de comida, volvía Cristóbal a dejar entre un mar de lágrimas a su amada Beatriz. Ahora, bien sabía el ligur que había de volver pero ¿cuándo?... ¿cuándo?... Eran tantos los delirios que llevaba en la cabeza que, vaticinar espacio de tiempo era formar lucubraciones al aire. A las súplicas de su amada para que se quedara respondía el viudo:

-No puedo quedarme aquí, Beatriz. Yo necesito dar inicio a esta aventura. Que se queden los torpes y tímidos, los unos labrando olivos y cultivando sementeras, o cogiendo caracoles y perdices, me dá lo mismo.

Yo tengo que salir buscando mayores horizontes. Tengo que triunfar, Beatriz y, aquí, vegetaría como un árbol o una cabra. El mar, la mar, me espera.

- Pero, si no te hacen caso, como tantas veces me has dicho, aquellos que deberían apoyarte ¿qué puedes hacer?

- No es culpa mía. ¿Sabes por qué no me hacen caso?

Porque no soy duque ni Inquisidor, porque carezco de grandes arcas y asombrosa titulación, pero, yo te digo que, mi vaticinio y mi voluntad, serán un día el alma de la historia de este tiempo que vivimos.

- ¿Cuándo? ¿Cuándo? Cristóbal, querido Cristóbal: ¿Cuándo ha de ser eso?

- No llores, mujer, no llores que me partes el alma. No pasa nada con separarnos, no anticipes el dolor, Beatriz.

- Es vivir mi realidad... El verme sola...

- ¡Y dale! Mi oportunidad debo llevarla a cabo aquí o donde sea, pero, esto es cosa de tiempo. El padre Marchena me lo dice una y mil veces. "La prisa, hijo mío, es del diablo y la paciencia de Dios". Yo no soy Dios ni tampoco el diablo. Yo ansío sacar ventajas de esta tierra que tanto me gusta, aunque sea un forastero y eso tú lo sabes bien.

- Ya lo sé, ya lo sé, pero... me dejas sola.

- Tengamos paciencia. Sepamos los dos aguantar uno y otro este trance, Beatriz. Debo aceptar hasta con resignación este cabrón de tiempo que vivo, en el que todo se une para no verme apoyado, pero, también se que triunfaré, ¡triunfaremos los dos!

- Mientras tanto, yo seré en el barrio, motivo de risa, Cristóbal, y ojalá que sólo sea por tu ausencia que otras razones pueden venir más adelante para que todos de esta mujer se rían.

- Aguanta todo, Beatriz, que, después, cuando triunfe has de ser causa de envidia de toda Córdoba. Dios está con los que sufren y tienen algo que mejorar al mundo creado por el ¿entiendes?

- Bueno... si así ha de ser, pues sea... que no quiero yo cortar vuestras alas ni ser barrera a vuestros proyectos.

De Córdoba fue directamente a Palos, y, de allí al monasterio donde estaba su hijo Diego. Nuevamente se reunió con el padre Marchena y, aquel, le dijo que le tenía guardados unos dineros venidos de la Corte el tres de julio.

- ¿Otra vez, padre Antonio?

- Otra vez, hijo. Os guardo tres mil maravedís, que han llegado con esta nota. Los guardo porque ignoraba dónde os hallabais ¿Veis qué bien se ocupa de vos el obispo de Avila, el confesor de la reina?

- Verdad es, padre Antonio. Digno de alabanza es esta dedicación que presta a los Colón.

- Y a vuestro hijo.

- También a el, padre. ¿Qué dice esa nota que me habéis nombrado, venida de cerca de nuestros reyes?

- Dice que son "para ayuda de costa". No se puede decir menos ni se puede entender más. Tomad. Sabido

esto que es de agradecer ¿qué tenéis pensado hacer, señor Colón?

- Como sé que, tras de la conquista de Vélez y Málaga están los reyes en aquella capital, me encaminaré lo antes posible hacia aquella ciudad, por ver si se me recibe. Ahora que me conocen Su Majestades, no ha de ser difícil, supongo yo...

- Ya sabéis que con las tropas está la reina, desde hace varios días.

- Lo sé, padre, lo sé.

- Yo, estuve con ellos cuando llegó doña Isabel protegida por mil lanceros, los soldados más valientes y mejor uniformados de su ejército. ¡Qué maravilla de estampa, hijo mío! Parecía que, el propio Dios, se enorgullecía de ello y mandaba los más resplandecientes destellos para asustar a los infieles. Y, luego... se dio una comida en la fuente de Archidona, que no le fue en zaga a los más hermosos y succulentos banquetes celestiales. ¡Tiendas nuevas; ¡Perfumes; ¡Música; ¡Vajillas de plata blanca y dorada; ¡Una verdadera delicia todo; Cuarenta hombres llevaba la reina en su comitiva, y diez damas de la más elevada aristocracia y más deslumbrante belleza. Con la reina había ido su hija Isabel, de quince añitos, y luego, tras de ellos, los duques de Plasencia, Alburquerque, Medina, Nájera... El marqués de Villena, los condes de Feria, Cabra, Medellín, Osorno, y, sobre todos aquellos jefes, el marqués de Cádiz, que es el soldado más hábil y valeroso; el que sabe cercar y hacer rendirse a todas las villas y ciudades árabes. Me he dejado

hijo mío, al otro grande: El arzobispo de Sevilla, Diego Hurtado de Mendoza, y sobre todos ellos: Los Reyes Católicos. Perdonadme, creo que me he excedido, señor almirante en elogiar las cosas mundanas y, eso, no es recomendable en un pobre fraile de San Francisco, pero es que, aún tengo en los iris de los ojos reflejadas tan hermosas circunstancias.

- Hace bien el padre Antonio en traerme esas estampas para estar mejor informado. Quiere decirse que, según eso, el triunfo total no está lejos.

- Yo entiendo que muy cerca. Sólo queda por rendirse la Ciudad de Granada con su vega y Las Alpujarras.

El Zagal tiene las plazas de Baza, Guadix y Almería, pero, todo eso caerá cuando el marqués de Cádiz se lo proponga. Venciendo al Rey Chico, su sobrino Boabdil se entrega, hasta parece que ya está concertado.

Bueno, vayamos a lo vuestro. ¿Qué pensáis hacer?

- Salir para Málaga, donde pediré audiencia, y ver si ahora, me pueden escuchar los Soberanos Católicos.

- Agradecedles en primer lugar, estos envíos que os hacen de dineros, que os han de venir no poco bien.

En eso estaban, justo en eso, cuando llegó un faraute, o, correo real, que traía un encargo para el padre **Marchena**. Viéndole allí le dijo:

- Tomad, padre Antonio

- Gracias. ¡Pues, es más dinero! ¿Será, para el monasterio para vos...?

Abrió el pliego sellado con lacra y vio que era para Cristóbal Colón.

- ¡Andá! Pues es para vos, almirante.

-¿Para mí?...

- No os podéis quejar, señor Cristóbal Colón, de tantas atenciones... ¡Vaya negocio; Son cuatro mil maravedís por mandato de los Reyes Católicos, y aquí lo dice así, escuchad: "Para que vayais al Real y ver a los Reyes en Málaga" ¿Qué os parece?

- Un sueño. No podía suponerlo. En fin, si no es lo que pretendo, al menos me ayuda a subsistir sin dar pena a nadie.

- Quiere decir, hijo mío, que se os está dando ayuda a cuenta del proyecto. ¿O no?

- Pues sí. Así debo entenderlo, padre Marchena. Llamad a mi hijo, si ha terminado ya sus rezos.

- Ahora ha de venir. Ya tiene ese encargo hecho.

- ¿Qué tal es, padre Antonio mi hijo, cómo se porta, qué apunta para el futuro su cabecita?

- Os diré que es dócil. Se hace de querer y eso no es poca cosa. Puede que llegue a ser almirante como su padre, pero... pero... es un perezoso terrible. Tienen que echarle agua para que despierte, o dejarle sin ropa en la cama. En las ceremonias se aburre totalmente, o se nos queda dormido.

- No me extraña, tiene a quien parecerse. Yo era así. Son sus años. Tened un poco de paciencia con él.

De esto que me entregáis, tomad algo aunque sea para este convento que todo se merece.

- No no no. Eso es particular y muy vuestro. El convento no necesita ayuda de pobre, que ya tiene sus grandes benefactores y, entre ellos, la propia Corona.

- Gracias, padre.

- Dádselo -perdonad que me meta- a vuestros cuñados, que sé no les van bien las cosas.
- Ya entraba en mis cálculos entregarles una ayuda.

Después de permanecer en el monasterio un largo tiempo incluso comiendo allí con Diego, bajaba aquella ladera que va del edificio al pueblo mucho más animado que como había ascendido. Doscientas cuarenta doblas no se llevaban tan fácil en el bolsillo. Pero, más contento que por el dinero, lo hacía porque le decían los reyes que era "para que vengáis el Real de Málaga y ver a los Reyes" ¿Quién lo mandaba?... Las dos veces anteriores había sido por mediación del obispo de Avila, quizá era él quien presionaba sobre la reina y ella accedía porque iban a parar las entregas al padre Marchena, de quien era grande admiradora.

En Huelva encontró a su cuñada Violante y se le echó a llorar. Su marido estaba muy enfermo y la familia en completa ruina económica, lo que son si bien se mira, dos graves enfermedades. El almirante les dio dos mil maravedís para que fuesen la mejor medicina que podían hallar, solucionándoles parte de aquella terrible situación, después, se alejó del hogar con el pretexto -verdad lo era- de que salía inmediatamente para Málaga, pero, no fue tan rápido como lo hemos de ver. quiso llegar hasta la casa de Bartolomé para cambiar impresiones.

Mientras tanto, el tiempo pasaba. Ya hacía tres años que había llegado a España y poco o nada avan-

aquella nave que era su proyecto. ¿Y qué puede avanzar quien haciendo lucha se ve incomprendido cuando no, en el precipicio de la desesperación porque todo se le niega?

Bartolomé estaba decidido a ir otra vez a Lisboa, pero, le detuvo Cristóbal. Era preciso esperar.

- Espera, hermano, espera... Yo voy a enviar, ahora mismo una carta al rey, y veremos qué nos dice. No nos precipitemos.

- No te contestará; El rey no te contesta, Cristóbal!

- Eso está por ver, no me adelantes juicios.

- ¿Y si contesta, qué, qué...?

- Te lo diré cuando reciba la carta. Mientras tanto voy a Málaga, y esperas aquí el resultado.

Le contó lo sucedido en sus viajes y de cuanto ya conocemos, y salió camino de la ciudad que hacía menos de un mes que había sido conquistada al árabe.

Aunque parezca extraño, la conquista de Málaga, la originó en primer lugar la marina. Los soldados de tierra entraron después. No obstante, aquella toma de la ciudad resultó penosa para los barcos, porque hubo un gran temporal en la mar y en el cielo.

Parecía que se habían derrumbado todos los diques de contención de las nubes y, durante días caía agua a torrentes. Esto, unido a las altas mareas de seis y ocho metros de altura, hizo que no pocas naves se fueran a pique, y por ello costó mucho más vencer la resistencia. Así y todo, presto cayeron los dos alcázares: La Alcazaba y Gibralfaro, ésta última una fortaleza que presumía de inexpugna-

ble.

El 7 de mayo entró en la ciudad el rey don Fernando, con el mayor contingente del ejército. El cuatro de septiembre se hicieron definitivamente las Capitulaciones. ¿En qué consistían estas? Uno de los puntos más importantes y más grabosos para el pueblo árabe, era aquel que decía que, toda persona, sea viejo, joven, chico o grande, tenía que pagar al ejército cristiano y, a la Corona de los Reyes Católicos treinta doblas de oro, de veintidos quilates cada una.

Si esto se pagaba, quedaba libre el que lo entregaba de toda traba. Era una cifra estipulada como rescate.

¿Y si no se pagaban por ser pobres? ¿Y, donde había tres cuatro o más hombres? Pues, por disposición real, eran considerados rebeldes o insumisos al credo cristiano. Como siempre, como siempre en el desvivir humano, llevaban ventaja los que por una u otra causa tenían más recursos para pagar, y, por ello, había, de ser menos castigados, mientras que, los pobres, los que no tenían las treinta doblas por cada persona, serían castigados como rebeldes. Cada dobla de ese tiempo era equivalente a cuatrocientos cuarenta y cinco maravedís.

Los reyes, seguían en una Málaga recién conquistada al poderío árabe, tras de seis siglos de permanecer bajo el dominio de la media luna.

Fidió audiencia el ligur, el viudo, el genovés, el almirante, y le fue concedida para quince días después. Pacientemente tuvo que esperar a que corriera el tiempo. ¿Qué hacer por Málaga? En el vivir de cada uno, media vida se nos pasa haciendo antesalas, esperan-

do...; siempre esperando.' Lo que tenía que hacerse en media hora, cuesta doce; lo que podía resolverse en un día se lleva un mes y, así, lo que pretendía el almirante le está costando años y años. ¿Hasta cuándo tendría que esperar?... Ni lo sabía, ni lo podía aventurar que, tan difícil era saber aquel límite de esperas como adivinar el final del mar Tenebroso.

Se dedicó a visitar a diario el puerto, y, a establecer algún contacto con gentes árabes. No había otras posibilidades. Y fue así, cómo un día, llegó a visitar una casa de mujeres que ejercían la prostitución,

y que tenía todo el aspecto de un lujoso harén con piscinas llenas de luz y color. Le llevó a ella un joven que decía proceder de una rama aristocrática venida a menos desde que desaparecieron los grandes jefes de la familia, entre ellos: Aben Alhamar y su pariente Yahía Ben Nazar, que se proclamó rey del imperio almohade en Málaga.

- ¿Vos cómo os llamáis, joven andalusí?

- Antes, decíme, señor, y perdonad: ¿Me vais a guardar el secreto si os lo digo?

- Totalmente.

- ¿Sois cristiano?

- Sí.

- Nosotros, aunque nos lo prohíben, hemos acabado la Pascua del Ramadán, el 894 de nuestra Hégira. ¿Sois guerrero, señor?

- No no. Soy hombre de la mar: Navegante.

- Dadme las manos y veré si me decís verdad.

- Tomad. ¡Por vida de; Parece que hasta sois adivino... No obstante os veo cara de muy pícaro.

Agarró el mancebo las manos con gran delicadeza. Siguió las líneas, marcadas y le dijo al oído:

- Me habéis engañado. No sois marinero. No sois remero... Vuestras manos no tienen callos, ni vuestros dedos torceduras... Veo que tenéis una larga vida, pero, llena de tropiezos para la fortuna. ¡Cuidado cristiano; Veo, que habéis tenido varios amores, y que tenéis hijos. Esta prominencia me denuncia que no se os aprecia como merece vuestra cabeza.

- ¿Qué más, qué más...? ¡Sigue, sigue que vas muy bien;

- Alá me dice en éstas líneas, que vais a ser tan grande como un rey, como un emir, como un sultán... Más que el rey vuestro de hoy, pues sois más inteligente.

¡Suerte; ¡Suerte grande, cristiano;

Colón soltó la carcajada. El mancebo le miró fijo a los ojos azules del almirante y le dijo:

- El agua de los mares lleváis en las pupilas. La gloria que os espera la delata vuestra frente. No me podéis disfrazar - aunque lo pretendáis - los pensamientos que aquí lleváis escritos. Yo os aconsejo, cristiano, que habléis poco y escuchéis mucho. Tenéis enemigos muy altos.

- Tal hago, mancebo que, quien habla todo cuanto le place, ha de escuchar lo que no le satisfice. Yo hablo sólo conmigo, con mi alma y con mis cartas marinas.

- Bien hecho. Con ello demostráis que no sois ignorante, como aquel que habla y habla de lo que menos entiende y, por ese decir presto denuncia su poco conocimiento de la vida. Voy a seguir. Callemos, señor, calle-

mos. Pasáis necesidades, pero, la gloria os está esperando lejos de aquí. No cedáis ante nada, señor. Me tenéis que decir un secreto. Os lo están diciendo los labios, pero, os juro por Alá, que lo callaré.

- Todos los árabes tenéis las mismas artimañas, los mismos misterios! En fin ¿secreto por secreto?

- Lo juro, señor.

- ¿Cómo coño os llamáis?

- Me llamo Vahya al-Mulih Abú-Jamar.

- Muy bonito, muy bonito pero, yo así no os puedo ni llamar...

- Llamadme Almulih, que suena muy similar al que sin tardar será rey de Granada: Boabdil ¿verdad que sí?

- Parecido. Mirad, escuchad, Almulih. He venido a Málaga, para hablar mañana con la reina Isabel de Castilla.

- ¿Con la reina? ... ¡¡No quiero hablar más contigo, cristiano; ¡¡Fuera; ¡¡Fuera; Os dejo.

- ¡Quieto; ¡Ven aquí y calla; ¡Que vengas aquí, te digo; Escucha; Necesito que la reina ponga a mi servicio, naos, carabelas, para llegar a ser lo que tú aquí has visto. ¿No lo entiendes? ¡Quieto; Mi gloria tiene que florecer sobre la mar, Almulih.

- Sí, pero eres hombre sin dirección, sin dinero y sin poder. Malas cosas estas para levantar vuestro alcázar.

- Y, hasta sin patria. Soy un apátrida ¿comprendes? Trabajo como vos, para el que me paga y nada más.

¿Quién te paga a tí: las mujeres, la fátima encargada del burdel? ... Pues eso hago yo, Almulih.

Somos -te lo tiro al oído y que no se te pierda-; so-  
mos unos hijos de puta.;

Almulih, al oír aquel razonamiento, soltó la car-  
cajada y le besó las manos. Ambos rieron bajo la  
luz del sol malagueño que cegaba las pupilas. Qué a-  
gradable y qué delicado era aquel joven árabe.

- Señor, decidme. ¿Los cristianos componen todos un  
burdel? ¿La reina es una fátima, una hurí que pide a  
los hombres treinta doblas en oro para ser libres?

- ¡No! ¡No! Ella no. La reina es noble y fiel a  
sus creencias. Ella es digna, y pregona la pureza de  
su sangre. ¿Guardarás el secreto que te diga?

- Jamás digo mentira.

- Pues no se hable más.

- Lo he leído aquí. Vos, cristiano, seréis piloto  
de carabelas... ¡Aquí está! ¡Hombre grande... Aquí  
lo leo! ¡Poderoso!!

- Lo soy. Ya lo soy, suff. Soy almirante.

Al oírlo el árabe, se tiró al suelo y nueva-  
mente le besaba las manos con devoción.

- ¡Levanta, levanta de ahí que es que me puedes de-  
nunciar;

- ¡Alá es grande, señor; ¡El Creador es sabio; ¡Alá  
os ha mandado a Málaga, para hacerla grande; ¡El Altí-  
simo nunca se equivoca; ¡Bendito sea Alá y su profeta  
Mahoma;

- ¡Calla, calla y llévame a ese salón y baños de las  
huríes que te tienen de embajador o alcahuete;

- ¡Juráis no decir nada, nada de nada?

- Ya hemos jurado ambos en silencio lo que hemos deci-

dido guardar como secreto. Tomad unas monedas para que sean mayor premio que aquello que os dan por llevarles clientes.

- Tú eres grande hombre. Alá os envía. Gracias, señor. Vamos para que la más bella hurí, os haga esta noche feliz.

Mientras caminaban, le fue diciendo el joven que, en los baños, podía estar en la balaustrada, pagando poca entrada, pero, sólo viendo bailar y bañarse a las hurís. Si quería gozar, no tenía sino señalar a una mujer, la que le apeteciera, y, en ese caso, el contacto se pagaba con alto precio. Todo visitante era oculto. No se conocerían jamás el uno al otro. ¿Me comprendes, cristiano? Así puede haber, árabes, judíos y cristianos. Nadie se ve con la fátima acompañado. Si tienes deseos, paga su favor pero no le digas jamás tu nombre.

- ¿Y qué le diré?

- Tenemos contraseña.

- Tengo que saberla, Almuli.

- Le dices que eres hijo de árabe. En tu caso, que te llamas Muli-al-Nazar, hermano de la hermosa Darién, y que quieres que baile para tí solamente, en privado.

- De acuerdo.

- ¿Enterado? Yo te sigo.

- Quisiera, jovencito, que vuestras palabras entre los tuyos sean prudentes. No nos critiquéis por la doctrina, ni por los castigos. Estamos en guerra y la guerra que es cruel, borra los instintos humanitarios.

- Es que los vuestros son terribles, señor. No de vos sino de los reyes que obligan a cumplir su voluntad.

Todos somos hermanos en Alá, y nos tratáis como a ladrones o criminales. Nos arruináis las casas y los palacios; nos obligáis a pagar gastos de guerra contra nuestros hermanos de Granada. Nosotros nunca obligamos a hablar lengua árabe ni a prohibir religión.

¡Alá es grande;

- Bien habláis Almuli, mancebo muy listo, pero, yo os digo que no estoy en esos negocios.

- Por eso os hablo así. Todo pasará, pero, el odio que estáis sembrando durante siglos nunca se apagará.

Nuestra labor quedará aquí, porque Alá así lo dejó dispuesto en los textos de las mezquitas.

- Dejemos eso y dime cómo funcionan esos burdeles vuestros y por qué no están llenos de sal?

- Porque los buscan los jefes vuestros y no han cerrado ninguno. Muy puritanos y todos van a las mancebías.

¡Todos tramposos, todos! Quieren tener hembras a su disposición y ocultas. Nosotros no hacemos eso nunca.

Allí van todos, menos el Gran Inquisidor, que no lo he visto; de él para abajo todos, todos, y así los grandes generales y capitanes. No soldados, esos no.

- Bueno, bueno... ¿Creéis que vale la pena acudir a ese antro que me recomendáis? -Van vuestros grandes jefes de Castilla y Aragón, los que abusan de nuestras íatimas.

- ¿Otra vez vuelves a lo mismo? ¿Es que no sabes cómo en nuestros reinos hubo que darles doncellas a vuestros jefes como impuesto para tener paz? Doncellas para los jefes, no para los soldados!

- Lo sé. Eran otros tiempos. De todos modos no niego que ellos se entienden, y pagan con sus honras y sus vidas los humildes.

- Así, así te quiero yo oír hablar, Almulih. Eres un lince, un zorro de mucho cuidado...

- La guerra y las desgracias me han hecho aplicarme más que lo necesario.

- ¿Dónde me lleváis?

- Al mejor. Donde el amor mejor se hace según lo recomienda Mahoma. Yo, os voy a presentar a una prima, llamada Fátima Mariam. Si queréis, también puedo llevaros al baño de los donceles, donde hay muchachitos muy guapos...

- No no no, Almulih, no. Quiero estar con hembras que son las que recomienda Mahoma ¿O no...?

- Así es, cristiano. Ahí está. Pasad, señor y perdonad si he sido indiscreto. Yo entraré por la puerta de la calleja.

- Gracias, Almulih.

.....

Cuando llegó el día de la visita real, según le habían comunicado, le recibió la reina doña Isabel.

El recibimiento fue muy similar al de Alcalá de Henares, con la diferencia que, ahora, la reina le conocía. Una vez más se fue el genovés en darle explicaciones y más explicaciones; en pretender convencerla de que estaba con toda la razón por su parte y que aquello podía ser el gran negocio de la historia de España. Incluso llegó hasta comunicarle

veladamente -la reina era quien escuchaba- que, rey de Portugal, podía ganarnos la partida si España no se daba prisa en salir cuanto antes buscando aquellas rutas. Todo inútil... Predicar en pleno desierto. Aquella reina, le decía "que sí" "que, muy bien", que "todo eso tenía que hacerse después de echar al rey moro de su último baluarte".

- Muy bien todo, señor almirante, me parece muy bien, el descubrir tierras y acortar los días de viaje. Muy bien el traer tesoros, especias e, incluso, almas que estarán por allí perdidas sin escuchar las doctrinas de Jesucristo, pero, primero, primero de todo, arreglar la casa de uno, la de todos, que es España.

- ¿Para cuándo dejamos esa empresa, Majestad?

- Para después, para cuando se rinda el jefe moro. Ahora, todo el oro de las arcas de nuestros reyes y las del pueblo, además de tanta sangre vertida de nuestros hijos y hermanos, está dispuesta para esta gran empresa.

No podemos hacer dos esfuerzos grandes, señor almirante. Si os falta ayuda os la daremos -ya la estamos entregando, pero, esperad, esperad. La Granada está para caer de maadura de las manos de Mahoma a las de Jesucristo y eso es para dar gracias a Dios. Puede ser un año... dos pero, que cae no nos cabe la menor vacilación.

.....  
Decepcionado, aburrido, asqueado de todo y de todos, partió Colón nuevamente camino de Córdoba.

La de vueltas y más vueltas que le daba en el

viaje a esa negativa no es para detallarla. ¿Cómo se le podía decir a él, tan nervioso y precipitado como era, que había que seguir esperando años, hasta acabar la guerra?

A solas se decía, incluso con voz alta: Esta reina no sabe lo que es un pensamiento creador, es que no lo sabe. No entiende lo afiebrado que estoy por darle salida a mis proyectos, que son -ahí está la incongruencia real- para darle mayor realce a ella misma y a su consorte! ¿Cómo se le puede decir a una mente como la mía, que todo lo quiero rápido y bien hecho o, mal, -que me da igual- "Espérate uno, dos, o tres años más" . Esto es una locura que me quieren encajar por las bravas! Una falta de sentido por lo transcendental; una incomprensión .

Seguimos estando en lo mismo que hace varios años.

Yo no puedo aguantar más este pasar y pasar meses y meses, años y años! Hay que decidirlo con Bartolomé en cuanto regrese. "Esperar"... "Esperar"... "Esperar"...

¿Qué más dará nueve que noventa, si al final son nueve los dieces? ¡Pues no señor! ¡Será para ellos, no para mí! Me volveré loco, loco...! ¡Ay, triste de mí! ¿Viajar, para qué? ¿Para ver a la reina y decirme que espere a que madure esa Granada? ¡Por vida de!.. Mejor me lo callo.

Quando llegó a Córdoba, estaba próxima a dar aluz Beatriz, su amada mujer. Ya estaba cumplida la fecha de los nueve meses con embarazo, pero, allí no había síntomas de parto. Cristobal, estaba

al tanto de todo por la correspondencia que recibía que, si no era abundante sí lo suficiente informativa de cómo seguía todo. Esta vez, se alojó el almirante en una venta, venta o mesón, que era más elevado que los anteriores, su bolsillo se permitía pagar mejor comida y habitación. Si antes se había alojado en alguno de los barrios pobres dentro de la ciudad, ahora lo hizo a la entrada, junto a las murallas. Esto era lo único que había conseguido como ventajas el pobre y desconcertado Cristóbal Colón. Se acercó a la casa de Beatriz aquella tarde y merendó con toda la familia, excepto el señor Rodrigo que estaba en su diaria tertulia en lo de Esbarroya, tratando de arreglar junto con sus amigos los graves problemas de España. Lo de siempre en esas reuniones tanto que sean de reboticas como de [redacted] taberna, herrerías o fraguas. A Beatriz no la dejaba salir de casa su madre, porque era peligroso según estaba de avanzada la gestación. En un principio y tras los saludos y besos, [redacted] una parte en que la señora Constanza -y su razón tenía- le dio unos tirones de orejas al viudo, que fueron más o menos de este talante:

- ¡Señor... señor... ¿y qué falta había de estas ocul-taciones, siendo como sois grandecitos? Estas cosas... en jóvenes de 18 años, aún caben,-digo yo,-pero no pueden aceptarse de buena gana en un hombre como vos, "señor almirante".. No lo puedo entender tan fácil. ¿No me dais ninguna explicación?

-Si. Una. Que, el amor, señora, no sabe nada de edades, ni de títulos, y así se salta todas las contencio-

nes, barreras y parapetos.

- El amor, puede, pero ¿y el juicio eh? ¿Y la sensatez?...

- El juicio lo arrebató la pasión, la circunstancia, el momento y, hasta la necesidad. La sensatez, señora, en esos momentos se evapora.

- Bueno bueno. Hecho está y no se hable más. ¿Tenéis pensado cómo le vais a poner a lo que ya está en camino y próximo a presentarse en esta casa?

- Desde que Beatriz me dio la noticia, he decidido que, si es hembra, sea ella quien lo decida, pero, si es varón lo haga yo.

- Vos, hija, ¿cuál queréis para vuestra hija?

- Isabel Constanza, madre.

- Gracias, hija, muchas gracias -y la besó con no poco cariño, que muy buena era Beatriz y no menos su madre.

- Es agradecimiento a dos mujeres que son todo en mi vida.

- ¿Y si es varón, señor Cristóbal?

- Yo he de ponerle, Hernando.

- ¿Por el rey?

- Sí. Porque, al rey, si bien le parece, lo agradezca cuando yo se lo comunique, y porque me ha de traer buena suerte.

A solas con Beatriz, Cristóbal le tocaba con cariño el vientre y le decía:

- He aquí el mundo, Beatriz. ¡La tierra redonda; Mi hijo dentro de ella...

- Ha dicho mi amiga María Eugenia, que, estos niños

que nacen en estas condiciones, son los más listos, Cristóbal. ¿Qué será este si niño nace?.

- ¡Almirante! ¡Cosmógrafo! ¡Escritor!.. ¿Yo qué sé?

Pero, si es cierto que por venir antes de tiempo son los más listos, ya ves tú que me alegro infinito de haber actuado así.

Una semana después, se celebró el bautizo en la misma iglesia que que se había casado el hijo de Constanza y Rodrigo, el hermanastro de Beatriz. Como en todo bautizo, no faltaron los niños cantándole desde la casa hasta la iglesia mientras pedían que les tirasen confites y maravedís, si es que les había.

El niño era precioso, un verdadero angelito. Rubio, con ojos negros y sonrisa de pícaro. Ya tenía el almirante dos hijos, el uno con Felipa Moñiz o Muñiz, llamado Diego, y éste nacido en Córdoba, al que le han querido poner Fernando. El primero, según las leyes de ese tiempo, titulado legítimo; el segundo natural, por ser criatura habida en soltera. Fue bautizado el 15 de agosto del año 1488.

Tras de dejarle a Beatriz unos miles de maravedís, para que la vida le fuese más cómoda, salió, una vez finalizado el bautizo camino de Huelva, aquel hombre cuya única finalidad -lo demás era complementario- era, llegar a Indias. A su amada Beatriz, le

advirtió cuando mucho lloraba al decirle adiós, que no lo tomara tan trágico, que, cada día estaba más cerca el triunfo y la riqueza, para juntarse y ya nunca más separarse en el resto de sus vidas.

Beatriz, a todo esto, pensaba para sus adentros:

- Palabras... Palabras... Todo palabras del hombre que tanto amo y nunca le tengo al lado.

.....

¿Cómo estaba España es ese tiempo en que Cristóbal Colón la recorría de Huelva a Córdoba; de Sevilla a Alcalá de Henares, de Málaga a Córdoba, a Galicia, a Burgos o, a Zaragoza? Mal, muy mal. España siempre ha estado mal y aquella guerra civil que habían tenido los Trastámara, aún no se había superado, y había pasado un siglo. En España existían unos 500 grandes magnates y 50, 000 familias de las que en el siglo XX podemos titular de clase media. El resto, unos siete millones de habitantes eran pobres, muy pobres.

Era el tiempo en que el papa Inocencio VIII confirma a fray Tomás de Torquemada, como Inquisidor General de España. Es, cuando, aquel papa, concede a los Reyes Católicos, el privilegio de poder nombrar inquisidores cuando falte Torquemada, que no será hasta el 1498. De ahí que, todo aquel pueblo sufridor, criticaba los grandes beneficios que tenía la iglesia, y el excesivo poder que ejercía la Santa Inquisición.

que acabardaba al pueblo. Poco a poco, estaban viendo que la iglesia se apoderaba de media España, unas veces por motivo de los grandes juicios que se ventilaban a su favor, y otras, por donaciones, etc. La Iglesia era el poder más fuerte del reino. Las donaciones, como hemos dicho eran corrientes, y así veía el pueblo pobre, cómo pasaban a su poder grandes extensiones de tierra, aldeas, y villas enteras. Todo para la iglesia; Y, así, ella, acabó imponiendo los diezmos y las primicias para todo labrador, estableciendo locales y lagares donde se recibían en cada pueblo sus frutos. Los que peor lo estaban pasando eran los judíos y, más tarde, los árabes. A los judíos, se les prohibió vender el domingo en sus arrabales, y así, tenían que cerrar sus aljamas, tanto domingos como fiestas religiosas cristianas. Mientras tanto, estaban en pleno litigio y guerra las Islas Canarias, que aún eran propiedad particular. Menos mal, menos mal, que, por una hábil maniobra, quizá de la reina, fue el casar a Beatriz de Bobadilla -principal dama de la aristocracia junto a la reina Isabel- con Pedro de Vera, a quien confió el señorío de Hierro y Gomera. Lanzarote y Fuerteventura eran de Inés de Peraza. Pero, aún había más: Guerras en Italia, hasta que, un día, Venecia, rinde pleitesía a los Reyes Católicos. Guerra en Ferrara. Rebelión en Nápoles. Guerra con Francia. Guerra con Bretaña. Levantamiento de la Remensa -Gerona- con los payeses en contra de los señores de Cataluña. Guerra con Navarra, y graves problemas con Aragón. Guerra contra los tur-

cos, y, la que arruinaba y sangraba a toda España:

La guerra contra los árabes en Granada, que ya duraba once años.

Había también en España, una pequeña nobleza, constituida por caballeros, gentiles hombres, hijodalgos -que ambos conceptos son similares- y ciudadanos honrados.

Según vemos, aquella era una monarquía autoritaria, formada por la nobleza, los municipios, la iglesia, las cortes todas ellas supeditadas al poder de los reyes. La Bula de la Santa Cruzada, estaba creada para guerrear contra los infieles. "El Estado es un medio temporal para la salvación de las almas" Sixto IV.

En ese tiempo funcionaba El Renacimiento en Valencia, Barcelona y el reino de Aragón. Entró con los artistas flamencos, alemanes, franceses y borgoñeses, que se instalaron en Castilla. De ahí que se fomenta el gótico que llegó a su mayor altura en la ciudad de Burgos y Oviedo, Segovia y Córdoba, entre otras.

Se mantienen los pleitos sobre nacionalidades y, así se ve que los castellanos son como extranjeros en Aragón, como también lo son los aragoneses cuando entran en Castilla. Todo el pueblo vive asustado por el bandidaje y los golpes de mano.

Cuando se viaja se lleva el temor de que ha de salir una cuadrilla de foragidos, que, además de robar se lleve cautivos a los viajeros.

Se ofrecían intercambios de gentes presas, prófugos y hasta renegados, de una a otra región.

Era este el tiempo en que aparece en escena, fray García Jiménez de Cisneros, superior de San Benito el Real de Valladolid.

y cuando luchó con éxito en Italia, Gonzalo Fernández de Córdoba, "El Gran Capitán".

Por si esto fuese poco, tenían los reyes Isabel y Fernando, el no pequeño problema de la aristocracia, en la que, cada cual y poderosos lo eran, se creían con tanto derecho a gobernar España como los propios reyes, a quienes de muy mala gana servían. Así vemos, cómo tienen que complacer en sus pretensiones, al conde de Tendilla, al de Benavente, al marqués de Cádiz, al conde de Cabra, al conde de Haro, al duque de Medinasidonia y al de Alburquerque, Madinaceli, Nájera, etc, etc, etc, o se veían obligados a donarles grandes territorios, además de prebendas de todo orden, para ellos y para los sucesores. De este modo, no se les alborotaba el gallinero de los nobles.

Los Reyes Católicos, que habían roto todas las murallas en los predios aristocráticos, tenían que ceder ante estos poderosos acompañantes de la Corona, dándoles soldados, villas y, hasta ciudades.

Por otro lado, las enfermedades, las epidemias y la miseria, eran una lacra por todo el país, un país en el que, la mayor parte de él estaba dedicado a la ganadería y a exportar lana. La riqueza de siglos pasados en los que dominaba el oro desde el siglo XI, y que venía en su mayor parte de las parias que pagaban los reyes musulmanes, de taifas primero y el de Granada después del siglo XIII, estaban todas agotadas.

El siglo XV era el de la miseria. Por último, la expulsión de los judíos que no aceptaban el ser cristianos y, a quienes, si al principio se les dejaba sacar

caudales y joyas, después, rectificando, el poder les negó todo favor, así como llevar caballos, e, incluso armas. Más aún, castigaba severamente, al que era denunciado por los vecinos de que burlaban las leyes haciendo compraventa. Pero ¿cuándo los vecinos no han denunciado al que tenía algo más de intereses, o era contrario en religión y política?

La gran desgracia de España en todos los tiempos ha venido por la envidia denunciadora, para que eliminen al que vive en su misma calle o es lindero de propiedades. Los judíos se fueron, se fueron, dejando España con los ojos inundados de lágrimas.

Se fueron por todas partes, pero, siempre cerca del Mediterráneo: Marruecos... Grecia... Turquía... Y el grito desgarrado de ¡Adiós Sefarad; ¡ Volveremos, Sefarad; Sefarad para ellos fue y sigue siendo España, de ahí que se les conozca mundialmente como sefarditas. No volvieron. No podían volver, y llevaron consigo generación tras generación, el idioma, las costumbres, los romances y, hasta la pesada llave de la casa abandonada. Aún la ven y se les caen las lágrimas, porque aquella casa de sus antepasados estaba en Zaragoza, Burgos, Barcelona, Valladolid, etc, etc. Aquella ley que, por influencia del clero la aplicaron los reyes Isabel y Fernando, acabó por serles muy negativa porque, entre aquellos 150.000 judíos que salían de España, iba el pulso del comercio nacional, iba la inteligencia de España. Fue en ese tiempo que señalamos y cuando Colón recorría la península de un

a otro lado buscando ayuda, cuando destacan como se ha dicho: Cisneros, creando la *«Biblia Políglota»*.

Nebrija, escribe su *«Arte de la Lengua Castellana»*.

Cuando aparece *La Celestina* y vienen a España personajes extranjeros de gran relieve, como Pedro mártir de Anglería. Lucio Marineo Sículo. Antonio y Alejandro Geraldino, y destacan en nuestra tierra, hombres como: Juan Vergara. Palacios Rubios. Beatriz Galindo. Arias Barboja. Alonso de Palencia. Hernández del Pulgar. Diego de Valera. Andrés Bernáldez. Ramón Llull. Gómez Manrique. Lucas Fernández. Juan de la Enzina. Diego de San Pedro. Garci Rodríguez de Montalvo, y se comienza a leer *El Romancero*, y los libros iniciales de caballería. Es cuando nace un arte arquitectónico llamado de los Reyes Católicos, que es una mezcla de gótico, combinado con el mudéjar.

En Castilla, donde mandan por sobre todos la familia Velasco, se han quedado unas ramas que dejarán grande huella, como son los Hans en Burgos, que van a crear la capilla de El Condestable, dentro de la Catedral. Gil de Siloé trabajará en la cartuja de Miraflores.

En tierras de la Alcarria, está el poder de los Mendoza, y se trabaja en el palacio del Infantado. En Valladolid, Santa Cruz. No faltaban

en ese tiempo grandes entalladores, vidrieros y plateros, venidos de fuera, que hacían su obra en catedrales y sirva como ejemplo Enrique Harf, que el pueblo ha llamado Arfe, quien deja maravillosas custodias en Burgos,, Toledo y Córdoba. Dancart talla el retablo de Sevilla. Le siguen Bigarny, Egas y otros maestros fa-

MOSOS.

Ha llegado nuevamente Colón a Huelva, que era llegar al lugar fijo de residencia de los dos hermanos.

¿Dónde encontrar a Bartolomé?: En el puerto.

Desde lejos se llamaron y se dieron un fuerte abrazo, como si hubieran pasado años y años sin haberse visto. Bartolomé admiraba no poco a Cristóbal y éste, tenía pasión por el pequeño de la familia, que era, -así lo decía el- mucho más inteligente que todos los demás Colonos.

- ¡Cristóbal; ¡Cristóbal;¡

Sacó un papel del bolsillo y se lo mostraba poniéndole en alto.

- ¿Qué es ello, Bartolomé?

- ¡Carta de Juan;

- ¿Crespo...? ¿Gómez?...¿Armas?...?

- ¡Ni crespo ni armas de nada. Carta del rey de Portugal, de tu amigo Juan.

- ¡Vaya; Eso es bueno. ¿Dices que es mi amigo? ¡Ojalá;

- Toma y lee para que te convenzas. Se la manda a su amigo Cristóbal Colón. Aquí te lo dice, no te rías, hermano.

- Mentira. No puede ser.

- Lee. Léelo en voz alta que hasta me ha de gustar oírlo.

Abrió aquel pliego en el que estaban las huellas del iacre y comenzó a leer:

"Veinte de marzo del año del señor 1488."

"A Xpouan Collon, nosso especial amigo en Sevilla"

- ¿Has visto, Cristóbal? ¿Has visto? Tu amigo.

- Pues es verdad que lo dice. Qué tramposos son todos ellos...

¿Qué le decía en esa cariñosa carta, que le daba contestación a la que recibió del almirante?:

"Que estaba interesado en llevar a cabo esa empresa que le anunciaba." "Que quiere verle en su Corte lo antes posible." "Que apresure la llegada y que ambos consultarán otros pleitos con el rey."

- ¿Qué opinas, Cristóbal de lo que te dice? Yo creo que tenemos que ir allí cuanto antes.

- Pues sí. Mañana mismo salimos los dos para Lisboa.

- Eso esperaba oír de tí.

- Una duda me ha nacido, Bartolomé. ¿Este rey no querrá alejarme del favor que ya me están prestando los Católicos? ¿No será esto una premeditada maniobra?

Me hace dudar esa cabeza del escrito "nuestro especial amigo en Sevilla"

- No dudes, hermano, no dudes. ¿Qué noticias traes de Málaga, son mejores que ésto, o son largas sin fin?

- Nada de nada. Parece que se ríen de mí. Me quieren oír y, después, cierran los oídos a cal y canto.

Estamos destinados a sufrir y a aguantar la pobreza y las injusticias del que manda. Ya no sé ni dónde voy ni quien soy, ni tan siquiera dónde estoy, hermano. Este es un laberinto en el que no hallo salida.

- Malos años llevamos. Ahora te dan una ayuda ¿Para qué?

Acaso me equivoque, pero creo que es para taparte la boca con unas migajas, nada más que para eso.

- ¡Exacto, hermano; Estos me tapan la boca y las intenciones castran, para que de España no me mueva. Engrasando nuestros ejes, hacen que sigamos rodando con este carro de ideas, por pasadas y veredas.

Lo que les importa es que no se enteren los reyes vecinos, pero, leyendo ésto ¿quién nos dice que éste de Portugal, no quiere sacarnos de aquí con bien amasadas palabras? ¿Qué lío, Bartolomé, qué lío;

- Yo sólo puedo decir, hermano, que, donde truena un lecho, de río es, porque antes relampagueó y, el trueno hizo brotar el agua. Nuestra idea crece, y, si estamos sufriendo es porque tenemos buenas intenciones y no flaca memoria. ¿Qué dices?

- Que, mañana, en silencio, salimos hacia Portugal, y subiremos hasta Lisboa, para ver a mi amigo el rey. ¿Te das cuenta lo que viste eso?...

- Mucho. ¿Sabes lo que te digo? Agradecemos a los que nos benefician y beneficiemos a los agradecidos que nos favorecen.

- ¿Eso es cosa de religión?

- Pues sí. Es del Corán. Son palabras de Mahoma.

- ¡Cuidado con eso; Nosotros, de religión nada de nada. Allá ellos con las suyas, que todas son movidas, como la política, por intereses.

- ¿A ver?... Yo lucho con la inteligencia y no con credos ni con armas. Esta noche, a trabajar haciendo nuevos mapas y dibujar nuevas tierras. Es preciso llegar bien documentados para ver si de una vez por todas conseguimos el padrino que nos apoye.

A solas, encerrados en su habitación, decidieron ir en la más absoluta clandestinidad a Lisboa.

Si era posible, que no fueran advertidos en el paso de la frontera del Guadiana. Como de mapas andaban más que sobrados, lo contrario al dinero, se dedicaron con preferencia a trazar el recorrido que, más o menos había de ser este: Pasarían el Guadiana por Castro Marín, en el Algarve. Subirían hasta Beja, pasando muy próximos a Mertola. Desde el Baixo Alentejo, subir poco a poco hasta el Alentejo Alto, entrando en la bella Evora. Desde esta ciudad hacer un poco de desvío en ángulo recto, para llegar a Ventas Novas, que se hallaba en el Ribatejo, ciudad que era de los Colón bien conocida. Subir hasta Villafranca de Xira, salvando la gran ensenada y, por el Tajo, saltar a Tejo y, desde allí, pues... gloria bendita: ¡ A Lisboa; ¡ A suplicar al rey don Juan -to- do en secreto- que apoyase su aventura, el viaje al que después se había de llamar, Nuevo Mundo.

- Bartolomé. Cuidado. Tengamos harto cuidado en no decir nada de los Reyes Católicos. Para nosotros, como si no existiesen, ya sabes cómo están de celosos entre ellos, y cómo se pican por todo.

- Pues, que se rasquen, hermano.

- Así es. No sabemos nada de lo que se trama en España. ¿O sí? Calla, podíamos decir que, "ha llegado a oídos nuestros que, en acabando esa guerra con el moro, podían organizar una flota para descubrir Indias..."  
¿Mandada por quién? ... No lo sabemos. No sabemos nada de nada. Son cosas de oídas y nada más.

- Hasta podíamos jurar por Dios, que no mentimos.

- ¿A ver?...

Decirlo y soltar ambos la carcajada fue todo uno. A primeros de junio ya estaban por las estrechas calles lisboetas, unas calles en cierto modo muy parecidas a las de Córdoba por lo comprimidas y en algunos puntos, empinadas. De allí habían salido hacía tres años, en busca de lo que no conseguían avanzar. Tornaban con los bolsillos vacíos, pero, con la esperanza cada año más arraigada en sus cabezas. Aquel era como un embarazo que nunca veía el nonato la luz, cuanto menos pensar en el bautizo.

Habían cubierto una distancia de 75 leguas en algo más de treinta días de viaje, todo él hecho a pie, salvo cuando les llevaba algún carromato de labradores, o una pequeña tartana, que iba a vender al pueblo próximo: telas, especias, miel, vino o, aceites. Era preciso ahorrar porque ¿quién sabía el tiempo que podían durar aquellas tramitaciones recorriendo las más altas esferas de los países?

Lisboa para ellos era altamente conocida, por tanto, el habituarse les fue muy fácil. Además, contaban con gentes que estaban en palacio próximas al rey para introducirles cuando se lo pidieran. No era aquella la primera vez que el monarca el había de recibir. Pidió fecha Cristóbal para la entrevista al marqués de Castelobranco y, ocho días después serían recibidos por el joven rey, don Juan, que tenía 33 años y llevaba siete de reinado.

En la visita que le habían hecho previamente al marqués, éste les recibió en una regia salam en la que les fue diciendo mientras tomaban una rica merienda con vino de solera portuguesa:

- ¡Ay, hijos; He vivido tantos hechos desde que me puse al servicio del padre de nuestro rey, que todo ello me parece igual que un romance de aventuras. ¡Cincuenta años llevo al servicio de la Corona; Entré el año 1438 junto al rey don Alfonso, el Quinto, que tomó el mando real tras de la muerte de su padre Juan, el Primero. Peleamos... ¡Ah, cuánto peleamos; Llegamos a descubrir Senegambia y las Islas de Cabo verde.

- Lo sabemos, don Pedro, lo sabemos todo eso muy bien  
-le dice Bartolomé.

- Pero, no sabéis que conquistamos a sangre y fuego la costa de Marruecos, tomándosela al moro y cayendo las ciudades de Alcázar, Arcila y Tánger. ¡Qué rey aquel;

- ¿Sabéis hijos, cómo le llamabamos los portugueses?

"El Africano". Y bien colocado estaba el título porque Dios así lo quiso. Portugal era temido en mares y en tierra. Desde aquí hacia Occidente, sólo mandaba nuestra corona. Todo era de Portugal. Respira-

ban nuestras naves y hacían marejadas; estornudaban los capitanes y se rendían los árabes. ¡Ah, qué tiempos, qué tiempos de ventura aquellos; El rey, quedó viudo.

Pobre Alfonso... pero, como por encima del dolor estaba la Corona, su Portugal y el tener un Imperio ¿a quién creéis que pretende nuestro javen monarca?... ¡No lo sabéis, no? ¡A la infanta de Castilla, doña Isabel;

- ¿La que hoy es reina de España, don Pedro?...  
- ¡A ella! Buena jugada hubiera sido esa. Unidas las dos naciones ¿quién podía con la península ibérica?  
Yo mismo, sí sí, yo mismo llevé la carta en la que le pedía escuchara los amores relatados por nuestro rey. No me hizo caso. Era orgullosa y hombruna; era decidida, y esperaba algo mejor de su tierra, o, de Francia. Portugal no era digno de su atención. Para ella éramos pequeños. Cuando se lo conté a Su Majestad, echaba fuego por los ojos y blasfemias a diestro y siniestro, advirtiéndome que nunca olvidaría aquel desprecio a su país, por la hembra castellana.  
Después, ya sabéis, conoció Isabel de Castilla a Fernando de Aragón y trató de ponerse las dos coronas, pero... pero... le salió la Beltraneja, y ese fue el momento precisamente esperado por nuestro rey, para apoyar a la que titulaban bastarda. Que teníamos que apostar y, hasta colaborar para que ella fuese la reina, era lógico, pero, perdimos la apuesta y, con la muerte de Alfonso se acabaron muchas cosas, hijos. pero, hete ahí que, ahora tenemos a su hijo don Juan, el Segundo, que Dios nos le guarde, y que hace honor excelso a lo que fue su padre. Siete años hace que lleva, con gran dignidad el peso de la corona sobre sus sienes y, como tiene la edad de Jesucristo, pues tenemos rey para largo. Mientras tanto, lo que son las cosas del vivir, la hija de Isabel de Castilla, se casó con el príncipe nuestro, don Alfonso, y así han emparentado las dos casas reales. Perdonad si mis relatos os han fatigado.

- Al contrario, señor marqués, ha sido una delicia oírle todo esto en lo que ha sido el señor marqués principal actor de estas historias. Volviendo a lo del inicio. Ya lo sabéis, Cristóbal y Bartolomé: La recepción que os hace el rey es el día 28, a las once de la mañana. He aquí la nota. Tomada. - Gracias, señor marqués.

El día 28 de junio, como se había anticipado, fueron recibidos los dos hermanos por el rey de Portugal, don Juan el Segundo. Todo esto lo hacían como sabemos en el más absoluto secreto, tanto dentro como fuera de Portugal y de España. Sabido ello por los reyes Isabel y Fernando, hubiera sido ganarse un enfado soberano - y nunca más acertada la palabra y la negación absoluta para colaborar en la aventura.

Llevaban consigo los cartapacios hechos por ellos y, dentro: Cartas de navegación, dibujos de costas, de islas, medidas en leguas de unos a otros lugares...

Gastos y personal que necesitarían para esa larga travesía. Días de navegación. Posibles inconvenientes.

Un globo terráqueo, que Bartolomé hizo muy bien, en el cual iban coloreadas todas las tierras conocidas e, incluso, las de Cipango y Catay. ¿Convencerían al rey don Juan? ... Bien conocían los dos hermanos cuánto llevaban luchando los portugueses desde los iniciales viajes de Enrique "El Navegante", hijo del rey

de Portugal, quien trató de conquistar las costas de África por motivos simplemente religiosos. Enrique, que falleció el año 1460 era gran Maestre de la Orden de Cristo, cuya misión consistía en combatir a los infieles, precisamente a los de Mahoma. Creían en ese tiempo, que, el territorio de Abisinia, era un estado cristiano, donde estaba el fabuloso reino del preste Juan, o, arcipreste Juan. El príncipe, quería llegar allí y tener al arcipreste por aliado en contra del Islam, de ahí que su inquietud residía en llegar hasta allí por el Sahara, y por el sur, hasta alcanzar una salida que podía ser por un gran río.

Dos veces al año, salían costeano África, en busca del gran paso. Él era jefe de las expediciones y se ganó el título de "El Navegante." Había llegado por el sur, hasta más allá de río Grande, y de las islas de Bisago. Al morir, se suspendieron los viajes. Antes, el papa les concedió como territorios reservados, las costas de Africa Occidental, prohibiéndoles a las demás potencias descubrir en todo el territorio costero bajo la bandera portuguesa.

Todo esto lo conocían los Colón, como sabía y le había dicho Bartolomé a su hermano, sobre la salida hecha por Bartolomé Díaz, e, incluso, cómo el rey llamaba al cabo, "de Buena Esperanza," que había sido superpuesto al de Las Tormentas. Cuando llegaron a Lisboa, se enteraron que estaba por Africa, tratando de llegar a Indias, Pero de Covilhao. Se decía que había mandado noticias desde El Cairo, diciendo que entró en el gran océano Índico, y que

buscaba la India Anterior, por la que llegaría hasta Zambece. Todo esto contado por los marinos del puerto impacientaba a los Colón. Bien se veía que Juan II, quería ganarle la partida a los reyes de Castilla, pues los de España estaban afiebrados con la guerra de Granada. Juan II, era un monarca joven, enérgico, activo, inteligente, de ahí que, nuevamente puso en marcha todas aquellas iniciativas marinas que se habían olvidado desde El Navegante. También todo ha de decirse- se había ganado una no muy agradable fama de cruel. Tenía enemigos en su Corona con parecidas actitudes a las que aguantaban los reyes de España. La nobleza y el alto clero se le sublevó no hacía mucho, pero, el rey no estaba dispuesto a que la corona se encontrase traicionada y sin recursos porque los grandes se los negaban. Tuvo una gran sublevación, y, cuando la sofocó, mandó ejecutar al más poderoso de todos ellos: al duque de Braganza. A otro noble, se decía-y, cuando lo dice el pueblo su razón ha de tener,- se decía que lo apuñaló con sus propias manos, de ahí arrancó lo de "Cruel," quizá, copiando a nuestro Tratámara. Así estaba el panorama nacional cuando llegaron a Lisboa los dos genoveses. ¿Consiguieron algo los dos hermanos tras de aquella visita al joven monarca? Nada. Tras de estar una hora con el Soberano don Juan, y cuando todo parecía fácil, después de haberle mandado a Sevilla aquella carta que conocemos, pagándole viaje de ida y regreso, no adelantaron nada y salieron con la incógnita en las sienes: ¿qué buscaba el rey? ...¿Noticias? Pues estaba no

poco equivocado! Le dirían de la misa la media...

- ¡A un zorro, dos zorros; ¿Qué buscaba, no apoyar y distraer para que los RR. CC, no iniciasen la conquista? Después de tantos vaivenes ¿quién podía engañar en estas lides a esos dos hermanos?

Salieron maldiciendo como cola de lagartija seccionada por la piedra de un niño que le tiró mientras aquella tomaba el sol sobre la ruinosa pared-. Así maldecían los dos hermanos aquella incomprensión de los reyes, en cuyas respuestas todos parecían hermanos, todos de acuerdo para dejarlo cuando el país estuviese mejor.

- ¿Sabes lo que vas a hacer, hermano?

- Lo que tú digas, Cristóbal. Dímelo tú que yo no sé ni qué decir de estos imbéciles que llevan corona y cetro cuando no sirven ni para echar las tabas al corro.

- Con el dinero que nos queda, vete a Inglaterra y le ofreces al rey Enrique todo nuestro proyecto.

- ¿Por qué no vamos los dos?

- No tenemos dinero suficiente. ¡Vete tú a la isla y trata con él como sea, como sea, aunque sea nuestro trabajo gratis; aunque haya que colaborar incluso, pero vete y que salga adelante esto; Yo me voy a Huelva. Uno de los dos tenemos que conseguir lo que

buscamos. Si yo no logro nada saldré para Francia, o buscando la colaboración del turco o del moro, pero esto no se queda olvidado! Ya me tienen todos más harto que buen lleno de paja; ¡ La madre que los pa-

rió a todos, a todos sin distinción;

- Es que tú, Cristóbal, sabes vender mejor que yo estas cosas...

- ¡Pues no vayas; ¡Si te parece que te has de acojonar ante aquel rey, no vayas;

- No es eso. Voy, voy.

- Lleva todo cuanto hemos traído aquí y trata de dominar al tarugo inglés, porque, entre tarugos y zocotrococos nos movemos. Yo no necesito nada. Llévate tú todo.

Y se fue el uno para Inglaterra y el otro para Huelva. Se fueron sin hacer comentarios con nadie ¿para qué? Tras del fracaso de la mediación, lo mejor era callar y ver qué aires corrían otra vez por España.

Fue así cómo se presentó Cristóbal Colón en Huelva. ¡Otra vez en España buscando ayudas, apoyos; ¿Hasta cuándo?... De Huelva salió para La Rábida, tratando de verse con los frailes que eran los únicos que le comprendían. Aquellos hombres de ropas marrones, ásperas y pesadas como losas, eran los únicos -por sabios- que entendían sobre temas de la mar y de cómo estaba formada la tierra. ¿Cuándo aprenderemos la lección del vivir? -pensaba el almirante. ¡Ah; qué falsía guarda cada humano tras sí, y cómo sabemos hurdir las tramas para cazar del otro aquello que buscamos adquirir.

Cuando llegaba al monasterio seguía teniendo presentes tantos consejos cuerdos y sabios como le daba con frecuencia, aquel que era gran doc-

tor en humanidades y en astrología: Quien habla mucho -le decía sonriendo- y dice lo que sabe, muchas veces pregona lo que ignora. Hablad poco, hijo mío, y escuchad mucho, que es harto mejor y más aprovechable, siempre que, quien habla, sea un sabio y no un bla, bla, bla, como hay tantos por estas tierras.

- Para mal hablar -como yo digo- es mejor callar ¿No es cierto? Y, mal dicen la verdad los labios cuando la mente trampea. ¿Verdad que sí?

- Padre, usted es un pozo de sabiduría.

- Más bien un libro para aplicarlo al refranero, pero ¿qué podemos hablar con sensatez que no sea juicio cual refrán? Un título no tapa jamás el tamaño de las orejas, lo único que hace es ocultarlas.

- ¡Exacto, padre, exacto!

- Claro que lo es. Todo en esta vida es exacto si lo examinamos con indiferencia, como si os digo y vos venís caliente de fuera que, cuando se tiene el arca llena de doblas de oro... a nadie ahorcan.

- Efectivamente.

- Y a vos os digo, hijo, y lo digo porque casi lo estáis padeciendo que, el hombre que hambre pasa, poco le importan las sobras si no las tiene a la vista. Sin la justicia ¿qué son los reinos todos sino una partida de salteadores.

- Exacto, bien recuerdo que, eso, me decía el padre Antonio, que era de San Agustín. Pues, heme aquí otra vez para escuchar sus sabios consejos y que él me oriente.

- Usted, padre Antonio, lo subía diciendo por la ve-

reda, es un sabio, un sabio como no ví otro.

- No hijo mío, no. Es la vida quien sabe poner a cada uno la coma y el tilde sobre cada letra y cada acción.

Bueno, Cristóbal, ¿qué es ahora lo que deseáis? ¿Qué os ocurre?

- Padre, estoy destrozado. Cada día me creo <sup>más</sup> que soy un extranjero que voy de aquí para allá, mal vestido y sin crédito alguno. Nadie me escucha, nadie me concede la más mínima atención, y esto es como un grave tormento que llevo encima.

- Bueno, bueno... Contadme cómo ha sido eso.

El almirante, sin mentirle en nada, que el buen franciscano no merecía que se le trampeará, le explicó todo de pe a pa, advirtiéndole que Bartolomé había salido ya rumbo a Inglaterra. Al saberlo el padre Marchena se enfadó no poco:

- ¡Eso no se hace, Cristóbal! Mal proceder es ese que habéis hecho, y nada menos que a nuestros reyes, doña Isabel y don Fernando; ¡Eso nunca debiste hacerlo, cuando te tratan de ayudar;

- Estoy arrepentido, padre Antonio, y, por eso he venido otra vez al monasterio. Necesito consolarme y que me tire de las orejas si mal hice.

- Bueno. Vamos a callar ese viaje tramposo que habéis hecho, y que sólo las paredes de esta celda se enteren de la mala jugada hecha contra España. ¿Qué diría la reina después de haberos enviado siete mil maravedís?

- Lo sé, padre, lo sé. Me avergüenzo de ello. Echadme una larga penitencia.

- ¿A buenas horas, mangas verdes? ¿Qué queréis ahora?

- Busco la ayuda de alguien que el padre conozca y quiera invertir en este proyecto. No reyes, que ya estoy harto, y pido perdón al padre, pero, es que, ya está bien de aguantar años y años y nunca viendo amanecer.
- ¿No vais a tener paciencia hasta que acabe la guerra?
- No puedo. Si os parece bien, puedo ir a Francia... Quizá aquel rey...
- ¡No! ¡Eso no! ¿Y, ser causante del viaje yo, jamás; Son cosas que, si no las entendiera tanto, me parecerían rabetiñas de niño. ¡Ir a Francia! ¿No os dais cuenta que hay por medio, desde hace siglos, enemistades de familias reales, ambiciones, envidias de nación contra nación... Por favor, señor almirante, tengamos juicio; haya seriedad!
- Castigadme, lo acepto, pero, tengo que decir lo que pienso.
- Yo voy mañana a Sevilla... Si allí... Si yo pudiera estar con... No lo sé, no lo sé.
- ¿A quién, a quién? Decidme a quién padre podíais ver?
- Tengo buena amistad -las puertas abiertas- del duque de Medina Sidonia... Si el pudiera... Mejor dicho: Si quisiera poner unos miles de ducados en vuestra empresa...
- ¿Vais mañana, padre?
- Así lo tengo decidido.
- ¿No podemos ir los dos? ¡Hacedme ese favor, os lo pediré de rodillas. Elevadme con vos.
- ¿No os he dicho que érais como un niño? He ahí esta escena. Peor que vuestro hijo Diego.

- Ya hablaremos de el.

- Esta noche os quedáis aquí, y, mañana, con la auro-  
ra salimos hacia Palos. ¿Contento?

- Como unas Pascuas, padre. ¡Ah cómo le pagaré yo tan-  
to como por mí hace!

- Yo os los digo: Marchándoos a Francia o, a Inglaterra  
para quitarnos a nosotros esas glorias que anheláis  
conseguir.

- No lo haré más.

- Niños nacemos y todo nuestro vivir o desvivir es  
propio de pequeñuelos que la madre tiene que lle-  
varles de la mano, porque no tropiecen. Vamos, va-  
mos para que os den algo de comer y veáis a vuestro  
hijo.

Fueron a Sevilla, pero, el duque de Medina  
Sidonia, don Enrique de Guzmán, no quiso o no logró en-  
tender todos aquellos argumentos que el fraile y el al-  
mirante les presentaban. Ya había conocido el duque  
a Colón en Málaga, durante la visita que hizo a la per-  
la del Mediterráneo el genovés, fue entonces, quan-  
do el duque, envió una nota a la reina en la que le  
decía el aristócrata: "este hombre que dice ser almi-  
rante, es una persona sin ningún relieve, es más: to-  
talmente desconocido para todos". Era verdad. Quizá  
por eso el recibimiento no fue elogiado. El padre  
Marchena, al ver aquel fracaso esa misma tarde envió

una carta a la reina diciéndole en qué situación seguía el almirante. Mientras tanto, ambos, decidieron, puestos en buscar apoyos o rodrigones... el ir al Puerto de Santa María.

- ¡Ese duque no sabe nada de marinería, padre;

- Creo que te equivocas, Cristóbal. Yo creo que, de la mar sabe un rato largo. El fue quien armó la escuadra para atacar Málaga, apoyando al marqués de Cádiz que lo hacía por tierra.

- Sabe de armas, pero nada de navegaciones.

- ¡Ah; Puede ser, eso sí que puede ser. Lo que os digo, Cristóbal, es que su poder y su riqueza es de las más grandes de España. Claro que no ha querido facilitaros un maravedí, pero ello no hace para su fama y su fortuna. La mujer del duque, es la madrina del príncipe don Juan. Ella se llama doña Leonor de Mendoza, de la gran casa de los Mendoza.

- ¿Y eso de qué me sirve, padre?

- De nada, lleva razón de nada. Vamos al Puerto y veamos allí a otro grande de España: El duque de Medinaceli, don Luis de la Cerda, Señor del Puerto y de Cogolludo; un gran amigo de este pobre fraile y más generoso que Medina Sidonia.

Aquel duque era, como se ha dicho, una de las casas más poderosas de España. Recibía unos treinta mil ducados de renta cada año.

- ¿Y Medinaceli, padre, es tan grande como Medina Sidonia?

- Más. Este le gana en ducados y en humanidad. Ya veréis cómo todo ha de ser distinto con este aristócrata.

Así fue. Pero, antes de recibirles en el Puerto, se informó de quién era aquel Cristóbal Colón que iba con el padre Marchena, su grande amigo.

- Este duque de Medinaceli, para que lo sepáis y porque sois extranjero -ya veis que os lo he dicho al oído esto último-, este don Luis de la Cerda, es Señor del Puerto de Santa María y de la ciudad de Cogolludo, que es una villa en la provincia de Guadalajara, donde tienen grande palacio. Seguramente es el personaje con más poder en España y ante los reyes. Desciende de Fernando III, "El Santo", por herencia directa del infante don Fernando de la Cerda, primogénito del rey don Alfonso "El Sabio". Ya os he puesto un poco en orden la historia de este grande de España que nos ha de recibir.

Aquella conversación nada tenía que ver con la mantenida el día antes con el Medina Sionia. Llegó a tanto la simpatía que, don Luis, sintió por aquel almirante que estaba poco menos que mendigando por todas las tierras de la península, que le ofreció alojamiento en su palacio durante todo el tiempo que quisiera.

Le encomendó que le dibujara mapas y todo cuanto concerniese a la navegación de la que era un gran admirador.

Mientras tanto qué ocurría con aquella guerra de los Reyes Católicos contra Boabdil? Parecía que todo iba a peor para que la guerra no acabara. El rey, por causa de la gran peste que asolaba a toda la nación, estaba en Murcia residiendo. Mueren a miles los

españoles por todas las regiones. Esta fue una razón más para que las tropas cristianas no atacaran a los árabes que seguían engallados en la bella tierra granadina. Ello no obstaba para que el rey moro Boabdil—según decía el duque—no dejase de mandar, por correos a los reyes de España en los que les agradecía los regalos enviados por los monarcas si en manos del caballero Guzmán. Leyendo aquella correspondencia se podía decir; qué gentil y que gigantesco corazón tiene Boabdil. En una de las cartas, les decía: "En el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Para el muy alto estado y ensalzado de mis señores los Reyes de Castilla y de León, y de otras partes, salúdoles a los muy honrados, y sobre el muy Real estado de vuestras Altezas, del siervo de Dios, Mohamet, hijo de Dabulhacen..." "Hago saber a vuestras altezas, cómo recibí su muy honrada carta por manos de nuestro honrado Alcayde Bulcacín el Muleh, y ovimos mucho placer y gozo de ella". ¿Quién puede decir que estas gentes estaban en guerra? ¿Hasta dónde llegan las trampas en las altas esferas de la política? Dejémosle. Allá ellos.

Cuando entendió Cristóbal que debía irse se despidió del duque, quien le ofreció, incluso, una colaboración económica si los Reyes le apoyaban y, besándole las manos dejó el palacio ducal. Salía con rumbo a Huelva y a La Rábida, para ver a su hijo Diego que llevaba meses sin estar a su lado.

En Huelva, le rogó Violante y los niños, que lleva-

- ra nuevamente una temporadita a Diego con ellos, que le echaban muy en falta. El genovés les prometió que, si se lo dejaban sacar los frailes, le llevaría unos días con sus primos. De Huelva fue camino de La Rábida, donde se había producido un cambio. Estaba ahora de Guardián, un frailecito, pequeño, delgado, sabio al límite en cosas de navegación, y que en la Corte había estado de Contador y Confesor de la reina doña Isabel. Se llamaba Juan Pérez, y ambos, se conocían no poco. En cambio, el padre Antonio de Marchena, estaba preparando los petates para salir del monasterio porque había sido nombrado Vicario Provincial de la Bética, o, lo que también era llamado: Provincial de Occidente de la Orden de San Francisco. Conocidos estos cambios, Colón se cuidó muy mucho de quedar mejor que nunca con el padre Marchena. Si estaba en quehaceres más elevados, mayores beneficios podía él lograr ante los reyes de España, tratando de darle inicio a la aventura que nunca le veía ni poco ni mucho encarrilada. Al despedirse, el padre Marchena le dijo sonriente:
- ¿Sabéis a quién he de ver en Salamanca?
  - No lo sé, padre.
  - A Pedro Mártir de Anglería. ¿Qué os parece?
  - ¡Ah, qué suerte; ¿No me podéis llevar dentro del libro de oraciones o, bajo la estameña, aunque os sirva cual cilicio?
  - Ya le conoceréis. Os prometo que le habéis de ver.
  - Que así sea, padre
  - ¿Os agrada la idea de que me hayan dado este cargo que no he solicitado?

- Todo lo que al padre Marchena le agrade o le hagan por méritos propios, yo lo agradezco de corazón.

- Así lo creo, Cristóbal. Puede que allí vea también a vuestro "amigo" don Alonso de Quintanilla, que es -como sabéis- el encargado de mandaros esas remesas de maravedís.

- ¿Cómo he de olvidarme de él...?

- Espero que mande una remesa más. Lo solicité desde Sevilla a nuestra Soberana, y ella, bien seguro estoy que atenderá mi llamada.

- ¿Se lo pedísteis padre a ella, directamente?

- No no. Lo hice al cardenal Mendoza, y él pasa la solicitud a la reina.

Días después, cuando paseaba por el claustro de aquella santa y sabia casa junto con el padre Juan, aquel le dijo que había llegado un correo en el que le mandaban unos miles de maravedís.

- ¿Por correo, padre Juan?

- Me los ha subido el físico de Falos, García Hernández, y a él se los entregó el correo real, oficial del ejército cristiano en la Corte, Diego Prieto, que es natural de Lepe.

- ¿Destinado para mí, padre?

- Para vos. Con la remesa venía una carta que tengo aquí. Mirad lo que se os dice:

"La reina doña Isabel, me hace entrega de veinte mil maravedís en florines, para que le sean dados a

Cristóbal Colón, que está alojado en el Monasterio de La Rábida, en la provincia de Huelva. Este dinero es para que se compre ropa y venga bien vestido a nuestro Real de la Vega, donde nos, los Reyes Católicos, estamos esperando dar la última batalla. Alquile una mula y póngase lo antes posible en camino hacia este Campamento".

- Padre Juan, no sabéis cómo agradezco todo esto que me vais a entregar y los favores que recibo de esta bendita casa, ayer con el padre Marchena y hoy con el padre Juan Pérez.

- Las gracias sean para el padre Antonio. El fue quien buscó este dinero y a quien nada le niega la reina doña Isabel.

- Lo sé. Como quiera, padre Juan, que muchos de Palos, de Moguer y hasta de Huelva, se ríen de mí, y de mi mala fortuna, ya me gustaría que viesen este dinero y mucho más esa carta. Sólo falta que se ríen de mí, que, en no pocas ocasiones, padre, hasta les he visto hacerlo.

- Desde hoy, os vais a quedar aquí con nosotros y con vuestro hijo Diego.

- No sé si me corresponde...

- ¿Qué menos podemos hacer, señor almirante por un hombre que lucha por darle gloria a España y no halla eco su voz...

- Gracias, padre. Levantad, levantad de ahí. Tomad y guardad esta remesa y la carta.

- Yo quisiera llevar antes de salir para donde me dice la reina, a mi Diego hasta Huelva y que pase allí

unos días junto a sus primos.

- Hacedlo, pero, cuanto antes.

- Mañana mismo.

- ¿Pensáis viajar sólo?

- No quisiera. Le voy a pedir un gran favor al padre Juan Pérez.

- Decidlo.

- Yo os agradecería infinito, pues conocéis mis desvelos y entendéis mis proyectos, que, si fuera posible... me acompañéis vos. Sé lo duro que es un viaje de estos, pero, si os queréis sacrificar un poco más por este loco.

- Si no hay oposición en la Casa, os acompañaré.

- Cuando vean en la Corte al padre Juan Pérez, las puertas, se me abrirán más fácil.

- Mi poder, Cristóbal, es muy limitado.

- El mío, padre, ignorado, lo que es harto peor.

- Bueno. Iremos juntos.

Mirando al cielo, dijo el almirante con voz emocionada: Gracias, Dios mío, gracias. Ya era tiempo de que no me abandonases y me prestaras un poco de atención. Yo también, a partir de hoy, he de saber cumplir como corresponde a nuestra fe y al sacrificio de vuestro Hijo para bien de la humanidad.

Padre e hijo, caminando unas veces en carruaje y otras sobre lomo de mulas, llegaron hasta Huelva y entraron en la casa de sus cuñados Violante Y Miguel Muliarte. Les dio Cristóbal in-

formación de todo lo que había pasado en ese tiempo y lo que más agradecieron fue cuando la dijo a su cuñada.

- Te voy a dejar por un corto tiempo a Diego, y, para que no os sea carga, os dejaré cuatro mil maravedís

- ¿Qué dices, Cristóbal? ¿Qué dices?...

- Que os dejo éste dinero. Yo voy a ver a la reina a la Vega de Granada. Me ha mandado llamar.

- ¿La reina? ¿La reina te llama?... ¡Por vida de...  
¿Qué dices, Miguel, qué dices a esto? Miles de maravedís nos deja y quiere ir a ver a la reina.

- Yo ya sabía que éste cuñado estaba llamado para ser grande en España.

- ¡Ahora; ¡Ahora vienes tú con esas, marido? ¡Ay si te recordara lo que me has dicho mil veces...!

- ¡Mejor te lo callas;

- Pues eso. Y son de verdad... Están acuñados en Aragón...

- Esto no es nada para lo que espero entregaros algún día, cuando mis sueños lleguen a realizarse.

- Gracias, Cristóbal, gracias. ¡Ah cuánto remedia el dinero; Sacar para vuestro tío esas dos cartas que han llegado de Córdoba.

- ¿De Córdoba? ¿Vienen de Córdoba...? También de aquella pobre mujer he de ocuparme. Tengo que reparar aquella situación, Violante.....

- Te lo tengo dicho cien veces, que, los hombres, sois todos desagradecidos con la mujer que os quiere, y más si es una tonta del coño que se os entrega. ¡Pero qué zonias somos, Dios mío;

- Violente. Es ley de vida y de la raza, que, el hombre busque la riqueza aunque sea con aventura y dolor, y yo te digo que no hay quien busque grandes empresas que un día u otro no tpe con alguna.

- Eso a tí -le dice Miguel- te sobra.

- La verdad que sí. Pongo tanto empeño en hallar el triunfo y la victoria que sólo con pensarlo ya ello es prólogo y tormento. No puedo ser de otra manera.

Cuando un hombre pide justicia -como es mi caso y lo creo firmemente- tan sólo pido de momento que se me escuche y se me de la razón. Ya veis que, la reina ¡Nuestra reina; está comenzando a comprenderlo.

Le sacó el niño los papeles que guardaba su madre Violante y los dejó para leerlos a solas.

Uno de ellos le dijo su cuñada que había leído, en el que le decía Beatriz que había fallecido su madre,

La tramazón que iba organizando Colón, estaba muy bien urdida, puesto que toda ella se basaba en el apoyo o reconocimiento de las figuras más grandes de la política española de ese momento. Desde el duque de Medinaceli, don Luis de la Cerda, que ya le tenía plenamente "dentro de su morral," hasta los tres frailes de La Rábida: Marchena. Juan Pérez y Hernando de Talavera e, incluso, Diego de Deza. Todos ellos sabios, humanistas y conocedores de aquellas lides entre las que se atormentaba Cristobal Colón buscando tierras que para él eran totalmente conocidas. Todos estos que hemos citado estaban también muy próximos a los reyes y esa no era mala palanca

si tenía que recurrir hasta ellos. También contaba, aunque no con amistad pero sí le conocía, el cardenal Mendoza y, por qué no, don Alonso de Quintanilla, aquel que, si en un principio le tomó como a broma, ahora era quien le remitía el dinero que ordenaba la reina.

Mientras tanto, el padre Marchena, ya les había dicho a los hermanos Pinzón que, por favor, le ayudasen a ese hombre que estaba muy acertado en sus sabios vaticinios. Colón, lo sabía, pero, no quería establecer contacto con ellos hasta que todo lo anterior estuviera bien arreglado. También reconocía que no era hombre al que convenía crear amistades de tiro largo. Su experiencia del vivir, le había hecho ver que, quizá por su sencillez y bondad en la palabra, perdía con el trato reconocimiento a su obra. Comenzaban por admirarle, pero, aquel arrastre inicial con que se expresaba y conquistaba voluntades, con el mucho trato se iba diluyendo y acababan por no respetarle y discutirle temas que, en los primeros días jamás se les hubiera ocurrido. Colón era excesivamente dado a los demás y muy sencillo. Todo eso le perjudicaba, de ahí que estaba siendo últimamente receloso con los demás.

Había tomado en ese tiempo que ya eran muchos meses, trato en el puerto de palos, con Fernando Valiente y con Pedro Alonso Ambrosio, aquel que con picardía le decía: "Tenéis que cambiaros el nombre. Yo acepto el de Colón, pero vos tenéis que llamaros Ambrosio ¿por qué? pues porque estáis más cerca que yo de la hambruna...." Menos mal, señor Cris-

tebal, que los frailes franciscanos os han dado 217 una buena mano, que, si no, almirante y todo, os hubiera visto por el puerto de Palos, vendiendo jaulas para los grillos y cuencos para caracoles... Ahora, os puedo decir, después de lo que habéis contado: 'Que no cedáis, que la gloria será vuestra, os lo juro.'

Allí conoció también a Fernán Yanes de Montiel, que tenía un alto cargo en la marina, y estaba dispuesto a seguirle cuando todo se pusiera en marcha. Y conoció al alcalde de Palos, Alonso Vélez, un poco resabido el hombre pero de buen corazón. Y a Juan Rodríguez Cabezudo, que admira al genovés y hasta le había entregado en alguna ocasión unos préstamos sin devolución.

Más conocía al médico de aquella Villa, García Hernández, con el que mantuvo muchas conversaciones de todo orden y, amante que era de la escritura dejó escrito sobre la primera reunión que tuvo el físico con Colón y con el fraile cosmógrafo Juan Pérez:

"e que viendo el dicho frayle las razones del marino, embió a llamarme a mí y a otro testigo, con el qual tenya mucha conversación de amor e porque alguna cosa sabíamos del arte de astronómica, e hubo total acuerdo entre todos".

Al regresar de Huelva, hizo al almirante alto en Palos y como su confianza con Cabezudo era grande le pidió en alquiler o, comprada, una mula para ir con ella hasta la Vega de Granada. Con ella se presentó en el monasterio, llamó al padre Juan Pérez y se decidieron a salir el día siguiente camino de las tierras de Granada.

Tras de una larga caminata de casi un mes, unas veces sobre la mula y otras midiendo el terreno con los pasos, recorrieron aquellos dos viajeros los cientos de leguas que había entre Palos de Moguer y Granada. En ese largo caminar tan monótono y desabrido, les ocurrió de todo, y eso que el avance lo hacían en horas del día, de sol a sol. Desde asaltarles los bandidos árabes que se habían quedado entre las montañas de los cristianos y estaban hambrientos, como les ocurrió entre Écija y Baena, de los que salvaron los florines por la audacia de meterles entre la paja de aquella albarda, hasta aguantar tormentas, destrozos en los pies, picaduras de insectos, y, hasta calores sofocantes propios de Mauritania. Pero, tras de tanta fatiga sufrida, ya estaban llegando a la Vega de Granada donde tenían el Real los Reyes Católicos.

Cuando vieron desde leguas atrás el maravilloso cerro de la Alhambra, por la cabeza de Cristóbal Colón se le pasó como un rayo un diálogo que sólo él entendía: ¡Presto iré a descubrir las tierras de Indias; ¡Marcharé a llenarme de gloria, como Marco Polo, como Toscanelli; ¡Granada; ¡Ríndete Granada que yo lo necesito más que nadie para triunfar; ¡Tengo que llegar cuanto antes a Cipango y Catay; ¡La gloria me espera; ¡Gracias Dios mío, gracias, pero, que se rinda ese moro cuanto antes;

Antes de llegar al Real, le habían dicho en un mesón, un hombre que allí estaba cenando y que parece sabía todo cuanto ocurría en la Corte, que la reina do-

na Isabel, había empeñado todas sus joyas porque no tenían dinero para pagar a los soldados. Esto, les pareció una colosal mentira del anónimo huésped, pero callaron y le siguieron escuchando lo que decía a tres curiosos que le hacían preguntas:

- Por el collar de balajes, regalo del rey Don Fernando cuando se dieron palabra de contraer matrimonio es por lo que más se le pagó. Han sido enviadas a Barcelona y Valencia. Que lo sé yo muy bien.

Ha sido un préstamo de 60.000 florines en oro, que equivalen- os lo diré en florines- a Nueve millones trescientos quince mil quinientos cincuenta y uno!

Por el collar, se le dieron, 20.000 florines.

Por la corona, 35.000 florines

El resto fue, por las más varias joyas. ¿Os dais cuenta en qué situación estamos? Podemos ganar la guerra o la podemos perder, que, mala cosa es en todo lo del vivir, no tener dinero.

Oído esto por los dos viajeros el ánimo se les vino por tierra pero ¿y si era todo mentira?

¿Y si aquel hombre era un charlatán, de esos que parece saben todo y están en todo guiso como el ajo o el perejil? En fin. Poco después llegarían al Campamento Real y todo se sabría.

El padre Juan Pérez que era muy conocido entre los hombres de la corte, se entrevistó con el Capitán General don Diego López de Haro, y fue aquel gran magnate quien les consiguió la visita a la reina y sin tardanza. Sólo diez días y a las 12 de la mañana.

Para ello, ya había escrito el duque de Medinaceli, una carta al cardenal Mendoza, en la que le decía: "Reverendísimo Señor:

No sé si sabe nuestro Señor, cómo yo tove en mi casa mucho tiempo a Cristóbal Colomo, que se venía de Portugal y se quería ir a Francia, para que emprendiese de ir a buscar las Indias con su favor y ayuda. E yo lo quisiera probar y enviar desde el Puerto, que tenía buen aparejo, con tres o cuatro carabelas que no me demandaba más, pero como ví que era esta empresa para la reina nuestra Señora, escribo a Su Alteza, desde Rota, para que si le visita se digne recibirle".

Esta nota, lógicamente, facilitó mucho la entrevista. Así fue cómo el almirante vio nuevamente a la reina doña Isabel, pero, le pareció la reina mucho más triste y demacrada. El peso de la guerra con sus grandes gastos y muertes lo llevaba fijo en el rostro. Sólo habían pasado poco más de tres años, pero, la huella del tiempo y los disgustos que lleva consigo el pesado fardo de gobernar estaban a la vista. En cambio el rey estaba completamente igual que la vez anterior, cuando le conoció personalmente en Alcalá de Henares. La reina era de cara ancha, ni fea ni guapa, ni cara risueña ni tampoco de disgusto, ni alta ni baja, más bien rubia que morena. Que era reina, bien se le veía en su gesto, en sus ropas y en sus maneras.

Se presentó el almirante con la debida sumisión.

El padre Juan Pérez, presentó a Cristóbal Colón y la reina le hizo un gesto agachando la cabeza y sonriendo. Era suficiente. Cuando acabó el protocolo y les

ordenaron quedarse de pie, fue don Alonso de Quintanilla quien allí habló dirigiéndose a la reina y recordándoles lo que era voz del pueblo: que el final de la guerra estaba próximo y que cuando aquel llegase todo cambiaría para bien de todos. Con el que tenía confianza la reina era con el padre Juan, que por algo había sido su confesor, o lo podía ser en cualquier momento. Allí mismo, le oyó decir Colón que tenía no pocos deseos de hacer un descargo de conciencia porque muchos pecados cometía por defender la fe, y esto le tenía muy atribulada porque no sabía hasta dónde llegaba el favor de Dios, máxime cuando se trataba de vidas humanas. Aparte de ser confesor el padre Juan, bueno es decir que era tío del Escribano de la Armada, don Rodrigo de Escobedo, naturales ambos de Segovia. Después, siguió hablando la reina y fue más o menos esto lo que le vino a decir a Cristóbal: Estoy informada, señor Colón, de todas sus inquietudes y así sé, que ha ido a Portugal para ofrecer la aventura a Juan, pero, aquel le ha engañado, de lo que me alegro, porque yo quiero ese fruto para España, un fruto que caerá como ese que tenemos ahí arriba y poco a poco, poco a poco va madurando. Hemos hablado mucho de ello, pero no se puede acometer aún. Sí que quiero -queremos Fernando y yo- que se quede nuestro almirante en la Corte, para que su proyecto no se malogre. El padre Juan y don Alonso de Quintanilla se ha de ocupar de vos, para colocarle allí donde mejor le acomode a vuestro saber que siempre será para mayor gloria de nuestro reino. En ese momento entró el rey.

- Augusta Señora, nuestra muy admirada y querida reina de España. Me atrevo a comunicarle -le dice el padre Juan- que, el señor almirante tiene un hijo que ha dejado en nuestro convento de La Rábida.

- ¿Un hijo? ¿Cuántos años tiene?

- Doce, Majestad -respondió Colón con temor-. Doce.

- Igual que nuestro hijo Juan. ¿Qué te parece, Fernando, si le traemos a la Corte y que sea paje del príncipe?

- Muy bien. Muy bien. Podéis traerle, señor, ya os lo ha dicho la reina. Con respecto a ese proyecto de ir a Indias por otra ruta, tengo que decirlo señor almirante, cómo ello lo tengo hablado con hombres de ciencia y se formará una Junta que la han de componer. ¿Quiénes don Alonso, quiénes? Decidlo para que esté informado el señor Cristóbal Colón.

Fue entonces cuando don Alonso de Quintanilla, sacó un pequeño pliego que lo tenía enrollado metido en su casaca y leyó lo que sigue por el siguiente orden: El Prior de Prado.

Rodrigo Maldonado de Talavera.

Juan Díaz Alcocer.

Andrés de Villalón.

Antonio Rodríguez Lillo.

Alfonso Manuel de Madrigal.

Gonzalo de Ayllón.

Felipe Ponce.

Gonzalo González de Illescas.

y Gonzalo Roenes.

Calló Quintanilla, saludó muy cortesmente y, el rey don Fernando siguió diciendo:

Esta Junta, ha de decidir si ese viaje

es posible o es una loca aventura, la que por ser aventura, señor almirante, es, hasta lógica dentro de vuestros proyectos, como entra dentro de los nuestros que Boabail nos entregue cuanto antes las llaves de esa ciudadela. Don Alonso de Quintanilla, ha de informaros, por intermedio de nuestro querido duque de Medinaceli, -que bien sabemos es uno de los que mejor gozan escuchándoos vuestros sueños y sabidurías- de cuanto se resuelva.

A seguido, la reina una vez que acabó el rey le dijo con cara llena de admiración y simpatía:

"señor Cristóbal Colón: Trabajad al lado nuestro o, si os place, fuera de la Corte, pero, que siempre lo sea al servicio de España. Que vuestro hijo venga al lado vuestro y del príncipe nuestro hijo, para ejercer como paje ya que ambos son de la misma edad."

- Gracias, majestad. Muchas gracias, Majestades... No esperaba tanto de nuestros reyes de España.

- ¿Tenéis dineros, señor almirante?

- Tengo, señora. Aún me quedan para soportar unas cuantas semanas.

- Quintanilla: Quiero que éste hombre de ciencia, no se vea como ha estado hasta hoy casi casi pidiendo limosna. Ponedle una paga para que con ella pueda vivir holgadamente y no avergüence a sus reyes.

- Así se hará, majestad.

- Señora -le dice el fraile- ¿Cuándo quiere su majestad, hacer confesión?

- Antes de la comida. Al medio día, padre Juan.

- Gracias, Señora.

- Por aquí, señores -les dijo Alonso de Quintanilla- y saliendo delante de ellos abandonando aquella amplia sala adornada con tapices y alfombras, abandonaron el Campamento del Real de la Vega granadina por unos momentos.

¿Cómo salió Cristóbal Colón tras de aquella audiencia real? Por un lado muy contento. El y su hijo tenían asegurado el vivir sin fatigas económicas. Desde ese día, el almirante, pasaba a ser un alto empleado de la Corona de Castilla y Aragón, pero ¿era ese suficiente para sus aspiraciones? ¿Compensaba aquello el poder borrar como los "grandes", o le miraban con indiferencia o servía de motivo de risa para ellos? Cuántos, cuántos civiles y eclesiásticos que le vieron esas horas por allí parecían burlarse de sus ideas y proyectos? ¡Ah, basura de gente; -pensaba. ¡Besarle las manos a todos estos que las tienen llenas de microbios y de orgullo; ¡Gentuza; Mi vida se está pareciendo al vino que, cuanto más avanza en tiempo más se pone tirando a vinagre. Y no es culpa mía sino de este despotismo y mala fe que veo en todos estos llamados grandes de España. No son los títulos de toda esta jauría lo que les hace nobles, sino los sentimientos, y ellos están totalmente vacíos, huérfanos de bondad y de hermanamiento hacia el semejante. Tampoco puedo almacenar en el fondo de mi cabeza lo que me ha dicho la reina -aunque a ella todo se lo perdono-: "Señor Colón su visita ha terminado". Cuando salía, hacia la mitad de la sala he mirado saltando la norma hacia a-

trás y la he visto que me sonreía. Estaba presionada por todos esos fariseos de la Junta. "Señor Cristóbal Colón. La visita ha terminado". Después de tantos años luchando ¿cómo puedo yo digerir esto que me ha dicho la reina doña Isabel? La verdad que estoy aguantando lo que nunca hubiera pensado, pero, en fin... La vida manda y ahora me quieren dar un sueldo.

Desde la Vega granadina, ha salido una vez más para la bellísima Híspalis en la Bética. No puede abandonar su proyecto, eso jamás mientras tenga algo de fuerza y razón. Tiene, en aquella ciudad a su buen amigo, el italiano Juanoto Berardi, que, en más de una ocasión le ha dado préstamos "a fondo perdido", o a bolso sin fondo, pues bien sabía que el almirante nunca podría devolverlo. Berardi es un comerciante florentino, pícaro y audaz como el que más. Reside en Sevilla desde hace veinte años, y se dedica al tráfico de especias, oro, ganado y esclavos de ambos sexos.

También residían en Sevilla otros dos italianos a quienes había visitado el almirante en varias ocasiones, pero, jamás para hablar de proyectos marinos. Eran esta gentes venidas de Italia buscando en la guerra de España ampliar su fortuna, y de verdad que lo habían conseguido. Así fue cómo conoció a Jaccobo Negrón.

A Zapatal, residente en Jerez, y a Luis Doria que vivía en Cádiz, pero también tenía tienda abierta en Sevilla. Colón necesitaba el dinero que, en más de

más de una ocasión le había ofrecido el duque de Medinaceli, y ese era el momento. Había que buscar dinero como fuera. Se presentó en casa de su amigo Berardi, quien tras mucho discutir y razonar el pro y el contra de semejante aventura, prometió darle, a cuenta de su devolución con los respectivos intereses cuanto necesitaba para montar una carabela, e incluso se la ponía el a su servicio. Cuando Colón

le habló detalladamente de lo que suponía traer especias y oro, los ojos del italiano se le hirieron luminosos como faros. ¿Especias, oro, joyas... esclavos? ¡Lo acepto! Si los traigo de Africa, qué más me dará traerlos de Indias, y además las especias, que tan cotizadas son por toda España. Este Berardi era conocido -ahí es nada- hasta por los Reyes Católicos. ¿Por qué causa? Sencilla: Era proveedor de los ejércitos cristianos en batalla. El suministraba mejor que nadie todo a las tropas cristianas.

No ultimó nada Colón, pero, dejó abierta una puerta siempre que la precisara. Ahora, hasta tenía que hacerse comerciante como Berardi y sus otros paisanos.

Como tenía próxima la ciudad del Puerto a ella se fue para tratar una vez más con el duque de Medinaceli, que era el aristócrata más inteligente de ese tiempo, quien mejor entendía al almirante. ¡Otra vez en el Puerto! ¡Otra vez ante el palacio del duque! ya conocía bien esa casa donde permaneció no poco tiempo alojado por voluntad del generoso don Luis de la Cerda.

- ¿Qué os ocurre, querido almirante? ¿Qué os pasa ahora?

- Perdonad, señor, que os moleste nuevamente, aparte de que pasaba por aquí y quise saludaros.

- Algo me ocultáis.

- Es verdad. Señor duque de Medinaceli. Como todo lo mío va de mal en peor, he decidido salir para Francia y ver allí al rey.

- ¿Para Francia? ¡No; ¡Eso no; ¡Eso nunca, señor Colón;

- He llegado a la conclusión, señor duque, de que salvo vuestra excelente persona y gran corazón, todos los demás son para mí malditos. ¡Todos malditos!

- ¿Se os van a caer las lágrimas?

- Sí. De rabia e impotencia, señor.

- ¡Levantad esa cabeza, Cristóbal; ¡Haya coraje como en los mejores tiempos y dejemos la decepción para quien no tiene valores que defender;

- Me encuentro decepcionado, desilusionado, asqueado de todo!

- Contáis conmigo. Tenéis mi ayuda a vuestra disposición.

- Gracias, señor duque. Mil gracias por su bondad y comprensión.

- Sé lo que ha pasado con esa Junta o Consejo de sabios, pero, ello no debe desanimaros. ¿Sabéis quiénes la componían?

- Lo sé.

- Todo lo más elevado de España estaba allí, pero, no era momento ese para tratar vuestro asunto. El rey

nos invitó a todos, creyendo que Granada se rendía y quería que fuésemos testigos de ello. Boabdil confundió a los Reyes. Allí estaba el arzobispo de Toledo, el de Sevilla y el de Santiago. Catorce obispos. Nueve duques: Villahermosa, Béjar, Medina Sidonia, Infantado, Alba, Nájera, Alburquerque, Cádiz, y yo mismo. El maestro de Santiago y el de Calatrava. Cuatro marqueses y diez condes. El Consejo parece que estaba compuesto por gente de gran dignidad ¿O no?

- Dignidad, señor duque, puede ser, pero, en saber de la mar, ¿quién sabía allí algo, excepto vos? Ninguno de ellos ha pasado una noche sobre la mar salada, ni conoce una isla, ni una tormenta, ni hacia dónde están las Azores.

- Eso es verdad, gran verdad. ¿Y qué pensáis hacer? -

- De momento, señor, ir a Córroba, después... puede que salga de España.

- No vayáis a Francia. Yo pongo el dinero que haga falta y hablaremos con los Pinzones. Esto, me he decidido a tomarlo como cosa mía.

- Gracias, señor duque.

En eso estaban cuando llegó un correo que con urgencia entregaron al duque.

- Esperad, esperad. Parece que ello es urgente. Viene de nuestros reyes.

Abrió el pliego que estaba abrazado con una cinta roja y sellado, leyendo ésto que sigue:

"El rey y la reina:

Concejo asistente, veynte y quatro cavalleros, jurados, escuderos, oficiales, omes bue-

nos de la muy noble e muy leal Cibdad de Sevilla:

Sabed que después de muchas fatigas e trabajos e gastos, ha placido a la misericordia de nuestro Señor, dar fin a la guerra del Reyno de Granada.

E porque el rey muley Boabdil, que al presente tiene la Cibdad de Granada, tiene asentado e concertado de entregar a Nos e a nuestras gentes, la dicha cibdad al que Mos habemos embiado nuestros mensajeros para asentar con el tiempo en que nos haya de entregar la dicha Cibdad." Siguió leyendo ya muy de corrida porque carecía de interés para terminar:

" De la Cibdad de Eciija, a dies e ocho días de Enero de mill e quatrocientos e noventa años.

Yo, el Rey. Yo, la Reina.

Por el mandato del Rey y de la Reina,

Fernand Alvarez"

- ¡Gracias a Dios, señor Cristóbal Colón, la guerra ha terminado; ; Ello es motivo de alegría; )Dicho esto, se dieron ambos un fuerte abrazo) ¿Esto os favorece según entiendo?

- Creo que sí, señor duque. Llevo años y años esperando que haya paz.

- Y ahora ¿qué? ¿Qué me decís?

- ¿Le parece bien al señor duque que vaya a Granada?

- Creo que sí. La palabra dada fue esa y espero que se cumpla como es de ley. De Granada volved, para seguir ocupándonos de ese viaje o aventura, mejor dicho.

- Gracias, señor duque. Muchas gracias. ; Ah qué buena nueva ha sido esta;

- Ahora se lo comunicaré a todas las autoridades;

Del Puerto de Santa María, salió Cristóbal Colón veloz como nunca buscando llegar a la Vega de Granada.

Alquiló caballos; viajó en diligencias lo más ágiles posibles. Todo medio de avance, si era rápido, le pareció bueno, aunque costara sus leguas en oro.

Cuando llegó el almirante a la Vega, ya habían terminado las ceremonias festivas. Ya no sonaban campanas, tambores, arcabuces, cañones ni chirimías.

Le contaban que, como aquel día dos de enero no se viviría otro igual en España. Un amigo le dijo a Colón: "El dos de enero por fuerza de armas vide poner las vanderas reales de Nuestras Altezas en las torres de la Alhambra, que es la fortaleza de dicha ciudad y vide salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de nuestra Altezas y al Príncipe nuestro Señor"

Colón se fue a ver directamente al padre Hernando de Talavera, que tanta influencia tuvo en aquella desdichada Junta y que tampoco pudo hacer por el almirante porque tenía, desde el rey hasta el último de los citados en su contra. El padre Hernando había estado en La Rábida anteriormente y de ahí venía su amistad.

- Padre. He venido por última vez a este Campamento Real de Santa Fe, para ver a nuestra Reina.

- ¿Tenéis nuevas que ofrecer?

- Si padre. Quiero ir acompañado del padre Juan Pérez

- Pues yo os voy a dar un dato que os ha de alegrar no poco. Tenemos aquí a Luis de Santángel, que aunque no os ha oído relatar vuestra aventura, está decidido a que ella se haga realidad, por cuanto hemos hablado sobre ello.

- Me alegrará padre estar con el.

- También está el padre Diego de Deza. Le tenéis junto al príncipe y a vuestro hijo.

- Lo sé, padre Hernando. ¿No podía el padre Hernando hacer una pequeña presión ante la reina, ya que teneis ante ella tanta influencia?

- Se podía intentar...

- Ella, me dijo en varias ocasiones que, mientras la guerra no cesara, era imposible destinar dineros para mi proyecto. La guerra ha terminado y por ello he venido hasta Granada.

- También puede apoyarnos en algo Juan Cabrero...

También tenemos aquí a don Pedro Mártir de Anglería.

- ¿También el está aquí? ¡Santo Dios qué suerte, padre, y cuánto me alegra esta coincidencia! Aunque... qué se yo, cómo han de responder estos que son del mismo gremio a mi iniciativa... No lo sé.

- No os preocupéis. Yo intentaré que se os escuche o que, al menos, tenéis la palabra de un verdadero apoyo real. ¿Queréis ver a la reina directamente o confiais en mí?

- Como mejor os parezca, padre. Decidle que cuento con el ofrecimiento de Juanoto Berardi, quien pone a mi servicio una carabela. Que me apoya el

duque de Medinaceli, y que espero lo hagan también los hermanos Pinzón, pero, es necesario el apoyo real para culminar felizmente este gigantesco proyecto.

- Decidle, que tras del triunfo sobre el moro, esta sería la preciosa guinda o esmeralda para colocar en las coronas de Sus Majestades.

- Me parece muy bien. Yo tramitaré estas audiencias y decidme cómo os puedo hacer llegar las noticias.

Bien sabéis que esto no ha de ser mañana ni pasado.

- Yo esperaré aquí mismo las noticias del padre Hernando.

Se retiró Cristóbal Colón al alojamiento que tenía, desde hacía dos años en el mismo palacio que ocupaba don Alonso de Quintanilla, claro que no lo hacía en la parte noble, sino con la servidumbre, pero eso qué importaba. Tenía a un gran embajador para buscar relaciones altas y apoyos ante los reyes y era preciso esperar, seis, diez, quince días, ¿qué más daba si había esperado siete años?

Al cabo de ocho días fue citado a una entrevista previa con Luis de Santángel, que era Escribano de Ración del Monarca. Allí estaba también el padre Juan Pérez y, Hernandez de Talavera. Lo que se trató era lo que Juan Pérez por un lado, y Luis de Santángel por el otro, habían hablado con los reyes. Les habían advertido todo lo que Colón se proponía conseguir y, los monarcas -ahora más sosegados- prestaron la máxima atención. Le ha dicho Luis de Santangel:

- Quiere Su Majestad el rey, que, el Puerto de Palos, ponga a vuestro servicio, dos carabelas, y de ese modo tenéis las tres que buscáis armar. Os extrañará esa proposición. Yo os la digo, señor almirante. Los vecinos de Palos, han sido condenados años atrás por el Consejo Real, a servir a los Reyes durante dos meses "con dos carabelas armadas a sus propias costas y expensas" ¿Por qué? Porque no han cumplido aquellas autoridades el mandato real. Los reyes, ordenan ahora, que se embarguen y aderecen dichas dos carabelas, como están obligados por sentencia y que las pongan a vuestro servicio. Ha querido la reina, doña Isabel, poner en prenda el resto de sus joyas, para conseguir dinero que ofreceros, y como yo no podía admitirlo eso, señor almirante, le he hecho desistir.

Así pues, yo cubriré de mi tesoro, el pago de esos gastos que nos habéis comunicado que hacían falta.

- Señor. Yo pedí un cuento de maravedís a los reyes...

- Tal yo se lo hice saber al rey y, vos padre, por vuestra cuenta lo hicísteis a la reina.

- Así lo hice -dijo el padre Juan- y la reina me dijo no disponer de ello, pero, que embargaría sus tesoros particulares.

- Cosa esta, padre, que no podemos permitir quienes estamos a su servicio y bien sabemos cómo están las arcas del Estado Soberano. Así pues, yo adelanto a la Corona ese millón de maravedís. ¿Es suficiente?

- Fuera mejor, señor, ampliarlos a un millón doscientos mil. De todos modos, si no se puede...

- Vamos a ir al despacho de los reyes que allí se nos espera para decidirlo.

Y fueron los cuatro hasta la sala de recibimiento. Allí estaban, junto a los Soberanos, el Cardenal Mendoza, que también era arzobispo de Toledo. Gutierrez de Cárdenas, Comendador Mayor de León. Fray Diego de Deza, Maestro del Príncipe. Juan Cabrero, Camarero del Rey don Fernando y, el duque de Medinaceli.

Fue la reina quien ordenó que se hiciera esta última reunión, en la que, una vez recibidos a los frailes, y a Luis de Santángel, se comenzó a decir por parte de doña Isabel de Castilla, ahora reina de todo España:

- Señor almirante: ya os habrá informado nuestro Escribano, que se os facilita un cuento de maravedís, y que no se os puede dar más, por los muchos gastos que ha originado la Capitulación. Llevaba razón Luis de Santángel cuando nos ha sugerido que sea la Corona de Castilla y de Aragón -ahora toda España- la que colabore en tan grande empresa como queréis realizar. Mal había de parecer a otros reinos que, los Reyes de España no prestasen su apoyo a tan grande empresa. Ahora, para que vayáis cubriendo los primeros gastos, recibiréis 140 mil maravedís, a cuenta de sueldos, que os dará nuestro Escribano. No los desparramáis como quien siembra a voleo. Pensad cómo está el Tesoro de mermado.

- Así lo haré, Majestad. Muchas gracias, señora.

Sin acabar de decirlo le respondió la reina:

- Aparte de esto, contaréis con ese millón de maravedís. También se os van a dar en Palos, dos carabelas armadas. El gasto que origine esa navegación sobre comidas y sueldos, correrá todo ello a cargo de la Corona. ¿No es así Santángel?

- Así es Majestad. El gasto, según ha dicho el señor almirante, parece que será mayor, pero, ya rebuscará el señor Cristóbal Colón, otras ayudas ¿verdad señor duque de Medinaceli?

- Sobre eso ya trataremos entre ambos. Ya trataremos en su momento.

Y continuó la Reina, que muy cómoda se hallaba sin protocolo:

- Vos, señor Escribano, os hacéis responsable de que al señor almirante, le llegue el dinero cuando lo necesite. Dad también orden, o que la lleve el señor Cristóbal Colón, para que esas dos carabelas, debidamente armadas, se pongan en Palos a su servicio, por orden de los reyes de España.

- Así lo haré, Majestad.

- ¿Quedáis conforme, señor almirante?

- Sí, Majestad

- La palabra que un día os dí, creo que está siendo cumplida porque Dios así lo ha querido y por la buena colaboración de quienes sirven a la Corona.

No dijo quiénes eran los que servían pero, en el aire flotaban los nombres de Medinaceli y de Luis de Santángel, aquel inteligente hombre que le había dicho a la reina: "No hay necesidad de que vues-

tra Majestad empeñe las joyas, muy pequeño sería el servicio que yo haga a los Reyes, si no pagase ese cuento que se necesita de mi casa".

La audiencia terminó. Terminó, pero, no tan fácil, porque se lió bastante la cosa tras de tener Colón la orden de recibir aquel millón de marevedís, y ello fue así:

- Majestades. -dijo cuando ya había tomado asiento el pícaro del rey que, desde fuera de los tapices había escuchado todo. Yo no puedo ir a Indias, a las tierras del Gran Khan, como simple piloto o capitán de las naves.

- ¿Qué pedís entonces, señor Colón?

- Quiero ser nombrado, como es mi titulación en Portugal, pero no en España. Quiero el título de Almirante.

- Lo seréis -le dice la reina.

- Quiero ser nombrado por nuestras Majestades y por la Junta de Sabios o Científicos...; Virrey;

- ¿Virrey?... ¿Virrey?... -dijeron a una los dos esposos.

- Virrey, Majestades. Gobernador y Justicia Mayor.

Mal sentaría a donde quiera que arribe y se me reciba que saliendo de España, no prestigie como merece a nuestros reyes. La autoridad de Nuestras Majestades, debe estar presente con mi persona.

- No está mal... ¿Qué os parece don Fernando? Lo veo acertado... Es, hasta lógico.

- ¡Que le concedan esos nombramientos; ¿No pediréis algo más...?

- Sí, Majestad. El rey, al oírlo le echó una

mirada de fuego, como diciendo ¿pero éste pobre hombre qué se ha creído?... ;Decid qué es ello;

- Quiero, Majestades, que, el décimo de todas las riquezas que consiga -y espero sean muchas, muchas- sea para el Almirante.

Allí comenzó una pequeña discusión entre los esposos, trato un poco de gitanería, hasta que, viendo lo feo que aquello quedaba, habló Juan Pérez para decir con tono dulce:

- Majestades. Son supuestos utópicos lo que aquí se ventila. No hay realidades concretas. Si nada se consigue, nada se entrega al señor Almirante. Si se consiguen riquezas y el señor Colón es quien las recupera para la Corona, pues, un décimo no es para que se arruine nada cuando de la nada ha venido. Ello servirá de cebo y acicate para tratar de volver con la mayor riqueza posible.

- ¡Poned eso también, señor Santangel, entre los compromisos que los reyes toman con el almirante de España, señor Cristóbal Colón.

Salió Cristóbal Colón y Juan Pérez, de aquella audiencia, más contentos que nunca lo habían estado. Ya veía el almirante el proyecto funcionando. Al fondo, sobre un gracioso montículo estaba, entre sol y sombra, el palacio de los reyes moros ahora -desde hacía muy pocos días- en manos de los monarcas españoles. La Alhambra, vista desde la Vega, era la joya más costosa y más bella que había recuperado España. Tenía que figurar en el escudo de la patria, no cabía otro remedio.

Echó Colón una mirada a todo aquel terreno llano y bien regado y, decididamente, pensó marchar para Córdoba donde se hallaban sus dos seres queridos.

Había que darles la buena nueva y celebrarlo.

¿Cuánto había costado la entrega de Granada a los Reyes Católicos, que era decir a España?

Veinticuatro millones, doscientos cincuenta mil maravedís. Así lo había dejado escrito Juan de Coloma en las cuentas de los Reyes.

Parecía que, poco a poco, se iba logrando todo pero atrás quedaban todos esos años de lucha y desinterés, por no decir de burla. Y lo que más le dolía en el recuerdo era la decisión de aquella Junta de hombres "sabios", que un pajarito le contó al almirante lo que allí se había tratado sobre su viaje y a Colón le hacía recordarles a todos a su madre, y no como para tomar ejemplo. De uno a otro se decían:

—¿Pero quién es ese hombre? ¿Le conocéis alguno?...

—No, no, no, no; No; —decían todos.

—Pues si no le conocemos ninguno, ¿quién se atreverá a darle apoyo a una persona anónima?

—Eso supongo yo, señores, que puede ser un impostor, un fabulador, como llegan tantos hasta los propios reyes, adivinando el futuro, dictado por las estrellas, o, asegurando que han hablado con la Virgen María,

cuando estaba en el monte cortando leña, o en el río abrevando el ganado.

— ¿Sabe alguno de nosotros qué estudios tiene ese hombre que dicen pregonan que es almirante? ¿Almirante de qué, de dónde?... ¡Ojo con él!

— “Dios conceda sabiduría al que bucea en ella, y este hombre va como mendigo. ¿Quién es ese Cristóbal Colón o Colomo, que lleva por aquí varios años pregonando que sabe más que nadie, mientras que llama pidiendo limosna en monasterios y casas de ducales?”

— “Exacto.”

— “Exacto, exacto, dice otro de los “sabios”. “Ahí está Alonso de Quintanilla, quien nos ha dicho que a no ser por la bondad de la reina, este hombre se hubiera muerto de hambre por los caminos.”

— “Llevas razón Roenes. ¿Dónde se ha visto que un sabio vaya ejerciendo de mendigo? ¿Lo fue Séneca, ni Arquímedes, ni Platón, ni Aulio Lucinio, ni Cicerón? Ninguno de los sabios del mundo se ha visto en esas necesidades. ¡Cuidado con ese hombre!”

— “Eso digo yo. ¿Cómo podemos aplaudir a quien ha venido de Portugal en enseñarnos que dos y dos son cuatro, después de no haberle hecho allí nadie caso? ¿Cree quizá que aquí todos somos cabreros y rufianes?”

Otro responde:

— “Las Indias... ¡Las Indias... ¿Qué garantía nos ofrece semejante aventura? ¿Nos vamos a sumar nosotros a tal desatino como si fuésemos niños? Creo que haríamos mal juego a la Corona, después de tan-

ta ruina como llevamos con esta guerra; ¡Ya está bien de aventuras y de aventureros;"

- "Tal digo yo, Gonzalo. Si el rey nos ha dado confianza para saber qué hay de razón en esto, y sin saber más que lo a él escuchado -que no ha sido cosa- ¿cómo podíamos ahora decir que lleva razón? ¿Hemos sido hasta hoy ciegos y tontos? ¿Y si nos equivocamos dándole crédito a sus sueños? ¡Yo no quiero ni pensar!"

- "¡Llevas razón, Felipe, llevas toda la razón. A mí no me vale eso de que vió una isla y unas tierras firmes; unas aves y que aquello, porque sí tiene que ser Cipango y Catay. ¡Catay, Catay... que en esto... mucha trampa hay..."

- "¡Ahí está el problema; ¿Con qué seguridad dictaminamos nosotros -sin prueba alguna presente- que ése hombre venido de Portugal, lleva razón? ¡Yo no me sumo a esa resolución;"

- "Señores. Entonces ¿Qué hacemos?"

El único que defendía con timidez al almirante era el duque de Medinaceli, pero, como era un voto y quizá el menos intelectual, decidió callar. Una hora estuvieron reunidos los "doce sabios", para decidir que su voluntad era desfavorable para realizar la empresa, y que de todo ello le dan cuenta al rey Don Fernando.

Cómo le martilleaba todo esto al genovés cuando lo recordaba, pero, a seguido decía: ¡Yo os daré, imbéciles, la gran lección; ¡Os enseñaré antes de un año que la razón estaba toda de mi parte;

¿Cómo seguía viviendo la población de España en ese tiempo en que se rindió la ciudadela de Granada?

Todo en España estaba bajo la intervención de la Corona, cubriendo todo el aspecto nacional en las más diversas actividades. Lo que más estaba supeditado a las leyes reales era el campo con su agricultura y ganadería, de ésta última la famosa titulación de La Mesta. Se devolvió al pastoreo todas las tierras

roturadas durante el reino anterior; se hicieron ensanchamiento de las calzadas, cañadas o pasadas; autorización para ramonear en los bosques y prolongar, definitivamente, los arriendos de dehesas con prohibición de alterar el precio. Como España era esencialmente agrícola y ganadera, más aún Extremadura,

Castilla la Nueva y Andalucía, todos estos territorios caían en beneficio de los ganaderos de Castilla la Vieja. El consumo de carne creció, pero, hubo deficiencia de grano. Así podían conocer las gentes viejas de los pueblos que, si hacía treinta años una fanega de trigo, tenía un valor de 30 maravedís, que venía a ser el jornal de un peón al día, pasados los años 1492, llegó a valer ochocientos y hasta mil maravedís, con lo cual vino a toda España el hambre. A eso, había que sumarle el problema de el clima.

Los reyes dictaron leyes poniendo tasa a esa fanega que debía oscilar entre 110 y 124 maravedís para el trigo, pero, no se hizo caso.

El mayor problema, aparte del hambre y de las epidemias, estaba en la intransigencia religiosa,

de la que hacían no poca gala los reyes Católicos.

Si antes hubo un cierto pluralismo y consentimiento de credos, colaborando los cristianos con musulmanes y judíos, desde que se estableció la Inquisición, lo que buscaban era que, si España era geográfica y políticamente una, también su fé tenía que serlo, y de ahí es de donde arranca toda reconciliación y nace el odio y el fanatismo, trayendo consigo las denuncias, las grandes torturas y los autos de fe.

Los musulmanes, más cerrados en sus entornos, siguen con sus credos y se sienten reacios a combatir aceptando con pasividad lo que les dicten. Los judíos, siempre laboriosos y expertos en las artes del vivir adaptándose a lo que sea, colaboran y hasta se dejan tentar por los horizontes sociales que les ofrecen siempre que sean integrados en la comunidad cristiana.

Quienes no aceptan esa integración tienen que salir de sus aljamas y marchar al extranjero. Más de 300.000 conversos ya existían cuando Cristóbal Colón estaba tramitando su gigantesca aventura, pero, otros tantos seguían fieles a su mosaísmo. Medio millón

de opositores no era mucho considerando que en España había seis o siete millones de habitantes. Los

judíos residían en las villas y ciudades, y, allí la diferencia era menor, pues se calculaba que era un tercio de la población pero, ese tercio, era el que formaba el pulso de la vida local con su comercio, sus oficios y la banca.

La Inquisición atacó con dureza a los falsos conversos. Se formaron tribunales regionales, donde nació el mayor odio aquellas gentes,

acabando por expulsar de España a millares de familias. Las condenas que se dictaban contra los judíos pasaban por orden eclesiástica, a los hijos y nietos, perpetuándose durante generaciones. A esto se le llamó echarles "el sambenito". "Nos han echado el sambenito". Incluso, se colgaba este castigo en las iglesias y claustros, para que todo el pueblo lo tuviera presente. Los años de máximo rigor inquisitorial fueron de 1480 a 1516. Andalucía, y Toledo, registraron el mayor número de víctimas.

También lo padeció Cataluña, Castilla, Valencia, Aragón y Navarra.

.....

Aquella entrada de Colón en Córdoba, nada tenía que ver con las que hizo en 1485 y en años posteriores. Ahora llevaba la cabeza cuajada de ilusiones.

Ya veía a las tres naos enfiladas navegando bajo su mando por las aguas del mar Tenebroso. Presentía la llegada a Cipango y Catay; el encuentro con los indios; los cargamentos de especias y de oro; el regreso a España trayendo a varios indios para dejar embobados a tantos como de él se refían o le quitaban mérito a cuanto decía.

Como en la primera visita que hizo a la ciudad, acudió a la farmacia de los hermanos Esbarroya, pero, no había tertulia. Allí sólo estaba Leonardo y el maestro Juan, que, como sabemos estaba emparentado con la amante del almirante. Después

de los saludos y de tirarle Leonardo de las orejas por lo abandonada que tenía a Beatriz y a su hijito Fernando, Colón les dio de pe a pa, todos los detalles que ya conocemos. La admiración fue unánime. en aquellos dos amigos. Leonardo, que mucho admiraba al genovés, le dio un gran abrazo y lo felicitó de todo corazón.

Juan Díaz de Torreblanca, el cirujano, le vino a decir una vez enterado de la proximidad del viaje y de la gran importancia que aquel evento podía suponer para España:

- Señor Cristóbal Colón. ¿No puede ir un cirujano como yo en esa empresa que pensáis organizar?

- Claro que puedes, Juan. Te necesito.

- Pues no se hable más. Cuente conmigo el almirante.

- ¿Has embarcado alguna vez?

- Nunca.

- Mira que puedes arrepentirte; que puedes echar las primeras sopitas que te dio la madre cuando la mar se ponga brava como un gigantesco dragón...

- Todo lo soportaré si con ello veo otras tierras; piso otras naciones; hablo con otras razas humanas; conozco otras formas de vivir, y, además, vengo colme de riquezas.

- ¿Cuento contigo, Juan?

- Totalmente.

- De acuerdo. ¡Ya tengo uno que me acompañará;

Fue a casa de su casi suegro Rodrigo Enríquez de Arana, y allí apareció su amada Beatriz, quien se echó a los hombros de Cristóbal llorando cual Magdalena y llenándole de besos y lágrimas. Cuánto costó calmarla, tras de tantos meses de olvido y sin correspondencia.

- ¡Ya era hora, ya era hora, Cristóbal;

- El amor, Beatriz, sabe hablar desde distancia y con la boca cerrada.

- ¿Ya me vas a confundir con tus pensamientos? ¿Has sido un ingrato, un ingrato!

- No mujer. Exceso de inquietudes. Escucha ¿no he venido cuando traigo buenas nuevas? El amor, como el humo, el olor y la tos, no pueden ocultarse. Aquí me tienes y celébralo, mujer. ¿Dónde está mi hijo?

- Por adentro le tienes (Y le llamó muy fuerte) ¡Fernán; ¡Fernán; ¡Ven aquí;

Apareció el niño corriendo y se tiró a las piernas de la madre abrazándola.

- ¡Mira; ¡Mira quién es este señor de pelo largo y muy guapo que ha llegado a nuestra casa? ¡Es tu padre, Hernando, es tu padre;

- ¡Ven aquí, Fernando; ¡Ven aquí con tu padre;

- ¡No quiero; ¡No quiero;

- ¿Cómo que no quieres? (Le agarró y lo puso en alto mirándole fijamente) ¿Cómo se llama tu padre? ¿Eh?

¿Cómo se llama tu padre...?

- Cristobal Colón.

- Yo soy ese.

- No. Tú no eres mi padre.

- Sí, hijo, sí. El es tu padre. Cristóbal Colón es él.

- ¡Dame un abrazo muy fuerte, muy fuerte, que me ahogues, por no haber venido antes y estar con vosotros; ¡Vamos; ¡Ahógame ahora mismo;

El niño se tiró al cuello y quería hacer fuerzas mientras Cristóbal se divertía tirándole de las orejas y dándole besos. ¿Soy tu padre, sí o no?

- Si eres. Si eres ¿Verdad que sí, madre?

- Claro que sí, hijo.

- Vamos, aprieta mucho más.

- No. Te voy a hacer pupa... No quiero...

- Este ha sacado el corazón de su madre, de esta madre guapa y bonita que no mata mosca ni mosquito para no hacer daño a una especie...

Abrazó a un tiempo a madre e hijo, y aquella estampa marcaba una nueva circunstancia en la vida del almirante. ¡Tenía familia; ¡No estaba solo;

- Éste, Beatriz, éste pícaro y sensible pequeñuelo, será almirante.

- Si tiene más suerte que tú.

- Ya te contaré, ya te contaré que traigo una alforja llena de grandes promesas.

Entraron a la cocina y allí estaba Ana Porrás con su hijo de cinco añitos. Merendaron los cinco y Cristóbal puso al corriente a las dos mujeres de sus proyectos y del dinero que ya tenía concedido por los Reyes Católicos. Difícil era entenderse con los dos niños jugando y gritando más que nunca para que se les atendiera, y esta es una de las picar-

días o astucias de los niños que, cuando no se les hace caso, gritan más y más, hasta que la atención vuelva a ellos.

- Cristobal, yo temo a la soledad, a esta soledad en que hemos estado tu hijo y yo.

- Beatriz, la soledad se perdona si en el encuentro se traen cargas de ilusiones y una cartera abarrotada de dineros. Todo es perdonable, cuando, quien no atiende a la familia por causa justificada, un día aparece con fama y próxima fortuna. ¿No es cierto Ana?

- Ya lo quissiera yo así a Diego.

-;Vengo a mi casa para estar con mi mujer y mi hijo y traigo el nombramiento de Almirante de España.;

Tengo ya el nombramiento de Virrey en las tierras que descubra, a más de Gobernador y Justicia Mayor.

¿Qué más quieres que traiga, amada mujer?

- Nada. Nada. Yo todo eso lo daba por tenerte a mi lado, aunque fueseis un desconocido, como lo erais cuando nos conocimos.

Se llevó Ana a los dos niños y quedaron solos aquellos enamorados. Ambos estaban sentados en un banco que rodeaba el hogar.

Colón, mirándola con embeleso y besándola de tanto en tanto, le relataba sus proyectos y visiones, que era una delicia escucharle porque todo lo veía conseguido, en las manos y, pintado con los mejores colores. En todo ponía un fuego arrebatador y lleno de ilusiones que al semejante cautivaba, Para el no existían contratiempos, no presentía fracasos en su navegación. y si les había, pues hasta habían de ser motivo de ponerle a prueba para sortearlos y de-

mostrar que ante nada claudicaba. Cómo sabía decirle a Beatriz, que, por esa su manera de ser, en todo lo que había movido le salieron envidiosos y perezosos, esos que nada mueven y les fastidia que el inquieto, el visionario trate de alcanzar frutos debido a su esfuerzo, cosa que el vago o incapacitado no hará jamás en su vida.

Llegó Rodrigo y siguió la conversación animada tanto o más que con las mujeres. También llegó a su casa el hijo de Rodrigo, Diego Enríquez, quien, para sorpresa de su "cuñado" el almirante, se empeñó en acompañarle. Disgustos costó aquella determinación, pues bien sabía Ana y sus familiares que muchas gentes que habían salido por la mar nunca más regresaron a puerto, por culpa de las tempestades o porque los de otras razas los apresaron o se los comieron. Lógico era que no había de ir como simple marino, sino con un alto cargo, y, eso ¿a quien no le agrada?

Volvieron a dormir juntos. En la cama es donde mejor se hacen las paces y se ensambalan cuerpos y voluntades. Cumplieron a perfección cuanto la naturaleza exige a todo animal de la creación, se besaron miles de veces y Beatriz lloró de ilusión y de amor.

Lástima que, al día siguiente, aquel bello encuentro otra vez sufría la ruptura de la separación. ¿Hasta cuándo?... Nadie lo sabía. Había tantas cosas pendientes; tantas inquietudes almacenadas; tantos sueños dispuestos a hacerse realidad que, lo mejor era seguir

viviendo los días y las semanas venideras. Como el amor no conoce leyes, ni tan siquiera de aquellos poderosos Reyes católicos, ambos amantes podían seguir enamorados a distancia esperando que llegase un día en que lo pudieran pasar juntos, como se había hecho durante ese viaje a la ciudad ex-Califal.

Era de justicia que, Cristóbal, una vez en tierras de Palos y de Moguer, fuese a La Rábida, que era la casa donde más apoyos, favores y aliento había recibido.

Tuvo la gran suerte de que se hallaba en ella el padre Antonio de Marchena, quien, como sabemos, tenía desde hacía tiempo un cargo muy alto dentro de la Orden franciscana. El abrazo que se dieron fue del mayor cariño que cabe entre dos viejos amigos.

- ¡Padre Antonio! No sabía que estabais en el convento y ello mucho me alegra.

- También a mí el veros de nuevo. ¿Qué motiva este viaje, señor almirante?

- Vengo a ordenar todo cuanto antes.

- Lo sé, lo sé y mucho me alegra.

- Vengo de Moguer, donde me han dicho que no están los Pinzones.

- Pero ¿por qué vais allí y no aquí? Yo os hubiera contado ese romance marino mejor que todos ellos.

- Pues contadle padre, que nada se ha perdido. Os escucho.

- Me une grande amistad con Martín Alonso Pinzón,

que, como creo sabéis, es el mayor de ellos y es el -no os ofendáis- el más grande marino que hay por toda la costa andaluza. Es, además, rico, muy rico... es emprendedor... es osado y es inteligente. Yo le tengo hablado de vos y estoy seguro que, aunque sólo sea de palabra, os conoce.

- ¿Tan buen piloto es, padre Antonio?

- Ha recorrido, según me tiene contado, todos los mares y conoce todas las costas. ¿Dónde os han dicho que está ahora?

- En Roma. Parece que ha llevado a Italia, un valioso cargamento. Dicen que partió con una carabela nueva.

- Lo sé, lo sé. Es una carabela que, nuestros Reyes Católicos regalan al papa Inocencio VIII.

- ¡Vaya regalito, padre;

- ¡Excelente; Ha costado 142.000 maravedís. La conozco porque está matriculada en Palos. Os advierto que si los reyes la regalan no es un capricho... algo esperan obtener de esa atención. Son católicos nuestros reyes como la pareja matrimonial más cristiana que busquemos en el orbe, pero, pero... no dejan de ser buenos comerciantes y, ese regalo, ha de tener su no menguada recompensa.

- ¿Todo en este vivir, padre ha de obedecer a transacciones? ya es triste esa obligación.

- Así es hijo. ya conocéis lo de las treinta monedas que aceptó Judas por una traición... El hombre y

los pueblos, siempre fueron y serán los mismos. Cambiará el sistema de vida, pero, su pensamiento lleno de ambiciones, necesidades y hasta envidias, siempre será el mismo. Es inamovible como el alma, pero, yo a eso os digo que, una buena conciencia será en todas las épocas la mejor de las almohadas.

- De ahí que nuestra diferencia si la comparamos con los animales es mínima.

- Exacto. Salvo que en las mentes de mayor formación cultural, la animalidad se sabe disimular mejor.

Nuestra desgracia mayor, hijo, es que la virtud tiene siempre muchos predicadores y pocos mártires, y que, en ocasiones, la conciencia tiene más poder que mil testigos. Todos sabemos que es de más valor la honradez que la riqueza y que la vida con virtud es lo que más embellece, pero ¿quién no se vuelca a lo contrario?

- Yo, padre, eso sólo lo he conseguido ver en muy pocos, y vos de ello sois una excepción. Vayamos a lo práctico. ¿Tengo que quedarme nuevamente aquí padre?

- Si. ¿para qué estamos en esta hermosa y pacífica casa, sino para eso?

- Dicen que puede tardar a venir una semana...

- Pues lo esperaremos, Cristóbal. Así me vais contando cómo pensais organizar vuestras naves.

Pasaron varios días hasta que tuvieron noticias de que Martín Alonso Pinzón estaba de regreso, con su carabela, tras de haber dejado en Ostia, la regalada por los reyes doña Isabel y don Fernando.

Llegaron a Moguer y acudieron a la casa de Martín Alonso Pinzón el franciscano y el almirante. La casa era un palacio precioso, tanto o más lujoso que el del duque de Medinaceli. En ese tiempo, como en todo el desvivir de la humanidad, el que ha hecho dinero y puede darse el gusto de vivir como los más grandes, aunque carezca de título, trata de conseguirlo. Y es lógico. No ha de buscarse como meta, la casita de adobe y la mula para los viajes, sino el palacio y la lujosa diligencia. No ambicionaré las abarca de piel de mula del rústico pastor, sino los zapatos del ministro, el banquero o el Inquisidor, que fueron traídos del extranjero porque en España eran peores.

De ahí que, los hermanos Pinzón, que eran ricos desde muchos años atrás y cómo no, hasta tenían su escudo de armas, les recibieron en una amplia sala toda cubierta de ricos tapices de oriente, deslumbradoras porcelanas en las vitrinas, arañas que colgaban del techo y soltaban torrentes de rayos de mil colores, y alfombras por los suelos que daba no poca pena poner el pie sobre ellas. Hasta tenía todo el palacio un perfume embriagador.

- ¡padre Marchena; ¿Usted en mi casa...? ¡Ah cómo me alegra el verle;

- Vengo con éste amigo, al que quizá habéis oído nombrar. El es un almirante, llamado Cristóbal Colón.

- He oído, he oído hablar sobre el. Sé que lleva por estas playas varios años y, en una ocasión, hasta pude verle a distancia. Pasad y haceos cuenta que estéis en vuestra casa.

- En cuanto a mi respecta, no me resultará fácil entenderlo después de ver esta residencia...

- Bueno... algunos tenemos el capricho de querer vivir bien, y nada más. Pasad por aquí.

- ¿No está Francisco, señor Martín?

- Estará para llegar, pues le tengo avisado para esta hora. El que no ha de venir es mi hermano pequeño, Vicente, que está en viaje por la costa de África.

Se sentaron en cómodos sillones. Ordenó a la servidumbre que se les sirviese vino y alguna co-silla para hacer colchón y, cuando la doncella salía con las copas y la bandeja, tras de ella venía Francisco, vestido de gran gala, quien saludó con mucha delicadeza a las visitas. Bien se veía que el padre Antonio de Marchena era conocido de aquella familia, como también lo era el padre Juan Pérez, del que pidieron datos al franciscano, para, a seguido comenzar una conversación que había de ser decisiva para el encuentro con aquellas tierras a las que Colón denominaba Indias unas veces y, otras, Cipango y Cathay.

- Señor Cristóbal Colón: Ellos ya saben vuestros pasos ante los reyes Católicos. Evitemos repetir eso que

yo se lo tengo contado. Ahora les diremos cómo el duque de Medinaceli, don Luis de la Cerda, pone para esta empresa si hace falta 4.000 ducados de su tesoro privado.

- ¿Eso ha dicho don Luis? ¡Ah qué gran persona, qué inteligente y qué apoyador de los hombres con inquietudes es ese bendito duque; Seguid, padre.

- Como los dos hermanos sois pilotos, no ha de ser difícil entender lo que os explique el almirante

- Tal creo. Espero que conozcan como yo las costas de Africa, las Islas Afortunadas... Las Azores y, hasta Cabo Verde.

- Todo eso es por nosotros conocido señor Colón.

- Mi pregunta es ¿Qué hay más allá de las Azores?... ¿Es todo agua...? ¿No hay sino continuidad del Tenebroso...?

Pues no. Yo he llegado, estando al servicio del rey de Portugal, hasta las 750 leguas, perdiéndome en el horizonte, y he visto que hay islas desconocidas; que hay tierra firme en la que nadie de nuestra raza ha puesto los pies, y que aquellas tierras pueden ser las mismas que dejó bien determinadas Marco Polo. Si la tierra es redonda, como sabemos y mucho más nosotros, ¿por qué no llegar hasta ellas siguiendo adelante del mar Tenebroso y no doblando el Cabo de las Tormentas o de la Buena Esperanza-como ahora se le llama?

Los dos hermanos estaban sorprendidos ante tanta seguridad como demostraba aquel hombre. Martín

le dijo:

- Seguid... Seguid...

- Yo, señores, hago de momento, un dibujo. Después, enseñaré los mapas y las cartas de navegar. Incluso, mapas-mundi, hechos por nosotros, los hermanos Colón.

Mirad, señores: Aquí, el mar Mediterráneo. Aquí, la india. Aquí, África, ocupando todo esto que es hacia el Norte el Tenebroso. Esto, ha de ser Europa, con Inglaterra, Francia, España y Portugal.

Aquí, así... las Islas Afortunadas. Pongamos aquí las de Cabo Verde , y, por aquí Madera. ¿Qué hay desde aquí hasta aquí, qué hay? Pues yo aseguro que aquí, están, completando la esfericidad de globo terráqueo, las Indias! Tengo que decir, que yo estuve por aquellas aguas con un bergantín pequeño, con el que naufragamos tras de una horrible tormenta.

Después, vimos una bandada de pájaros a los que seguimos y marchaban rumbo a la tierra firme. Al regresar otra tormenta nos hundió la nave, pero, nos cupo la suerte de arribar tres de nosotros a Madera.

Habíamos partido dos meses antes.

- Seguid, seguid...

- Si son las Indias -que no lo dudo lo más mínimo- ¿Qué traeremos de allí? Aparte de hacer el camino más recto, más corto y más barato en viajes, también ha de ser menos peligroso, porque no hay otras tierras de las que puedan salir piratas. Traeremos toda clase de especias y, también ;Oro; ;Plata; ;Joyas; Descubriremos nuevas quizá pobladas con gentes salvajes, y haciéndole caso a nuestra reina, salvaremos a todas aquellas criaturas que nunca oyeron hablar de dios.

Aquí están los mapas. Aquí, las cartas con sus

costas, las distancias y todos los datos que para bien navegar corresponde tener presentes.

Los dos hermanos Pinzón, se dedicaron a curiosear todos aquellos trabajos que tan perfectos les parecían, y tan exactos. No decían ni una palabra pero, se les veía totalmente interesados. Fue allí cuando habló Martín Alonso:

- ¿No habéis expuesto todas estas ideas al rey de Portugal?

- Sí que lo hice, pero, el muy pícaro, sin contar con los Colón, ha querido intentarlo a tapadillas nuestras y ha fracasado.

- ¿Y al de Inglaterra o Francia?

- No. La verdad que pensaba salir para Francia, pero, el padre Marchena me ha hecho desistir, trayéndome a Moguer para ver a los hermanos Pinzón.

Nueva revisión de todo aquel material y nuevas interrogantes entre los pilotos.

- ¿Qué te parece, Francisco, esta aventura?

- Pues que me atrae, Martín, que me atrae.

- Y a mí. Y a mí. No pocas veces he pensado eso que tenemos aquí yo mismo, pero, unas veces por exceso de trabajo y porque aquí todo lo tenemos más cómodo me hizo desistir. Veo que "estos platos" están verdaderamente bien cocinados y a gusto de mi paladar...

Señor almirante. No habéis dicho algo que sé guardais, y lo reconozco porque vivimos tiempos de aventuras, conquistas y expropiaciones de islas y tierras firmes. ¿A qué lugares buscáis llegar definitivamente con ese viaje?

- Os lo diré sin reticencias, pues, aquí entre nos poco valen engaños. Quiero llegar a las tierras donde gobierna el Gran Khan, y sé que éste es el camino más corto. Busco llegar a Cipango y Cahtay.

- Me lo figuraba. No importa, eso es lo que más hoy importa. ¿cuánto dinero habéis dicho que pone en esta aventura el duque de Medinaceli?

- Cuatro mil ducados.

- Yo creo que se le pueden aceptar como primer anticipo. Después, ya se verá la forma de hacerle nadar con mayor profundidad...

Aquí habló el padre Marchena.

- Veo que la idea interesa. El almirante, mi querido amigo Cristóbal Colón, sólo quiere saber si se le da palabra de colaborar en el proyecto por hombres tan expertos y con grandes finanzas para llevarle a cabo.

- Mi palabra ya está dada y creo que también la de mi hermano. ¿Tenéis pensado cuántas naves se necesitan?

- Tres. Con tres es lo suficiente.

- Dos son indispensables, según las últimas disposiciones de la Corona, para que se ayuden entre ambas.

Bien me parece tres. ¿Nos dejáis estos papeles para estudiarlos mejor?

- Quedan en buenas manos.

- ¿Qué dicen nuestros reyes a esto?

- ¿Se lo digo, padre Marchena?

- Por qué no.

- Los reyes, me han dicho que puedo disponer de dos carabelas que tienen en deuda las autoridades de Palos.

Esas carabelas, armadas, pasarían a mi disposición. También pagan soldadas y gastos durante lo que lleve el viaje.

- Pues, señor Colón. Ya tenéis casi todo conseguido.

- Necesito colaboradores. ¿Puedo contar con los hermanos Pinzón?

- Totalmente. Sobre la otra carabela ya hablaremos.

- Señores -dijo el padre Marchena-. Esta reunión y este acuerdo, creo que merece un brindis. ¿No les parece a los señores marinos?

- ¡Ahora mismo lo haremos;

Y se brindó con buen vino andaluz, y allí quedó tramado un viaje que había de ser el más famoso de la historia de la humanidad.

.....

Una permanente inquietud le carcomía a Colón sus entretelas... Veía que no le alcanzaba el dinero. Los reyes le daban un millón largo de maravedís, pero quedaba una octava parte -según cálculos del almirante- que había que conseguirla como fuese. ¿Cómo?...

Había que llegar a los dos millones de maravedís o todo fracasaba. ¿Pediría a los hermanos Pinzón esa parte a la que él llamaba el octavo? No no no. Eso no le convenía, porque, aquéllos, le interesaba más que fuesen como capitanes y no como responsables del gasto. Tenían fama de ser grandes comerciantes y tratar con comerciantes nunca fue buena cosa. ¡El amo se-

ré yo, y sólo yo; Los demás que me sigan, serán capitanes, pilotos, maestros o lo que corresponda.

Para eso, ya le había dicho Santángel, en conversación que tuvo con Mártir de Anglería, que, aquellas carabelas de palos estaba acordado que habían de ser de sesenta toneladas. También se había acordado que, el flete de ellas se estipulaba en tres mil maravedís por cada tonelada para poner a punto las dos intervenidas. De acuerdo en todo, pero... allí faltaba dinero. ¿De dónde saco

yo -pensaba el almirante- lo que falta? El duque le había prometido cuatro mil ducados ¿Y si voy al Puerto y le pido hasta cuarenta mil? ... No sé, no sé si esto no derrumbaría ante él mi nombre que en mucho lo estima. Mejor no voy. ¿Y si les pido a los amigos italianos residentes en Sevilla?... No no. Mejor no tocarlos. Ya está bien, que, si Juanoto Bernardi me pone una carabela a mi disposición me acabe sacando las entrañas. Comerciantes són y no quiero yo tratos con estas gentes. ¿Cómo le voy a pedir dinero a Zapatal, Doria y Negrón? ¿Dinero -me van a decir- a cambio de qué...? ¡Guárdate de ellos Colón!

Ni Dios los quiere y hace bien, porque, Dios es creador y no segador. Dios mira las manos limpias y no las llenas, y así debe de ser. ¡Vaya situación;

Mientras tanto, eran de oír los comentarios que hacían aquellas gentes de Palos y de Moguer.

- ¿Pero qué es lo que le han dado a este chiflado extranjero? Pues no anda diciendo que quiere armar tres carabelas; Y que son los Reyes Católicos

quienes apadrinan sus locuras... ;Pues sí que estamos buenos en este país, Pitorro Pino;"

- "Ya lo vemos. Se fue un día con una mula alquilada y ahora vuelve rico y próspero... ;Está loco, Juan Potorro; ese está tronao; ..."

- "Oye, pero si es pa verlo y no creerlo. ¿A quién le va a contar ese desdichao que los Reyes de España le han dao poder pa montar una armada y descubrir no sé qué tierras de hombres salvajes;"

- "Si el memo de Juan Rodriguez Cabezudo, no le hubiá alquilao la mula, jamás hubiá vuelto con tantas infulas!"

- "Pues, no sé si no le'scupa al Cabezudo ese. ;Qué bien se ponen en ocasiones los apellidos Tiburcio;"

- "¿A ver? O creemos, o nos los pasamos todos a todos por bajo las patas. Cabezudo, es un bautizo como Dios de bueno!"

El 30 del mes de abril de 1492, estaba Cristóbal Colón en Moguer donde publica una Real Provisión dirigida a las autoridades y al pueblo anunciándoles el viaje. Esa Cédula Real, también es leída por el párroco en la iglesia de San Jorge. Allí "se les advierte a los vecinos de Palos y de Moguer, la obligación que tienen de participar con dos carabelas en la armada descubridora, por algunas cosas fechas o cometidas por vosotros en deservicio nuestro" ¿Qué era ello? ¿Deuda del municipio? ¿Ac-

to de piratería frente a la costa africana?...

Todo podía caber, los tiempos eran muy crudos para el vecindario y para las autoridades que los gobernaban.

En aquella Cédula Real, les advierte, que partirán en tres carabelas y que todos serán súbditos y vasallos de los reyes, de ahí que todo el que embarque recibirá su sueldo correspondiente. En la orden les advierte que, "por voluntad de los Reyes de España, doña Isabel y don Fernando, todos deben obediencia a Cristóbal Colón" Les sigue advirtiéndole: " que se van a montar las naves con jarcias y aparejos e portejos e constringadas a los maestros e gente de ellas que fueran menester que vayan con el para que puedan llevar a donde nos le ha sido mandado, pagando el sueldo que justamente por ellos e por la dicha compañía hobieren de haber el tiempo que nuestro servicio los toviere, e devengaren con ellos".

Las autoridades, conocida la orden, prometen cumplirla; Mentira; Poco después, se va dando cuenta el almirante que no se cumple nada, y que el pueblo no quiere colaborar. Nueva decepción de Colón. ¡Menuda broma si, ahora, en estos pueblos le tiran abajo el proyecto tantos años trabajado; Y tal ocurría.

Como si se hubieran puesto todos de acuerdo en una asamblea, ni Moguer ni Palos colaboran en nada de lo que intente el almirante. Lo que buscaban era ridiculizarle, reirse de el y tomar a chirigota todo lo que de él oían. Hasta delante del genovés, se reían diciéndole fuerte: "Ahí va el loco que quiere llevar a tierras de salvajes a los marinos;"

- ¡Toma ya extranjero, eso es ser listo y no un fullerero; ¡Adelante, adelante con el loco, de marino y almirante; ¡

- ¡Todos con él al agua, que está loco rematao..."

Algunos sabían porque lo había dicho en serio Martín Alonso Pinzón, que, Colón, aseguraba que "hemos de fallar allí casas con tejas de oro e todos verneis ricos e de buena ventura" Ante Pinzón callaban pero no así ante el genovés:

- ¡Se acabaron las hambres y las fatigas. Treréis tejas de oro, y las ropas y pucheros de plata fina;

- ¡Quitarse todos de delante, que pasa el almirante; ¡

Y las risas no cesaban.

Harto Colón de esperar, tiene un día que buscar a un notario y con el y, guardia de la Inquisición, embargar las dos carabelas. ¡ Son órdenes reales; ¡ Ojo con ellos, alcaldes; ¡ Cuidado con el almirante ciudadanos de palos; Las embarga, claro que sí, pero, lo que no puede es embargar marinos, eso sí que no, y ahí es donde se las van a ver y desear. No encuentra a nadie que quiera ir con el como marinero. Si no halla marineros, cuanto menos capitanes. Hasta le huyen cuando a los grupos por el puerto se trata de juntar. Es para ellos como un apestado. ¡vaya situación; ¡Pues no claudicará; Deben pensar los más: "¡Este extranjero nos quiere llevar a una locura segura, y como cuenta con los Ryes, aunque sea a la fuerza, lo intentará; ¡No iremos nadie con el; ¡Cuidado lo que hacéis; ¡Si es favorecido de los Reyes que se vaya a Granada, y nos deje en paz a los de palos;"

"¡Que nadie colabore con un extranjero pretencioso;"

"¿Ha venido a enseñarnos cómo son los mares, y que sus aguas están llenas de sal? ¡A otro perro con ese hueso!"

Vistas así las cosas un día y otro y otro, ha mandado noticia al fraile Juan Pérez, que está en la Corte, para ver qué solución se le dá en pueblos que lo rechazan totalmente y no cuenta con gente que le siga. ¿Qué han decidido los Reyes y el confesor de la reina?: Enviarle una orden para cubra todos los puestos con presos de la cárcel. No serán muy buenos... pero, peor es no contar con ninguno, yo les mejoraré sus condiciones. Va a la cárcel y de los setenta presos que hay allí sólo salen voluntarios para seguirle, aquellos que tienen más riesgo porque serán ahorcados por sus delitos. Estos son los cuatro criminales que quieren salir y embarcarse: Bartolomé Torres, que mató en riña a Juan Martín, que ejercía de pregonero en Palos. Pedro Izquierdo, Alonso Clavijo y, Juan Moguer.

En una nota le dice el almirante a don Luis de la Cerda: "salvo los del crimen que fallo, en esta villa, en la cárcel della, e que non fallaba a otra persona alguna que conmigo quisiera ir a navegar",

Colón, les ofrece a los presos el perdón, prometiéndoles que mucho han de mejorar con el y habían de retornar llenos de riquezas. No le creen. Sólo esos cuatro han aceptado. Cuando los vecinos de Moguer y de Palos saben que quiere llevarse a los del crimen y a los ladrones, se le ponen las cosas al ge-

mucho peor, horriblemente peor. ¿Quién de ellos iría mezclado con gentuza de semejante calaña?... ¡Nadie; Y seguían más que nunca asegurando que aquel hombre estaba loco de atar. Que, cuanto mejor fuera denunciarle todo el pueblo y que le metieran en las mazmorras de la Santa Inquisición. Pero ¿Quién le toca, si tiene todo el poder de los Reyes Católicos? "¡Mucho cuidado lo que hacemos o vamos todos presos;"

La decepción del amante de Beatriz crece y crece. Es claro que sí para dar en loco, pero, por culpa del pueblo que así lo desea. Se ve impotente para seguir luchando. Decide acudir a casa de Martín Alonso Pinzón. Mientras camina por una calle preciosa, llena de luz y de sol, va pensando para sí: ¡Ah pueblos, pueblos... Bien veo en estos momentos que los hombres vulgares carecen de destino. ¡El pueblo es el peor colaborador para encontrar la verdad, no quiere saber la verdad, no juzga, no reflexiona, goza con la bruticie; La tierra está llena de gentes que no merecen que se les hable, porque sólo tienen ojos y voz para ver y pedir. Este pueblo carece de sensibilidad. ¿Cómo me pueden a mi hacer esto? ¡Ni uno solo, ni uno, viene a pedirme explicaciones, a razonar las propuestas a tener interés por lo que no conoce; ¡Todos iguales; ¡Todos iguales, como recua; Tres palabras componen el cascarón de toda la ciudadanía: ¡Nacer, pacer...yacer; Así, después, los poderosos se convierten en amos, en jueces y en vuestros criminales. No merecéis otra cosa.

¡Ay de mí; Señor, señor ¿Hasta cuándo me vas a llevar por la calle de la amargura?

Llamó en la casa-palacio que ya conocía y le recibió aquel piloto que gozaba de gran fama, tanto como lobo de mar como por estar lleno de riquezas,

- Pasad, pasad...

Le contó Colón, cómo todo estaba ya trazado y asegurado. Que contaba con las carabelas embargadas, pero, que había que obligarle al ayuntamiento de Palos a que las armase cuanto antes, lo cual parece que no le interesaba. lo más mínimo.

- ¿No conocéis al alcalde de ésta Villa? ¿No habéis tratado con Alonso Vélez?

-No.

- Entonces, dejadle de mi cuenta. Me debe no pocos favores y sólo necesita que le diga "hazme esto" para que presto se vuelque en hacerlo. De todos modos, yo dispongo de dos carabelas si hacen falta, señor Colón.

- Gracias. Ya están las tres que son las que entran dentro de mis cálculos. Si quisiera que vos, señores Alonso Pinzón, fueseis el capitán de una de ellas.

- De eso ya trataremos.

- y si pudiera llevar otra vuestro hermano Francisco... también lo agradecería.

- Se hablará en su momento.

- Quiero que reconozcáis que estoy solo y que necesito colaboradores que cobrarán lo que sea justo.

- Lo comprendo. Os voy a decir que, ese viaje que

a hacer, también era idea mía, señor Colón, realizarlo.

- ¿Desde cuándo, señor Pinzón?

- Desde que leí en la Biblioteca de Inocencio VIII, en el Vaticano, un libro que trataba de esas tierras, pero esto, al cabo de años no tiene maldito interés, y me sumo a vuestra empresa, que hasta podemos hacerla en común.

- Gracias.

- Vayamos aclarando temas. ¿Cómo organizaremos a las gentes en cada carabela?

- Os doy a los hermanos Pinzón plena autorización para que cada cual elija a los suyos y me los presente con toda la marinería que ha de obedecerle.

- Me parece muy bien.

- ¿Qué se nos pagará y quién ha de hacerlo?

- Todo el gasto que se haga han de pagarlo nuestros reyes doña Isabel y don Fernando. Aquí está la disposición, acreditando cuanto digo. Esta es la Real Orden dictada en el Real de la vega por los Reyes Católicos.

- De acuerdo.

- Otro inconveniente que hallo es encontrar hombres que quieran embarcarse. Se han levantado en estos pueblos unas falsas interpretaciones sobre mi persona y por qué se hace el viaje que está llamando a risa, señor. Veo difícil que pueda conseguir el personal que necesito.

- ¿Que ha de ser, cuánto? ¿Cien, ciento veinte?...

- Sí. Esa es la cifra que he calculado. Ciento veinte.

- Sé que habéis pretendido sacar los presos por orden

Real, para que os acompañen. Esa no es solución, al contrario, se os echaría todo el pueblo encima. De ellos cuanto más lejos mejor, tropa había de ser que corrompe a todo el servicio, y no es para llevarles como en galeras, atados de pies y manos...

- He desistido de ello.

- Mirad lo que os digo. Poned letreros, echad bandos aquí y allá, en Moguer, en Lepe, en Huelva, pidiendo gentes bien pagadas. Abrid una mesa de contratación en la que se advierta que colaboran en la empresa los Pinzones, y os aseguro que tendréis gente más que suficiente. Os sobrarán marineros, pilotos y capitanes.

- Pues no hay poca hambre en estos tiempos y por estas tierras; Y, si no hay donde os digo, poned los

- bandos en Vélez, en Sevilla o en Cádiz. Una mesa podéis abrirla aquí mismo y, ante todo, contratad gente experimentada. Aparte de esos cuatro presos

- que me han dicho vais a sacar y que estaban sentenciados a muerte- buscad gente noble y trabajadora, que aquí le hay, os lo dice quien conoce bien estos puertos. Dios quiera, que no se nieguen muchos a ir con los criminales, pero...habéis decidido eso, pues sea, señor Colón. Hacedme caso.

- Lo haré, lo haré.

- ¿Quién ha de servir de alimentos a las carabelas?

¿Tenéis decidido al proveedor?

- Os dije que lo han decidido los Reyes. Ha de ser el mejor proveedor que hay en Andalucía. Es proveedor del ejército cristiano. Quizá le conozcáis. Está

en Sevilla, y se llama Juanoto Berardi, italiano.

- Le conozco, le conozco. Buen proveedor, sí señor, y florentino. Hombre de palabra y de cumplimiento.

- Sé que tiene algunas carabelas y bergantines.

- Una de ellas la quería poner a mi disposición pero no lo acepté.

- Habéis hecho bien. Berardi es un gran comerciante

ya os había de comer la mejor tajada. Habéis dicho que podemos llevar una carabela cada hermano, ¿y la

otra? - La llevaré yo.

- Muy bien. Creo que nos conviene estar de hoy en adelante en relación constante, si así os parece.

- Lo necesito. Agradezco de todo corazón esta colaboración de los hermanos Pinzón, porque, sin ella me estaba encontrando como perdido en pleno mar tenebroso. Soy forastero y eso no es fácil de entender entre la gente del pueblo. Muchas gracias señor Martín Alonso Pinzón.

Echó los bandos en Palos, en Moguer, en Lepe y en Huelva.

El mismo día que fue oído acudieron gentes de las primeras poblaciones tanto para anotarse como para saber, a título de broma, cómo era aquella aventura. Querían algunos hablar con "el extranjero" que así le llamaban al almirante porque le consideraban portugués.

Entre los que fueron en Palos para alistarse para pasar de listos, hubo dos de unos treinta y tantos años, con ropas muy sucias y rotas, llenas de remiendos pantalones y camisas, a quienes hemos escuchado su relato, una vez que les recibió Cristóbal Colón, que estaba sentado con su mesita en la Casa Juzgado de esa Villa:

- ¡Oiga; ¿Es aquí donde se alista?...
- Sí señores, aquí es.
- Hombre... ¿Ves, Morroseta, cómo te lo decía yo...?
- Ya ya...
- Oiga, y ¿a dónde se quiere ir, porque, si no me se dice dónde se va ¿eh? ¿eh?... Yo, a ciegas, no voy ni a beber un tinto, pa que usté me entienda...
- Pues iremos en un viaje de ochocientas a ochocientas cincuenta leguas... mar adentro, claro.
- ¿A pescar ballenas o qué?...
- No no.
- ¿Pues a qué vamos a dir entonces? ¿No se nos llevará pa hacerle la guerra al moro o al turco?... Yo y, éste, Morroseta, que es mi primo, queremos saber a qué vamos que, es que si no, el hijo de mi madre no suelta los pies de la tierra -pa que me entienda.
- Vamos a descubrir nuevo mundo.
- ¿Has oído Morroseta?... ¡Ja, Ja, Ja, Ja!... (Los dos reían a carcajadas dándose golpes en el pecho de uno al otro) ¿Has oído bien?...
- Si, sí! - Dijo Morroseta, que era hijo de Pitiliti, el del vicario de la Cuesta. ¡Sí que lo he oído, sí...
- ¿Ves como es verdá lo que por ahí se dice?...

- Sí que es verdad sí. Este hombre es mucho listo, mucho... ¡Listismo! ¡Ja, Ja, Ja!

Colón callaba y los miraba desde la frente hasta las abarcas... ¿Qué hacer con ellos?

- Oye, que, si nos paga bien el hombre ¿eh? si hay que descubrir al tapao del mundo ese, se le quita la frazada de encima y a hacer puñetas, Morroseta... ¡Ja, Ja, Ja!

Y le daba codazos, y los dos reían como tontorrones de pueblo, pero, con la peor mala leche que ha nacido hijo de madre bípeda.

- Oiga. ¿Cuánto se paga y en qué moneda se reciben las soldadas?

- Se paga doble que en tierra, o sea, al año doce mil marevedís a cada hombre que trabaja o, de arma. Vienen a ser treinta y tres diarios.

- Bien, bien... eso está mucho bien... No está mal

Oiga ¿en maravedí de plata o de vellón? Oiga, que todo debe ajustarse antes de navegar, ¿no le parece?

- Oye, Pitiliti, que, si es en ducados, mejor que mejor...

- Pues sí. Vamos a echar la cuenta. ¿Cuántos días ha de costar el viaje señor almirante? ¡Ahí va la hostia bendita... si le he dicho, Morroseta, almirante al hombre? ¡Ja Ja Ja! (Otras carcajadas para hacer poner rojo y negro al genovés...

- Le has dicho almirante sí!... Oye, no le digas el mote, que no le gustará al hombre. ¿Cuántos días, señor?

- Tres meses. Ida y regreso tres meses.

- ¿Tres meses? ¿Tanto?... Pongamos tres, bueno, cien

días pa que la cuenta salga más justa. Cien por ¿eh? Oye, casi casi un ducado en oro. ¿Lo pensamos a solas?... ¿Sí?...

- Como quieras, Pitiliti, que tú sabes mucho de esto.

- ¿Quieres que vayamos? Pero, espera, espera... Oye

¿Y si el hombre está loco? ¿No te paice a tí que...

¿Eh?... Mira, yo no voy con este hombre a descubrir un mundo nuevo como ha dicho!...

- ¡Ni yo tampoco; ¡Ahí te quedas almirantillo;

Se fueron riendo a carcajadas y soltándole, Morroseta al salir, una gran pedorreta.

Como aquellos entraron muchos más. Algunos, más responsables, al saber que iban a ser los capitanes

los hermanos Pinzón, se inscribieron con seriedad, que

no todos habían de ser como esa pareja que entró de

las primeras. Donde más marinería se contrató fue

en Lepe. Allí, por estar un poco más retirados del

puerto, no había tanto prejuicio contra un hombre que

trataba de conquistar un mar y unas tierras hasta

ese tiempo desconocidas.

Con la relación establecida entre Colón y Martín

Alonso Pinzón, que lo tengo un poco confuso. Re-

de ella el mes...

esto, señor Pinzón, que lo tengo un poco confuso. Re-

Con la relación establecida entre Colón y Martín

Alonso Pinzón todo lo tenía más aclarado.

La mañana del 23 de mayo de 1492, una vez obteni-

da la reclutación de los noventa hombres que habían

de componer la navegación, se decidió, entre el

almirante, el mayor de los Pinzón, y fray, Juan Pé-

cisco Alonso Pinzón.

rez, que había regresado a La Rábida lo siguiente:

Las carabelas se denominarían como lo venía haciendo la gente del pueblo. "NIÑA", y no Santa Clara, título que se le dio al botarla. La Niña -les dijo Martín Alonso- está matriculada en Palos, y la llevará Vicente Alonso. Esa carabela es de un armador llamado Juan Niño, de ahí la titulación que la gente de mar le ha dado a su nave. Su dueño quiere ir en el viaje, pero como yo bien le conozco, tiene que hacer de marinero, ya sabéis, señor Colón, que todos quieren ser capitanes, pero, el destino del hacer le da a cada cual su capacidad y, los más de este mundo sólo sirven para hacer de soldados, de peones o de marineros. Ser capitán o piloto es harina de otro costal. "La Pinta", no se llamará el nombre propio que tiene, que es el de Gallega. Está matriculada en Moguer. Ha de llamarse en esta navegación "LA PINTA", que es como se la conoce entre nosotros. Es propiedad de Cristobal Quintero. Es la más ligera y marinera. La he llevado en varias ocasiones y es magnífica, señor Colón. ¿Y vos cuál llevaréis?

- Yo llevaré la Santa María, con el cartógrafo y dueño de ella el maestre Juan de la Cosa. Aclaremos bien esto, señor Pinzón, que lo tengo un poco confuso. Repetidme nuevamente todo.

- Vicente Yañez Pinzón, como capitán, y maestre Francisco Martín Pinzón. Ellos llevarán "La Niña."

- Perfecto, señor. ¿Quién "La Pinta"?

- "La Pinta," la llevaré yo y, de maestre, mi hermano Francisco Alonso Pinzón. También llevaré a mi hijo An-

tonio Ariás. ¿Os parece bien?

- Confío en vos que sois veterano en la mar y buen conocedor de las gentes en tierra.

- Quiero llevar conmigo a un criado llamado Antón "El Calabrés", que le traje de Italia y lleva dos años a mi servicio, y al que quiero no poco. Los italianos son gentes a quienes considero tanto o más que a los de mi tierra. Y he de llevar también a mi querido amigo Juan Vezano, es veneciano, señor, pero aquí; -y no lo sé por qué- se le comenzó a llamar "el vezano" y así le conocen todos.

-¿Tenéis tratado quién os puede suplantar en el mando en caso de necesidad?

- Lo ha de hacer Pedro Alonso Niño como piloto, y maestre mayor. Es hermano de Juan Niño. Y llevaré a Ruy García, cuñado de los Niño. Como veis, aquí en Palos todos los puestos de mando en naves recaen en dos o tres familias. Como paje, llevaré a Pedro de Salcedo y, de Maestre Sala, a Pedro Terreros. ¿Qué cargo habéis de ostentar vos en esta armada, señor Colón?

- Capitán Mayor. Los reyes me han concedido el de Almirante de España, pero, junto a tan sabios capitanes y pilotos como estarán a mi servicio, prefiero ser el Capitán Mayor. He de advertiros, señor, que todos han de cobrar -cobraremos- por voluntad de los Reyes Católicos, cuatro mensualidades adelantadas.

- Bien me parece. ¿Cuánto calculáis que puede durar este viaje?

- Un año.

Por lo que se había tratado entre ambos navegantes, el orden de las carabelas después de los capitanes había de ser el siguiente:

Cristóbal García Sarmiento. Piloto de la Pinta.

Sancho Ruiz de Gama. Piloto de la Niña.

Juan de la Cosa. Dueño y Maestre de la Santa María.

Juan Niño. Maestre de la Niña.

Francisco Martín Pinzón. Maestre de la Pinta.

Su dueño, Cristóbal Quintero, ya se ha dicho que, bajándole de rango, iba de marinero.

Juan Quintero de Argruta. Contra Maestre de la nao capitana Santa María.

Bartolomé García. Contra Maestre de la Niña.

Todos ellos cobrarían 20.250 maravedís.

Llevan tres alguaciles, pero, el Alguacil Mayor es Diego de Arana. ¿Quién es este Arana? El primo-hermano de Beatriz, la amante de Cristóbal Colón. Va con su "cuñado" en la Santa María, y cobrará 24.000 maravedís, al año. El Alguacil de la Niña es Diego

Lorenzo, y el de la Pinta lo será Juan Reynal. Con el almirante va un oficial llamado Pedro Gutierrez, que se titula "Repostero de Estrados del Rey". Va un Veedor de la Armada, llamado Rodrigo Sánchez, natural de Ronda (Málaga). Va también un físico, un cirujano y, un boticario. El físico, se llama Maestre Alonso. El cirujano Maestre Juan ¿Quién es ese Juan?: El de la tertulia de la rebotica de Córdoba.

El boticario es, el Maestre Diego.

En cada una de las naves que han de salir para descubrir nuevas tierras, generalmente iba un escribano para asentar todos los hechos que se habían de producir, pero, en esta navegación sólo va uno que cubrirá el quehacer de las tres, y va en la nao capitana, junto al almirante. Se llama Rodrigo de Escobedo y es natural de Segovia.

Van dos judíos conversos, que saben hebreo, caldeo, y algo de árabe. ¿Para qué van esos políglotas? Para entenderse con los aborígenes del nuevo mundo a descubrir, y donde suponen gobierna el Gran Khan. Ellos se llaman: Luis de Torres y Rodrigo de Xerez, el primero de Murcia y, el segundo dicen que es de Ayamonte. Llevan, en la que había de ser en el futuro gloriosa aventura marina: Un platero, llamado Cristobal Caro. Un tonelero vizcaíno al que llaman Domingo y, un sastre: Juan Medina. En cada nave va un calafate y artilleros. Llevan carpinteros.

La despensa de la Pinta, está a cargo de García Hernández. Van, no colocamos nombres para no ser cargosos, van sin titulación en este libro: veintidos marineros. Dieciseis grumetes y diecinueve tripulantes, entre ellos un grumete portugués llamado Juan Arias, y dos marineros también portugueses. Llevan a un italiano muy listo y muy bromista, llamado Jácome "El Rico", que era genovés, y, también van aquellos dos citados por Martín Alonso, uno calabrés y el otro veneciano. Llevan a los cuatro condenados a muerte: Pedro Izquierdo. Bartolomé Torres. Juan de Moguer y Alonso Clavijo. Este Alonso Clavijo, se

supone que pudo ser el que ha pasado a figurar como Rodrigo de Triana, con quien tuvo el almirante sus grandes disgustos, porque el condenado a muerte, quería cobrar -y su razón había de tener- las albricias prometidas por los Reyes Católicos, al que primero viese tierra en Indias. No podía cobrarla el preso porque no llevaba sueldo, ya le decía Colón que, bastante había ganado salvando la vida porque él así lo quiso, y no tener toda su vida un sueldo vitalicio... como premio por haber visto las primeras tierras. No cedió tan fácil Clavijo, y hasta hubo que meterle en prisión dentro de la nao.

Van gentes de Lepe, de Ayamonte, de Huelva, de Moguer, de Palos, y no falta alguno de Vejer. No ocurre esto con la tripulación y marinería de la Santa María, que, por venir del Norte, son todos nacidos en el Cantábrico y amigos de Juan de la Cosa. Entre otros va "Chachu", de Contramaestre. Domingo Arrospide, el de Lequeitio, que ejerce de tonelero. Lope Guereñu, de calafate y, también, Martín de Urtubia.

En la Niña van dos vascos: Juan Martínez de Azogue y Juan Ruiz de la Peña, vecinos de Deva, amigos de Vicente Yáñez Pinzón.

Los marineros cobrarán doce mil maravedís al año, Los grumetes ocho mil. A todos se les da lo prometido por los Reyes, y se las da antes de zarpar. Colón lleva mucho dinero y así puede hacer las cuatro pagas prometidas. Porta una arqueta con ducados que son con los que paga a capitanes, pilotos, veedores, escribano y contramaestres. Lleva doblas, con las que paga

a los físicos, calafates y gentes de oficio. Para la marinería y grumetes, lo hará con maravedies, para que sea mucho bulto y se les llenen los ojos de relámpagos... Martín Alonso y Vicente Yañez, reciben las pagas de algunos hombres de mar que han delegado en ellos mientras van a despedirse de sus mujeres, novias o madres que las tienen tierra adentro y no han podido venir al puerto. Mientras que todo ello se organiza y no era poco, Cristóbal Colón había dejado a su hijo Diego en Moguer, esta vez a cargo del clérigo Miguel Sánchez y de Juan Rodríguez Cabezudo, aquel Cabezudo que, un día, le alquiló su mula para que fuera con Juan Pérez el fraile, hasta el Campamento Real de la vega, en Granada. Ese hombre le ha tomado a Colón tal afecto, tal cariño que se lo juega todo por ayudarle, de ahí que, en vez de dejarle en La Rábida, ha preferido que esté en Moguer y bajo el cuidado de esos dos amigos. A últimos de julio, sabiendo que se aproxima la salida han decidido llevarle a Córdoba con su hermano Fernando y con su "madre" Beatriz. Hasta que el almirante regrese mejor estarán allí todos juntos. El viaje lo hacen el clérigo, Cabezudo, Diego y dos mulas de Juan para poder ir más cómodos. Todo por el almirante.

Tiene Palos y también Moguer, e, incluso Huelva, una gran admiración por la Virgen, a la que se le tiene en el monasterio de La Rábida como Patrona: Nuestra Señora de los Angeles, también titulada

esa Casa Porciúncula, por haberse ganado ese día dos de agosto, el jubileo entre las primeras iglesias de dicha Orden. La fecha de la peregrinación o, romería, es el 2 de agosto. Ese año ha de ser distinto a todos los anteriores. Ha dado orden el almirante de que suban los cien hombres que van a partir para Indias hasta La Rábida, y allí, agradecer a la Virgen que todo ha sido llevado a buen fin, no obstante los grandes inconvenientes que hubo que vencer en tantos años, y de paso... que les proteja en la aventura que van a iniciar. Con los marineros, grumetes y jefes de aquella expedición armada, suben sus madres, sus mujeres, sus hermanos, sus padres y las novias. Todos los de los pueblos citados incluidos los de Vélez y Ayamonte, van como en procesión. ¡Qué bello espectáculo! ¡Qué gran momento para la historia y, sin embargo, los propios actores no son conscientes del papel que representan y de cuanto allí es está organizando para el futuro!

Van rezando, y, otras veces cantando. Bueno es y lo fue desde lo más remoto de la historia el carácter andaluz. Llevan instrumentos musicales para acompañarse. Mujeres y maridos, novias y hermanas, van subiendo hasta el cerro abrazados. Es mucho lo que allí se juegan. ¿Volverán aquellos hombres? ¿Se los tragarán los abismos del mar Tenebroso? ¿Dónde estarán esas tierras tan ricas que les ha dicho aquel visionario que llaman Cristóbal Colón? El día estaba lleno de luz y de color, como tantos por el Sur. La campanita co-

menzó a voltear como si estuviese loca... Van con todos los romeros, los cabildos de Palos, Moguer y Huelva. Han salido a recibirles todos los frailes del monasterio y, en el centro de ellos, se halla en venerable y sabio; Fray Antonio de Marchena.

Los gritos arreciaron y también los vivas. Miles de ojos estaban empapados en lágrimas. Mientras tanto los repiques de la campana llegaban rebotando hasta las riberas de Tinto y el Odiel. Ah qué deslumbrante mañana y qué grandèza en todos los corazones;

Inicia la marcha camino de la iglesia el padre Marchena y fray Juan Pérez, los dos hombres fundamentales para llevar a buen fin aquel fabuloso evento. La mañana era memorable y nadie sabía el por qué. Hay fenómenos físicos, químicos y humanos, que aún no se consiguen conocer, pero, que pregonan en el cuerpo y en el espacio una grandeza indescriptible que no se puede explicar. La naturaleza es más sabia que los hombres. En no pocas ocasiones hace que los sucesos ocurran tanto para bien como para mal; colaborando con ellos, o bien dándoles realce o tenebrosidad. Esa mañana era una auténtica maravilla contemplar el cielo, las aves girando sobre toda aquella procesión; las poblaciones silenciosas, los esteros como perfumados; el mar a distancia transparente, como una enorme plancha de plata, y, el monasterio lleno de recogimiento, silencio y espiritualidad. Era así y no de otra manera todo aquello que se veía y se olfateaba. Era un momento estelar para la historia de ES-

paña. ... como si estuviese loco.

Quando todos entraron en la iglesia, y algunos no pudieron hacerlo pero se quedaban escuchando con la puerta abierta, habló el padre Marchena, haciendo un breve repaso a esos años de lucha y de sufrimiento que tuvo que soportar el almirante. Cuando les llegó a lo más hondo del alma, diciéndoles que Dios y la Virgen de los Angeles, estaban con ellos y que jamás les habían de retirar su ayuda en aquella gran aventura que iba a ser, después de la conquista de Granada el triunfo más grande de Los Reyes Católicos y de España, los asistentes comenzaron a llorar y a gemir... Las mujeres moqueaban sin descanso y los hombres todos, tenían la garganta seca y con un nudo atravesado que no les dejaba tragar la saliva. ¡Ah, qué emoción ponía el Provincial de los franciscanos en aquellas palabras; ¡Qué cariño parece que sentía por aquel almirante; ¡Qué optimismo les daba a todos los que iban a partir y también a los que se quedaban esperando el regreso;

Todo se hace por voluntad de Dios, y El ha de saber llevar a la Pinta, la Niña y la Santa María, hasta donde quiere que lleguen los españoles al mando de estos hombres tan valiosos que han de hacer de capitanes.

Todos son sabios, prudentes, trabajadores y sufridos. Todos han de volver a sus casas porque Dios así se lo tiene que permitir a nuestros Reyes y a nuestro pueblo. Llorar, llorar y rezar. Nunca aquella humilde iglesia se había visto tan colme y tan llena de espiritualidad y congoja. Les invita el padre Mar-

chena a comulgar y son todos, cientos y cientos  
 . . . los que hacen fila para recibir, aquél Pan, que se-  
 rá complemento de sus oraciones. El padre Marchena  
 y el padre Juan Pérez son los dos que quieren satis-  
 facer a todos aquellos cristianos. Después de los actos religiosos, como es natural  
 en toda romería, se organizó la fiesta pagana en la  
 planicie del monasterio. Se bailó y se cantó. El  
 pueblo necesita de esas expansiones, que son comple-  
 mento de la risa y la tragedia que lleva todo humano  
 a cuestras.

En horas de la tarde vuelven todos a sus lu-  
 gares de residencia para preparar los petates y dar-  
 les el último adiós a sus familiares que van a marchar  
 en la navegación. ¿Quiénes volverán y quiénes paga-  
 rán con su vida esta que parece loca aventura?...

Nadie lo sabe, mejor no saberlo. Es una decisión  
 que muchos, muchos, cada vez más la deseaban realizar  
 pero ya no eran admitidos. Esa noche, todos los  
 casados gozarían con su compañera de cama, como lo  
 habían hecho el día del casamiento. Los novios, se be-  
 sarían por los rincones y en las afueras de las po-  
 blaciones. Las mujeres, novias o casadas, tenían esa  
 noche y a la mañana siguiente los carrillos escalda-  
 dos de tanta lágrima que se les desbordó por los  
 ojos. ¡Pobres mujeres huelvanas;

El día 3, viernes, era el día de la partida. Amanecía llena de luz y de suspense la aurora. Cristóbal Colón no pudo dormir esa noche. ¡Era tanto lo que se jugaba! Allí, estaban a las nueve de la mañana los frailes amigos de La Rábida, los que tanto habían hecho por el y no podían faltar en tan trascendentales momentos. Ellos sí que sabían cuánto se ventilaba en ese viaje.

Subió el padre Juan a la Santa María con el padre Antonio de Marchena. El almirante se confesó y recibió el Santísimo Sacramento, cuando creyó que había puesto toda su vida en descubierto. Le dio la comunión el padre Marchena.

Todo estaba listo. Las tres naves bien aderezadas de velas y de jarcias. Todos los parejos y artes necesarias para llevar a cabo viaje tan largo e incierto. Salieron a cubierta y le preguntó el padre Juan.

- ¿Habéis tenido buen proveedor?

- El que designó la reina doña Isabel. Quien lo fue de los ejércitos cristianos, Juanoto Berardi. No se ha dejado nada. Era delicioso, padres, el ver sobre los muros todo tipo de embalajes y de capacidades.

Todo perfectamente alineado. Desde agua hasta bizcochos; desde vino hasta unas galletas que llamamos marineras y que estando secas duran meses y meses sin descomponerse. Maderas para reparaciones. Arroz, legumbres, ropas, sin olvidar las armas, los cañones,

la pólvora, las armas cortas, las medicinas y cómo no, las supercherías que pueden hacernos falta para sorprender a los que esperemos están en estado semisalvaje: Espejos... tijeras... cadenitas... estampas... peines, etc, etc. Todo ello se ha cargado formando largas hileras de hombres, que uno tras de otro lo bajaban a las bodegas. Se despidieron dándose unos fuertes abrazos y unos besos, como si verdaderamente fuesen hermanos.

Todos estaban ya sobre las tras naves. Los padres franciscanos desde el puerto, dieron la bendición a las dos carabelas y a la nao llegada desde aguas del Norte. Los gritos y las llamadas a los seres queridos que estaban sobre los barcos comenzaron a sonar con mucha fuerza. También los marineros mandaban besos y gritos a sus familias que se quedaban en tierra. Unas músicas de chirimías y tamboriles comenzó a sonar cuando los cascos de las navegaciones lentamente se iban separando de los muros donde habían estado amarradas. Después, se fueron perdiendo en lontananza y sólo se veían tres puntos que iban camino del mar tenebroso de tan malos recuerdos para las familias de los navegantes. Había dado comienzo la gran aventura, la navegación más importante que había conocido la historia de la Humanidad.

Van las tres naves camino de las Islas Afortunadas o Canarias, pero, Cristóbal Colón ya lo tiene bien decidido. Poco o nada quiere parar allí; su voluntad es seguir, seguir para llegar hasta donde lleva más de siete años anhelando atracar. El quiere descubrir y no recorrer lo trillado, el quiere lograr el encuentro con aquellas gentes de Indias, llegando hasta ellos por su espalda. Ese viaje no tenía para el almirante otra voluntad que decir: ¡Aquí está lo que yo presentía; ¡Estas son las tierras de Cipango y Catay;

Al cabo de varios días de navegar por un mar que les era conocido a los capitanes, llegaron a las Islas españolas, en las que habían de permanecer varias días porque algunas naves llegaban con averías. La más importante era la sufrida por la Pinta, que se le había desencajado el timón. Echa la culpa de ello el almirante a Gómez Rascón y a Cristóbal Quintero, que era el dueño como sabemos de aquella embarcación. Parece que les pesaba no poco hacer aquel viaje contra su voluntad, y se intuía, que lo habían roto a posta para no seguir. No había otra razón que avalara aquel desajuste del timón. Creen que ya no seguirán, pero, se equivocan. También hay marineros que hacen quejas porque la nao Santa María, no tiene buenas condiciones marineras. ¿Esto lo ignora Colón? El argumento no cuela. Esto lo dicen los armadores y calafates de Palos. Alegan también que es muy pesada y no sirve para conseguir lo que el almirante se propone. Colón tie-

ne que animar a los pusilánimes de cada nave y, así consigue -una vez más- que no fracase ese viaje que tanta mala sangre le está haciendo consumir.

Lo llevará hasta el final cueste lo que cueste.

El sentimiento, el entusiasmo de los marinos al dejar las islas, decae mucho más, ya se les ve derrumbados; nadie canta, nadie hace bromas... las caras están nubladas, largas, con pesadumbre. Cuando están a unas nueve leguas de la salida, se produce el primer desfallecimiento y cunde el temor. Se corre la voz de que ya no habían de volver jamás a su tierra; que no verán a sus familias ni a sus pueblos, y comienzan a arrepentirse de lo que han hecho, casi todos obligados por la necesidad de ganar algo de dinero y sin amor a la mar ni a sus circunstancias.

Los que más se lamentan son aquellos que nunca habían estado embarcados. Son ellos quienes van vomitando hora tras hora y suspirando por los suyos...

Aquello les parece una condena a muerte, un suicidio. El desánimo es contagioso y, poco a poco, nace en cada nave una crítica generalizada. Son muchos los que suspiran, se ven tirados por el suelo, y maldicen al que los ha metido en semejante aventura. Todos reclaman regresar cuanto antes, pues más adelante no van a poder.

Colón, en la nao Santa María, los reúne y trata de darles ánimo o está perdido:

- ¡Hijos míos! ¿Qué ánimo es este que lleváis? ¿No os da vergüenza llorar y suspirar como mujeres, simplemente porque el oleaje os ha mareado? ¿Qué es

lo que pasa aquí para que tanto os asuste? ;Nada de nada; ;Qué hubierais hecho vosotros con semejante ánimo luchando con una espada o un arcabuz contra el ejército moro que os estaba esperando con otro acero?

¿Es así como buscáis defender el honor español? ;Esto no es una guerra; Aquí vamos de paseo, vamos hijos de viaje, a descubrir nuevas tierras donde nadie nos espera para matarnos; Tenéis que llevar ilusión, pues, de lo contrario fracasaremos y moriremos como cobardes por faltarnos lo que presumen los hombres de tener; ;Yo os digo que, la fortuna, siempre tiende la mano para ayudar al hombre de valor y de coraje, y se la niega al cobarde que llora por los rincones;

¿No veis cómo aquí van gentes que conocen la mar porque han viajado mucho y nunca les pasó nada, sino simples mareos? Todo se vence con entusiasmo y todo se pierde con el desánimo y la indiferencia. ;Oídmelos bien marineros; ;Los dioses no escuchan jamás las voces y lamentos de los cobardes; ;A quien quiera ahogarse la soga debe dársele, pero aquí nadie se ahoga; ;Desechad ese miedo y sigamos en busca de Indias, donde cargaremos las naves de oro y riquezas, que entregaremos a vuestras mujeres, a vuestras novias y hermanas, a los hijos que han quedado en tierra y os esperan contentos porque saben que vamos todos a regresar;

Aquellas palabras calmaron a la tripulación y siguieron las quillas cortando el agua del mar. Cada cual en su puesto, de momento, quedó más tranquilo. Esto mismo les ocurría a los hermanos Pinzón, y como Colón, tuvieron que darle ánimo a los pesimistas. No

les extrañaba el trance a los pilotos, cuando sabían que muchos de aquellos hombres eran novatos en el complicado arte de la navegación.

El 18 de septiembre, Martín Alonso Pinzón, le informó al Capitán General de aquella navegación, que esperaba encontrar tierra aquella noche. Le pareció haber visto hacia el Norte, a unas 15 leguas cuando estaba ocultándose el sol, una especie de

montículos, dentro de una grande oscuridad y entre nubarrones del ocaso.

- No es tierra, señor Alonso Pinzón. Eso no es tierra.

No lo puede ser.

- ¿Por qué no vamos a reconocerla, señor Colón?

- Porque sería perder un tiempo precioso y no ganar ab-

solutamente nada. Conozco bien estos lugares por

donde van nuestras embarcaciones. Sigamos, sigamos

que, aún falta no poco para ver tierra. Sólo hace do-

ce días que hemos dejado nuestras islas.

El día 21, San Mateo, la expedición colombina

ha entrado en lo que aquellos veteranos marinos y más

que ninguno de ellos Cristóbal Colón, llamaba el Mar de

los Sargazos. Van navegando sobre un mar de hier-

bas... Si ello era así, les parecía posible que hubie-

se tierra muy cerca, pero, no, todo eran falsas supo-

siciones. Tanta maleza y tan fuerte lasida unas a otras

ramas hacían casi imposible el avance de las carabe-

las-¿Qué era ello? ¿...?

Al día siguiente, que era el 22, nuevos síntomas

de angustia y hasta de rebelión. ¿Por qué? Porque, se

ha corrido la voz, de que ha llegado a un lugar donde

no hay vientos, y, claro, si no hay vientos no van a poder regresar nunca jamás a España. "Por acá nunca más -se decían de unos a otros- ventará el viento"

"Hemos llegado al infierno del Tenebroso, de donde dicen que nunca sale quien en él se mete. ;No hay vientos y las naves ya no se verán empujadas; ;Este es nuestro final de la aventura; ;Moriremos todos; ;Esto ha sido una locura;

Se reúne la marinería y claman a gritos que les hable el Capitán General. Que presto les dé explicaciones o no responden de lo que allí pueda pasar!

Sale Cristóbal Colón a cubierta, se coloca en un lugar alto y como Moisés cuando sacó a los hebreos de Egipto, dividiendo las aguas del mar, así pidió Colón delante de todos a Dios, que le ayudara en aquella triste situación. Acabó por decir, mirando al cielo y extendiendo los brazos por sobre la cabeza:

Señor. Tú que todo lo puedes y nos ves en este trance, haz que el navegar sea más animado y venturoso. Dale a todos estos marinos confianza y a mí sabiduría para que alcancemos un feliz final.

De momento sí, pero pronto cundió nuevamente la desazón tratándole de chapucero y charlatán. Decían que habían sido engañados como a niños. Que les prometió el oro y el moro y allí nada de ambas cosas.

Que, en aquella aventura tan diparatada el almirante era el que había de ser.-si salía todo bien-el gran señor, pero, a costa de los peligros que estaban soportando y hasta de sus vidas. ;Qué iban a ganar ellos? ;Nada; ;Nada de nada;

- ¡Yo os digo a todos -les decía Alonso Clavijo, que era el condenado a muerte en Palos- que a éste hombre tenemos que echarlo al mar para que se lo coman los tiburones que nos van siguiendo; ¡Nos ha engañado este cabrón extrajero; ¡Ni él sabe siquiera a donde va; ¡Es un charlatán y un visionario medio brujo; ¡¡Al agua con el y, muerto el perro decidiremos qué hacemos;¡¡

Colón, que todo esto escuchaba le dijo para que todos le oyeran:

- ¿Y si yo no os hubiera pedido que vinierais conmigo no estarías a estas horas, ahorcado y pudriendo? ¿No has dado muerte tú a un hermano, cómo ahora vienes aquí a dártelas de salvador? ¿Le vais a hacer caso a un hombre que manchó sus manos de sangre del semejante? ¿Es que no me juego yo lo mismo que todos vosotros? ¿Los Reyes de España, que esto han financiado y esperan que triunfemos, son ahora unos imbéciles que han dado el apoyo a un loco? ¡Basta de bromas; ¡Seguidme y no se habla más de rebeldías; ¡Haced siempre caso al que sabe más, pero nunca al ladrón ni al criminal;

Y continuaron navegando, pero, los motivos, por una u otra causa eran a diario tan presentes como el alba y el ocaso. Mucho más crecieron cuando muere un hombre y, tras de dedicarle unos rezos, ven todos que debe lanzarse a las aguas del mar para ser carnaza de los tiburones. ¡Jamás habían visto

un entierro semejante; Si hoy han tirado a Juan, mañana me pueden tirar a mí...! Esto no estaba previsto! Esto no se nos había dicho a los que somos de tierra adentro!

El día 24 vieron sobrevolar por encima de las embarcaciones un alcatraz. Los gritos de todos eran una fiesta. ¡Ya era hora! Aquella ave justificaba que no muy lejos había tierra.

El día 25, Martín Alonso Pinzón, le dice al almirante desde su nave Pinta, que cree estar viendo tierra porque sobre ellos está volando un alcatraz. Nuevamente se equivocaba el capitán. No era tierra.

La marinería va enferma y decepcionada por todo. Nunca se le ve fin a ese viaje. Los alimentos están descompuestos. El agua ya no se puede beber y el seguir adelante, siempre adelante, no encuentra final. ¿Dónde estaban esas tierras de Catay y Cipango? Hasta los hermanos Pinzón están desalentados y nada digamos de sus tripulaciones que quieren volver.

Llegan a exigir a los capitanes de la Niña y la Pinta que vuelvan. Les amenazan hasta con armas, pero aquellos, que mucho saben del sufrimiento sobre la mar, consiguen calmarlos.

Mientras tanto, Colón, que, de tonto no tenía un pelo, ha corregido el azimut de la Polar por causa de la precesión de los equinocios. Las agujas noresteaban una cuarta de noche, y, cuando amanecía miraban derechamente a la estrella. Esto, confundía a los pilotos, hasta que, Colón, les dijo que era culpa del círculo que hacía la estrella Polar. Todos

El día primero de octubre, el almirante reconoce que está a 707 leguas de las Afortunadas, pero, pícaro el, le dice a los hermanos Pinzón y a toda la marinería que sólo se hallan a 585 leguas. Sabían todos que Colón les había prometido llegar a Indias que estaban a unas 750 leguas, según la palabra dada, les faltaba que recorrer 150. No permitiría avanzar una legua más.

Como todas las tardes, desde que salieron de Palos, al atardecer, cuando el sol se iba metiendo en el fondo del horizonte y se hacía transparente su mitad bajo el agua, toda la tripulación de cada nave rezaban la Salve Regina. Ese día Cristóbal Colón les ha hablado, siempre con el máximo cariño, para advertirles que hagan buena guardia, porque según sus cálculos, la tierra la tienen muy próxima.

- Hijos. Velaz esta noche con atención, que ya estamos en las setecientas leguas al Poniente, desde que dejamos nuestras islas, y hemos de hallar tierra sin tardar. Tened todos calma y fe que, la terminación del viaje la tenemos al alcance de nuestra mano.

Los marineros no aguantan más. Todo son promesas y mentiras de ese loco. Parece que se burla de todos nosotros. Nuevas murmuraciones y nuevas conjuras. "¿Lo matamos?... ¿Lo encerramos en el calabozo y que no salga más este tramposo a cubierta?"

"Pero, si esto hacemos ¿quién será capaz de llevarnos al sitio de donde partimos? ¡¡Maldito!! ¡Misera-  
ble!! ¡Moriremos pero tú vas a ir delante de todos

nosotros, como me llamo Clavijo;

Ha cambiado Colón el rumbo. Dejó de seguir la vía del Oeste hacia donde iba encaminado y ahora avanza rumbo al Sudoeste.

La noche del 11 al 12 le pareció al almirante que se divisaba una luz en lontananza.

Esa mañana del 12 de octubre de 1492, aún no habían sido recorridas las tinieblas de la noche. Estaba el alba iniciándose, cuando ha dado varios gritos el marinero que hacía la guardia, al que se le conoce en la historia como Rodrigo de Triana, pero, no era tal que su verdadero nombre era Alonso de Clavijo, el condenado a muerte por matar al pregonero de Palos.

¡¡Tierra!! ¡¡Tierra!! ¡Se ve tierra!! ¡Veo tierra!!  
 ¡¡Salid todos que se ve tierra!!

Los navegantes de la Santa María, saltaron de sus camastros y subieron veloces a cubierta. Con ellos está el Capitán General de aquella navegación, el almirante genovés Cristóbal Colón. También están todos los principales de la nao, incluido su cuñado Diego. Los ojos de todos se llenaron de lágrimas y se abrazaban unos con otros llenos de emoción. La alegría era infinita. Se estaban acercando a tierra, y como dirigidos por una voz suprema imposible de serlo pero que así lo fue, comenzaron a rezar cantando la Salve Regina. Había motivos para ello.

Era aquella tierra, según lo parecía una isla, a la que desde cubierta, les dice el almirante que llamarán de San Salvador, pues todos se han salvado.

Los marineros, hasta anoche en contra del almirante, ahora todos le aplauden. Algunos de ellos, los que peor han hablado e incluso le han insultado, ahora se tiran a sus plantas y le besan las manos. No todos estaban conformes, porque ha tenido el almirante una amarga disputa con Alonso Clavijo, cuando cesaron las alegrías de haber visto tierra.

Era por todos bien sabido que, la reina, había ofrecido una magra gratificación y una paga vitalicia para aquel que viese tierra de Indias por primera vez. Alonso Clavijo le ha dicho al Capitán General y lo hace delante de todos para que haya testigos.

- Doy fe, señor Capitán General, de que yo he sido en esta alborada, el primero que ha visto tierra y todos son testigos de que ello ha sido verdad, por tanto el premio lo ha ganado Alonso Clavijo.

Cristobal Colón, con grande serenidad y auto-  
ridad le dice:

- Señor Clavijo. El premio ofrecido y a mí se me dijo por Su majestad, era para el marino que cobrase su soldada diaria por venir en esta navegación y bajo mi mando. Vos no cobrais soldada alguna, porque si habéis venido ha sido porque yo os saqué de la cárcel donde os habían de matar y la soldada ha sido salvar vuestra vida, con lo cual estáis bien pagado.

- ¡Mentira; ¡Mentira; ¡Miente el Capitán General;  
¡Mios son los miles de maravedís de premio!!

Yo he anunciado la tierra y debo ser yo el que reciba de los Reyes de España lo ofrecido;

- No insistáis. ¿Cómo podemos darle premio venido de los propios reyes a quien no está en la nómina de los marineros para cobrar la soldada? ¿Cómo se le puede dar un premio vitalicio a un criminal?

- ¡Lo fui pero, mi delito vos lo redimisteis sacándome para este viaje;

- Os repito que, jamás se dará un sueldo real para mientras viva, a un hombre como vos, o ello sería no saber hacer justicia.

- ¡Si no se me premia y se me da lo ofrecido, os juro que...

Había cerca un hacha, la agarró con decisión y la elevó sobre la cabeza del almirante.

- ¿Me amenazáis? ¿Queréis tener más sangre sobre vuestra conciencia?

Clavijo tiró el hacha, y desde unos pasos más atrás, desafiándole con la mirada le dijo:

- ¿Quién lo ha de cobrar? ¿No será el señor Capitán General el que me roba el premio...?

- Ello se resolverá al regreso, en España. Ha de decidirlo la propia Reina, doña Isabel.

- Señor escribano. Anotad que esto es una injusticia que se me hace!

- Por favor, callad, señor Clavijo, que ya es más que suficiente cuanto os llevo aguantando en este viaje.

Figuró con el nombre de Rodrigo de Triana aquel que había visto desde cubierta las nuevas tierras, pero, el que se llevó premio y paga vitalicia fue el almirante, Cristóbal Colón.

Desde ese momento les ha dicho el Capitán General, que, por decisión de los Reyes Católicos, al pisar todos la nueva tierra, dejará de ser almirante y Capitán General de aquella armada, para ser Virrey de las nuevas tierras, Gobernador de ellas y Justicia Mayor, todo ello en nombre de los Reyes Católicos. Al saberlo todos le aplaudieron.

Bajaron a tierra con el máximo respeto y en la arena de aquella playa han introducido el palo de roble en el que va la bandera de Castilla y de los Reyes Católicos. Empujada por el aire de aquellas llamadas por Colón Indias, se airea por primera vez la bandera de España y, en nombre de ella, se toma posesión de aquellos territorios. Todos se arrojan y se limpian los ojos.

Cristóbal Colón, ahora más respetado y más crecido ante todos, le dice al escribano:

- Señor escribano: Señor Rodrigo de Escobedo, haced mención bien detallada de este hecho que estamos viviendo que para mayor gloria de España se hace. Este día doce de octubre de mil y cuatrocientos noventa y dos jamás quedará perdido en nuestra Historia.

Allí mismo, se dice una misa en acción de gracias, y todos los tripulantes de las naves piden perdón al que ya actúa como virrey, Gobernador General y Justicia Mayor de la Corona. Lo que allí

veían nada tenía que ver con el suelo, el cielo, las plantas y las aves de España. ¿Qué tierra, qué nación era aquella a la que habían llegado? ¿Es que no llevaba razón el almirante, cuando les hablaba de que habían de ver un Nuevo Mundo? ¿Cómo lo sabía el almirante? En nada se había equivocado, y los que más se admiraban, lógicamente, eran quienes más sabían de los secretos del mar y de la tierra, entre ellos, los Pinzón, Yañez, y sus segundos en navegaciones.

de unos a otros se decían llenos de admiración.

- ¡¡Mira, mira qué árboles tan enormes, si parecen torres de nuestra tierra;¡¡

- ¡Fíjate aquellos pájaros qué colores tienen; Rojos verdes, azules... y qué colas que les llegan hasta el suelo; ¡Esto parece, Tasio, el paraíso;

- ¡No os dais cuenta que aquí es distinto hasta el aire, el cielo y el sol? ¡Me quedo con la boca abierta, Guirrio;¡¡

Después de San Salvador, o El Salvador, que de las dos formas comenzaron a llamarla, recorren otras islas a las que Colón, va dando nombres que escribe el que levanta documento de todo, Escobedo.

Hay que dar fe para la posteridad que aquello no se vio jamás en las Historias del Mundo. - Ponedle señor Escobedo, a ésa el nombre de Santa María. A ésa otra, le llamaremos la Fernandina. Aquélla será Isabela, y, a ésta próxima ha de titularse, Juana.

El cuaderno de navegación se va llenando de da-

tos fantásticos, propios de gentes fabuladoras, que sueñan países de maravilla que no existen. Aquella era una realidad palpable. Todo era verdad: El aire, el espacio, el cielo, la atmósfera, los árboles, las frutas, los pájaros, las aguas del mar, todo, todo era distinto, totalmente extraño para quienes estaban acostumbrados a las aguas de España y de Portugal. Siendo así no había duda de que estaban en Cipango y Catay. ¿Qué otra podía ser aquella tierra? Fue en esa isla cuando vinieron a verles los nativos. Por fin, aparecieron los habitantes de aquellas lejanas latitudes! Eran pequeños... Venían desnudos los hombres... Los españoles les miraban con cara de asombro pero, más la tenían aquellos extraños seres que aparecieron entre tanta maleza llegando hasta la playa. Poco a poco, poco a poco, se fueron acercando a los españoles, que estaban fijos como husos, sin hablar. Los naturales se acercaron todos con temor y les tocaron la cara y las manos, dando saltos de alegría. Parece que decían: ¡Tienen carne como nosotros; ¡Son de carne y hueso; ¡ Colón, por señas, les decía que se acercasen más, que no tuvieran miedo, y así lo iban haciendo. Todos suponían que los indios, habían creído que eran hombres caídos del cielo, llegados del sol o de la luna... Colón les dijo a sus seguidores que eran indios de la raza de los lucayas, pero, lo poco que les entendían a los que en pelotas estaban y no tenían ningún reparo en ello decían que eran de Guanahani...

Al tomar confianza se pusieron muy con-

tentos y hasta bailaban. Varios de ellos salieron corriendo y segundos después volvían trayendo entre manos y brazos productos de la tierra para obsequiar a los torasteros. Los españoles les entregaban espejitos, chiflos, collares de vidrio, y otras chucherías que para ello habían llevado. Era de verles cómo se divertían al verse en los espejos, tratando de echarle mano al que frente a ellos estaba. Allí comenzó Colón a llamarles indios, y quiso que ese fuese el nombre establecido para aquellas gentes. Si para él eran las Indias, lógicamente, aquellas gentes eran los indios. El festejar a los hombres que se suponían vinieron del cielo no cesaba. Se los llevaron bosque adentro para que conociesen su pueblo, que eran unas cincuenta casas muy grandes, todas de madera, cubiertas de ramas y hojas secas, hechas a modo de grandes chozas, a las que se entraba por una pequeña puerta. Aquellos indígenas eran excesivamente cordiales. No cesaban de hacer mil y mil reverencias para complacerles. Los principales de ellos, y los que al parecer habían acudido de otros poblados próximos, al saber la noticia, les llevaron como en brazos dándoles a todos alojamiento en la casa más grande. Una vez todos dentro, por gestos, les hicieron sentarse en unos banquitos hechos de una pieza, que, asemejaban a un animal con brazos y patas cortas, y la cola alzada, el cual tenía una cabeza grande con ojos y orejas de toro. Llamaban los indios a esos asientos, "duhos." Toda la tribu se sentó en tierra, rodeando a los españoles que no acertaban a

salir de su asombro, y más viendo a las indias desnudas frente a ellos, después de tantos días de navegación sin ver a una hembra... Cuando todos estaban colocados, comenzó la ceremonia, que consistió en pasar los indios, uno tras de otro, besándole a los navegantes los pies y las manos, sin duda, -ya lo hemos dicho- por creer que habían llegado desde el cielo. Poco después, entraron las mujeres que habían quedado fuera del chozo del que parecía jefe de la tribu. Aquellas, también desfilaron haciendo reverencias y besando, como los hombres, los pies y las manos. Para aquellas sorprendidas gentes, los españoles eran como algo que había que tomar como sagrado. Según procedían no cabía otra definición.

Cuando terminó la ceremonia de lo que podíamos llamar recepción, salieron todos y vieron que por el camino venía mucha gente, y que muchos de ellos llevaban como un tizón ardiendo en la boca, del que salía humo. Los españoles creyeron que era un sistema para prender fuego, pero no, más tarde se dieron cuenta que eran unas hojas secas a las que llamaba "tabaco". También traían consigo hierbas muchas de ellas perfumadas. Más tarde descubrieron los Pinzones y Colón mismo, junto con los jefes tripulantes, que en unas plantas había granos color panizo, a los que llamaban los nativos "maíz", que, cocido era muy bueno de sabor, y podía comerse tostado o molido en "puchas".

Vieron también abundancia de algodón, de cu-

yas plantas les llevaron gran cantidad de ello.

Ninguno de aquellos indios lo utilizaban para vestirse, sino, solamente, para hacer sus redes y unos lechos, colgados que llamaban "hamacas". También lo usaban las mujeres para hacerse unas faldillas con que se tapan las partes más "desonestas", que de cintura para arriba van desnudas como los hombres.

Han traído y les han ofrecido para comer, unos bulbos muy grandes, que los comen los nativos asados y son de una harina muy rica. ¡Eran las patatas;

Colón a solas, sin decir una palabra, pensaba: ¡Habrá oro y joyas en estas tierras? ¡Tiene que haberlo y así completaré todos mis vaticinios; ¡Tiene que haberlo;

Tan contentos estaban todos que no les hubiera importado nada quedarse allí por siempre. Aquel era en Paraíso. No hacía falta ropa. No pasaba nadie hambre como en España. No había autoridades ni gente armada. Nadie pagaba nada pues el dinero no existía. ¿Dónde vivir mejor?

Después de haber comido, un escudero de un rey-zuelo de aquéllos, traía un cinto, que era propio como los de ellos, como los que se usaban en Castilla en hechura pero, mucho más ancho, y también de otra obra.

Se lo entregó a Cristóbal Colón como regalo y vio con gran sorpresa que tenía dos pedazos grandes y labrados de oro. ¡¡Oro!! ¡¡Oro!! -les dijo a todos los presentes, enseñándoselo-. ¡Aquí hay oro; Había riqueza, como él lo había previsto. Toda aquella tierra estaba acondicionada para que fuese en el futuro las

Indias del porvenir. Allí frutas, maderas, alimentos variados y distintos a Europa. Minerales, y entre aquellos: Oro;

"Este país -volvía Colón a decirles a los Reyes Católicos- sobrepasará a los demás en amenidad y belleza, como el día en luz a la noche"

"Altezas, no podría mi lengua escribirla y, en verdad, quedé asombrado viendo tanta hermosura que no sé cómo expresarme"

La verdad estaba allí presente, auténtica, deslumbrante.

Colón, había llegado a tierras de América donde se hizo el feliz encuentro de dos razas, dos credos, dos lenguas y un mismo sentir, para seguir hermanados como hasta hoy durante cinco siglos, y los que de hoy en adelante haya que sumar.

¡Colón, había conseguido dar fin a su gran aventura;

F I N

Febrero 1991

Madrid.



B I B L I O G R A F I A

Cristóbal Colón. 1485 a 1492.

Juan Manzano Manzano.

Edic. Cultura Hispánica. (Madrid)

Colón y su secreto.

Juan Manzano Manzano

Edic. Cultura Hispánica

(Madrid)

La Rábida y el descubrimiento de América.

Antonio Romeu de Armas.

Edic. Cult. Hispánica

(Madrid)

El portugués Cristóbal Colón en Castilla.

Antonio Romeu de Armas.

Edic, Cult. Hispánica.

(Madrid)

Hernando Colón. Historiador del Descubrimiento  
de América.

Antonio Romeu de Armas.

Edic. Cult. Hispánica

(Madrid)

Historia de España.

Ramón Menéndez Pidal.

Edit. Espasa Calpe.

(Madrid)

Crisóbal Colón. 1485 a 1492.

Juan Manzano Manzano.

Edic. Círculo Hispánico. (Madrid)

Colón y su secreto.

Juan Manzano Manzano

Edic. Círculo Hispánico

(Madrid)

La Rábida y el descubrimiento de América.

Antonio Roman de Armas.

Edic. Círculo Hispánico

(Madrid)

El portugués Crisóbal Colón en Castilla.

Antonio Roman de Armas.

Edic. Círculo Hispánico.

(Madrid)

Hernando Colón. Historiador del Descubrimiento

de América.

Antonio Roman de Armas.

Edic. Círculo Hispánico

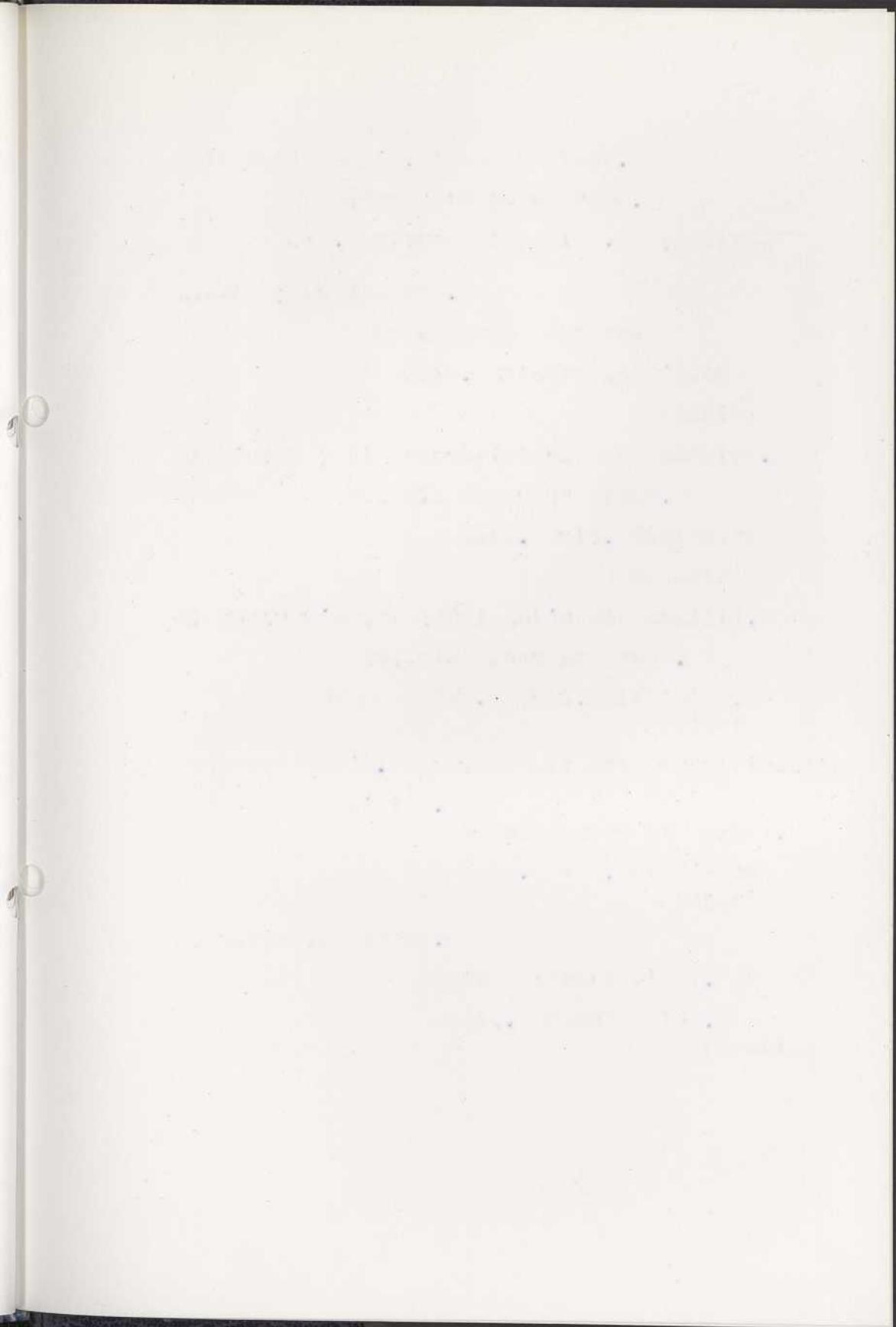
(Madrid)

Historia de España.

Ramón Menéndez Pidal.

Edic. Espasa Calpe.

(Madrid)



U.S. AIR FORCE

Colonel John S. ...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

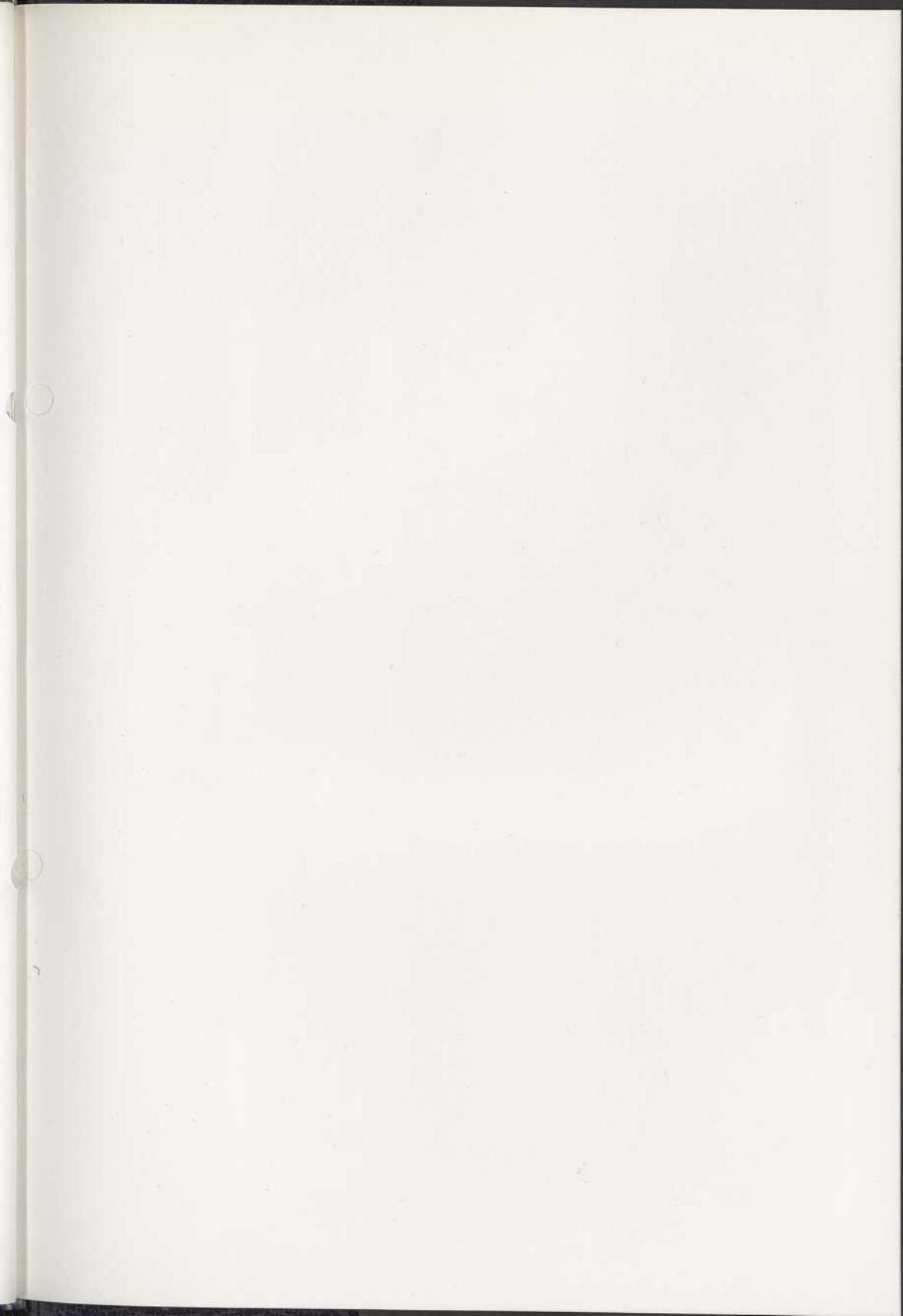
...

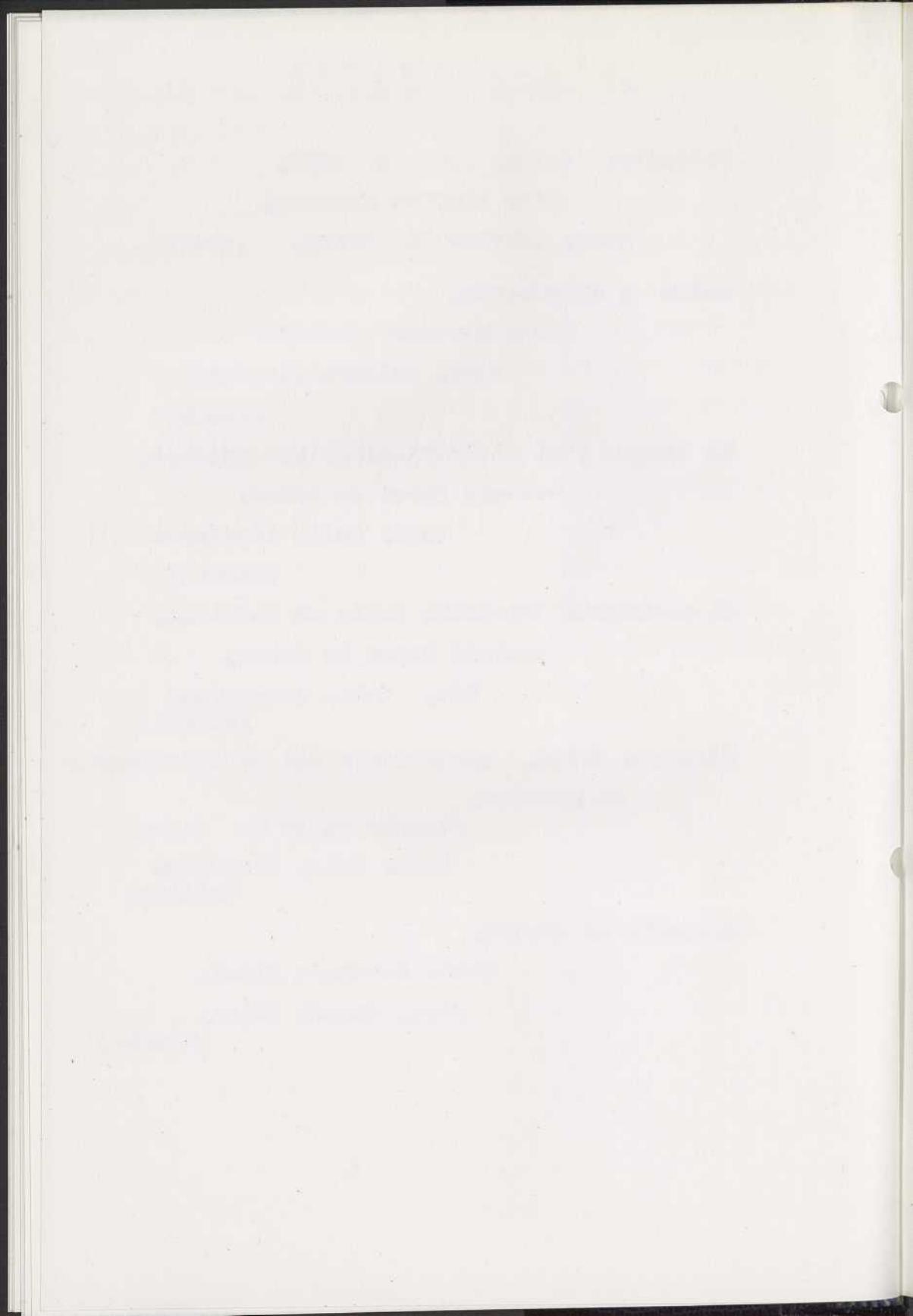
...

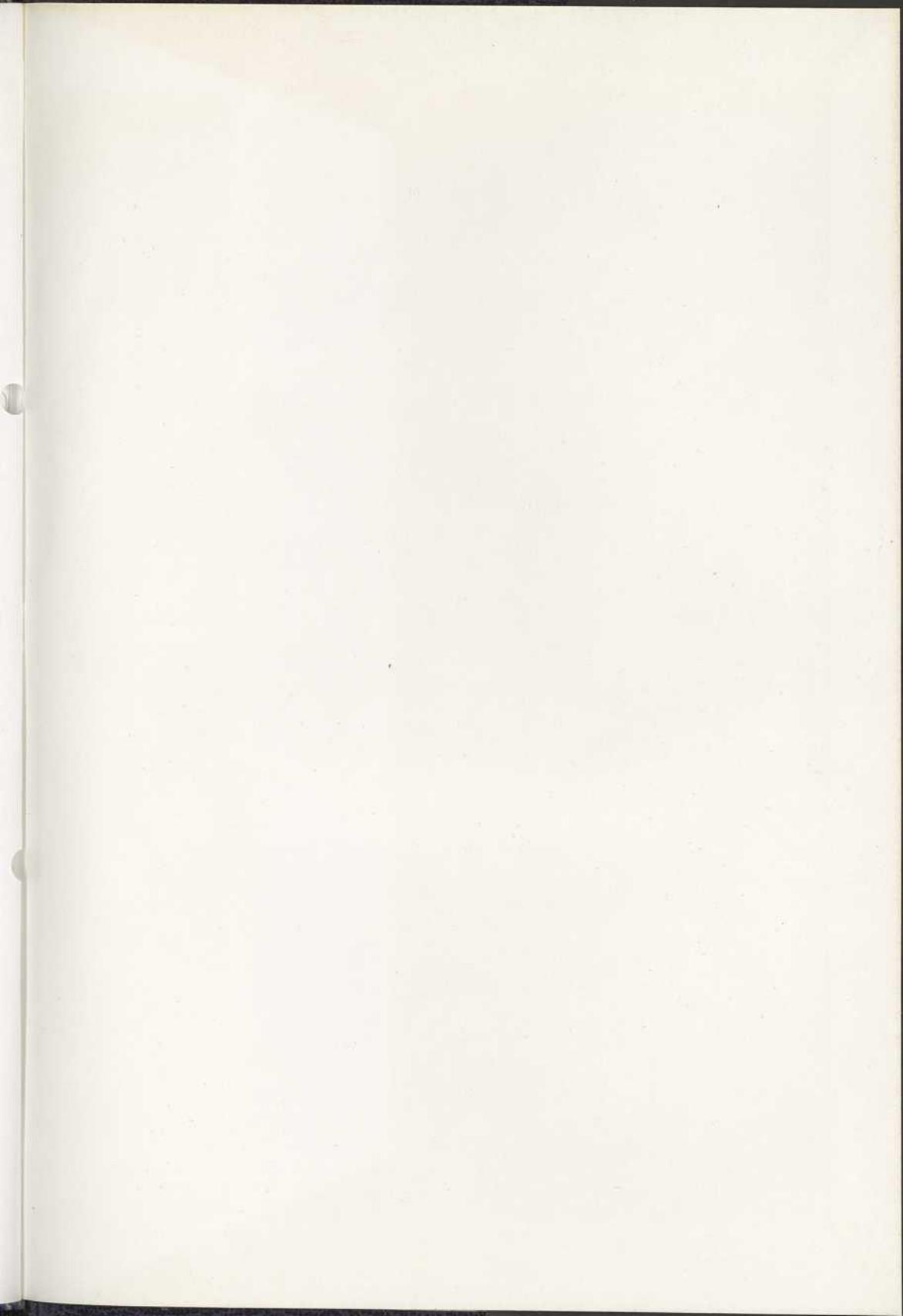
...

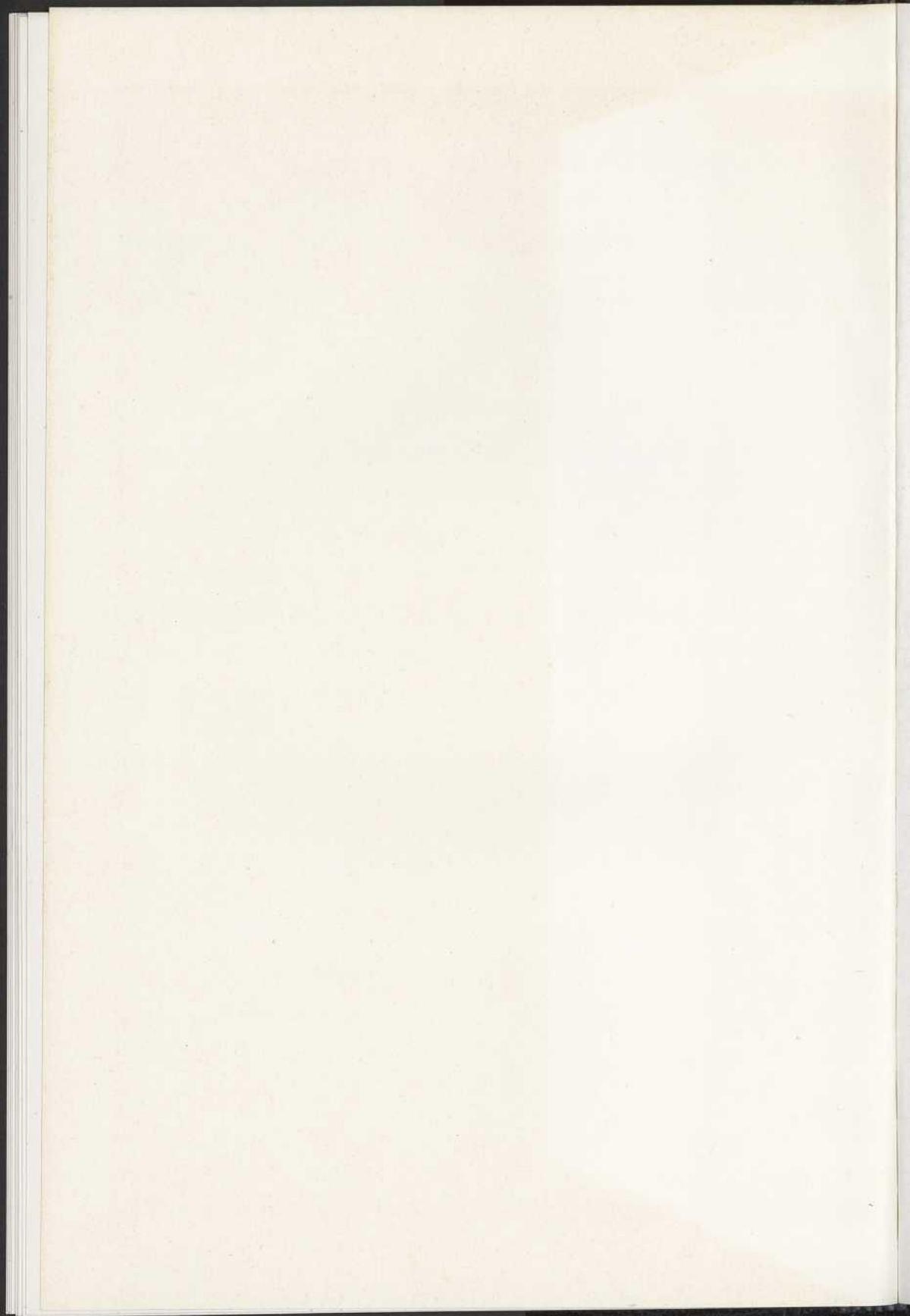
...

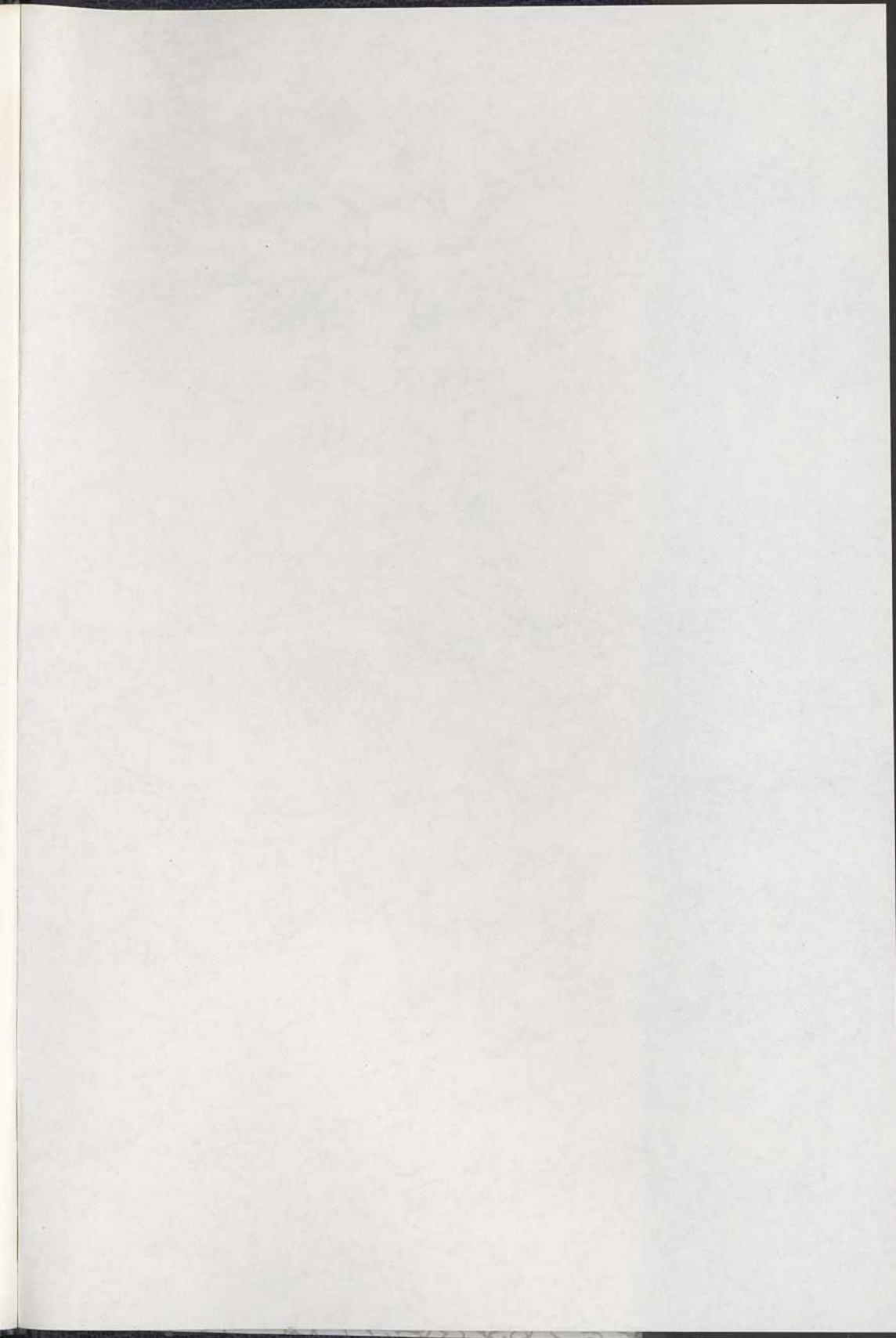
...

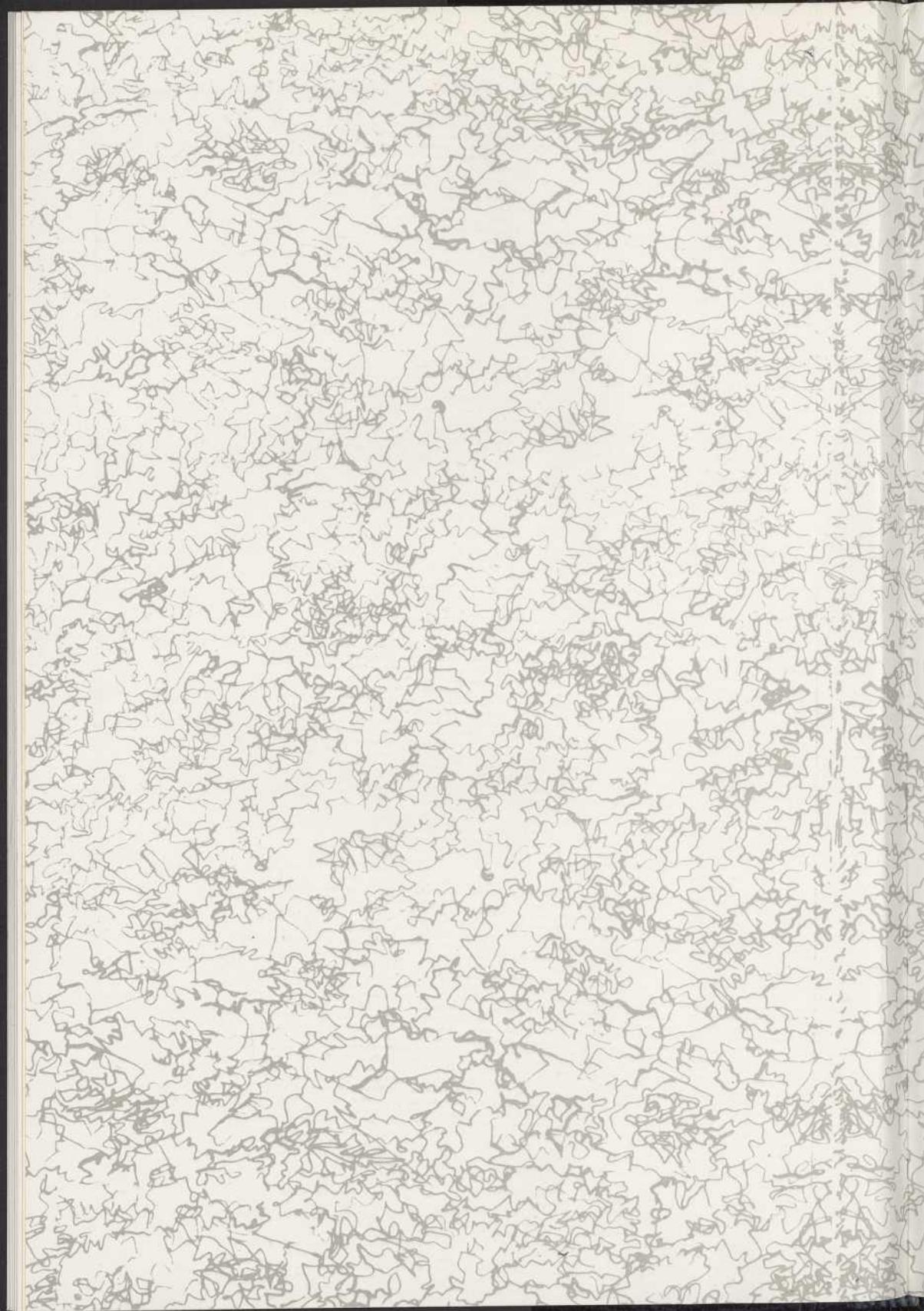




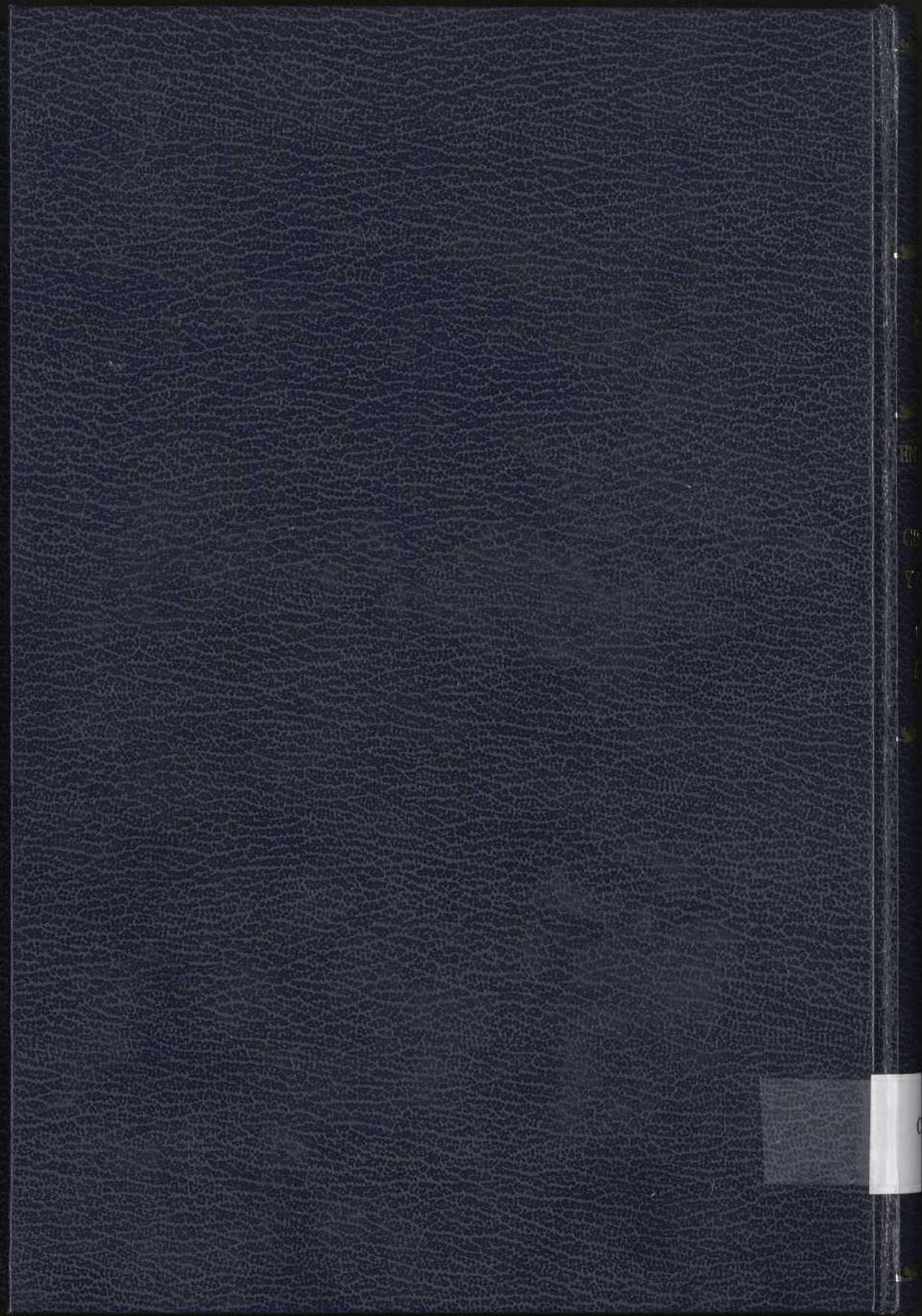














ANTONIO  
CILLERO  
ULECIA



EN BUSCA  
DE  
CIPANGO  
Y CATAY

LA GRAN  
AVENTURA



CIL-23

